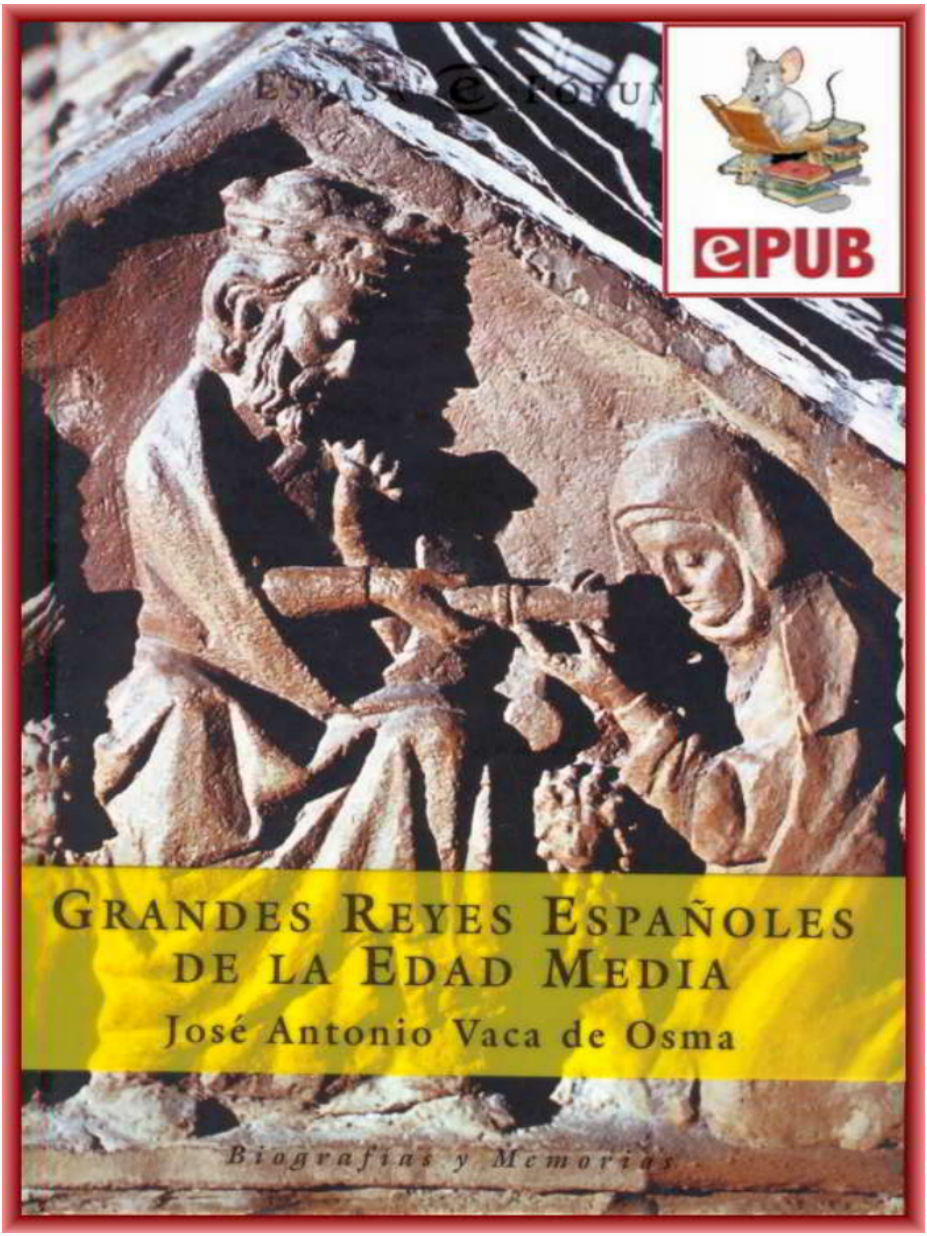

ESPASA © FORUM
ePUB
GRANDES REYES ESPAÑOLES
DE LA EDAD MEDIA
José Antonio Vaca de Osma
Biografías y Memorias

Grandes Reyes Españoles de la Edad Media

José Antonio Vaca de Osma

Escaneo, Corrección y Maquetación ePub:
El ratón librero (tereftalico)

Este fichero ePub cumple y supera las pruebas epubcheck 3.0b4 y FlightCrew v0.7.2.
Si deseas validar un ePub On Line antes de cargarlo en tu lector puedes hacerlo en
http://threepress.org/document/epub-validate

Acerca del Autor

José Antonio Vaca de Osma y Esteban de la Reguera (Madrid, 1921 - ibídem, 20 de agosto de 2012) fue un diplomático e historiador español.

Trayectoria profesional

Fue académico correspondiente de la Historia y de Jurisprudencia y Legislación. Gobernador civil de Ávila desde los años 50 hasta 1966. Liberal por temperamento y conservador por tradición y estilo, es diplomático de profesión y ejerce como historiador por vocación.

Vaca de Osma, diplomático y académico de la

Historia, fue el gran impulsor de la expansión de Ávila desde mediados del siglo XX hasta que cesó en su cargo, y siempre mantuvo una estrecha relación con dicha ciudad. Fue nombrado hijo adoptivo en decenas de localidades de la provincia de Ávila por su dedicación a ellas.

En 1993 le fue concedido el premio Sánchez Albornoz. Entre sus obras destacan las de temas históricos, como *Así se hizo España, El Gran Capitán, Hernán Cortés* y *Don Juan de Austria*.

Falleció el 20 de agosto de 2012 en Madrid y fue enterrado el martes, 21 de agosto, en el panteón familiar del cementerio de Ávila.

Condecoraciones

- Caballero de la Orden de Carlos III.
- Caballero de la Orden de Isabel la Católica.
- Caballero de la Legión de Honor francesa;
- Comendador de la Orden de Alfonso X el Sabio.
- Comendador de la Orden de Cisneros.
- Comendador de la Orden de la Corona de Bélgica.
- Comendador de la Orden del Mérito de la República Italiana.
- Gran cruz de la Orden del Mérito Civil.
- Medalla de oro de Ávila, entre otras condecoraciones nacionales y extranjeras, civiles y militares.

Obras

Así se hizo España (1981)

Alfonso XIII, el rey paradoja (1993)

Alfonso XIV : mis memorias (1991)

Carlos I y Felipe II, frente a frente (1998)

Carlos III (1997)

Los catalanes en la historia de España (1996)

El Gran Capitán (1998)

Jefatura del Estado y Presidencia del Gobierno (1964)

La masonería y el poder (1992)

Los nobles e innobles validos (1990)

Paisajes con Franco al fondo (1987)

Los vascos en la historia de España (2004)

Yo, Fernando el Católico (1995)

La larga guerra de Francisco Franco (1991)

Don Juan de Austria (2000)

Hernán Cortés (2000)

Los Reyes Católicos (2001)

La Guerra de la Independencia (2002)

Francisco de Goya (2003)

Historia de España para jóvenes del siglo XXI (2004)

Grandes reyes españoles de la Edad Media (2004)

El Imperio y la Leyenda Negra (Rialp, Madrid, 2004)

Don Juan de Austria (2004)

Alfonso XII y la reina Cristina (2005)

Patriotas que hicieron España (2007)

Nueva historia de Madrid (2007)

España y Francia. Historia secular de un desencuentro (2007)

Diseño de colección: Tasmanias

Ilustración de cubierta: Detalle del sepulcro de Alfonso VIII de Castilla. Monasterio de las Huelgas, Burgos. Foto: Oronoz Foto de autor: Portillo

Ilustraciones de interior: Mas, Oronoz, M. Ramos y Archivo Espasa

Realización de cubierta: Angel Sanz Martín

A mis nietos Alfonso,]aime e Iñigo,
para que conozcan, amen y defiendan
siempre a su patria, que es España

Breve introducción

El título de este libro está compuesto de tres elementos: España, Edad Media y Reyes. Uno por uno voy a tratar de explicar por qué los he reunido para escribirlo.

España, ya lo digo al principio del primer capítulo, no es una entelequia, una elucubración artificiosa producto de un patriotismo pasado de moda. España es una realidad importante en la historia y en el mundo actual. Por eso conocer su pasado es indispensable para los que hoy vivimos y para construir cara al futuro. Es el mejor espejo en el que podemos mirarnos, la mejor lección para acertar cada día, asimilando aciertos y rectificando errores, que nuestra historia, como la de todos los grandes países, está llena de claroscuros.

Todo menos mirar para atrás con desprecio o con ira y menos aún queriendo aplicar la mentalidad de hoy a los hechos de nuestros antepasados. También sería dolorosa la indiferencia, el olvido, y no digamos la falsificación y la mentira. Siempre insisto en esta idea fundamental.

España existe. Es así porque así fue. Porque así la hicieron a través de las generaciones los protagonistas de todas las épocas. Sobre el mismo territorio en el que hoy vivimos, la península Ibérica, como una proa de Europa avanzada hacia América y hacia África, con

el fraterno Portugal al lado. Y todos llevamos en nosotros algo de celtíbero, de romano, de visigodo, y quien sabe si unas gotas de árabe o de judío.

Por todo lo anterior, a través de los capítulos de este libro, lo primero que se hace es afirmar la realidad, la palabra y el sentido de España. Y para ello, ir a buscarla a la Edad Media.

¿Por qué a la Edad Media? Ya lo irá viendo el lector.

El conocimiento general, por no decir vulgar, de nuestro pasado ha solido concentrarse en las épocas de poderío hegemónico y de grandeza, esos tiempos que desacreditan con aparente bagaje científico y muy mala fe algunos pretendidos hispanistas. Esos siglos XVI y XVII, siglos de oro en casi todos los sentidos, de lo que nunca se llamó Imperio, sino las Españas.

De ahí, con una atención breve y más bien especializada a la Ilustración carlotercista, pasando al heroísmo estéril de la Guerra de la Independencia y a un siglo XIX rico en personalidades y en desastres, a la historia reciente que cada uno cuenta según su partidismo político y resucitando odios y revanchas.

Pero ¿y la Edad Media? Creo que en este libro se podrá ver que en ella está la explicación más clara de la manera de ser, de la evolución, de la estructura, de las divisiones, de las semejanzas, de las relaciones que hoy constituyen nuestro ser como nación y como españoles.

Nuestra España de hoy es la «España perdida» que desde don Pelayo, desde Iñigo Arista y Wifredo el Velloso, los reinos, condados y principados formados desde los Picos de Europa al cabo Creus se lanzaron a reconquistar la tierra ibérica, la tierra hispana que habían heredado de romanos y visigodos. Entrar en más explicaciones sería amontonar argumentos y

datos que se extienden con detalle a lo largo de diecisiete capítulos.

Por último, quiero referirme al tercer elemento de esta obra, los Reyes, así, con mayúscula. Ellos son los verdaderos protagonistas. Confieso que hay algunas ideas que en los muchos libros que llevo escritos sobre nuestra historia son para mí una constante. En primer lugar, creo que los que hacen esa historia, los que la orientan, definen y construyen, son unos cuantos personajes decisivos. Los pueblos les siguen, van allá donde los llevan. A esos personajes hay que juzgarles, como decía Marañón, por los resultados, por las consecuencias.

Otra idea, válida en España, no sé si para otros países, es la que yo llamo la simbiosis rey-pueblo. Lo veremos muy claro en nuestra Edad Media. Lo vimos cuando las gentes gritaban ¡viva el Rey! A favor de Carlos I, contra sus flamencos; a favor de Carlos III, en el motín de Esquilache; a favor de Felipe IV, cuando la rebelión de Barcelona... El pueblo está al lado de los reyes incluso contra la nobleza o contra el clero, cuando estos ponen en peligro la monarquía.

Los protagonistas de este libro son los reyes. He procurado extenderme solo en los casos de aquellos a los que se puede aplicar el calificativo de grandes. Otros aparecen como enlace, como paréntesis. Era inevitable para seguir un cierto orden cronológico y para mayor claridad expositiva.

Confieso también que al iniciar esta obra tenía una predilección especial por algunos grandes monarcas del siglo XIII: Alfonso VIII, san Fernando, Jaime el Conquistador, con el indudable y espléndido precedente de Sancho III el Mayor. Ahora, después de muchas lecturas, muchos documentos y mucha reflexión, he extendido mi admiración, creo que muy justificada, a otros grandes monarcas: Pedro III de

Aragón, Alfonso XI de Castilla, Enrique II, el primer Trastámara, y Juan II, el padre de don Fernando el Católico. Si

demérito de otros varios que irán apareciendo por estas páginas.

Me he detenido en cuanto han aparecido don Fernando y doña Isabel. Son ya otra historia, que no habría sido posible sin esos grandes reyes de la Edad Media española que empiezan a revivir a partir de la página siguiente.

1

De Covadonga a Simancas. Insignes Reyes de Pequeños Reinos

Realidad, Orígenes y Romanización

¿España? Claro que existe hace muchos siglos, que no es el producto voluntarista de un patriotismo trasnochado, ni una entelequia en el sentido más vulgar de la palabra, ni una elucubración artificiosa, políticamente impuesta.

España, a principios del siglo VIII, era una realidad física y anímica heredada de largas centurias. Desde la base étnica de los primitivos celtíberos, Iberia, reconocida y distinguida en la Biblia, por griegos y por fenicios que aportaron los avances de su civilización mediterránea, hasta la llegada fundamental de Roma, verdadera madre, creadora de Hispania, forma y ser de toda la Península.

Todavía asombra a los historiadores que esa tierra resistiera dos siglos a las legiones de los césares, que conquistaron las Galias en una sola campaña. Roma,

que luego con una sola legión, la Séptima Gémina, desde León, mantuvo el orden en toda esa indómita Hispania, ahora sometida y civilizada, cubierta de calzadas, de ciudades, de monumentos, de nombres... Y nos trajo su lengua, el latín, el derecho, la ley, las instituciones y el cristianismo con la sangre de los

mártires. Hispanos eran los habitantes de nuestra Península conocidos como tales en todo el Imperio, hispanos emperadores y escritores, y filósofos y artistas...

Iberia, Hispania, España, lo mismo daba la cuestión de nombres. Era un sentimiento, una patria, tierra y paisaje, antepasados y modo de ser.

La España visigótica. Los visigodos completan y dan un paso gigantesco en la confirmación de España como Nación y como Estado. Con ellos llega la Monarquía. La Institución que se hará consustancial con el país por los siglos hasta hoy. Ellos unifican la Península como una entidad estatal en los tiempos de Leovigildo y Recaredo, con su centro en Toledo. Ellos, los visigodos, «godos sabios», vinculan Hispania al común hacer europeo y son superiores a francos, longobardos, germanos, anglos y burgundios, aportando sangre nueva a la hispanorromana, nuevas leyes y nueva toponimia. Con la tarea política de que aquella monarquía fuera electiva y no hereditaria, esencia de la Institución esta última.

La España perdida. Todo eso, brevemente esbozado, esa suma de factores poderosos y vivos, constituía la España total que invadieron los árabes y beréberes de Tarik y Muza en el año 711.

Una serie de circunstancias, que no son del caso, ablandaron la resistencia ante el invasor. Las divisiones internas entre las familias visigodas

gobernantes y la traición de algunos ambiciosos con concomitancias africanas y judías llevaron a la perdición de España.

¡«La España perdida»! Ese fue el dolor y la bandera, el lema profundo de los visigodos que se refugiaron en las anfractuosidades de los Picos de Europa y de los Pirineos, uniéndose allí a los habitantes de aquellos parajes. Había que recuperar España, arrojar al invasor al otro lado del Estrecho.

El legado del islam. Se equivocan los que dicen que hubo unión, fusión, entre los invasores árabes y los invadidos cristianos. Hubo en muchas zonas obligada convivencia, cruces de sangre no muy frecuentes, pactos inevitables, alianzas locales circunstanciales; pero el moro fue siempre «el otro», el enemigo. No quiere esto decir que se niegue la interesante aportación de una civilización oriental: arte, arquitectura, agricultura, toponimia, filosofía, traducciones de la antigüedad clásica... todo lo que se ha llamado «el legado del islam».

España asimiló las formas, lo material, en algunas regiones, pero nunca hubo auténtica fusión, simbiosis ni aceptación resignada. El espíritu reconquistador hispánico, cristiano, estaba lo mismo en los reinos y condados que combatían desde el norte que en los mozárabes que convivían en el sur.

La Reconquista

He dicho Reconquista. Palabra exacta, de valor histórico clave, definidora. El ilustre y admirado don José Ortega y Gasset ha escrito que cómo puede llamarse

Reconquista a algo que duró siete siglos. Igual que si hubiera durado un mes, opino modestamente frente al gran maestro. Razón de más si duró siete siglos, continuidad del esfuerzo, de la idea, de la conciencia patriótica y religiosa en gentes y tiempos tan alejados y diversos como los que van de Covadonga y don Pelayo a Granada y los Reyes Católicos. Y en medio, dando razón y fuerza a este argumento, esos pequeños y grandes reyes, esos hechos, unos menores, otros gloriosos, de la Edad Media española, a los que está dedicado este libro.

Alta y Baja Edad Media. Una explicación preliminar. El concepto de Edad Media es un tanto elástico. En general, los historiadores remontan su principio a la invasión de los bárbaros, al hundimiento del Imperio romano. Y su final, a aquellos años últimos del siglo XV en los que se produce un verdadero cambio espacial y existencial con los grandes descubrimientos geográficos y científicos, sobre todo el de América, a España debido.

Sin embargo, puede decirse que hasta bien avanzado el siglo VI, con los bárbaros penetrando por los limes del Imperio, todavía estamos en la Edad Antigua, que los bizantinos de Justiniano, los godos de Alarico, los hunos de Atila... son más restos de la antigüedad que fenómenos plenamente medievales.

Por otra parte, la Italia del siglo XIV y ciertas manifestaciones culturales de aquel tiempo en Flandes, en Francia y en España son puro Renacimiento, es decir, una apertura al mundo moderno, inteligente síntesis entre la cultura clásica y lo más bello y singular de la Edad Media.

Una Edad Media que está generalmente aceptado que se divida en dos períodos bastante bien definidos: Alta Edad Media (del alemán alte, "antiguo, viejo, vetusto") y Baja Edad Media, la más cercana a nosotros. La primera llega hasta los esplendores de

mediados del siglo XIII. La segunda, hasta finales del siglo XV.

Los Protagonistas

Este libro no va a ser, ni mucho menos, una historia de la Edad Media en España. Siguiendo la idea que mantengo a lo largo de todas mis obras históricas, preferentemente de carácter biográfico, me voy a ocupar de los protagonistas, es decir, de los que, a mi modo de ver, son los que hacen la historia, los creadores, los conductores de pueblos, a los que los demás siguen, del más alto al más bajo, porque han sabido interpretar las necesidades de los tiempos, dar ideas y ponerse al frente. Y porque los pueblos van por donde les llevan.

Esos protagonistas medievales españoles son, sobre todo, los reyes. Y de un modo más claro, ya que no hay más remedio que seleccionar, aquellos que, a partir del año 1000 aproximadamente, son los grandes forjadores de la Reconquista, aquellos cuyos nombres egregios darán sentido a cada capítulo. Antes del año 1000, a partir de don Pelayo, hay también muy insignes monarcas, dignos de mención y sin los que sería imposible la existencia, la acción y la interpretación de sus grandes sucesores.

Por todo lo anterior, la etapa que va de Covadonga a Sancho III el Mayor, el primero de los grandes, la he refundido en dos capítulos iniciales. En ellos podremos ver cómo se inició enseguida la recuperación de «la España perdida» y la serie egregia de los monarcas españoles que primero lo fueron de aquellos pequeños reinos que se lanzaron a la Reconquista desde las montañas de los Picos de Europa y de los Pirineos. Es decir, de Asturias, de Cantabria, de las tierras

vascongadas, desde las Bardulias, luego Castilla, desde Navarra, desde Aragón, desde los condados catalanes, que todavía no eran Cataluña...

Una época maravillosa, en la que se unen la leyenda y la historia, un arte naciente, unas lenguas nuevas y el ardoroso guerrear. Época a la vez oscura y deslumbrante, de castillos y de monasterios, de cabalgadas y primeros balbuceos literarios. Así empezó a reconquistarse España.

Expresamente he dejado fuera de estas páginas a los Reyes Católicos. La soberana pareja es más bien puente entre la Edad Media y la Edad Moderna. Además, su personalidad y su acción son tan excepcionales que no cabrían en este intento de ensayo medieval. Muy recientemente les he dedicado una extensa biografía Nota 1. A ella me remito.

Covadonga y don Pelayo. Es algo que suele ocurrir en los relatos históricos. Algunos de los episodios clave del pasado aparecen envueltos en un halo de misterio y fantasía, una semioscuridad en la que se mezclan lo real y lo legendario. Una muestra eminente en la Historia de España es la batalla de Covadonga.

Desde el historiador que describe con minuciosidad sus detalles, exalta su trascendental importancia y canta las glorias de los vencedores hasta aquellos que la consideran como una simple emboscada de limitada repercusión. Ni lo uno, ni lo otro.

Covadonga no pudo ser una gran batalla. Las tropas enviadas por el valí Ambasa al mando de Alkama no eran muy numerosas. En las primeras escaramuzas acorralaron a los de don Pelayo, que tuvieron que refugiarse en una cueva de los riscos del monte Auseba. Se negó don Pelayo a la rendición y en

la siguiente escaramuza los musulmanes sufrieron una sangrienta derrota, encerrados en un angosto desfiladero sin salida. Los que quedaron huyeron hacia los Picos de Europa, atravesaron el río Cares, descendieron a Bulnes y cruzaron los puertos de Aliva hasta el Deva y la Liébana.

Precioso recorrido que, sin embargo, no debió de resultar a los moros muy grato. Estos hechos no tuvieron mucho eco en Al-Andalus. Apenas dan cuenta de ellos las crónicas árabes. Para ellos fue un episodio local, y allí, en las montañas, quedaba «aquel asno salvaje, llamado Pelayo» con sus «politeístas trinitarios». Ellos tenían un solo dios, Alá, mientras que los cristianos, a su modo de ver, tenían tres.

No se ponen de acuerdo los historiadores respecto a la fecha de Covadonga. Aun los más rigurosos, como Sánchez-Albornoz y García de Valdeavellano, se mueven entre el 718 y el 722, principio y fin de aquellos encuentros que acabaron en el monte Auseva. Lo mismo da. La trascendencia de aquel episodio no está en el número de combatientes ni en las pérdidas de cada bando. La verdadera importancia

es que en aquella simbólica batalla aparece por primera vez el espíritu de resistencia armada al invasor, la eficacia de la unión entre montañeses de la región con los caballeros visigodos refugiados en el norte ante el avance del islam.

Reconoce Sánchez-Albornoz que Covadonga no es todavía la imagen de la resurrección en Asturias del reino visigodo, pero me permito opinar que sí es el primer paso para iniciar la recuperación de «la España perdida» a la que me refiero al principio de este capítulo. Y, desde luego, siguiendo lógicamente la imagen y las formas del reino visigodo, del que provenían los jefes de la rebelión asturiana. Porque don Pelayo es un noble visigodo, hijo del conde Favila, cortesano y, probablemente, de sangre real.

Por toda esta serie de circunstancias, en los árboles genealógicos de la monarquía asturiana se considera a Pelayo como el primer rey en aquel trono de riscos y matorrales, desde el 718 al 737.

Ya en el siglo IX, en la *Crónica de Alfonso III*, se ponía en la boca del vencedor de Covadonga la siguiente altiva respuesta cuando fue intimado a la rendición, prueba de su voluntad patriótica y religiosa:

> Confiamos en la misericordia del Señor que desde este pequeño montículo que ves se hayan de recobrar la salvación de España y el ejército del pueblo de los Godos.

El primer Alfonso. Muere el gran don Pelayo en Cangas de Onís, y a poco de sucederle también fallece su hijo Favila, el de la leyenda de su muerte entre las garras de un oso.

Sorprende la consolidación de la pequeña monarquía sucesoria en unos años tan inciertos, con aquella naciente independencia entre riscos y valles abruptos. Tras Favila pasa a ser rey de la mínima comarca el marido de Ermesinda, hija de Pelayo. Es Alfonso I, hijo de Pedro, duque visigodo de Cantabria.

Sorprende también que durante el reinado de este Alfonso, llamado el Católico, se estabilizase la dinastía (735-757), la continuidad de la estirpe visigoda e incluso el nombre, ya que este rey abre la serie de los Alfonsos (Adefonsus) que se perpetuará hasta el Alfonso XIII del siglo XX.

Ayudó a la relativa estabilidad de los reinos astures en la etapa inicial la división entre árabes y beréberes en el campo enemigo. Bien se aprovechó Alfonso I para avanzar hasta Astorga, haciendo correrías por Álava, la Bureba, la Rioja, Tierra de Campos, llegando a la zona comprendida entre el Duero y la Cordillera Central. Mérida y Coria podían

considerarse como plazas fronterizas.

Sin embargo, no había firmeza ni medios para consolidar estos avances, así que las huestes cristianas tenían que retroceder casi a las posiciones de partida, dejando por medio extensas zonas semideshabitadas, a las que Sánchez-Albornoz ha llamado «el Desierto del Duero», pues quedaban allí casi aislados pequeños núcleos de población, mínimas aldeas en tierra de nadie y de todos.

No hubo, efectivamente, gente y recursos para organizar aquellas zonas ni para establecer guarniciones avanzadas. La seguridad y una relativa fortaleza se limitaron a Asturias y Santander, con Galicia en un extremo y Vasconia en el otro. Vasconia, tierra de los antiguos várdulos, o bárdulos, de ahí el nombre de Bardulia, así como de los autrigones prerromanos. Los vascones se reducían a pequeñas tribus concentradas en las comarcas montañosas del noroeste de Navarra, aunque su nombre se extendió a las que serían llamadas provincias Vascongadas o vasconizadas.

Las campañas de Alfonso I sirvieron también para liberar a muchos mozárabes que así pudieron establecerse en el norte de España.

Se repobló la zona marítima de Galicia, el oriente de Asturias, el valle del Sella, la Liébana, las Asturias de Santillana, la región de Entrambasaguas y hasta el Nervión, Carranza, Sopuerta y la parte occidental de la Bureba, Álava y parte de la Rioja.

Fruela I y los reyes menores. Tuvo interés bélico y humano el reinado de Fruela I, hijo de Alfonso I y considerado por las crónicas como «guerrero duro y de fiera índole», que parece que llegó a vencer a las huestes del poderoso califa Abderramán I en Pontuvio, tal vez Puentedeume. Se casó Fruela con una vascona,

Munia, joven cautiva, ya que los vascones, como también los gallegos, se sublevaban de vez en cuando contra el rey astur.

El reinado de Fruela no debió, pues, de ser muy tranquilo. Llegó a matar con sus propias manos a su hermano rebelde Vimarano, y él mismo acabó siendo asesinado.

Poco podían hacer los reyes que le sucedieron, Aurelio, Silo y Mauregato, contra un enemigo tan fuerte como Abderramán. Los magnates godos refugiados en el norte seguían siendo la clase dirigente. Mantuvieron la tradición política visigoda, la continuidad del Estado hispanogodo y el Oficio Palatino, trasladando la corte de Cangas de Onís a Pravia.

Roncesvalles. Por aquel tiempo decidió Carlomagno intervenir en España. El emperador de la barba florida estaba en tratos con los árabes de Zaragoza. Vio en ello la posibilidad de establecer una Marca o región fronteriza entre el Ebro y los Pirineos, algo así como un hinterland protegiendo su Imperio en el sur.

Carlomagno pasó por Roncesvalles, recibió en Pamplona la sumisión de los vascones y siguió por Huesca hasta Zaragoza, que sitió. Pero las noticias que recibió de Sajonia le obligaron a retirarse, y en esa marcha fue cuando se produjo la famosa «rota de Roncesvalles», donde muere lo más granado de la nobleza carolingia, con el duque de la Marca de Bretaña al frente, el no menos famoso caballero Rolando, el de la *Chanson de Roland*. Tema engrandecido por la épica francesa y por los romances españoles.

La retirada francesa no supone que hayan desistido Carlomagno y su sucesor, Ludovico Pío, de la

idea de la Marca Hispánica. Se apoyan en Urgel, Cardona, Vich y Gerona, llegando hasta Barcelona, que es conquistada por un ejército hispanogodo al mando de Bera y al servicio del Imperio carolingio, de Ludovico Pío, rey de Aquitania. Bera se convierte en gobernador y conde de la ciudad. En la zona de influencia franca quedan comprendidas las comarcas pirenaicas de Sobrarbe, Ribagorza y Pallars, así como la de Jaca. Pronto estarán al frente de ellas condes autóctonos como el llamado Aureolus u Oriol.

La Marca se extiende hacia Tarragona, pero los francos no logran arrebatar a los árabes ni Tortosa ni Huesca, a pesar de sus intentos.

Alfonso II el Casto. El nuevo rey astur es Alfonso II, cuyo larguísimo reinado durará cincuenta y un años, del 791 al 842. Luchó contra tres emires sucesivos de Al-Andalus y fue calificado en las crónicas como «amable a Dios y a los hombres». Fue él quien llevó la corte de Pravia a Oviedo, nombre este que viene de la colina de Oveto, junto al monasterio de San Vicente. Allí fue edificada la nueva Toledo, capital visigoda y añoranza de la España que había que recuperar. En torno a la nueva ciudad se fueron construyendo las joyas de la arquitectura asturiana que hoy son Patrimonio de la Humanidad.

Alfonso II fue llamado el Casto «por su vida sobria y continente», no habiendo llegado a consumar su matrimonio con Berta, princesa de Francia. A don Alfonso se deben la famosa Cámara Santa de la catedral de Oviedo y la no menos famosa Cruz de los Ángeles (808), así como la de la Victoria, insignia del Principado de Asturias para los siglos.

Luchó el rey contra los moros. No solo les mantuvo a raya, sino que en sus correrías llegó a Lisboa. Estableció avanzadas en Extremadura y venció a la columna de Abd-el-Malik, que venía a atacar

Oviedo, en la batalla de Lutos, cerca de Grado. Exageran las crónicas cuando dicen que en Lutos murieron muchos miles de «caldeos», que era como los astures llamaban a los árabes.

En tiempos de Alfonso II empezaron a surgir los castillos en la zona sur de Álava, en tierras de várdulos y autrigones, que los árabes llamaron Al-Qila y que dio nombre a Castilla, apelativo que aparece por primera vez el año 759.

Eran tiempos en que la falta de medios humanos y materiales obligaban a abandonar plazas y tierras conquistadas en las correrías o algaras, como ocurrió con Lisboa y extensas zonas extremeñas. Se comprende así que con tantos avances y retiradas la Reconquista se eternizara.

A principios del siglo IX empezó a extenderse por el reino astur una noticia que pronto iba a tener extraordinaria trascendencia. Se había hallado en un monte cercano a Iria Flavia, en Galicia, un sepulcro que se decía que contenía el cuerpo del apóstol Santiago traído desde Jerusalén. Alfonso II mandó construir un templo sobre aquel lugar que pronto comenzó a ser centro de peregrinaciones y el predilecto para las donaciones reales. Se convertiría además en el símbolo de la resistencia cristiana frente al islam.

Aragón y los vascones. La comarca de Jaca y otras colindantes comenzaron a ser llamadas Aragón por el río que las cruza. Su primer conde indígena fue Aznar Galindo, dependiente de Aquitania y leal a Carlomagno y Ludovico Pío.

Sería la cabeza de un reino independiente en cuyos orígenes se unen lo histórico y lo legendario.

Por aquel tiempo (810-820), los vascones de las montañas del Pirineo occidental se agrupaban bajo el

mando de un caudillo, Iñigo o Enneco Arista, que ya aparece en las viejas Genealogías de Meyá. Considerarle como primer rey de Pamplona no pasa de ser una leyenda.

Otro caudillo o señor del Alto Aragón fue un tal Galindo Belasco o Belascotenes, cuyo hijo García el Malo se casó con una hija de Aznar Galindo. Los parentescos de estas familias y sus entronques con los islámicos de Zaragoza, los Banu Qasi, descendientes del conde visigodo Casio, son de lo más oscuros. Baste decir, como explica Sánchez-Albornoz, que son la consecuencia de la unión de vascones y muladíes, o sea, de cristianos convertidos al islamismo.

Hay que recordar que la mayor parte de los montañeses vascones seguían siendo paganos a principios del siglo IX, sin que penetraran en sus tierras ni los ritos de la Iglesia visigoda ni la liturgia de los francos.

Ordoño I. En Asturias, Ordoño I extendió sus dominios más allá de los Montes Cantábricos, repoblando algunas plazas fuertes del llamado «Desierto del Duero», en especial la antigua ciudad de León, Astorga, en el Bierzo, y Tuy, en los confines de Galicia, al mismo tiempo que rechazó a los normandos cuando intentaron desembarcar en las costas gallegas.

También acudió Ordoño a enfrentarse a los musulmanes en Albelda, desde donde se dominaban los pasos de la Bardulia, Álava y Navarra. Obtuvo una gran victoria en el monte Laturce sobre los Banu Qasi de Muza. Fue la famosa batalla de Clavijo, fantaseada por la leyenda y atribuida sin razón a Ramiro I.

Afirmado Ordoño por su victoria, aseguró la entrada en las antiguas tierras de los autrigones, Álava, Cantabria y Vascongadas, encargando la fortaleza y repoblación de la Peña de Amaya al conde

Rodrigo, que por su mandato gobernaba la tierra de los castillos, es decir, Castilla. En el año 866 moría Ordoño I y le sucedía como nuevo rey de Oviedo su hijo Alfonso III.

Alfonso III el Magno. Los mejores medievalistas coinciden en resaltar que la llegada al trono de Alfonso III iniciaba la expansión territorial del reino astur y la afirmación del ideal neogótico en pos de «la España perdida». Tales posibilidades pudieron irse haciendo realidad gracias a la debilidad interna de los gobiernos de Al-Andalus, minados por las diferencias étnicas y religiosas de su población, en número mucho más hispana que árabe y beréber. Discordias civiles que enfrentaban a los rebeldes muladíes o mozárabes con el poder omeya.

También los cristianos andaban divididos. Gracias a los *fideles* del rey Alfonso, reminiscencia gótica, este pudo imponerse a sus adversarios y recuperar el principio hereditario de la monarquía.

Por aquellos días, Alfonso III envió al conde Vimarano Pérez a conquistar Oporto (Portu), que pronto dio nombre al país vecino (Portucale). Poco después, el conde Hermenegildo, otro godo, conquistaba Coimbra para Alfonso III, el cual, después de su victoria de Polvoraria sobre Al-Mundhir, impuso a los emires cordobeses una tregua de tres años. Que, por cierto, entonces no fue respetada por los mahometanos.

La Crónica profética del año 883 anunciaba que Alfonso III reinaría pronto en toda España. Faltaban todavía seis siglos.

Sin afanes proféticos, pero muy realista y audaz a la vez, el rey astur atravesó el Tajo y se internó en Sierra Morena, derrotó a los moros y volvió a Oviedo sin ser inquietado. Es lo que pasaba entonces: se

avanzaba, se vencía, se rescataban mozárabes, pero se carecía de fuerzas para instalarse y permanecer. No obstante, se van fundando algunas poblaciones avanzadas que perduran en los siglos. Es el caso de Burgos, fundada como plaza fuerte por el conde Diego Rodríguez, así como el castro de Sigerico, Castrogeriz.

Debemos tener en cuenta que la guerra entre moros y cristianos se eternizaba porque, a pesar de sus profundas motivaciones religiosas y patrióticas, no era una guerra total, existencial. Las relaciones entre los enconados vecinos se tornaban con frecuencia en contactos inevitables, producto de mentalidades colectivas que vivían convencidas de que ninguna de las dos partes tenía fuerzas suficientes para una victoria total durante sus vidas y las de sus hijos... Casos curiosos eran los de los emires cordobeses hijos de esclavas vasconas o gallegas, emires de cabellos rubios y ojos azules.

En el año 892, Alfonso III reconstruyó Zamora y la repobló con mozárabes toledanos. Por aquellos años, los condados españoles de los Pirineos se iban independizando del Imperio carolingio y Aragón entraba en la órbita de Pamplona.

Wifredo el Velloso. Es hora de dar algunos detalles de los condados catalanes, sobre todo de su figura famosa, el *comes et marchio* Wifredo el Velloso, que a fines del siglo IX gobernó varios de esos condados y fue el fundador de una dinastía. Desde entonces su condado, el de Barcelona, se convirtió en el principal de Cataluña la Vieja, pasando a desempeñar un papel esencial, aunque retrasado, en la Reconquista cristiana del territorio español, y, por lo tanto, en la historia de nuestro país. Recordemos que la palabra España, con su actual ortografía y pronunciación, procede de hispania en lengua de oc, provenzal, extendido y universalizado su uso al llegarnos a través del catalán

Nota 2.

La historia de Wifredo, Güifred el Pilós para los catalanes, no es bien conocida y se confunde mucho con la leyenda en la *Gesta Comitum Barcinonensium*, publicada casi doscientos años después de su vida.

A través de Seniofredo, conde de Urgel, probablemente, Wifredo fue nieto de Aznar, primer conde de Jaca y Aragón.

Wifredo gobernó una región boscosa, muy poco habitada. Se convirtió en el símbolo del espíritu catalán frente a los francos. Sin embargo, las palabras Cataluña y catalán todavía no existían. El emperador Carlos el Calvo le concedió el escudo de las famosas barras rojigualda —del que luego procedió en el siglo XVIII la bandera española— mojando sus dedos en la sangre del valiente conde barcelonés, herido en la lucha contra los invasores normandos.

Wifredo heredó Urgel y luego fue conde de Barcelona, aunque no marqués, ya que, según Valls Taberner, nunca llegó a gobernar la Marca. Su labor conquistadora y repobladora fue admirable, reuniendo bajo su poder toda la «Cataluña Vieja», Ripoll, Vich, Montserrat, Manresa... hasta el valle del Segre, y por el sur, más allá del Llobregat, aunque fracasara ante Lérida y no entrara en tierras tarraconenses. Él fundó en el 885 los monasterios de San Juan de las Abadesas y de Santa María de Ripoll. Más tarde heredó los condados de Gerona y de Cerdaña-Conflent. Nacía, pues, bajo su mando lo que sería un nuevo Estado cristiano para participar en la reconquista del Levante español, la Tarraconense de los romanos. A su muerte, los territorios se dividieron entre sus hijos, si bien no se interrumpió con ello el ánimo hispánico en pos de «la España perdida».

La época de Alfonso III ha representado el crisol que culmina la reacción cristiana frente al islam. Al gran empeño van a unirse los núcleos

reconquistadores de Pamplona y los condados catalanes.

Las plazas fuertes iban ocupando todo el territorio cristiano de Zamora, Toro y Simancas hasta el Arlanza y las tierras riojanas, con fronteras imprecisas con los castillos que darán nombre a Castilla.

Las actuales provincias Vascongadas, la Comunidad Autónoma, formaba parte del reino de Asturias, que llegaba hasta Francia desde Álava, la llamada «Galia comata» o Galia frondosa.

Los vascones orientales de las montañas del Pirineo iban a formar el reino de Pamplona, por Estella, Puente la Reina y Sierra de la Peña, sin llegar al Ebro, que estaba dominado por los Banu Qasi de Zaragoza. Por el este, los navarros limitaban con los condados de Ribagorza y Pallars, tierras aragonesas y catalanas.

Ese nuevo reino de Pamplona iba a ser gobernado primero por la familia Iñiga, de Iñigo Arista, y luego por la familia Jimena, de García Jiménez. El primer rey de Pamplona, Sancho Garcés I, pertenecía a esta última dinastía.

La vida de la Alta Edad Media. Desde el reino astur el propio rey dirigía en persona la repoblación y distribuía las tierras yermas, que se consideraban de propiedad real, mediante la *pressura*. El ocupante era el *pressor*. Al propio tiempo se estimulaban por el monarca las fundaciones de templos, que iban siendo rodeados de modestas viviendas. Se colonizaban las tierras y se concedían «cartas puebla». La pequeña población de vicos, villas y aldeas contrastaba con la gran propiedad feudal del resto de Europa. Tanto pequeño propietario libre, como los que defendían a capa y espada, como señores, sus modestas propiedades, las behetrías, retrasaban la evolución

económica del país. Un sistema que con parecidas formas perdura en los miles y miles de municipios antieconómicos que cubren en gran parte la España actual.

Surgían los monasterios por doquier. Baste citar algunos nombres: Samos y Sobrado, en Galicia; Santo Toribio de Liébana, San Miguel de Escalada, en el Esla; San Pedro de Cardeña, en Castilla; San Facundo o Sahagún, en León; San Salvador de Leire, en Navarra; San Juan de la Peña, en Aragón; San Pedro de Roda y San Juan de Ripoll, en Cataluña...

Se hablaba latín, que iba derivando hacia el *ruticus sermo*, latín vulgar, una lengua usada por el pueblo, origen de las lenguas romances y de sus formas dialectales, con abundantes arabismos.

El arte mozárabe, la liturgia, los códices miniados, los peregrinos, las campanas, las juderías... El eje político se va alejando de Oviedo, camino de León, donde se va a trasladar la capital del reino astur... Y Pamplona y Barcelona se van a lanzar decididas a la gran empresa secular de la Reconquista.

Se acerca ya el año 939, en el que tendrá lugar el episodio bélico más importante desde Covadonga, la batalla de Simancas. A ella llegaremos en el próximo capítulo.

2

Los Reyes Precursores del Año 1000. De Simancas a Almanzor

Sentimiento de Unidad Nacional

Una cierta mentalidad intelectual contemporánea que trasciende a algún tipo de historiografía en boga solo encuentra motivaciones económicas en las conductas de los personajes y de los pueblos a lo largo de la historia. Por supuesto que hay que tener en cuenta esos factores vitales, pero hay otros más elevados y me atrevería a decir que, en muchos casos, más fuertes.

Los movimientos reconquistadores de los cristianos españoles contra el invasor musulmán tienen un común denominador y un motor fundamental, de defensa y de expansión, lo que García de Valdeavellano, el gran medievalista, llama «un vago sentimiento de unidad nacional, la expresión de la idea española... no por vaga y confusa menos significativa de la aparición de un pensamiento político unitario».

León se va a convertir en el siglo X en la población

más importante de la España cristiana, en la residencia de unos reyes que pretenderán imponer algo así como una idea imperial sobre todos los núcleos reconquistadores, bajo el símbolo de la tradición visigoda. Es decir, un Estado fuerte, capaz de oponerse y de vencer al más grande poder de la época, posiblemente el más fuerte de Europa, el del Califato de Córdoba, con el gran Abderramán III al frente.

El rey García de León, contemporáneo de Abderramán, continúa la labor repobladora con el afán de llevar sus líneas defensivas al Alto Duero, al país de los castillos. Se repuebla Roa, Osma, la fortaleza de Lara, la de San Esteban de Gormaz... Se encargan de ello personajes de romance: el conde de Lantarón, el conde de Burgos, Gonzalo Fernández de Lara, el conde Nuño Núñez... El rey Ordoño de Galicia llega más allá del Tajo y saquea Évora, y el rey leonés, don García, vence a los musulmanes en Arnedo. Son muestras del esfuerzo reconquistador desde el noroeste hacia el sur y hacia el este, para enlazar con las zonas navarras, aragonesas y catalanas.

Abderramán III. Al morir el rey García es aclamado como sucesor su hermano Ordoño II, que incorpora Galicia y se reconoce la supremacía del reino de León. Los ataques de los ejércitos de Abderramán III son terribles, mediante aceifas que devastan las tierras leonesas; pero Ordoño, unido a Sancho Garcés de Navarra, alcanza una gran victoria sobre los moros en San Esteban de Gormaz. No obstante, en esa especie de rigodón bélico, Abderramán se apodera de Osma, de Gormaz, incendia todo a su paso, se apodera de Calahorra y se dirige contra Navarra, causando a los cristianos la cruenta derrota de Valdejunquera, verdadero desastre militar. Sin embargo, según la costumbre de los islámicos en

España, aquella no fue una campaña de conquista, sino solamente de castigo y de devastación, a la que respondió Ordoño II con una incursión en tierras cordobesas.

Por su parte, el rey navarro, Sancho Garcés, trataba de asegurar la línea del Ebro, dominaba un extenso territorio, y mediante alianzas matrimoniales unía la dinastía real navarra a la casa condal aragonesa.

Ante el avance de Ordoño y Sancho Garcés por la Rioja, apoderándose de Nájera, Viguera y Albelda, Abderramán reacciona, llega a Pamplona e incendia la ciudad.

Ha muerto Ordoño II, y poco después, su hermano y sucesor, el débil Fruela II. El nuevo rey de León fue Alfonso Ordóñez, hijo de Ordoño II, al que apoyó su suegro el rey de Pamplona Sancho García. Este monarca, verdadero fundador de la dinastía navarra, falleció en el 926, dejando consolidada la línea del Ebro e incorporada la Rioja Alta a la España cristiana. A su muerte pasó de hecho a gobernar el reino la enérgica reina Toda, madre del nuevo monarca García Sánchez I.

Entre tanto, Galicia queda de nuevo incorporada a León. El soberano único va a ser Alfonso IV, que pronto se hizo monje, sucediéndole su hermano menor, Ramiro. El reinado de este está lleno de actividad guerrera, se incrementa la expansión territorial y se robustece la autoridad regia. Ramiro II fue un rey batallador, enérgico y cruel que «reinó seguro», como dice el cronista Sampiro. En sus ataques llegó a conquistar la fortaleza mora de Madrid, ocupación que debió de ser muy fugaz. Poco después, avisado por el conde Fernán González, que pronto se hará famoso y se rebelará contra el rey de León, acude a enfrentarse a las tropas del califa y obtiene la gran victoria de Osma, después de la cual

León, Navarra y Aragón forman un bloque contra Abderramán III.

El califa, ante la osadía de las tropas cristianas, decidió una nueva campaña con un ejército de cien mil hombres y él al frente. La llamó «campaña de la omnipotencia» y se dirigió a la conquista de Zamora, posición clave en todas aquellas guerras. De allí proyectaba seguir para tomar León. A su encuentro salieron los guerreros leoneses, astures, gallegos y castellanos, con Ramiro II de jefe supremo y con las tropas navarras de la reina Toda a sus órdenes. La batalla fue muy fuerte. El ímpetu de los de Ramiro II dominó totalmente a los «caldeos» (así llamaban los cristianos a los moros) cerca de las murallas de Simancas, que dio nombre a la contienda. El califa hasta perdió en el campo su cota de malla de oro y su Corán.

Miles de muertos y de prisioneros, que aumentaron en la batalla de Alhandega, durante la persecución de los musulmanes. Abderramán III el Victorioso recibió en aquellas jornadas la mayor humillación de su reinado. «Así terminó su orgullosa campaña de la omnipotencia», según comenta Valdeavellano. Como consecuencia, muy poco después, a fines del año 939, Ramiro II repoblaba Salamanca y Ledesma, y Fernán González, la antigua ciudad romana de Sepúlveda, ya en las estribaciones de Somosierra.

El Condado de Castilla

El reino astur-leonés era ya a mediados del siglo X un Estado fuerte y de extenso territorio. Se hallaba gobernado en nombre del rey por jueces y condes que administraban y se ocupaban de la defensa militar.

Castilla tiene su origen en las viejas tierras celtíberas de los autrigones, al sur de Cantabria, comarca foramontana, como diría Víctor de la Serna, de la que hablan las crónicas por primera vez con ese nombre el año 759. Comprendía tierras de los valles altos de la Losa, Mena, Brañosera, Valdegovia, y seguía a la llanura de Vitoria, a la que los árabes dieron el nombre de Alaba, que por lo tanto no es palabra vasca. Los castillos se alzaban en lo alto de montes y colinas y defendiendo el paso de los desfiladeros.

El primer comes o conde de Castilla fue Rodrigo, designado por el monarca leonés. Este conde repobló, por mandato de Ordoño I, la inexpugnable fortaleza de la Peña de Amaya, considerada por muchos el centro y germen de la vieja Castilla, de la Vardulia de las crónicas, exaltada por Menéndez Pidal y Gómez Moreno y considerada tierra vascona por Navarro Ledesma en su obra *Amaya o los vascos del siglo VIII*. Vasconia y Cantabria, fundadoras de Castilla, en toda la obra de Sánchez-Albornoz.

Castilla es el pequeño rincón de los famosos versos del Poema de Fernán González:

> Entonces era Castyella un pequenno rincón
>
> Era de castellanos Montes d'Oca mojón
>
> E de la otra parte Fitero el fondón...

Al conde Rodrigo le sucedió su hijo Diego Rodríguez (873) y el conde Vela Jiménez en el condado de Álava. La ciudad de Burgos se convirtió en el centro urbano más importante.

Fernán González. Más adelante, hacia el año 920, los condes castellanos empezaron a mostrar abierta

rebeldía frente al rey de León. Fernán González, emparentado con la dinastía navarra por su boda con una hermana de García Sánchez I, se convertía en el más poderoso señor de Castilla, con la ayuda del señorío de Lara, más fuerte que Fernando Ansúrez, el conde castellano adicto al monarca leonés. Con su crecido prestigio tomó parte, como ya he escrito, en la batalla de Simancas y en la conquista de Sepúlveda. Es el héroe de la leyenda castellana «nunca fue en el mundo otro tal cavallero».

En Castilla se funden las razas más antiguas y los más viejos caminos. Iberos, preiberos, celtas, cántabros, vascones, caristios, várdulos, autrigones, astures y berones... Por allí se unía el noroeste de España con el Mediterráneo, el valle del Tajo con el Cantábrico, las Vascongadas o vasconizadas con el Ebro Central, el Duero con las montañas leonesas... Tierras estratégicas que por ello se convirtieron en el objetivo principal de las correrías y destrucciones árabes.

La colonización de Castilla la hicieron sobre todo los vascos, pueblo escasamente romanizado. No hubo al principio en Castilla ni grandes magnates con vastos señoríos, ni importantes monasterios, templos de la sabiduría de la época, ni sedes episcopales. Solo castillos y fortalezas y, como refleja la vieja geografía, cientos de vicos, de aldeas pobladas por rústicos labriegos y modestos ganaderos, que por la *pressura* o por el régimen de behetrías llegaron a veces con el tiempo y sus servicios a la condición de hidalgos. Pequeñas comunidades locales que se organizaron en concejos y municipios, gentes de un espíritu particularista e innovador, como dice Valdeavellano, propensas a la rebeldía anticentralista, reacios a la autoridad neogótica de León.

La costumbre jurídica, sin leyes escritas como tenían Cataluña y León, la interpretaban los jueces,

como los semilegendarios Laín Calvo y Nuño Rasura. Sus sentencias eran las famosas *fazañas*, incipiente derecho castellano. Y algo parecido ocurrirá con la literatura, en la que a través de la épica popular renacerán los cantos heroicos de los godos en la epopeya castellana.

Fernán González hace hereditario su extenso condado. Mejoran sus relaciones con Ramiro II al casar a su hija Urraca con el primogénito del rey de León.

Por aquellas fechas, año 959, eran condes de Barcelona Mirón y Borrell, hijos del conde Sunyer, y moría el conde de Ribagorza, al que la leyenda convierte en el mítico Bernardo del Carpio.

En el año 951 fallece Ramiro II, «el más enérgico y batallador de los reyes leoneses». Le sucede su hijo Ordoño III, que tuvo que soportar y dominar la rebeldía de su hermano Sancho, apoyado este por la reina Toda de Navarra y por Fernán González. Después de dominar la rebeldía de Galicia, de llegar a Lisboa y saquear la ciudad, cobrándose un gran botín, consideró que lo mejor era llevarse bien con el califa de Córdoba y solicitó a Abderramán una tregua.

Sancho el Craso. Murió Ordoño III en el 956, sucediéndole su hermano, el antiguo rebelde, Sancho I, conocido como el Craso, tanto que acabó yendo a Córdoba para ver si los físicos árabes podían reducir su gordura. Humillación ante el califa que dejó en difícil situación a León, con discordias internas y cada día más mediatizado por Navarra y por Córdoba.

Los conspiradores contra Sancho, con la ayuda del conde de Castilla, obligaron al rey a abandonar el trono y a buscar refugio en la Navarra de su abuela, la reina Toda.

Sin embargo, después de su curación en Córdoba,

adonde fue con la reina abuela y libre de la obesidad gracias a Hasday ben Saprut, Sancho «el ex Craso» emprendió la reconquista del trono, ocupado ahora por Ordoño IV, llamado el Malo, al que se mantenía leal Fernán González, su suegro.

El ataque de los árabes, por un lado, que tomaron Zamora, y de los navarros de Toda contra Castilla, inclinaron la balanza a favor de Sancho I, que regresó en triunfo a León. Por aquellos días los normandos atacaban las costas gallegas y moría en Córdoba el más grande de los califas, Abderramán III. Se iniciaba para la península Ibérica una nueva etapa, tanto para Al-Andalus como para los reinos reconquistadores.

Al-Hakam. A la muerte de Abderramán III fue proclamado califa en Córdoba su hijo Al-Hakam (o Alaquén), príncipe culto, bibliófilo y digno sucesor de su padre. Era rubio, como tantos príncipes cordobeses, y se dice que con cierta tendencia al homosexualismo, tan frecuente en la España musulmana. El califato vivirá con él los días más brillantes de su historia, a lo que contribuyeron las disensiones internas entre los cristianos, que tuvieron que entregar fortalezas y cautivos.

La muerte de Sancho I llevó al trono de León a un niño de cinco años, Ramiro, bajo la tutela de su tía doña Elvira, monja en el monasterio de San Salvador. Por aquellos días moría el conde de Barcelona Mirón, al que sucedió su hermano Borrell. La acción reconquistadora del condado en aquel tiempo era casi nula.

La tía del rey Ramiro creyó lo mejor, dada la debilidad del reino, dividido en discordias, concertar una tregua con Al-Hakam II. En Navarra reinaba Sancho II, conocido por su calzado como Sancho Abarca, y el nuevo conde de Castilla era García Fernández, llamado «el conde de las manos blancas».

Era el hijo de Fernán González.

Almanzor. Era tan grande por entonces la superioridad de Córdoba que los reinos cristianos se veían obligados a enviar constantes embajadas al califa solicitando treguas y ayudas. Esa situación de relativa paz interesada no pudo continuar porque a la muerte del gran califa, el del supremo esplendor de Córdoba, Al-Hakam II, el gobierno será ejercido por Abu Amir Mohamed ben Abi al-Mansur, larguísimo nombre que en castellano se convirtió en Almanzor, verdadero soberano de Al-Andalus, que llevará a la cumbre del poder militar, azote de los reinos cristianos, «relámpago cegador» que de escribano público en Córdoba llegó a ser el más poderoso caudillo musulmán en España.

Como este es un libro dedicado a los grandes reyes medievales españoles y además estos capítulos previos son solo una introducción para exponer cómo se llegó a sus reinados, prescindimos aquí de la interesante historia de la vida de Almanzor desde sus orígenes familiares hasta los días en que inició sus hazañas militares invadiendo las tierras salmantinas a principios del año 977. Amante de la sultana Sobh, madre del nuevo califa Hixem, y protegido por el gran general de los musulmanes Galib, con cuya hija se casó, Almanzor, a partir del año 979, se lanzó al ataque demoledor contra los reinos cristianos. Por esos días, el conde García Fernández había fundado en Covarrubias un rico y extenso dominio con toda clase de privilegios para un infante o hijo de príncipe, un infantazgo. A partir de entonces los hijos de los monarcas serán llamados infantes.

Ante el peligro amenazante de Almanzor, Ramiro III de León, García Fernández de Castilla y Sancho Abarca de Navarra forman una coalición cristiana y concentran sus tropas en el valle medio del Duero.

Almanzor, irresistible, les vence en la batalla de Rueda. Allí recibe el vencedor el título honorífico de Al-Mansur bi-llah (el Victorioso por Alá), título por el que le conocerá la Historia. El nuevo rey leonés, Vermudo II el Gotoso, concluye un tratado con Almanzor pagándole un fuerte tributo. A cambio se le devolvía Zamora y tropas cordobesas se comprometían a apoyarle frente a sus enemigos.

Pero Almanzor estaba decidido a proseguir la guerra santa. Ahora su objetivo es el condado de Barcelona, que los árabes llaman Ifrancha (Cataluña) por considerarlo vinculado a Francia. El caudillo cordobés vence al conde Borrell, asalta Barcelona, la saquea, la incendia, la deja desierta, tierra quemada. Y, como siempre, destruye todo y se retira al sur del Ebro.

Lo mismo que con Barcelona hace con Coimbra, y León se rindió a los pocos días de asedio. El rey Vermudo se refugió en Galicia, y todo el país fue saqueado por Almanzor. El carácter de este se demuestra cuando ordenó decapitar a su propio hijo Abd Allah porque había desertado.

El nuevo rey de Pamplona es García Sánchez II, llamado el Temblón, no por su miedo, sino por la ira tremante que le invadía al entrar en combate. Seguía Almanzor humillando a los reinos cristianos. Arrasa Saldaña y Carrión, y culmina sus planes atacando después la urbe de las peregrinaciones de Europa, Compostela, la tumba del Apóstol. Arrasa la ciudad y se lleva las campanas y las puertas de la catedral a Córdoba como trofeos.

Sancho García, en Castilla, procura evitar los choques con Almanzor, gobierna con prudencia y se dedica a conceder estatutos y privilegios locales, lo que le valió el apelativo de Sancho «el de los buenos fueros». Pero Almanzor, el ciclón, el relámpago, no paraba. Ahora ataca Pamplona, que arrasa, y lo mismo

hace con Sobrarbe y Ribagorza.

Alfonso V, rey de cinco años, se deja gobernar en León por su madre, Elvira, como ya se dijo. Va a coincidir su reinado con el del gran Sancho III Garcés, el que será el más poderoso de los reyes de su tiempo con el nombre famoso de Sancho el Mayor. Él será el protagonista del próximo capítulo.

El conde de Castilla termina sus relaciones amistosas con Almanzor. Se pone al frente de una coalición cristiana en la que entran León y el conde de Saldaña, García Gómez. Sus tropas se reúnen en el macizo montañoso de la Peña Cervera, a cincuenta kilómetros del castillo de las Águilas, o Calatañazor. Acude raudo Almanzor: en el choque, mediante una hábil estratagema, el ejército islámico provoca el repliegue cristiano. Es lo que los Anales castellanos llaman «la arrancada de Cervera», favorable sin duda a Almanzor, que saquea el país, penetra en Burgos y sigue adelante devastando tierras navarras. Pero está viejo, cansado y enfermo. Aun así emprende una nueva campaña. Saquea el monasterio de San Millán de la Cogolla, la cuna de la lengua castellana, y, cada día peor de salud, se hace llevar en litera a Medinaceli, donde muere a poco de llegar. España respiró libre de aquella pesadilla. El autor del *Cronicón burguense* escribe: «Almanzor está muerto y sepulto en el infierno».

Llega la hora de los grandes reyes medievales españoles.

3

El Tiempo de Sancho III el Mayor

El Cambio de Milenio

Se usa y abusa del término «momento histórico» para referirnos a fechas y episodios de gran trascendencia. Uno de ellos lo es sin duda para España y para todo el Occidente: la transición del siglo X al XI.

Parece como si, vencidos los primeros años de la centuria, se considerasen ya superados los temores apocalípticos del milenio. Es la época en la que surge el Sacro Imperio Romano Germánico y en la que se consolida en Francia la nueva dinastía de los Capeto. Se van dibujando las fronteras entre los Estados, la Iglesia afirma su influencia en Europa y surgen nuevos afanes culturales. Es la cristiandad. Estamos en plena Edad Media.

En España, a la muerte de Almanzor, el califato se muestra menos agresivo bajo el mando del hachib Abd-el-Malik. Da la impresión de que los reinos cristianos no aprovecharon debidamente la

desaparición del «azote de Dios» y la clara decadencia del poderío musulmán. Faltaba coordinación en los esfuerzos reconquistadores, y las discordias internas debidas a cuestiones sucesorias y a la falta

de medios impiden la unidad necesaria para la acción conjunta.

Una gran figura va a surgir, dando una nueva orientación a la política de los reinos hispánicos, que va a tratar de dominar en una especie de imperialismo peninsular frente a Al-Andalus y proyectado hacia Europa. Del éxito de esta empresa y de la frustración que supuso la fragmentación de ese singular imperialismo hispánico no opinaremos hasta que veamos cómo los restos del gran Sancho III van a reposar al monasterio de Oña.

Sancho III

Sancho III es el tataranieto del fundador de la dinastía navarra, Sancho Garcés I. Lleva también en sus venas la sangre de Fernán González, el conde castellano, y de los Vela, grandes señores alaveses. Al suceder a su padre, Sancho no tenía más de quince años (1004). Su nombre aparece por primera vez en un documento del año 996 del monasterio de San Millán, y en un diploma más tardío, de 1005, en unión de su madre, la reina doña Jimena.

Al joven rey le aconsejaba su abuela Urraca con dos obispos, además de su madre. Es la reina Urraca la que le imbuye la idea de la unión con Castilla y de la lucha contra el islam.

Abd-el-Malik ha salido del letargo bélico que siguió a la muerte de Almanzor y avanza desde Huesca hacia Navarra. Parece que el joven rey navarro hizo

entonces sus primeras armas, demostrando habilidad y fuerza en los ejercicios de guerra, aleccionado por el conde de Castilla, Sancho García, que sería su gran maestro, no solo en estas lides, sino también en las de la diplomacia.

Él fue quien dirigió una coalición, incluyendo a los navarros, para luchar en Clunia contra los moros (1007), con resultado más bien adverso.

En las buenas relaciones con Castilla, Sancho III debió de conocer a Munia Nota 3, la hija primogénita del conde castellano, tal vez por ello llamada Maior. Así se estrechaban las relaciones. Sin embargo, Sancho III por aquellos días tenía ya un hijo natural habido de «una hermosísima y noble señora de Aibar, llamada Sancha». Fue el primogénito, Ramiro, nacido antes de 1010, año del matrimonio del rey con Munia.

Las primeras iniciativas militares de Sancho III le llevan a tierras de la Rioja, oprimidas durante años por los musulmanes; debió de hacerlo con éxito, cuando el cronista árabe Ibn Idhari le llama «ese maldito Ben Sancho».

Los límites entre Castilla y Navarra llevaban fijados hacía casi un siglo, cuando Fernán González salió de la cárcel de Castroviejo. Se partía de una divisoria de aguas del Ebro y del Duero que iba de la cumbre de la Cogolla hasta el río Tera.

León quedaba al otro lado. No tardaría en convertirse en objetivo del rey Sancho III.

Sobrarbe y Ribagorza. Los viejos cronicones nos dicen que el rey Sancho, a partir de 1016, dedicó atención especial a la parte oriental de su reino, concretamente hacia los condados de Sobrarbe y Ribagorza, y más allá al de Pallars. Eran comarcas empobrecidas y que, en parte, habían estado ocupadas por el islam.

La empresa de Sancho fue una verdadera reconquista de aquellos condados, primero Sobrarbe, según relata la Crónica de San Juan de la Peña, y después Ribagorza, superada una serie de problemas sucesorios que alargarían demasiado este relato. En 1018 el rey navarro entró en triunfo en la región: «Vino a Ribagorza, levantó muchos castillos y expulsó a los sarracenos», según cuenta la *Crónica de Alaón*. Y años más tarde, el rey Ramiro de Aragón, hijo de Sancho el Mayor, nos dice de su padre que «entró en aquella tierra de Roda [el monasterio más importante de Ribagorza], que durante mucho tiempo fue dominada por los paganos, después, con la ayuda de Dios, fue recobrada por los cristianos en los días de mi padre».

Imperialismo sui géneris. En los documentos del reinado de Sancho el Mayor se indica que tanto el conde Berenguer de Barcelona como el conde Sancho Guillermo de Gascuña seguían a la corte del rey navarro, dependientes de él en concepto de vasallos Nota 4. Consecuencia de esta relación fue la que se estableció entonces entre Sancho y el abad Oliva de Ripoll, el gran prelado catalán «alma de la vida religiosa y cultural de los condados pirenaicos».

Berenguer buscaba el apoyo del rey navarro para resolver sus problemas interiores y para defenderse de los moros de Zaragoza, que atacaban sus fronteras. Pero, como dice un historiador, «en el concepto de Sancho protección equivalía a dominación», relación que se confirma cada vez que ambos soberanos se reúnen en el monasterio de San Juan de la Peña. En el cual, por cierto, el rey navarro había establecido la observancia cluniacense. Era una de las muchas muestras que iría dando Sancho a lo largo de su reinado de su atención y preferencia por las cosas de Europa, por las nuevas corrientes culturales y

religiosas que venían de más allá de los Pirineos. Esa tendencia se manifiesta en la escasa dedicación de sus afanes a la reconquista territorial frente al moro. La campaña recién comentada en Sobrarbe y Ribagorza es una de las pocas muestras de su espíritu reconquistador, mientras que la mayor parte de su extraordinario reinado estuvo consagrado a una especie de imperialismo *sui géneris* de las tierras hispánicas ya recuperadas al invasor musulmán.

Los historiadores franceses Adhemar de Chavannes y Raúl Glaber se hacen eco de esa tendencia europeísta de Sancho y de algunas campañas que el duque de Gascuña emprendió contra los sarracenos en expediciones organizadas por el rey navarro, pero sin intención de conquista, más bien de afirmar posiciones y obtener gran botín «para entregar a Cluny cuanto oro, plata y toda clase de bienes llegara a sus manos». Botín que fue entregado al famoso abad cluniacense Odilón. Recordemos que Sancho Guillermo de Gascuña era primo de Sancho el Mayor, y ambos habían pasado juntos su infancia en la corte de Pamplona, y después, también unidos, disputaron a los condes de Tolosa la primacía en los Pirineos. Los epitafios dedicados a Sancho III en el panteón de León le proclaman «Rey de los montes Pirineos y de Toulouse».

Sancho III, político. Nos figuramos a estos reyes de la Alta Edad Media como unos guerreros, un tanto bárbaros, blandiendo enormes espadones y dispuestos a descabezar enemigos en el combate o en el cadalso. Algo de ese estilo tenían todos en mayor o menor grado, pero algunos de ellos demostraron también dotes políticas, habilidad negociadora y preocupaciones jurídicas y culturales.

Sancho el Mayor, que cuando hizo falta demostró su valor y condiciones militares al frente de los suyos,

fue más bien un hábil político, un estratega en las combinaciones familiares, en el aprovechamiento de las circunstancias. Toda su acción enfocada hacia Castilla y León así lo demuestra.

El entrar en pormenores en cuanto a la campaña que utilizó inteligentemente y con astucia el rey navarro, para ir entrando en los reinos vecinos y acabar por dominarlos, llevaría al lector a inevitables confusiones, pues confusa y enrevesada por demás fue aquella campaña enfocada por el rey hacia ese imperialismo hispánico al que antes me he referido. Procuraré sintetizar.

El conde García y Alfonso V. Era conde de Castilla hacia los años veinte del siglo XI don García, infante de nueve años, sucesor de don Sancho «el de los buenos fueros», asesorado por demasiadas personas, mujeres de la familia, prelados y magnates. El momento es muy delicado: anarquía interior y amenaza leonesa en las tierras del Cea y el Pisuerga, que quieren recuperar desde tiempos de Fernán González.

Sancho el Mayor era cuñado del infante García, lo que le daba un cierto derecho a intervenir en las cuestiones de Castilla. No iba a hacerlo por razones sentimentales; no era su estilo. Lo que buscaba eran compensaciones políticas y territoriales. El rey de León, Alfonso V, había enviudado. Se pensó entonces casarlo con Urraca, hermana de Sancho III. Vencidos los obstáculos por el cercano parentesco —los padres eran primos hermanos— y la decidida oposición del abad Oliva, al que consultó el rey navarro, el casamiento se celebró en 1023. Hubo paz entonces, pero Sancho III se aprovechó para ir penetrando poco a poco en tierras de Castilla, con el pretexto de sofocar pequeñas rebeldías locales.

Los obispos castellanos empezaron a ir a

Pamplona a rendirle pleitesía; y un hecho curioso: la reina Munia, su esposa, empieza a aparecer en los documentos como Mayor Nota 5, es decir, la primogénita de la familia, hermana mayor del joven conde García... Y si le pasaba algo, era la primera en los derechos sucesorios. Con ella, claro es, su marido, el rey Sancho, que entre tanto ocupaba ya con sus tropas los territorios de Álava, la Bureba y Montes de Oca. Lo hace sin necesidad de asaltar castillos. O se le entregan voluntariamente, o los compra.

En León ha muerto el rey Alfonso V. El nuevo monarca es Vermudo III, con cuya hermana Sancha se pretende casar a García, conde de Castilla. Sancho III patrocina esta boda, acudiendo a León en apoyo del conde.

Conocido es el episodio en el que el joven don García es asesinado en el pórtico de la basílica leonesa de San Juan por los alaveses hermanos Vela, con la complicidad de varios magnates castellanos con nombre de romancero: Muño Gustioz, Munio Rodríguez y Gonzalo Muñoz, todos ellos afectos a Sancho III. Difíciles de comprender estas actitudes equívocas, a siglos vista.

El hábil y ambicioso Sancho el Mayor se hizo cargo del cadáver del conde García y con todos los honores lo llevó a enterrar al monasterio de Oña, glorioso templo de nuestra Edad Media. Como hombre práctico, el rey navarro se dispone a aprovechar sin pérdida de tiempo la muerte de don García. La *Crónica Najerense* dice que cuenta para sus planes sucesorios con el apoyo de los nobles de Castilla. Así lo afirman estos, con una salvedad: «Mientras que trates con la dignidad que merece la Reina nuestra señora y mujer vuestra, la hija de nuestro señor, el conde Sancho, por causa de ella y no por otro motivo cualquiera, te recibimos en calidad de señor, y como señor y marido de nuestra señora te serviremos de buena voluntad».

He aquí, con fórmulas o sin fórmulas, a Sancho el Mayor como amo de Castilla.

El reino de León. En León había un sentido unitario del reino, de los reinos, de la herencia visigoda, de la reconquista de «la España perdida», unida y no fragmentada. En cambio, en Castilla se seguía considerando el reino como una propiedad familiar que se podía dividir, repartir, siempre que siguiera en la familia.

Por ello se designó enseguida como conde al segundo de los hijos de Sancho III y doña Mayor, don Fernando, claro es que bajo la tutela de su padre. Como dice el historiador Pérez de Urbel, era una formalidad hábil del rey de Pamplona «para ejercer una autoridad omnímoda sin herir el orgullo de los infanzones de Castilla». Los documentos de la época lo expresan así:

> Reinando en Pamplona el príncipe don Sancho y siendo conde en Castilla Fernando su hijo.

«*Rex ibericus*». Las ambiciones expansionistas de Sancho III no conocen límites. Ahora recoge las aspiraciones de los condes de Castilla a poseer el territorio entre el Cea y el Pisuerga, y para ello avanza hasta Sahagún con la ayuda de los condes de Saldaña y de Monzón, continuando a tierras de León, que va ocupando sin dificultad. El rey Vermudo era un niño de doce años, tutelado por su madrastra, hermana de don Sancho. Todo se hizo en familia, como quien dice, y no hubo rompimiento. Se aceptaron los hechos consumados.

El gran dominador de los Estados cristianos recorre sus dominios. Son momentos de paz armada, firme, con seguridad y confianza. El rey acude a

monasterios y santuarios para dar gracias por los favores divinos. De San Millán de la Cogolla a San Pedro de Cardeña, de Santo Toribio de Liébana a San Juan de la Peña, de Leyre a visitar a sus amigos de Ripoll, concediendo al obispo de Vich los medios para terminar las obras del templo. Es el verdadero *Rex ibericus*, y como tal, y como rey de León, aparece en los diplomas. Le llaman *Imperator*, pero no tiene ideas imperiales; solo la de ser el primero entre los reyes y condes de la España cristiana.

Pero Vermudo ha llegado a la mayoría de edad y no se conforma con la situación. Ha recompuesto sus fuerzas en Galicia y dispone de un ejército con el que puede intentar la conquista y dominio de las tierras leonesas. De momento no hay ruptura, porque se pacta el matrimonio del segundo hijo de Sancho III, don Fernando, conde de Castilla, con la hermana del rey Vermudo. Sin embargo, consta en todos los documentos de la época que en enero de 1034 las tropas de don Sancho ocupaban la capital leonesa, y los diplomas confirman allí su carácter imperial: «Sancho Emperador. En Nájera», nos recuerda Menéndez Pidal.

No tarda Sancho en ocupar Astorga, donde nombra obispo al cronista Sampiro. No es nuevo y se repite en múltiples ocasiones a lo largo de la historia: el vencedor tiene sus cronistas, les favorece con cargos y dádivas, y ellos escriben las glorias de su gobierno.

También restaura el rey navarro la diócesis de Palencia, dándole territorios que hasta entonces han pertenecido a la mitra leonesa. Es un modo más de ir castellanizando todo el territorio. El obispo Poncio le ayuda y le consigue el permiso de Roma.

Todo eran glorias, efectivamente, pero se va acercando el principio del fin. Vermudo se ha lanzado al ataque con un fuerte ejército de leoneses y

gallegos, que siempre le fueron fieles y consideraron a los de don Sancho como invasores. Los navarros retroceden ante el ímpetu enemigo y pierden casi todo lo conquistado. Cuenta el cronista que «fue el primer fracaso de Sancho el Mayor y el que amargó los últimos meses de su existencia».

De finales de diciembre de 1034 aún vivió el rey el tiempo necesario para volver a sus queridos monasterios cluniacenses. No vuelve a saberse de él hasta su muerte, que fue, como consta en el obituario de Oña, el 16 de octubre del año de gracia de 1035.

División del reino. Como el historiador no debe dedicarse al caprichoso deporte intelectual de los futuribles, no quiero caer en tal tentación y prefiero no pensar en cuál habría sido el futuro de la España reconquistadora si Sancho el Mayor no hubiera dividido su «imperio» peninsular entre sus hijos. Indudablemente no habría sido fácil mantener unidos tan diversos territorios, dados los precedentes, las costumbres hereditarias de la época y la presencia fronteriza del moro. Debió de pensarlo así Sancho, lo que unido al deseo de complacer a todos le llevó al reparto «benigno» del que habla *El Silense*, o sea, el libro de Silos.

El tal reparto dio preferencia a don García, el primogénito del matrimonio legítimo del rey. Para él fue Navarra acrecida, que llegaba por el sur a los Montes de Oca y comprendía toda la Bureba y Castilla la Vieja, al norte entraba el condado de Álava, dividido desde entonces en tres condados que son las actuales provincias Vascongadas, bien diferenciadas entre ellas, Álava, Vizcaya y Guipúzcoa. Todo ello para García.

Don Fernando, con el título de conde, que no tardaría en ser rey, heredaba Castilla con límites poco claros con León, es decir, heredaba también el conflicto con el rey leonés.

Para el hijo don Gonzalo, los condados de Sobrarbe y Ribagorza, y don Ramiro, el hijo natural habido antes del matrimonio, sería el nuevo rey de Aragón.

Al mismo tiempo que los designa herederos, Sancho el Mayor les impone unas condiciones para evitar las rivalidades entre ellos, así como una cierta subordinación, más bien simbólica y formal, al titular de Navarra, don García.

Política Europea

El gran historiador medieval de Castilla fray Justo Pérez de Urbel, a veces criticado por otros colegas, dice que «aunque sin terminar, Sancho Garcés III el Mayor con su actividad orientada en todas direcciones dejó una siembra fecunda, cuyo fruto no se recogerá hasta después de su muerte».

Sancho el Mayor parece como que da por segura la recuperación de «la España perdida» y deja la misión de rematarla a sus sucesores. Por ello enfoca su atención al otro lado de los Pirineos, a la política de Estado y de cultura que se ha ido desarrollando en Europa, la herencia romana y carolingia, injertada en lo germano, Francia y el Sacro Imperio que está al nacer. No es una relación con Europa con subordinación, como parte dependiente de un poder ultrapirenaico, como fue la llamada Marca Hispánica en Cataluña. Es más bien la idea de incorporarse al acervo común que más adelante hemos ido llamando el mundo occidental, la cristiandad, con su cultura, su religión y sus modos frente a las asechanzas de sus enemigos exteriores, en España lo islámico oriental.

Dos vías emplea el rey Sancho para esta apertura

política hacia el norte, la Gascuña y la antigua Marca Hispánica. ¿Podríamos decir hoy el País Vasco y Cataluña, puertas hispánicas hacia Europa? Navarra, con Sancho, será el eje de esta acción. En Cataluña encontrará el apoyo, el vehículo cultural de los monjes de Ripoll, de su amigo el abad Oliva; y por el Pirineo occidental la ayuda de su pariente y gran amigo Guillermo el Grande, duque de Aquitania y conde de Poitiers, «más poderoso que el rey de Francia». Fue el hombre clave para la entrada en España de las corrientes de las abadías de Cluny y de Fleury, y para que el rey Sancho se relacionara con la Sede romana. Fue frecuente viajero a Roma y a Santiago, fomentando las peregrinaciones a Compostela. Los dos soberanos, Sancho y Guillermo, se intercambiaban ideas y espléndidos regalos. Se dice que se encontraron por primera vez en Saint Jean d'Angely, con motivo del hallazgo de la cabeza de san Juan Bautista, un acto en el que también estuvieron presentes el rey de Francia, Roberto Capeto el Piadoso, y Odón de Champaña. El tema de la reforma de la Iglesia era entonces una cuestión latente, y Cluny, el factor más influyente.

Gascuña abría Europa para España, pero también a través de ella llegaba lo español a Europa. Por ese camino gascón llegó a Francia el cuerpo de san Auselo, enviado al duque aquitano por Alfonso V de León, y por la misma vía llegaron a Palencia las reliquias de san Antolín, que será el patrón de la ciudad y para el que se construirá la cripta de la catedral, primer románico de la Península.

Sancho el Mayor presidió en 1025 la inauguración de la vida monástica según los usos de Cluny en el monasterio de San Juan de la Peña. Desde aquel núcleo, desde las montañas aragonesas, diez siglos antes de abrirse el túnel de Somport, se europeizaba una España en el sentido de no apartarse de las nuevas corrientes medievales, no porque necesitara

europeizarse, ya que era Europa antes de que la historia acuñara este concepto.

En la Historia de España dirigida por el insigne don Ramón Menéndez Pidal, el historiador fray Justo Pérez de Urbel, a quien he seguido en parte de este capítulo, expone claramente lo que él llama «la obra providencial de Sancho Garcés III, Sancho el Mayor»:

> A su muerte, un clima nuevo reinaba en todos los Estados Cristianos de España, un anhelo de novedad, un ansia general de europeización. Se han inaugurado las relaciones con Roma... se ha creado un ambiente que permitirá ir más lejos por ese camino. El imperio formado por aquel hombre de ambición desmedida se deshizo, pero en Navarra, en Aragón, en León y en Castilla, él ha colocado a los hombres que continuarán su obra Nota 6.

4

Entre Tres Grandes Reyes, El Cid Campeador

Taifas Cristianas

Mala fortuna la de estos reyes de fines de la Alta Edad Media que cuando consiguen sus mayores éxitos y logran sus objetivos uniendo territorios de «la España perdida» bajo títulos de *Rex ibericus*, Imperator hispano... se dedican después a aplicar un derecho privado muy discutible y dividen los reinos y condados unidos entre sus hijos. Son una especie de taifas cristianas las que se producen, la fuerza del destino, los renglones torcidos de la Historia, que afortunadamente se irán recuperando gracias a que acaba por predominar el afán común hispánico de la Reconquista.

Sancho el Mayor, como hemos visto, divide sus reinos entre Ramiro, su hijo natural, que es el mayor, García, Fernando y Gonzalo. Van a entrar así en la historia dos nuevos reinos, Aragón y Castilla, que tardarán todavía cuatro siglos en unirse. Casi por los mismos años en que muere Sancho III fallece en una Cataluña que aún no existe como unidad política el conde Berenguer Ramón I el Curvo. También él divide

su no muy extenso condado entre sus tres hijos. Con ello se crea una difícil situación: los tres son menores, y el mayor, Ramón Berenguer I de Barcelona —¡que solo tiene once años!—, se hace cargo de sus dos hermanos pequeños. Asombrosa fuerza del principio monárquico hereditario que permite superar tan complicadas coyunturas históricas.

A la muerte de Sancho el Mayor, el rey Vermudo III, que ha recuperado León, se ve encerrado en los estrechos límites a que le forzó la política expansiva del gran rey navarro. Trata de cruzar el río Cea, pero es vencido y muerto por las huestes coaligadas de castellanos y navarros, al mando de Fernando I y de García Sánchez. Es la importante batalla de Tamarón (o de Támara, según otros historiadores).

Fernando I de León y Castilla

Fernando I, uno de los tres grandes reyes que da título a este capítulo, en virtud de su derecho al estar casado con doña Sancha, hermana de Vermudo III, reclama la herencia y se hace proclamar rey en León, siendo coronado en la iglesia de Santa María el año 1038. Con su doble realeza, castellana y leonesa, se hacía titular emperador (Fernando I, *Rex imperator*; Sancha, *Regina imperatrice*), pero siguió considerando a Castilla «como centro de sus Estados y estos como vehículo para su penetración europea». El gran historiador medievalista profesor Luis Suárez dice que don Fernando buscó su identificación con los nuevos súbditos leoneses que la victoria de Támara le deparaba. Para ello reunió el Concilio de Coyanza (Valencia de Don Juan) y confirmó el fuero de León, si bien el peso de la influencia paterna le hizo llevar a León «usos a la navarra» y confirmar la política

europeizadora y profeudal de su padre, el gran rey Sancho. Durante más de quince años no constan enfrentamientos de relieve entre don Fernando y los reinos de taifas musulmanes, más de veinticinco por aquellos tiempos (de 1038 a 1057), de los que algunos, como Sevilla y Toledo, con Almutamid y Almamum, habían logrado una cierta supremacía.

Gracias a esas divisiones entre los moros, el rey García de Navarra conquistó Calahorra, y Ramón Berenguer se impuso a la taifa de Lérida ocupando Camarasa.

Enfrentamiento fraterno. En los primeros años, después de recibir su herencia, las relaciones entre los dos hermanos, Fernando y García, fueron buenas. Había, por supuesto, diferencias entre ellos por la confusa delimitación territorial de sus reinos, pero no se manifestó hasta que un día acudió el rey de Castilla y León a visitar a su hermano enfermo y estuvo a punto de ser hecho prisionero por los navarros, librándose de milagro. Curiosamente, el hecho volvió a ocurrir, pero a la inversa: ahora fue don García el que acudió a ver a Fernando, enfermo, que correspondió encarcelando a su hermano, que igualmente logró evadirse. Esas singulares relaciones fraternales siguieron con incursiones navarras en tierras castellanas, a las que respondió el infanzón castellano Diego Laínez apoderándose de los castillos de Ubierna y de Urbel y derrotando a tropas vasconas de Navarra en una batalla campal. Fernando I trató de evitar un choque personal con su hermano. Mediaron en el conflicto nada menos que santo Domingo de Silos y el abad Iñigo de Oña, otro santo, sin que sus esfuerzos tuvieran éxito.

Se convino en que la fraternal batalla tuviera lugar en los llanos de Atapuerca, cerca de Burgos, donde los navarros tenían su campamento. Muchos de estos caballeros, enfrentados a su rey, se pasaron al campo

castellano. Don García, es decir, García Sánchez III, cayó mortalmente herido y murió en brazos de san Iñigo de Oña. En el mismo campo de Atapuerca, con permiso del vencedor, fue proclamado rey de Pamplona Sancho IV Garcés, hijo del derrotado, que fue llevado a enterrar en Santa María de Nájera, con gran respeto y honores por parte de Fernando I.

El rey de Castilla y León inició desde entonces una nueva tarea reconquistadora por tierras portuguesas, conquistando Viseo y Lamego. Por aquellas fechas también los condes de Barcelona pretendían extender sus dominios hacia Occidente, para evitar la expansión aragonesa del rey Ramiro. Para ello, Ramón Berenguer ocupó amplias zonas pirenaicas, incluida parte del condado de Ribagorza. Era todavía una acción militar muy limitada, sin salir de una región catalana, poco más de lo que se llamó Cataluña la Vieja. Téngase en cuenta que mientras por la parte castellano- leonesa se había ido más allá de Lisboa en una dirección, hasta Somosierra en otra, y se pugnaba por llegar a Toledo, Lérida, Huesca y Tarragona permanecían aún en poder de los moros.

Va a empezar una gran actividad militar de Fernando I, dirigida en principio a hostigar al rey moro de Zaragoza, que tuvo que someterse a él y pagarle parias anuales. Después atacó al reino del poderoso Almamum de Toledo, saqueó los valles del Jarama y del Henares y convirtió también al rey moro toledano en tributario.

Aparece Rodrigo Díaz

Por aquellos días empezó a intervenir en la guerra y el gobierno, por indicación de su padre, su hijo mayor, el infante don Sancho, que rondaba los veinticuatro

años. En su séquito figuraba un caballero castellano, Rodrigo Díaz, hijo de aquel infanzón de Villar, Diego Laínez, vencedor de los navarros en las fronteras de Castilla. El joven caballero, recién armado como tal, había pasado toda su adolescencia al lado del infante don Sancho, eran como hermanos, lo que hará comprender mejor la actitud de don Rodrigo después de los hechos de Zamora, que pronto veremos. Juntos participaron en la jornada de Graus, contra el rey don Ramiro de Aragón Nota 7 en apoyo del rey moro de Zaragoza. Por desgracia eran cosas de aquellos tiempos, cristianos con moros frente a cristianos, producto de aquel mosaico de pequeños Estados y de intereses entreverados que tanto tardaron en definir bien sus fronteras, al menos hasta bien avanzado el siglo XIII. Y aun así... lo que no quiere decir que los reinos y condados cristianos no tuvieran bien claro que su objetivo final era expulsar al islam de la Península. Lo demás eran alianzas y contraalianzas circunstanciales.

Y fue precisamente en esa jornada de Graus cuando los moros empezaron a llamar Cid, es decir, señor, a Rodrigo Díaz de Vivar.

La actividad de Fernando I no conoce límites. Lo mismo envía una expedición contra los reinos moros de Badajoz y Sevilla, a los que exige parias, que rompe con la tradición anterior e impone el estilo románico. Construye un templo en León y hace trasladar a él las reliquias de san Isidoro de Sevilla, el sabio obispo hispanovisigodo, luz de la cultura latina cristiana de la Alta Edad Media. A partir de aquel tiempo se extiende el arte de las imágenes y su culto, lo que era muy poco frecuente entre los cristianos hasta entonces. Una de sus más señeras pruebas es el crucifijo de marfil de Fernando I, que se guarda en el Museo Arqueológico Nacional.

El rey, después de encomendarse al Apóstol en

Santiago, conquista Coimbra y lleva la frontera de su reino más allá del río Mondego. También por aquellos días avanzaba la Reconquista por tierras aragonesas, con aires de cruzada proclamada por el papa Alejandro II, treinta años antes de la primera a Palestina. Catalanes y aragoneses, con tropas francesas, italianas y pontificias, conquistan la plaza de Barbastro, importante fortaleza musulmana que queda bajo la soberanía del rey Sancho Ramírez, y al frente de la plaza, en su nombre, el conde Armengol de Urgel.

El año 1065, Fernando I ataca al rey moro de Zaragoza, que acaba de romper el vínculo del vasallaje. Aunque ya anciano, el monarca leonés sigue hacia Valencia y estuvo a punto de tomar la ciudad. Solo una grave enfermedad le hizo retirarse a León. Allí se hizo trasladar en angarillas al templo de san Isidoro, que él había hecho construir. Antes de morir hizo llevar al panteón real los restos de su padre, Sancho el Mayor. Luego, ya agonizando, entre cantos de la clerecía, se postró ante los restos de san Isidoro, se despojó de las reales vestiduras y de la corona regia, se vistió de penitente y, cubierta de ceniza su cabeza, falleció sobre un lecho de paja. Podía sentirse satisfecho de su reinado, escribe el profesor García de Valdeavellano: «había asegurado la hegemonía leonesa, vinculado ahora el título imperial a su dinastía vascona, había conquistado Coimbra y sometido a vasallaje a los reinos musulmanes, había recobrado para Castilla los territorios comprendidos entre Santander y Castro Urdíales y se extendía hasta el sur del Ebro...».

¡Qué hermoso balance de un reinado si no hubiera repartido sus reinos!

El principado de Cataluña. Unas breves consideraciones sobre el desarrollo de los condados

catalanes durante estos primeros años del siglo XI nos servirán para situar mejor la tarea de los grandes monarcas de la época en el panorama peninsular.

El reino leonés había dado sus primeros fueros a Castrogeriz en el 974 y a León entre 1017 y 1020. Los condados de Cataluña, bajo la influencia carolingia y de los Capeto posteriores, vivían un régimen feudal. Luego se fueron desarrollando una serie de preceptos que a la muerte de Ramón Berenguer I fueron recogidos en la compilación como los *Usatges de Barcelona*.

A la cabeza de la jerarquía feudal catalana figura el conde de Barcelona como *princeps* o primer señor, y el conjunto de los condados se sitúan bajo su supremacía: de ahí la denominación de principado para Cataluña. El *castell* o castillo es la manifestación externa de los señoríos, es decir, igual que en Castilla. Es posible que del nombre de los feudatarios de esos castillos derive el de catalán (castlanus, castlá, castlán), aunque del origen de las palabras Cataluña y catalán hay múltiples versiones, obras enteras, documentadísimas, si bien acaba predominando la idea de que por primera vez empieza a utilizarse en esa época y probablemente en relación con los castillos, como en Castilla.

Nueva división hereditaria. Al mismo tiempo que los condes de Barcelona iban sentando las bases jurídicas de la reducida zona de su jurisdicción, apenas extendida todavía frente al moro, se llevaba a cabo pacíficamente la sucesión de los reinos de Fernando I, que él mismo había decidido en la Curia Regia de 1063.

Alfonso VI era el nuevo rey de León, el primogénito Sancho es proclamado rey de Castilla, y el menor, el infante García, va a ser el soberano de Galicia, también con el título de rey.

No duraron mucho las buenas relaciones entre los hermanos. Sancho II había iniciado una política castellana de expansión y de hegemonía, dispuesto a despojar a Alfonso y García de sus reinos.

Una de las primeras medidas de don Sancho fue nombrar alférez del rey (*armiger regis*) al joven infanzón Rodrigo Díaz de Vivar, jefe supremo de la milicia real. Su mérito principal fue haber retado y vencido al caballero vascón Jimeno Garcés, episodio de la disputa fronteriza entre Navarra y Castilla. Como consecuencia, Rodrigo Díaz tomó posesión del castillo de Pazuengos, fortaleza clave de la frontera, y como vencedor en duelo judicial o lid campal recibió el nombre de Campi-doctor, en versión romance, Campeador.

Eran los tiempos en que aparecía una nueva amenaza para la cristiandad peninsular: el emir de los almorávides Nota 8, Yusuf ben Tashufin, se apoderaba de Fez, en Marruecos, instauraba su dinastía y se preparaba para cruzar el Estrecho hacia España, como trescientos años antes hicieran Muza y Tarik.

La Guerra de los Tres Sanchos

Sancho II se lanza a recuperar las tierras que su abuelo Sancho el Mayor había anexionado a Navarra, tierras del antiguo condado de Castilla. Invade los Montes de Oca, la Bureba y conquista Viana, ya en la zona navarra. Acude el rey de Aragón, Sancho Ramírez, en apoyo del rey de Navarra, Sancho IV Garcés, y he aquí a los tres nietos de Sancho III el Mayor, cuyo nombre llevan, enfrentados en la guerra por ello llamada «de los tres Sanchos». Algo lamentable en relación con la gran empresa común de la Reconquista, el cuento de nunca acabar. Cómo debía de regocijarse el rey moro

de Zaragoza, que, sin embargo, prefirió, por conveniencia de las circunstancias, ayudar a don Sancho de Castilla. Este no se conformaba con volver a los límites tradicionales de Castilla; quería restablecer la unidad con Asturias, pero con su hegemonía, es decir, pasando a ocupar el trono de León, y con el título imperial que ostentó su padre, Fernando I.

La tensión entre los dos hermanos derivó en guerra, hasta que, de común acuerdo, decidieron someterse al juicio de Dios. Tal fue la batalla de Llantada, a orillas del Pisuerga. Vencieron los de don Sancho, con Rodrigo Díaz de Vivar a la cabeza. Pero bueno era Alfonso VI para aceptar juicios, aunque supuestamente vinieran de arriba. No aceptó el resultado, y la querella entre los dos hermanos siguió latente (1069).

De momento, Sancho y Alfonso se pusieron de acuerdo para ir contra su hermano pequeño, el débil García, rey de Galicia. Parecía presa fácil. Sancho, fingiendo una peregrinación a Compostela, se apoderó del pobre rey gallego en Santarém, y se lo llevó preso a Burgos. El nombre de Santarém nos hace ver que Portugal del Norte y Galicia seguían siendo el mismo reino, sin frontera alguna.

Sancho, ambicioso de por sí, recibía el impulso juvenil de una Castilla nueva que se sentía con ánimos para dirigir la Reconquista.

Un nuevo choque entre castellanos y leoneses en Golpejera se decidió a favor de Sancho II, de nuevo con Rodrigo Díaz al frente. Por don Alfonso lucharon y fueron derrotados Gonzalo y Pedro Ansúrez, descendientes de los Beni Gómez, condes de Saldaña.

Sancho II y Alfonso VI. Sancho II entró en León, donde fue ungido y coronado según la costumbre

neogótica. De nuevo los reinos de Fernando I estaban reunidos y don Alfonso preso en Burgos. La infanta Urraca, hermana mayor de los dos rivales, logró la libertad de Alfonso. Este marchó a tierra de moros, después de jurar fidelidad a Sancho, y se instaló en la corte de su tributario y amigo el rey de Toledo, Almamum. Con él iban sus fieles Beni Gómez de Saldaña, Gonzalo y Fernando Ansúrez.

La hospitalidad fue espléndida. Alfonso se alojó en un lujoso palacio frente al puente de Alcántara, asistía a brillantes fiestas, se reunía con poetas y hombres de ciencia, paseaba por la Huerta del Rey y animaba esperanzas de recuperar algún día el trono.

Alfonso había cedido la ciudad de Zamora a su adorada hermana Urraca, a quien tanto debía, la cual gobernaba allí con el título de *regina*, reina de una sola ciudad pero con ánimos y energía para gobernar un reino. Amaba apasionadamente a Alfonso y estaba dispuesta a todo, empezando por participar en la conspiración contra don Sancho que preparaban los Ansúrez. Como consecuencia, Zamora se declaró en abierta rebeldía contra el rey y este acudió presto a ponerla sitio, distinguiéndose en todas las acciones el alférez real Rodrigo Díaz.

Los sitiados tramaron un atentado para eliminar a Sancho II y encargaron de la misión a un caballero zamorano, Vellido Dolfos, el que luego pasó a los romances como «el traidor Vellido Dolfos, hijo de Dolfos Vellido...». Con osadía y nocturnidad penetró el tal Vellido en el campamento sitiador, sorprendió a don Sancho y le atravesó de un lanzazo. La noticia de su muerte desalentó a los suyos, que se retiraron y llevaron el cadáver a enterrar en el monasterio de Oña.

Alfonso VI se apresuró a acudir a Zamora, siendo restaurado como rey de León. Le rindieron pleitesía casi todos los magnates, pero para los castellanos

seguía viva la idea del crimen, de la intervención del rey en la muerte de don Sancho. Se batió hasta violentamente a favor de don Alfonso su hermana Urraca, a la que las crónicas llaman «mujer de ánimo feroz» Nota 9. Algunos autores sospechan que en la relación Urraca-Alfonso hubo algo de incestuoso, pero la Historia silense dice que ella era mujer piadosa y de muchos méritos.

Los castellanos decidieron aplicar en tan arduo caso las normas jurídicas del reino de Pamplona, ya que la monarquía de Castilla venía de Sancho el Mayor. Alfonso VI, por su linaje real, era quien tenía más derecho a ser rey. Pero una parte de la nobleza y de los hidalgos, con el Cid al frente, se oponían por la casi segura implicación de don Alfonso en la alevosa muerte de su hermano.

La exculpación o expurgación tenía que venir del juramento del rey de que no había tenido intervención alguna, directa o indirecta, en la acción de Vellido Dolfos. Fue Rodrigo Díaz, como alférez del rey, el que tomó dicho juramento en la pequeña «iglesia juradera» de Santa Gadea, o Santa Águeda, cerca de Burgos, «do juran los fijosdalgos», hecho histórico famoso que se perpetúa en cuadros y en romances.

El Cid se convierte así en vasallo de Alfonso VI, le besa la mano y le promete fidelidad. Son fórmulas difíciles de traducir en hechos. Ni Alfonso perdonará a Rodrigo haberle forzado al juramento, ni Rodrigo aceptará en el fondo de su conciencia las disculpas del nuevo rey por el asesinato de don Sancho. El Cid ya no será el alférez real. Ahora el gran personaje de la corte pasará a ser el leonés don Pedro Ansúrez, conde de Carrión.

La España de fines del siglo XII. La idea de la España unida de los visigodos, con capital en Toledo, había sido restablecida, hasta la línea del Tajo, por

Alfonso VI. Es el Imperio hispánico leonés; son tiempos de cantar de gesta.

Es un período nuevo, abierto a Europa, a un mundo latino-germánico, como dice el gran medievalista García de Valdeavellano. Hay un renacimiento mercantil, un desarrollo de las ciudades, una influencia cluniacense, creciente, un clima de cruzada; nace la burguesía en torno al burgo, de la maravillosa eclosión del románico... La peregrinación a Compostela ha adquirido carta de naturaleza en toda Europa, y los reyes, tanto Alfonso VI como Sancho Ramírez de Aragón y Navarra, procuran desarrollarla, cuidan los caminos, crean albergues y hospitales y dictan normas jurídicas para favorecer a los peregrinos, que llegan de todas partes.

No obstante, la evolución de España va a ser más lenta que la de los otros grandes países europeos, debido, sobre todo, a que continúa la guerra contra el moro y también a la estructura del campo español y a su organización urbana, en torno a los castillos y monasterios. Y no olvidemos que el cobro de las parias, el oro que llegaba de las taifas y de Al-Andalus, no era precisamente una invitación al esfuerzo y al trabajo, a la creación de industrias y al fomento del comercio. Más bien a lo que Sánchez-Albornoz llama «la guerra divinal» y al dolce far niente. Es algo parecido a lo que ocurriría en los siglos XVI y XVII con el oro de las Indias y con las guerras religiosas en Europa, en las que los Austrias y su Imperio implicaron a España. En todo caso, aunque en España más lentamente, se va pasando de la Alta Edad Media, rústica, feudal, guerrera, a formas estatales y municipales que culminarán en unos tiempos nuevos, en los grandes reinados del siglo XIII, en nuestra bella, complicada y estimulante Baja Edad Media.

Reinado de Alfonso VI

La relación entre Alfonso VI y el Cid en los veintidós años que van de 1075 a 1097 pasó por las más diversas alternativas: de las concesiones reales al alejamiento personal y geográfico, de la colaboración militar a la «ira regia». Como ya dije, permanecía latente al rencor de Alfonso, y la fama del Cid crecía de día en día.

En uno de los períodos de estima real, Alfonso VI concede a su vasallo el honrosísimo privilegio de casarle con Jimena Díaz, noble asturiana bisnieta de Alfonso V. El rey se había casado un año antes con Inés de Aquitania, lo que contribuía a aumentar la influencia cluniacense desde Francia en favor del rito latino romano y en demérito del rito mozárabe tradicional.

Por esos meses se producen algunos hechos que influirán en el curso de los acontecimientos durante el reinado de don Alfonso. En primer lugar, está a punto de pasar a España Yusuf ben Tashufin con los almorávides, si bien primero debe apoderarse de Ceuta y de Tánger. Su llegada pronto supondrá el reforzamiento del islam en la Península, en plena crisis y a punto de acabar por culpa de las divisiones y debilidad de los reinos de taifas.

El rey de Navarra, Sancho IV Garcés, cae asesinado en Peñalén en una conspiración de los barones del país. Alfonso VI se cree con derecho a la sucesión como nieto de Sancho III el Mayor, pero en igual situación está el rey de Aragón, Sancho Ramírez, que penetra por el norte de Navarra, mientras Alfonso lo hacía por el sur, atravesando la Rioja y llegando a Calahorra. El rey de Aragón ya está entonces en Pamplona. ¿Solución de tal carrera en pos del trono navarro?: Sancho Ramírez pasa a ser Sancho V de

Navarra y Aragón, y Alfonso VI recobra para Castilla los territorios riojanos y las provincias antes castellanas de Álava y Vizcaya, así como parte de Guipúzcoa. Además, Sancho V reconocía la soberanía política de su primo Alfonso, emperador leonés.

Es interesante observar cómo en esos años iba progresando la tardía evangelización de los vascones del norte de Navarra desde las zonas del sur y del oeste donde llevaban a cabo su labor apostólica los clérigos riojanos, castellanos y navarros.

Alfonso VI contrae nuevo matrimonio francés con doña Constanza, hija del duque de Borgoña. Hay que tener en cuenta que este terrible *homme à femmes* que era don Alfonso, ya en tiempos de Inés de Aquitania, tenía una amante, y el papa Gregorio VII le había amenazado con la excomunión si no la dejaba al casarse con Constanza. Este gran monarca, complicado como pocos, tenía el firme propósito de consolidar su supremacía imperial peninsular y unificar esfuerzos para culminar con la conquista de Toledo. Lo que no puede es contener sus recelos contra el Cid, precisamente su mejor vasallo e indispensable ayuda militar. Por esos días se pasaba por un período de «ira regia» y Rodrigo Díaz se vio obligado a expatriarse de Castilla.

No iba solo; le acompañaba su hueste, su mesnada, al destierro, como canta el romance: «a ganarse el pan». Van con él los héroes de la epopeya castellana: Alvar Fáñez de Minaya, «el de la valiente lanza»; Félez Muñoz, Pedro Bermúdez, Muño Gustioz, Alvar Salvadórez...

Fue entonces cuando el Cid puso su espada de condottiero al servicio del conde de Barcelona, que no le aceptó, y luego al del rey moro de Zaragoza, a cuyo servicio, paradojas de aquel vaivén de contradictorias alianzas, hizo prisionero a Berenguer Ramón de Barcelona, al que no tardó en liberar

caballerosamente.

Alfonso VI emprendió una campaña devastadora contra el reino moro de Sevilla. Llega a Tarifa, penetra a caballo entre las olas y exclama: «Este es el último confín de España y yo lo he pisado». Más adelante se vio en apuros en tierras de Ronda, y el Cid, para ganarse su favor, acudió en su ayuda. Era la fórmula medieval para librarse de la «ira regia».

El 25 de mayo de 1085, el rey de Castilla y León hacía su entrada solemne en una Toledo tan deseada que no había podido resistir el asedio y que recibió garantías del rey respecto a la seguridad de las personas y para su libertad de cultos. El acontecimiento tenía gran trascendencia para la moral del bando vencedor y para la crisis de ánimo entre los musulmanes. Tenía importancia militar y sobre todo simbólica, ya que para los cristianos era recuperar la capital de «la España perdida». Más de tres siglos y medio habían pasado desde que cayó en manos musulmanas la ciudad visigoda de los concilios.

Mientras tanto, las huestes al mando de García Jiménez habían obtenido brillantes triunfos en Lorca y Murcia, estableciendo una fuerte guarnición avanzada en la plaza de Aledo, desde donde se hicieron correrías hasta las costas de Almería. No cabe duda de que Alfonso VI podía considerarse el príncipe más poderoso de toda España, *Imperator totius Hispaniae*.

Batalla de Zalaca. Yusuf ben Tashufin había ya conquistado Ceuta y estaba en condiciones de pasar el Estrecho. Alfonso VI, desde días antes, había concentrado ya un poderoso ejército con castellano-leoneses, navarros enviados por Sancho Ramírez, algunos caballeros franceses e italianos y la hueste de Alvar Fáñez, cedida por el Cid. El contingente armado cristiano establece sus reales en Coria. Yusuf y las taifas andaluzas avanzan sobre la plaza y los de

Alfonso VI les salen al encuentro. La batalla se da junto al río Zapatón y pasa a la historia con el nombre de Zalaca o Sagrajas.

Gran influencia tuvieron en la victoria musulmana los nuevos procedimientos bélicos utilizados, el estruendo de miles de «atambores», jamás oídos en la Península, y los grandes escudos de piel de hipopótamo utilizados por la guardia negra de Yusuf, masas enormes de combatientes en formación compacta. La mayor parte de ese poderoso ejército lo constituían beréberes y gentes del desierto.

Alfonso VI llegó a ser herido en un muslo y los montones de cabezas de los cadáveres cristianos sirvieron al día siguiente de la batalla para que los almuédanos islámicos dirigieran desde lo alto la oración de la mañana. Volvía, pues, la guerra santa con la misma fuerza de los mejores tiempos del califato. Alfonso VI podía comprobar el fracaso de su política con las taifas, el sistema de pago de parias y la contemporización. Lo esencial no se había hecho, tarea casi imposible: cerrar el paso del Estrecho.

Afortunadamente, los de Yusuf no tenían, al parecer, propósito de instalarse en la Península y, con su jefe al frente, se retiraron a África, dejando solo un pequeño ejército a las órdenes del sevillano Almutamid.

Los apuros del rey Alfonso le hicieron recordar al Cid; le llamó y le concedió de nuevo el favor real, otorgándole el honor y posesión de varios lugares y castillos, como Langa de Duero y Gormaz.

Toledo fue restaurada como sede primada de España por el papa Urbano II, y Alfonso recibió el título de *Imperator in Toletum*.

Levante. Campañas del Cid. El Cid fue enviado a Zaragoza y desde allí, con su mesnada, empezó sus

correrías por Levante. El rey, entonces, le concedió todas las tierras que pudiera ganar, con derecho hereditario. Ante tal medida, al ver que Rodrigo servía al rey Alfonso y no a él, el rey moro de Zaragoza rompió su alianza con el Campeador y se puso de acuerdo con Berenguer Ramón II de Barcelona. Extrañas y hasta cierto punto lógicas alianzas y contraalianzas de este período de la Reconquista, sin fronteras definidas, taifas por un lado y gran retraso en el avance hacia el sur de la parte aragonesa y catalana de los Estados cristianos.

El Cid, a pesar de la alianza *contra naturam* de moros y catalanes, pero que él ya conocía por experiencia propia, iba afirmando su posición en Levante. Allí se había olvidado ya la derrota de Zalaca, y en otro sector, más al sur, el caudillo castellano García Jiménez se había apoderado de la importante fortaleza de Aledo, por la zona de Lorca y Murcia.

Yusuf ben Tashufin, llamado de nuevo ante la consolidación cristiana por las taifas del sur, desembarca en Algeciras y se pone en marcha hacia Aledo. Poco duró esta expedición: Yusuf, con sus tropas muy cansadas, renunció al ataque a la fortaleza de García Jiménez y regresó a África.

En cuanto al Cid, cierto retraso en incorporarse a los ejércitos del rey en Játiva dio lugar a una campaña de los magnates cortesanos contra él, y Alfonso VI, siempre resentido, volvió a declararle incurso en la «ira regia». Por aquellos días moría en prisión el desgraciado don García, rey de Galicia, el hermano de Alfonso VI, una víctima más de la terrible fémina doña Urraca, cuya índole hemos visto en páginas anteriores.

El Cid hace honor a su fama y actuando por su cuenta, al margen de iras y favores reales, derrota a musulmanes de Zaragoza, Denia, Lérida, Murviedro, Albarracín, Ondara... todos coaligados contra él, en unión con el conde de Barcelona. Gran victoria de

Rodrigo en el pinar de Tévar, cerca de Morella, haciendo prisionero a Berenguer Ramón II, al que no tardó en liberar.

Como parece que las taifas andaluzas empiezan a negociar con Alfonso VI, Yusuf ben Tashufin vuelve a pasar el Estrecho para cortar tal relación. Tiene algo de farsa teatral este ir y venir de Yusuf y sus almorávides, pero no cabe duda de que su presencia en la Península suponía un importante obstáculo a los avances de la Reconquista. Yusuf somete a su autoridad a los reyezuelos de Al-Andalus y se propone ir a la conquista de Toledo, clave y símbolo de la España cristiana. Después de devastar la vega, ataca la ciudad. Debió de fracasar en su intento, tal vez porque el ejército de Alfonso VI, con la ayuda de Sancho Ramírez, rey de Aragón y Navarra, era más fuerte de lo que esperaba.

El caudillo almorávide deriva sus fuerzas hacia Granada, se enreda en problemas con los diferentes reinos de taifas andaluces y acaba por regresar a África, dejando a sus generales encargados de dominar las rebeldías de dichos reinos.

Las bodas de las infantas. En la España cristiana, por esa época, la infanta Urraca, hija de Alfonso VI, se casaba con Raimundo de Borgoña. Este enlace se completaría con la boda posterior de Teresa, hermana de Urraca, con Enrique de Borgoña, primo hermano de don Raimundo. Dos matrimonios que tendrían extraordinaria trascendencia en los acontecimientos que pronto se iban a producir en la Península Nota 10

La reina Constanza pidió al Cid que se uniera de nuevo a las huestes del rey Alfonso. Cree con acierto que su concurso es indispensable para luchar contra los almorávides y que, además, Rodrigo recuperaría así el favor real.

No debió de ser el monarca muy fiel a su esposa, porque también por esas fechas, el año 1091, acogió en su corte a la mora Zaida, mujer de Almamun, y la hizo su concubina, dándole el nombre de Isabel. Almamun había muerto en el sitio de Almodóvar, luchando contra los almorávides, y su padre, Almutamid, en desesperada situación, tuvo que acogerse a la protección de Alfonso VI, al que entregó las plazas de Cuenca, Uclés, Ocaña, Consuegra y varios castillos sobre el Tajo y el Guadiana.

Extraña España del siglo XI. Puede que resulten sorprendentes para el lector de hoy estos vaivenes de algunos períodos de la Reconquista, ahora, concretamente, en tiempos de Alfonso VI. Yusuf va y viene, el rey y el Cid se distancian y se reconcilian, los reinos de taifas tan pronto están con don Alfonso como con los almorávides, las plazas, caso de Aledo, Cuenca, Uclés, Murviedro... se conquistan o se entregan y se vuelven a perder, sin que se sepa bien por qué... Cuatro siglos antes de la toma de Granada por los Reyes Católicos, Alfonso VI estuvo a punto de conquistarla en una expedición, en otra se bañó con su caballo en aguas de Tarifa, y rondaba Sevilla un par de siglos antes de que llegara san Fernando.

Y, mientras tanto, los moros seguían en Zaragoza, en Lérida y en Huesca. Extraña España del siglo XI. De todos modos, téngase en cuenta que la llegada sucesiva de oleadas de almorávides, como luego ocurriría con almohades y benimerines, sería un factor perturbador que complicaría y retrasaría una clara definición de la «guerra divinal» y de los avances coordinados en pos de «la España perdida».

Por todo lo que acabo de exponer me veo obligado a ir dejando de camino detalles y aspectos parciales de cada uno de los reinados medievales y vaya en lo posible tratando del meollo de las situaciones y de los

acontecimientos. De ahora en adelante, al acercarme a las épocas de los grandes reyes que dan título a este libro, serán ellos los protagonistas, y lo demás será solo «paisaje» y «comparsas».

Las invasiones almorávides tuvieron, sin embargo, un efecto positivo en el campo cristiano. Había de nuevo un único y poderoso enemigo a batir, un peligro contra el cual había que unirse, no aquellos reyezuelos de taifas con los que uno podía aliarse impunemente sin grandes riesgos y cobrarles sustanciosos tributos de oro y plata.

Alfonso VI no había podido impedir que los almorávides conquistaran todo el territorio de Al-Andalus, antes disperso y relativamente fácil de dominar en campañas sucesivas. En cambio, en Levante, el Cid se presentaba como la gran esperanza de los reinos cristianos, aunque actuara como un condottiero independiente. Había llegado para él la hora de las grandes empresas. Algún musulmán había dicho: «Un Rodrigo perdió a España y otro Rodrigo la recuperará».

Es la hora en que Sancho Ramírez, rey de Aragón y de Navarra, consciente de lo anterior, pacta con el Cid una estrecha alianza y Alfonso VI le devuelve el favor regio, lo que no es demasiado seguro, dadas las pasadas experiencias. Lo cierto es que Rodrigo Díaz, el infanzón de Vivar, se convierte en el gran protagonista frente a los africanos, por encima de los reyes, cuyas glorias eclipsa.

Yusuf ben Tashufin, viendo que el peligro se cernía sobre Valencia, envió rápidamente a la Península un gran ejército al mando de Abu Bakr Ibrahim al-Lantani. A la espera se fortificó Rodrigo al otro lado del Guadalaviar o Turia, en la llamada desde entonces Peña del Cid, ocupando los arrabales y los jardines de la almunia de Valencia.

Los almorávides no se decidieron a atacar y

entonces la ciudad fue ya totalmente ocupada por el Campeador, que pocos días después se entrevistaba con Pedro I, rey de Aragón y de Navarra a la muerte de su padre Sancho Ramírez, firmando un sólido pacto de ayuda mutua.

Un nuevo ejército almorávide cruza el Estrecho. Lo manda el sobrino de Yusuf y su objetivo es expulsar a Rodrigo de Valencia; pero la victoria del Cid fue aplastante, con muchos cientos de prisioneros y enorme botín. Como escribe García de Valdeavellano, al que sigo en muchos datos de estas páginas, fue la primera gran derrota de los almorávides en España. En cambio, Alfonso VI era menos afortunado, ya que su yerno, Raimundo de Borgoña, a quien tenía encomendada la zona occidental de la Península, era derrotado por Abu Bakr y perdía Lisboa.

Por esa época se produjo un hecho de suma trascendencia histórica: Alfonso VI entrega a su hija Teresa, casada con Enrique de Borgoña, el gobierno del «territorio portugalense», una región extensa que iba desde más allá del Limia hasta las cercanías de Coa. Fue una cesión como «juro de heredad», con plena propiedad y derechos sucesorios, aunque siempre debía estar sometido a la soberanía del emperador (es decir, el rey Alfonso VI y sus sucesores), al que tenían que rendir vasallaje. De ahí viene el nacimiento del reino de Portugal, un hecho que se fue consumando, contrario a la historia, a la geografía, al idioma, a las características étnicas, rompiendo la Península verticalmente, cortando los ríos y las cordilleras... Un «hecho de voluntad», como dice el maestro Sánchez-Albornoz, que dará lugar al grande y fraterno país vecino que para España será Portugal. Cabe preguntarse tímidamente qué habría ocurrido si Alfonso VI no tiene, hacia 1095, tan «familiar» ocurrencia. Y conste que el título de don Enrique era solo conde de Portugal.

Por los mismos días el rey nombraba a Raimundo de Borgoña conde gobernador de Galicia y de Zamora, y a Pedro Ansúrez, señor de Cuéllar, de Madrid y de Simancas... ¡Si se le ocurre también atribuirles derechos hereditarios nos hace volver a Covadonga! Nota 11.

El Cid se había instalado en el alcázar de Valencia con doña Jimena y sus hijos. Convirtió la mezquita en iglesia mayor y se declaró ante los moros como señor de la ciudad con derecho hereditario, si bien rindiendo vasallaje a Alfonso VI. Pero no todo eran venturas para el Cid: el único hijo varón que tuvo con doña Jimena moría en combate delante de Consuegra al servicio de Alfonso VI frente al ejército almorávide, que pretendía la conquista de Toledo. Perdía así, en plena juventud, al heredero de su linaje, a la esperanza de perpetuarse en el señorío de Valencia.

Siguió la fortuna del Cid en la guerra conquistando el famoso y hasta entonces inexpugnable castillo de Murviedro y derrotando poco antes en Bairén al ejército de Mohamed ben al-Hach. Esta vez, al lado del Cid luchaba Pedro I de Aragón. Y en el plano familiar, don Rodrigo casó a sus dos hijas, Cristina y María, respectivamente, con el infante Ramiro de Navarra, señor de Monzón, y con Ramón Berenguer III, conde de Barcelona. Es posible que la ceremonia la oficiara el nuevo obispo de la ciudad, el francés Jerónimo de Périgord, y que se celebrara en la recién erigida catedral.

Poco después, el 10 de julio de 1099, muere en Valencia el más grande de los caudillos medievales españoles, el héroe amado por el pueblo y que se ha convertido en una figura real e ideal de nuestra historia Nota 12.

A la muerte del gran Rodrigo Díaz, doña Jimena se hizo cargo del señorío de Valencia con la ayuda de su yerno Ramón Berenguer III. Los almorávides vieron

entonces la posibilidad de aprovecharse para ocupar la ciudad, procediendo a sitiar la plaza. Acudió Alfonso VI en socorro de la agobiada viuda, pero dándose cuenta de que no era posible mantenerse por la fuerza en una ciudad tan alejada de sus dominios, tomó la decisión de abandonarla.

Partió doña Jimena hacia Castilla con sus caballeros y el cadáver del Cid para enterrarlo en San Pedro de Cardeña. Alfonso, con todo su título de emperador, no fue capaz de defender la importante conquista de su malquerido y gran vasallo. Se perdió el Levante español por muchos años y nada supo oponer el viejo rey al dominio de los almorávides en gran parte de la Península.

En los últimos años del reinado de Alfonso VI, de 1100 a 1109, se abre un interesante período en nuestra historia medieval en el que aparecerán muy importantes figuras y se dará paso a unos tiempos nuevos en los que surgirán los verdaderos grandes reyes españoles de la Edad Media, de los que han sido ilustres precursores en los altos tiempos del Medievo, aquellos reyes astures que nacieron de Covadonga y dos espléndidos protagonistas como fueron Sancho el Mayor y Fernando I el Magno.

Voy a intentar un breve vuelo sobre esos años de transición, pórtico abierto a los reinados de Alfonso I el Batallador, de los primeros grandes monarcas de la Corona de Aragón y a Alfonso VII de Castilla, llamado por antonomasia el Emperador de España.

Ramón Berenguer III

En el condado de Barcelona, Berenguer Ramón II, acusado de haber matado a su hermano Ramón

Berenguer «Cabeza de Estopa», tuvo que ir a expiar su crimen luchando contra los infieles en Palestina, donde murió. Le sucedió el hijo de «Cabeza de Estopa», que sería Ramón Berenguer III, llamado el Grande, que por entonces tenía solo quince años. Las crónicas le describen como un príncipe amable, generoso, amante de la paz, valiente y triunfador. Con él, el condado de Barcelona amplió sus territorios, consiguió la soberanía de la Provenza e inició el poderío marítimo de Cataluña en el Mediterráneo.

En Aragón, el rey Pedro I lograba su gran designio, la conquista de Huesca, con lo que se abría el camino hacia la anhelada Zaragoza. Ese Pedro I al que los Anales compostelanos llaman «varón de gran valentía y sencillez de ánimo». Como ya hemos visto, fue buen amigo del Cid, al que ayudó en sus campañas por Levante, y hasta acudió en defensa de Toledo atacada por los almorávides. Él fue el conquistador de Barbastro y de la zona baja de Ribagorza.

Otros hechos de interés se dieron a partir del año 1100. Nació el infante don Sancho, hijo de Alfonso VI y de la mora Zaida, con lo que se aseguraba la sucesión con un príncipe varón, ya que el rey no quería en modo alguno que le heredara su hija Urraca, y con ella el borgoñón, el conde don Raimundo, gobernador por entonces en Galicia y en todo el oeste del reino. Por allí había aparecido como figura emergente el canónigo compostelano Diego Gelmírez, nuevo obispo, que tanto iba a dar que hacer a unos y otros. Él fue quien bautizó por aquellos días (1104) a Alfonso Raimúndez, hijo de Raimundo de Borgoña y de doña Urraca, nieto, por lo tanto, del rey Alfonso VI. Tres años después moría Raimundo. Su hijo iba a ser el gran Alfonso VII. Y Alfonso I el Batallador andaba ya de conquistas: Ejea, Tauste, Tamarite... por tierras de Aragón. Ellos iban a ser los protagonistas de la siguiente etapa de nuestra historia.

Doña Urraca

Los últimos años del reinado de Alfonso VI no pueden ser más agitados, confusos y tristes para un rey que por tantos avatares había pasado en su vida y también para las etapas finales del Imperio hispánico leonés. Dos eminentes historiadores como Menéndez Pidal y Sánchez-Albornoz nos han hecho vivir casi como una tragedia teatral ese complicado período.

El más terrible golpe para el conquistador de Toledo no fue su total derrota ante los moros en Uclés, sino la muerte en la batalla de su hijo y heredero en el trono, don Sancho Nota 13. Pasaba así la sucesión a doña Urraca, viuda de Raimundo de Borgoña. Creyó Alfonso VI que la mejor forma de preparar el reinado de su hija y de asegurar el predominio leonés era casarla con el rey de Navarra y Aragón, Alfonso I, lo que además supondría la unión de los dos grandes reinos hispánicos.

Tan felices planes chocaron con la realidad de un matrimonio que fracasó desde el primer día, ya que don Alfonso, el aragonés, no era hombre como para soportar a doña Urraca, una de las mujeres más atrabiliarias de nuestra historia medieval.

La mayor parte de la nobleza y del clero se mostró hostil a tal matrimonio, del que derivó una larga serie de calamidades para los reinos cristianos, discordias civiles, engaños y traiciones. Partidarios de Alfonso I se enfrentaron a los de doña Urraca, lo que se convirtió en un choque entre aragoneses y navarros con castellanos y leoneses; los gallegos se rebelaron en favor de Alfonso Raimúndez, el hijo de doña Urraca, al que el viejo Alfonso VI concedió la «tenencia» de Galicia.

Todavía no se había impuesto el mejor derecho de los varones a heredar el reino. Así, la sucesión de don Alfonso correspondía a doña Urraca y no al nieto Alfonso Raimúndez. Tal quedó estatuido en la Curia Regia extraordinaria celebrada en Toledo. Esta medida fue seguida por la decisión del propio rey eligiendo a Alfonso I el Batallador para esposo de la viuda Urraca.

El obispo Gelmírez. Por los mismos días que se acordaban los esponsales que suponían la unión de Castilla y León con Aragón y Navarra, empezaba a intrigar y a exigir el obispo de Santiago, Diego Gelmírez, que aspiraba a extender sus dominios, a lograr una jurisdicción inmune y nada menos que a acuñar moneda, privilegio real. Se convertía así en un poderoso señor feudal, como no había otro en España. El rey, viejo y enfermo, accedió a sus deseos. Fue una de sus últimas decisiones, ya que falleció en julio de 1109, después de un reinado en el que se mezclan espléndidas realidades, como la conquista de Toledo, y de Madrid, al paso, así como todos los hechos famosos del Cid, con los negros nubarrones de la muerte alevosa de su hermano don Sancho en Zamora, su rencorosa conducta con el héroe a quien tanto debían sus reinos y, sobre todo, el inconsciente disparate de crear la «tenencia» del reino «portugalense» para su hija Teresa con su marido Enrique de Borgoña. Es decir, la partición *contra naturam* de la península Ibérica. Tampoco fue un acierto todo lo relacionado con su hija Urraca y en especial las concesiones al obispo Gelmírez, germen de conflictos sin cuento.

Juicio del reinado. Por todo lo anterior y otros hechos menores, no puedo considerar a Alfonso VI como uno de los grandes reyes españoles de la Edad Media. Repito una vez más mi acuerdo con el criterio del insigne don Gregorio Marañón: a los protagonistas

de la Historia, a los reyes, a los gobernantes, hay que juzgarles por los resultados, por las consecuencias de su protagonismo. Y el de Alfonso VI, en su conjunto, no me parece totalmente positivo, aunque fue un monarca de indudables cualidades políticas que, sin embargo, no utilizó para impedir, o al menos cortar de raíz, la invasión almorávide, «lo que hubiera adelantado tal vez varios siglos el final de la Reconquista», como opina García de Valdeavellano Nota 14.

Tenemos ya ante nosotros dos reyes fundamentales en nuestra Edad Media: Alfonso I el Batallador y Alfonso Vil el Emperador. Ellos serán los dos grandes protagonistas de nuestro próximo capítulo.

5

Alfonso I el Batallador y Alfonso VII el Emperador

Conflictivo Matrimonio Alfonso I-Urraca

La gran figura medieval del Cid Campeador había llenado toda una época con el trasfondo de la rivalidad entre el rey don Sancho y su hermano Alfonso, complejo personaje entre la grandeza y el fracaso.

Desaparecido Rodrigo Díaz, aparece como el primero de los caudillos cristianos el rey Alfonso I de Aragón, mezcla de guerrero conquistador y de caballero cruzado. Su figura empieza a destacar a finales del reinado de Alfonso VI, hacia 1096. Casi diez años después nacía otro rey en Galicia, el que iba a ser su contemporáneo y protagonista de la época: Alfonso VII de Castilla y León, que todavía niño es testigo inconsciente de las primeras victorias resonantes de Alfonso I el Batallador conquistando Ejea, Tauste y Tamarite. Lo que le aproxima a Zaragoza, supremo objetivo del monarca aragonés.

Peor iban las cosas en la zona castellana, ya que por aquellos días tenía lugar la desastrosa batalla de

Uclés, a la que me referí en el capítulo anterior.

Varios historiadores, Menéndez Pidal y Ramos Loscertales entre otros, suponen que los éxitos del Batallador llevaron al caduco y derrotado Alfonso VI a elegirle como esposo de su hija Urraca, una especie de garantía para recuperar el poderío militar perdido.

El gran medievalista Luis Suárez Fernández opina que «la boda se celebró bajo ominosos presagios». Alvar Fáñez se defendía con dificultad frente a los almorávides que atacaban Toledo. El clero francés, presidido por Bernardo de Salvetat, arzobispo cluniacense de la sede toledana, no quería que cesara la influencia de la casa de Borgoña (es decir, la de las hijas de Alfonso VI con sus maridos). Galicia quería un reino para Alfonso Raimúndez, el que sería Alfonso VII, y, por último, Enrique de Borgoña, esposo de Teresa, era contrario a un fuerte poder unificador, como podía ser Alfonso I el Batallador, al que en Castilla y León apoyaba un importante magnate de la etapa anterior, el conde Ansúrez.

Alfonso Raimúndez. En esta línea, el arzobispo de Toledo declaró nulo el matrimonio Urraca-Alfonso porque los contrayentes eran bisnietos de Sancho el Mayor. Absurdo pretexto de consanguinidad por motivos políticos ambiciosos. Para oponerse a tal excomunión, el nuevo matrimonio firmó un pacto, cediendo todos sus reinos «para el hijo que pudiera nacerles», y de no tenerlos, para Alfonso Raimúndez.

Protestaron los borgoñones, que quisieron proclamar sin tardanza a Alfonso VII como rey de Galicia. Al frente de esta larvada rebelión estaba la nobleza gallega, dirigida por Pedro Froilán, conde de Traba, contra la hermandad llamada de los «irmandiños». Mientras tanto, Alfonso el Batallador, leal, directo, con pocos recovecos, derrotaba en Valtierra (enero de 1110) al rey moro de Zaragoza,

que había avanzado hasta Olite. Hay que advertir que los «irmandiños» apoyaban los derechos de doña Urraca.

De todo lo anterior resultaba una absurda guerra civil, en la que había intervenido el Papado al anular el matrimonio real. Sin embargo, las desavenencias habrían tenido arreglo entre los partidarios del infante Alfonso Raimúndez y los de su madre Urraca si esta no hubiera puesto en peligro su armonía conyugal, debido a sus constantes intemperancias en la relación con su marido. Tan inviable llegó a ser la vida de la pareja, que Alfonso I encerró a su esposa en la fortaleza de El Castellar, cerca del Ebro. Después entró en Castilla con un fuerte ejército y encarceló a todos los prelados cluniacenses que entorpecían su política, los de Palencia, Osma y Soria, expulsando a otros de sus diócesis, los de Toledo, Burgos, León y el abad de Sahagún.

Urraca fue liberada por sus fieles Pedro González de Lara y Gómez González de Candespina. Cuentan las crónicas que marido y mujer vieron cómo sus gentes se enfrentaban en los campos de batalla. Pero en ese terreno Alfonso I era hasta entonces invencible y la victoria le acompañó en la sangrienta batalla de Candespina (26 de octubre de 1110).

A los pocos meses cambiaba la situación. Con la ayuda de los prelados cluniacenses, que también tenían sus huestes, y con la de su hermana Teresa, condesa, que todavía no reina, de Portugal, Urraca lograba sitiar a su marido en el castillo de Peñafiel.

Si no fuera complicada por sí sola esta etapa histórica, llega a convertirse en un verdadero maremágnum por las inconsecuencias de doña Urraca, que, retirada en Palencia, provoca una tercera reconciliación con su marido, al que por su política unitaria convenía ese arreglo, aunque para nada confiaba en su veleidosa esposa. Reunidos los dos en

León, contaron con el apoyo de las tropas castellanas y leonesas, frente a esporádicos ataques desde Portugal y Galicia dirigidos por Teresa y su esposo, Enrique de Borgoña, que se decían defensores de la Iglesia.

Doña Urraca aceptó la propuesta de reconciliación para coronar rey a su hijo Alfonso Raimúndez, de seis años de edad, y a gobernar en nombre de los dos. El fautor del arreglo fue el inquieto obispo Gelmírez, y Alfonso I, al parecer, no se opuso a ello. Alfonso VII fue así coronado solemnemente en la catedral de Santiago de Compostela el 17 de septiembre de 1111.

Pero Gelmírez y el conde de Traba no podían admitir la presencia y la autoridad marital de Alfonso el Batallador en tierras galaico-leonesas y marcharon con tropas sobre León. El rey aragonés les salió al paso en Viadangos, les derrotó estrepitosamente y les hizo huir hacia tierras gallegas, cayendo prisionero el de Traba.

Poco se mantenían entonces las situaciones. Huye el conde de Traba, se reúne de nuevo con Gelmírez y vuelve a atacar con mayores fuerzas, llegando a Burgos. Alfonso I, en condiciones desfavorables, acepta una cuarta reconciliación con doña Urraca, que será la última.

¿Es cierto que la reina proyectaba el envenenamiento de su marido? Así lo difundió arteramente su hermana Teresa. El caso es que don Alfonso se alejó para siempre, argumentando ante la Iglesia que «no quería vivir con ella en pecado». En aquella ocasión hubo un reparto. Alfonso I conservó Castilla, unida a Aragón, y empezó a preparar su campaña decisiva: la conquista de Zaragoza.

Conquista de Zaragoza. Alfonso el Batallador promovió una verdadera cruzada, que se dirigía sobre

todo a incorporar a ella el sur de Francia. Contaba con la ayuda indirecta de Ramón Berenguer III, que distraía fuerzas moras atacando Lérida, gran objetivo de los condes de Barcelona.

En pleno invierno, relata Luis Suárez, don Alfonso se apodera de Sariñena, Almudévar, Gurrea y Zuera. Llegan los cruzados franceses, al mando de Gastón de Béarn, y comienza el asedio de la capital Nota 15. Participa también un contingente de vizcaínos a las órdenes de don Diego López de Haro y los catalanes del conde de Pallars. Vencida la resistencia, y con generosas condiciones de rendición, Alfonso I entraba en Zaragoza el 19 de diciembre de 1118.

Los ocho años que siguieron fueron muy positivos para Aragón como reino. Se fomentó la repoblación de zonas abandonadas en tiempos de las taifas, se ocuparon las tierras del Ebro y las zonas de huertas, extendiéndose a Tudela, Tarazona, Épila, Riela y Borja, y poco más adelante conquistando Calatayud y Daroca.

Se constituía ya, alejada de la capital, una línea segura de defensa, una frontera militar con buenas posibilidades de seguir adelante la Reconquista. Tal prestigio llegó a alcanzar Alfonso el Batallador en tierras musulmanas que desde el reino de Granada, el más importante de Al-Andalus, se le invitó a enviar una expedición y entregarle la ciudad. No fue posible culminar tal empresa, pero los expedicionarios regresaron con enorme botín y se trajeron a 14.000 mozárabes granadinos para repoblar las tierras aragonesas.

En esa etapa del reinado de Alfonso I, Ramón Berenguer III de Barcelona había conseguido afirmar sus dominios de Lérida al Ródano. El conde había seguido y aprovechado las campañas e ideas de expansión a costa del islam que aprendiera de su suegro, Rodrigo Díaz de Vivar. De acuerdo con el rey

de Aragón, conquistó y repobló la región de Tarragona. Le ayudaron en la empresa varios caballeros cruzados que participaron en la toma de Zaragoza.

Gran parte de la tarea de Ramón Berenguer se enfocó hacia el sur de Francia, procediendo a un reparto de la Provenza con el conde de Toulouse. Por herencia recibió las tierras del conde de Cerdaña y casó a su hija Jimena, nieta del Cid, con Roger III de Foix.

Alfonso VII

En el reino de León, el jovencísimo Alfonso VII iba consolidando su dominio. Doña Urraca contaba ya poco en su táctica perturbadora, apenas sin seguidores, y el Batallador se ocupaba de los problemas y fronteras de Castilla, sin roce alguno con su hijastro, el rey leonés. Este estaba llevando a cabo importantes operaciones defensivas más allá de Toledo. De su lado estaban ya el inefable Gelmírez y el siempre combativo conde de Traba.

A pesar de tener perdida la partida, Urraca siguió enredando en Galicia, unas veces con Gelmírez, otras contra Gelmírez; unas con Traba, otras contra Traba... siempre la «indómita fémina», sin tener en cuenta que su hijo era ya el rey Alfonso VII.

A última hora aparecía al lado de Urraca el conde Pedro González de Lara, su consejero, amante y tal vez marido. Pero el árbitro de la situación volvía a ser el obispo Gelmírez, arzobispo ya de la sede metropolitana (1120) de Santiago, que había conseguido del papa Calixto II, en sustitución de la de Mérida. Hay que tener en cuenta que el nuevo Papa

era hermano de Raimundo de Borgoña y tío, por lo tanto, del rey Alfonso VII.

Gelmírez tenía su propio ejército, y hasta una escuadra. Tan fuerte, que venció en el mar a la flota almorávide, y por tierra expulsó a doña Teresa y a don Enrique Nota 16 de Tuy y de Orense hacia Oporto y Coimbra. Un arzobispo de armas tomar.

El reinado de Alfonso VII fue una realidad, no en precario como hasta entonces, a partir del año 1124. Primero fue armado caballero en Compostela al cumplir dieciocho años y a renglón seguido comenzó a reinar sin las restricciones que le imponían su madre y Gelmírez. La reina Urraca falleció dos años después en el castillo roquero en lo alto de Saldaña, y Alfonso Enríquez, hijo de Teresa y Enrique de Borgoña, seguía en Portugal el ejemplo de su primo y, con el apoyo del obispo de Braga, se hacía proclamar rey del vecino país.

Por esos años se consolidaba también el reinado de Alfonso el Batallador en Zaragoza, y al frente de una nueva expedición se dirigía a Al-Andalus.

¿Quién era el primus ínter pares en la España cristiana? Alfonso VII se había hecho proclamar emperador en León y, por su parte, el Batallador dominaba grandes zonas de Castilla, incluso Burgos, Carrión y la línea fortificada del Duero.

El flamante emperador de León se lanzó con ímpetu a la conquista de Burgos, ciudad símbolo de Castilla, y sus tropas ocuparon la plaza, el castillo.

Alfonso I acude en persona a defender su frontera. Un sangriento conflicto está a punto de estallar, pero, por fortuna, la mediación de Gastón de Béarn y del señor de Bigorre llevó a los dos Alfonsos a firmar las paces de Támara, en 1127.

En el acuerdo se fijan las fronteras entre ambos reinos. Alfonso VII renuncia a varias zonas de la ribera

del Ebro y reconoce al Batallador como legítimo rey de Zaragoza, si bien este último acata el título imperial del rey leonés. Para Menéndez Pidal, las paces de Támara demuestran el sentimiento de unidad de los reinos hispánicos y el reconocimiento de la continuidad histórica, la tradición visigótica que se confirma con el título de emperador para Alfonso VII, legítimo heredero de la línea que viene desde Alfonso I de Asturias.

El Batallador, en Francia

Después de Támara, Alfonso I, como rey de Aragón y de Navarra, y libre por el momento de problemas en Castilla, dedica noblemente sus esfuerzos a defender los derechos de su fiel vasallo Gastón de Béarn, vizconde de Labourde, lo que le lleva a intervenir en el país vascofrancés. Recalco, una vez más, que nunca hubo un Estado vasco independiente, ni a un lado ni a otro de la frontera. El Batallador, en esa empresa contra Guillermo de Aquitania, llegó a poner sitio a Bayona.

En otro campo de acción dirigió sus fuerzas hacia Lérida, sitiando Fraga y creando una flota fluvial en el Ebro para la toma de Mequinenza. No tuvo fortuna Alfonso en esta campaña. Eran ya muchos años de continuo guerrear, de superar problemas, como los de sus relaciones con doña Urraca, de enfrentarse tan pronto a los moros como a sus vecinos gallegos, castellanos y leoneses... En septiembre de 1133, viejo, enfermo, tal vez herido, moría cerca de Huesca.

Su espíritu cristiano de cruzado, a falta de hijos, le llevó a la idea, para nosotros inadmisible, de dejar herederas de sus Estados y conquistas a las órdenes de los templarios y de los hospitalarios, muy fuertes

en aquellos tiempos.

Como era lógico, ni los caballeros aragoneses ni los navarros aceptaron tal testamento, que iba contra derecho.

Los magnates de Aragón hicieron rey en Jaca al monje Ramiro, infante hermano de Alfonso el Batallador. No era un novato en el mando, si bien en el campo de la Iglesia. Había sido abad de Sahagún y obispo de Burgos y Pamplona.

Los navarros quisieron volver a su antiguo reino independiente de Aragón y designaron como su monarca a García Ramírez, señor de Monzón y de Tudela, bisnieto de Sancho III y nieto del Cid. Difícil encontrar mejor estirpe, pero la decisión navarra fue gravemente dañosa para la acción reconquistadora unificada, y pronto se vería que perjudicial también para Navarra, creando problemas dinásticos y aislando al reino, que quedaría sin frontera con el moro y en cambio se vería implicado en problemas ajenos, dependiendo de poderes franceses.

Queda como figura cumbre de la época Alfonso VII, el único rey al que la Historia ha dado plenamente el título de Emperador en España, si bien dicho título nada tiene que ver con el concepto general de Imperio como poder expansivo y dominador de países extraños. El nombre de Imperio, que a veces se repite en la Edad Media española, se refiere únicamente a la idea de ser el primero y superior de los reinos hispánicos, sin más ambición territorial y de poder que la de unificar y dirigir la gran empresa de la Reconquista. Confirmo mi idea, no solo medieval, sino extensiva a los reinados de Trastámaras, Austrias y Borbones, que lo español es el Reino, no el Imperio.

Boda Alfonso VII-Berenguela

En las monarquías hereditarias siempre fue, o debió ser, esencial la política matrimonial. Con más razón cuando estaban obligados a vivir en el territorio peninsular, en vecindad y embarcados en la misma tarea. Por eso es un paso muy interesante el que da el joven emperador Alfonso VII al casarse con Berenguela o Berengaria, hija del conde Ramón Berenguer III de Barcelona y de Dulce de Provenza, conquistadores de Tarragona por aquellos días.

Don Alfonso ha vencido las rebeldías internas de su reino, sobre todo las derivadas en Galicia de la tortuosa y prolongada actividad, afortunadamente terminada, de doña Urraca, Gelmírez y el conde de Traba. Ahora puede dedicarse a nuevas correrías contra los almorávides. Llega hasta Cádiz y lleva con él al reyezuelo moro de Rueda, hijo del último rey islámico de Zaragoza. Se trata de un curioso personaje conocido por los cristianos como Zafadola, que con ayuda de Alfonso VII llegó a ser rey de Córdoba por unos días.

El emperador, de «barba florida» como Carlomagno, aspira a más. ¿Por qué no a ser rey de Aragón, aprovechando la difícil sucesión de Alfonso el Batallador? Siempre fue aspiración de los reyes leoneses seguir la línea del Ebro, afirmarse en la disputada Rioja y llegar al mar. ¿Por qué no si él desciende también de Sancho el Mayor, «que sigue siendo el abuelo de todos y la fuente de toda dignidad real en el norte de España»?

No se sabe bien si de acuerdo con Ramiro II el Monje o con la mediación de Ramón Berenguer III, el rey Alfonso ocupa Zaragoza y las poblaciones más importantes de la región. El Papa sigue oponiéndose en defensa de las disposiciones testamentarias de Alfonso I, es decir, a favor de templarios y hospitalarios.

El emperador no encuentra oposición, ya que la papal es solamente formal. Ramiro II, sin esperar la dispensa de Roma, ha dejado los hábitos para casarse con Inés de Poitiers, y García Ramírez, el nuevo rey de Navarra, rinde vasallaje a Alfonso VII y acude a su solemne coronación en León. El emperador, generoso y calculador, en agradecimiento, le cede la posesión de Zaragoza.

Al otro lado de los Pirineos se reconoce el título imperial del rey de León, y así le llaman las crónicas *Imperator Hispaniae*, emperador como el del Sacro Imperio Romano Germánico y el de Bizancio, como puede verse en las repetidas expresiones del abad de Cluny y en san Bernardo de Claraval, el fundador del Císter.

Parece que para culminar el cénit del reino leonés, y para concertar al máximo la acción común de los reinos cristianos, se acuerda la boda, esponsales de futuro, entre Sancho, primogénito de Alfonso VII, y Petronila, hija única de Ramiro II, rey de Aragón. Una boda ideal que habría adelantado tres siglos la unidad de los Reyes Católicos. Todo habría sido posible en esa etapa de nuestra Historia, juvenil, impetuosa y expansiva.

Tan incitantes posibilidades no pudieron convertirse en realidad. Los grandes señores aragoneses veían con recelo convertirse en súbditos del poderoso emperador Alfonso VII, y lo mismo le pasaba al rey navarro, García Ramírez. Además, la Santa Sede se oponía al matrimonio del heredero castellano-leonés con Petronila. En Roma seguían con la obsesión de la herencia del Batallador a favor de los templarios y hospitalarios, así que vieron un mal menor en el plan de casar a Petronila con Ramón Berenguer IV de Barcelona, caballero de la Orden militar del Temple.

Se realizó la boda, de muy distintas consecuencias

en la Historia que la anteriormente proyectada. Petronila y el conde catalán dieron lugar con su enlace a una fecunda unión de extraordinaria trascendencia para unificar e intensificar la acción reconquistadora en el Levante español: la Corona de Aragón, con Cataluña como avanzada por los caminos del mar Mediterráneo, nuevos rumbos para nuestra política internacional, que culminará con el más glorioso de los descendientes de la joven pareja catalano-aragonesa, don Fernando el Católico. Y un paso adelante hacia la unidad de finales del siglo XV.

Recelos ante el emperador. Tras estos acontecimientos a los que me acabo de referir, tras este importante cambio de alianzas, Alfonso VII va a tener que enfrentarse con nuevos y viejos problemas, estos últimos agudizados. Ahora tiene que vérselas con García Ramírez de Navarra, que se ha aliado con el que ya se titula rey de Portugal, Alfonso Henriques, que ha eliminado de la escena a su madre, la ambiciosa doña Teresa, hija de Alfonso VI y viuda de Enrique de Lorena o de Borgoña. La tal infanta-madre fue expulsada de Portugal en unión de su amante Fernando Pérez, hijo del conde de Traba. Aquellas ilustres señoras, vieja y eterna costumbre, procuraban consolar pronto su viudez, si es que no lo habían hecho ya antes en vida del no menos ilustre esposo. Soluciones que se imponían en los tiempos de tanto matrimonio de Estado y de tanta endogamia familiar. Tras estos ligeros comentarios debo añadir que Alfonso VII se vio forzado a pactar en Tuy con Alfonso Henriques, lo que suponía un tácito reconocimiento de la independencia portuguesa Nota 17.

También se entrevistó el emperador en Carrión de los Condes con Ramón Berenguer IV, el esposo de Petronila, que le rinde vasallaje en nombre del *Regnum Caesaraugustanum*, pero no como conde de

Barcelona.

Ramón Berenguer, no se sabe si por elegante dignidad o si lo hizo forzado por los aragoneses, no tomó el título de rey de Aragón, y sí solo el de príncipe, que le fue reconocido por un breve del papa Adriano IV. En cambio, el Pontífice no reconoció a García Ramírez como rey de Navarra, llamándole simplemente duque de Pamplona.

El emperador, momentáneamente libre de problemas con sus parientes y vecinos cristianos, emprende nuevas campañas contra los almorávides, que habían sitiado Toledo, donde se defendía con valor la emperatriz, doña Berenguela.

Los moros, en un gesto muy caballeresco y medieval, se retiraron, no queriendo ofender a una gran dama. Amable opinión de algunos historiadores. Más bien creo que la retirada almorávide se debió a la llegada de don Alfonso y a que las taifas estaban tan en crisis que habían ya pedido al califa almohade que pasara el Estrecho para salvar Al-Andalus.

Ante el peligro de la nueva invasión, Alfonso VII procuró reforzar sus defensas, conquistando la estratégica fortaleza de Calatrava, origen de la famosa Orden militar. Luego, osadamente, sigue hacia Almería, llevando en la expedición a sus vasallos Ramón Berenguer IV, García Ramírez de Navarra y Guillermo de Montpellier. Colaboran en la empresa las naves catalanas, genovesas y pisanas; tal es la fuerza reunida que Almería capitula en seis días Nota 18. También por esas fechas el rey portugués Alfonso Henriques conquistaba Lisboa con aires de cruzada, auxiliado por tropas francesas e inglesas y con las indulgencias de su protector, el papa Eugenio III. Y Ramón Berenguer IV, de regreso de Almería, conquistaba Tortosa, Lérida, Fraga y Mequinenza, estableciendo unas líneas que casi coinciden con la Cataluña actual.

Es un buen momento para los reinos cristianos, pero un tanto engañoso, porque los nuevos invasores almohades iban a retrasar lo que por aquellos días parecía ya una cercana victoria conjunta definitiva frente a los moros. Por desgracia, faltaba aún mucho tiempo, si bien en los primeros años se iban a ver importantes progresos reconquistadores. Las Navas de Tolosa serían, en el reinado siguiente, el momento clave para la conquista de Al-Andalus.

Tudellén. Alfonso VII y Ramón Berenguer IV se reúnen en Tudellén, cerca de Fitero, en Navarra. Menéndez Pidal considera el acuerdo a que llegaron como el reparto total de la España musulmana, es decir, fijar los campos de acción respectivos: Levante y las Baleares para la Corona de Aragón, y el centro y el oeste peninsular hasta la línea portuguesa para Castilla-León, con la suprema potestad y dominio sobre todas las tierras españolas para el emperador. Además acuerdan atacar a Navarra y repartírsela, lo que me parece una pirueta histórica un tanto mal concebida, ya que Navarra, por multitud de razones, ni debía ni podía ser dividida, y su único destino tenía que ser la incorporación a la común trayectoria hispánica.

El buen sentido de Alfonso VII hizo que el proyectado reparto no se llevara a cabo. Prometió a su hija Sancha con el rey navarro Sancho VI y cortó las ambiciones de Ramón Berenguer, que pretendía atacar a su futuro yerno.

Fue una de las últimas decisiones del emperador, pero aún tuvo ánimo para una nueva expedición guerrera por tierras de Al-Andalus, conquistando Andújar. Señalaba así el camino a sus gloriosos sucesores y ya no con el viejo estilo de avanzar, conquistar y retirarse, sino con el firme propósito de permanecer, de repoblar y de seguir adelante.

En 1151, cuando llevaba dos años viudo por la muerte de la emperatriz doña Berenguela, contrae nuevo matrimonio con Rica, princesa polaca, y para dejar claro que sus herederos eran los hijos que tuvo con Berenguela procedió al reparto de sus reinos para después de su muerte: el primogénito, Sancho, sería rey de Castilla y Toledo; y Fernando, el segundo, ocuparía el trono de León y Galicia. Nuevo disparatado reparto del reino. Lo comento así en mi obra Así se hizo España Nota 19, y creo que sigue siendo válido el comentario:

> Las consecuencias del reparto, una vez más, fueron funestas. Posiblemente aún peores que en los casos anteriores, pues una vez separado Portugal y fortalecido el condado de Barcelona no podía ser más necesaria, para el equilibrio de la acción reconquistadora y para su proyección coordinada, la unión, imperial o no, de Castilla y León. Esta podía, además, representar un factor de peso y de prestigio en el concierto europeo, en el cual deberíamos estar cada día más insertos y en el que se iban definiendo por esas fechas las nacionalidades de Francia e Inglaterra, y los poderes supranacionales del Papado y del Imperio, de los que no podíamos estar al margen en los tiempos que se avecinaban.

Dos grandes reyes de nuestra Edad Media, Alfonso I el Batallador y Alfonso VII el Emperador, con Ramón Berenguer como un epígono. Sin olvidar el importante papel histórico que en estos reinados jugaron féminas reales de muy diversa condición: la intemperante y conflictiva doña Urraca, y las pacíficas e inteligentes doña Petronila y doña Berenguela.

Y una vez más, ¡qué frustración histórica el lamentable reparto de los reinos!

6

El Gran Alfonso VIII y los Cinco Reinos

La muerte del emperador Alfonso VII deja una especie de sensación de inmadurez, de indefinición en la idea reconquistadora. Es la clásica etapa de transición en la que algo nuevo se está gestando. El concepto leonés del Imperio puede darse por desaparecido. No volverá a resurgir; solo como fantasía política en algunos momentos de exaltación patriótica o dinástica, en tiempos de Carlos V o en pleno siglo XX.

Los principios feudales y la tradición sucesoria de la monarquía navarra, como dice el profesor García de Valdeavellano, llevaron a Alfonso VII a fragmentar sus reinos, lo que no solo dividía las fuerzas ante el enemigo común, sino que además constituía un casi inevitable factor de discordia.

Sancho, nuevo rey de Castilla, concierta con su hermano Fernando, rey de León, el tratado de Sahagún. Pero la prematura muerte de Sancho introducirá en la relación acordada nuevos elementos. El heredero de Castilla es un niño de tres años, el que será Alfonso VIII. Fernando II aspira a ser el tutor de su sobrino; se apodera de Toledo y de Segovia, y se hará llamar durante algunos años *Rex Hispaniae* o

Hispaniorum Rex. Así, de nombre y de hecho, la supremacía pasa de León a Castilla, a la que confirma su vasallaje Ramón Berenguer IV, que cada vez es más fuerte y robustece su personalidad histórica en la Corona de Aragón.

De acuerdo con el criterio de Menéndez Pidal, hasta el reinado de Fernando III el Santo, la península Ibérica, excluyendo Al-Andalus, está dividida en cinco reinos: León, Castilla, Navarra, Aragón-Cataluña y Portugal. Con reyes descendientes todos, por línea paterna o materna, de Alfonso el Magno de Asturias y de Sancho el Mayor de Navarra. Entre paréntesis digamos que por venir de ellos la monarquía española me parecen muy justos los títulos, digamos fundacionales, que lleva el heredero del trono: príncipe de Asturias, príncipe de Viana y príncipe de Gerona.

La mujer del rey Sancho de Castilla, doña Blanca de Navarra, murió al dar a luz al que será Alfonso VIII. Este iba a heredar un territorio separado del reino de León por una raya fronteriza que desde la costa cantábrica, siguiendo la línea del Deva, bajaba hasta la sierra central, comprendiendo, entre otras importantes poblaciones avanzadas, Sahagún, Medina del Campo, Arévalo y Ávila, y la ciudad clave de Toledo, la gran apetencia musulmana. Los almohades lo prueban atacando con grandes fuerzas el castillo de Calatrava, un poco más al sur. Lo defienden los caballeros del Temple, a los que dirige fray Raimundo, abad de Fitero, estableciéndose allí por los cistercienses la Orden de monjes-caballeros, como la de Jerusalén, es decir, la gran Orden militar española de Calatrava.

Sancho III, antes de su prematura desaparición, había firmado en Osma un pacto de solidaridad (1158) que confirmaba el de Tudellén de siete años antes, amistad y reconocimiento de vasallaje, con Ramón

Berenguer IV. La mujer de este, doña Petronila, reina de Aragón, había dado a luz un hijo, cuyo nombre, de Ramón, cambió por el de Alfonso. Es interesante resaltar que, a partir de entonces, todos los reyes de la Corona de Aragón, y por lo tanto condes de Barcelona, ya no llevarían los mismos nombres catalanes de Berenguer, Ramón, Borrell, Sunyer, Mirón... sino los castellanos de Alfonso, Pedro, Martín y Jaime (Santiago).

Durante su minoría de edad, Alfonso VIII, sometido a un tutor, don Gutierre Fernández de Castro, designado por su padre, se vio envuelto en las luchas entre las dos familias de magnates castellanos, los Castro y los Lara. En esa etapa debió de ser cuando Sancho IV de Navarra se apoderó de Logroño, aprovechándose de la citada rivalidad. También por aquellos días el califa almohade Abd el-Mumin fundaba desde África «una población en el monte de Tarik» (*Chabel Tariq*), que será Gibraltar.

Fernando II de León

El rey Fernando de León, hacia 1161, reclamó a los Lara la guarda y custodia de su sobrino Alfonso, y con ello el derecho a intervenir en los asuntos de Castilla. De acuerdo con Fernando Rodríguez de Castro, a quien nombra mayordomo del reino, entra en Segovia y Toledo. Un potente ejército le acompaña. Parece que los Lara, poderosos señores, aceptan ahora que el rey actúe en Castilla como tutor de su sobrino. Lo mismo pretende don Fernando en Aragón-Cataluña: tutelar al niño Alfonso II, sucesor de Ramón Berenguer IV, fallecido en el Piamonte italiano cuando iba a visitar al emperador Federico Barbarroja, para que le confirmara como conde de Provenza.

Pasa así Fernando II a ser el príncipe más poderoso de España, poniendo bajo su protección a los dos tiernos monarcas, Alfonso VIII y Alfonso II.

No obstante, la minoría del rey-niño de Castilla seguía siendo perturbada por la rivalidad de los Castro y los Lara, que se combatían con las armas, mientras el rey de León seguía preocupado por la hostilidad del monarca portugués Alfonso Henriques, con el que se vio obligado a llegar a un acuerdo en Puente Viejo (Ponte Vetere o Pontevedra). Allí se concertó el matrimonio de Fernando II con la infanta portuguesa Urraca, hija del citado Alfonso Henriques.

El rey de León emprendió nueva campaña contra los moros de Extremadura, llegando al Tajo y conquistando Alcántara. Pero, entre tanto, la población de Toledo se sublevaba contra él y aclamaba a Alfonso VIII, de diez años, que entraba en triunfo en la ciudad. Mientras, Fernando II, en continuo conflicto con el rey de Portugal, perdía y recuperaba plazas en la mal definida frontera, plazas en conflicto como Évora, Cáceres y Badajoz, donde tuvo lugar el combate en el que Alfonso Henriques fue derrotado y hecho prisionero.

Alfonso VIII

Alfonso VIII, que tras una agitada minoría de edad había llegado a los quince años, a partir de 1170 se sintió responsable y guerrero, tomó el castillo de Zorita a los Castro, reunió una Curia Regia extraordinaria en Burgos, la primera de su reinado, y concertó sus esponsales con Leonor Plantagenet, hija de Enrique II de Inglaterra, que aportaba a la boda como dote el ducado de Gascuña. Para la mentalidad actual es difícil comprender cómo las familias reales

disponían de grandes territorios, regiones enteras, y las utilizaban como dote en sus transacciones matrimoniales.

Alfonso VIII y el rey aragonés Alfonso II dirimieron sus diferencias en una entrevista en Sahagún, delimitaron sus fronteras y acordaron paz y amistad duraderas. Los dos reyes recibieron juntos a Leonor de Inglaterra, y ante ambos se celebraron las bodas en Tarazona Nota 20.

De Tarazona siguió Alfonso II con su hueste contra los moros, conquistando Teruel y Caspe, mientras Alfonso VIII iniciaba ya en plenitud su gran reinado.

Las órdenes militares. Estamos en la segunda mitad del siglo XII. Son tiempos en los que nacen y adquieren pronto un importante papel en la Historia de España las grandes órdenes militares.

La defensa de las zonas fronterizas de los reinos hispánicos empezaba a encomendarse a unas milicias que habían tomado modelo del Ribat musulmán, fortalezas encomendadas a unos caballeros de vida monacal, en principio los hospitalarios y templarios, que tenían su origen en la defensa de los peregrinos a los Santos Lugares y al reino de Jerusalén. Ya Alfonso I el Batallador fundo órdenes análogas en los límites de sus reinos, en Monreal y Belchite, y Alfonso VII de Castilla encomendó la fortaleza de Calatrava a los templarios. Fue esta, Calatrava, la primera orden española creada para la defensa contra los almohades y, como dijimos, encomendada al Císter, con el abad Raimundo de Fitero al frente. Esta orden fue aprobada por el papa Alejandro III en 1164. En ese mismo año, en el reino de León y en San Julián de Pereiro, frontera portuguesa, se fundó la orden que años más tarde sería llamada de Alcántara Nota 21.

Ya en tiempos de Alfonso VIII varios caballeros,

dirigidos por el obispo de Salamanca, se reunieron en Cáceres con una regla de vida común, Congregación de los Fratres de Cáceres, y poco después se ponían bajo la protección del apóstol Santiago, recibiendo este nombre la orden, que fue aprobada por el Papa en 1175.

A las tres órdenes citadas, Calatrava, Alcántara y Santiago, vino a unirse la de San Jorge de Aljama, en el reino de Aragón, de tiempos de Pedro II, que al suprimirse más adelante la Orden del Temple se convirtió en la Orden militar de Montesa, plaza fuerte de la Sierra de Enguera.

Bodas en familia. Aún no había transcurrido un año desde su boda cuando la reina Leonor dio a luz a Berenguela, hija mayor de Alfonso VIII, que le puso este nombre en recuerdo de la esposa de Alfonso VII. Y por las mismas fechas, 1171-1172, nacía en Zamora su futuro marido, el infante Alfonso, hijo de Fernando II y de la infanta portuguesa Urraca.

Alfonso VIII seguía con su enfrentamiento con Navarra para recuperar varias plazas riojanas y burgalesas que Sancho IV había ocupado aprovechándose de su minoría de edad. Le apoyaba en su empresa el rey Alfonso II de Aragón. Precisamente iba a tener lugar un nuevo enlace castellano-aragonés: la boda de la infanta doña Sancha, tía de Alfonso VIII, con Alfonso II. Todo en esa gran familia, tan pronto en querella como en fiestas, bodas y bautizos, de las monarquías peninsulares. Bodas que, por cierto, y debido a tales parentescos, se entretenían a menudo en disolver o anular los papas. Como la de Fernando II y doña Urraca, por ejemplo.

Alfonso VIII y Sancho de Navarra encomendaron resolver sus diferencias al arbitraje de Enrique II de Inglaterra. El laudo fue aceptado y los dos reyes firmaron en Fitero un pacto para diez años.

Conquista de Cuenca. Los almohades no permanecían ociosos y preparaban un ataque a Castilla, comenzando por Uclés, de tan mal recuerdo para los castellanos. Alfonso VIII decidió entonces asegurar la zona de Cuenca y con ayuda de Alfonso II sitió la capital, de la que consiguieron apoderarse, tras una fuerte y prolongada resistencia de los moros. El rey castellano, agradeciendo su ayuda, eximió al aragonés del antiguo vasallaje. Se concedió un fuero a Cuenca, nueva sede episcopal.

Alfonso VIII, incansable guerrero, el rey medieval que más hizo por formar y consolidar la Castilla núcleo de la España de los Reyes Católicos junto a la Corona de Aragón, preparaba su acción decisiva contra el invasor almohade, pero antes se preocupaba precisamente de esa delimitación y fortaleza de su propio reino.

En nueva campaña penetró por Tierra de Campos, marcando los límites con el reino de León, mientras su aliado, otro gran monarca, Alfonso II de Aragón, llegaba hasta Lorca y se adentraba en Andalucía. Los dos reyes, de pleno acuerdo, firmaban un tratado en Cazorla, en tierras de Jaén, por el que se repartían sus respectivas zonas de reconquista. Desde luego, en plan de igualdad, sin vasallaje alguno.

Todo el país valenciano, hasta el puerto de Biar (Alicante), sería para la Corona de Aragón, y más allá todo sería para Castilla (1179).

El rey portugués Alfonso Henriques fortalecía su territorio y lograba del papa Alejandro III su reconocimiento como *Rex portugalensis*. Y Alfonso VIII y su esposa, Leonor de Inglaterra, iniciaban cerca de Burgos las obras del que había de ser gran monasterio de monjas cistercienses, Las Huelgas Nota 22.

La exaltación religiosa que desde el siglo XI había

dado lugar a las cruzadas lleva en el mediodía de Francia, concretamente en el Languedoc, a una desviación herética, la de los cátaros y de los valdos o valdenses. No entraremos aquí en el estudio de estas herejías, pero es innegable su repercusión histórica en España, principalmente en las regiones lindantes con el sur del país vecino. La Francia del norte acabó imponiéndose en el Languedoc y ello fue en perjuicio de los intereses de la Corona de Aragón, predominantes hasta entonces en aquella zona ultrapirenaica.

En 1185 moría el primer rey de Portugal, Alfonso I, y le sucedía su hijo Sancho. Se seguían conservando los nombres tradicionales de las dinastías castellano-navarras.

Las primeras Cortes. Tres años después (1188) moría en Benavente Fernando II de León, que poco antes se había casado con su amante doña Urraca López de Haro. A continuación fue proclamado rey el infante don Alfonso, Alfonso IX, que convocó la primera Curia Regia a la que asistieron representantes de una nueva clase social, los burgueses o ciudadanos, gentes que habitaban en las ciudades. Se puede decir que fueron las primeras Cortes, sistema representativo que en el siglo XIII se extendió a Cataluña, Aragón, Valencia y Navarra. Esas Cortes españolas fueron las primeras de Europa; concedían los subsidios a la corona, con lo que limitaban el poder real, y el estamento popular o estado llano era elegido democráticamente por las ciudades, que poseían extensos alfoces o distritos, disponían de abundantes medios económicos, bosques, ganados... y armaban sus propias milicias, que hicieron numerosas expediciones por tierras moras.

El mismo año que Alfonso de León reunía la Curia Regia, el rey de Castilla, Alfonso VIII, invadía las

tierras de su primo y tomaba Coyanza y otras poblaciones, lo que obligó a Alfonso IX, escaso de fuerzas, a pedir una entrevista. La reunión de los dos reyes tuvo lugar en Carrión. Allí, ante la Curia plena convocada por Alfonso VIII, este armó caballero al monarca leonés, que correspondió besando la mano de su primo. Lo hizo a regañadientes, obligado por su inferioridad, y desde entonces guardó un profundo rencor contra el rey de Castilla, que se mantuvo a lo largo de los años.

Esa preponderancia y poderío que iba adquiriendo Castilla, como advierte con acierto el gran medievalista Valdeavellano, «suscitó los recelos de Alfonso II de Aragón, que inició una política anticastellana de acercamiento a Navarra», y como consecuencia a un entendimiento circunstancial con el rey portugués y con el de León. Estos dos últimos, con Aragón, acuerdan en Huesca un pacto de alianza dirigido contra Castilla.

La respuesta de Alfonso VIII no se hizo esperar. Entró por Agreda en tierras aragonesas, mientras Alfonso II desde Aragón atacaba Soria. Un cierto equilibrio hizo detener ambas ofensivas contrapuestas, y Alfonso VIII, con buen sentido, desvió su atención hacia los almohades, organizando una expedición, unido a los caballeros de Calatrava, que por tierras de Al-Andalus devastó las comarcas de Jaén y Córdoba, más allá de Sierra Morena. En cambio, el rey de León, cada vez menos fiel a la causa cristiana por su animadversión a Castilla, pactaba con los almohades una tregua de cinco años (1192).

Tales diferencias entre los reinos hispánicos llevaron al papa Celestino III, a partir de 1195, a pedir a Alfonso II de Aragón que promoviera una unión de los príncipes cristianos frente al peligro común, olvidando sus diferencias con Castilla y reuniendo una gran alianza. Por esas fechas moría el rey de Navarra,

Sancho VI el Sabio, y le sucedía su hijo, Sancho VII el Fuerte, el famoso personaje de la batalla de Las Navas de Tolosa, muchos años después.

El Papa envió a España como legado al cardenal Gregorius. Venía para separar, por causa de parentesco, a Alfonso IX de León de su mujer, Teresa de Portugal; pero su gestión principal fue forzar al rey leonés a un entendimiento con Castilla. Lo logró: los dos monarcas sellaron la paz en un tratado firmado en Tordehumos, y en él se acordaba que, de morir Alfonso IX sin hijos, sus reinos pasarían a Castilla, mientras Alfonso VIII se comprometió a devolver a León las tierras que había ocupado.

La batalla de Alarcos. Un nuevo y gran ejército almohade, con el califa Abu Yusuf al-Mansur al frente, ha desembarcado en Tarifa, proclamando la guerra santa contra los cristianos de España. El objetivo era Castilla, que para los almohades era el enemigo que había invadido las tierras de Al-Andalus.

Alfonso VIII se precipitó en el ataque a los musulmanes. Sin esperar la llegada de Sancho VII el Fuerte, nuevo rey de Navarra, que venía en su ayuda, se lanzó con arrojo sobre el enemigo en las inmediaciones del cerro de Alarcos, y a pesar de dar gran ejemplo de valor al frente de sus huestes, sufrió una tremenda derrota, en la que perdió a alguno de sus mejores caballeros. Los almohades, crecidos, sitiaron a don Diego López de Haro, señor de Vizcaya, en el castillo de Alarcos, en la actual provincia de Ciudad Real. Logró escapar del cerco y se unió a Alfonso VIII en Toledo, mientras los almohades tomaban al asalto la fortaleza de Calatrava, defendida por los caballeros de la orden. La batalla de Alarcos fue la última gran victoria islámica en España.

Tras la reciente derrota, Alfonso VIII se vio en muy difícil situación. Alfonso IX de León mostró de

nuevo una actitud indigna, aliándose a los almohades; Sancho VII de Navarra y Sancho I de Portugal negociaron también con los africanos, en una clara posición anticastellana. Solo Alfonso II de Aragón y Cataluña tuvo limpia conciencia de la solidaridad hispánica: dirigiendo una peregrinación a Compostela, fue el mejor valedor de los deseos expresados por el papa Celestino III para que cesaran las querellas entre príncipes cristianos y para que se unieran contra el enemigo común. Era la gran cuestión a lo largo de casi todo el Medievo español.

Hay que tener en cuenta que por aquellos días Castilla era asediada por todas partes. Alfonso IX de León, «el Baboso», le llamaban los árabes, invadía y devastaba la Tierra de Campos, mientras el rey de Navarra atacaba Soria y Almazán. Los almohades, por su parte, penetraban en Extremadura, ocupaban Montánchez, Santa Cruz y Trujillo, cruzaban el Tajo, se apoderaban de Plasencia y de la comarca de Talavera, devastando toda la vega.

El papa Celestino III va a ser esencial en esas agobiantes circunstancias para el rey de Castilla. A Sancho de Navarra, para que deje de negociar con los almohades, le concede el título de Rex, que venía negando a los monarcas navarros. A Alfonso IX de León le excomulga por su amistad con el califa Abu Yusuf, y además desliga a los leoneses de su juramento de fidelidad al rey. Tal es el peso del Papado en las políticas nacionales de la Edad Media.

La muerte de Alfonso II de Aragón supone una grave pérdida para los afanes unificadores del Papa. Desaparece un gran monarca, hábil, enérgico, valiente, que ha engrandecido sus estados, domina en el sur de Francia y proyecta Cataluña hacia el Mediterráneo. Afortunadamente no le desmereció su hijo Pedro II, que subió al trono antes de cumplir veinte años, bajo la influencia de su madre, doña

Sancha, firme partidaria de la alianza con Castilla.

Nuevos conflictos entre los reinos. El continuo enfrentamiento entre Castilla y León resultaba esterilizante. Era necesario ponerle fin mediante un acuerdo. De ello se encargó la reina Leonor, esposa de Alfonso VIII, patrocinando la boda del rey leonés con la infanta Berenguela, hija mayor de los reyes castellanos. La boda entre tío y sobrina podía ser anulada por el Papa, pero poco importó en aquel grave momento a los dos reyes españoles. La ceremonia se celebró con gran solemnidad en Valladolid y, por el momento, se libró de la anulación por la muerte del papa Celestino III, al que sustituyó un joven y enérgico cardenal, Lotario Segni, que tomó el nombre de Inocencio III.

De cómo cambiaban las relaciones de entonces entre los reyes medievales es prueba la rivalidad entre Alfonso VIII y Sancho el Fuerte de Navarra, que de guerra abierta entre ellos por problemas fronterizos pasará a ser decisiva alianza, como pronto veremos en la famosa batalla de Las Navas de Tolosa (1212).

Estamos en 1198. Alfonso VIII se reúne con Pedro II de Aragón y acuerdan repartirse el agresivo reino de Navarra, que al haberse quedado sin frontera con el moro se dedicaba a incordiar a sus vecinos castellanos y aragoneses.

Como consecuencia del acuerdo, Alfonso VIII ocupa Miranda de Ebro y su comarca, y los aragoneses se adueñan de Aibar y entran en el Roncal.

Después de algunas treguas circunstanciales, el rey de Castilla entró en tierras del reino de Navarra por Treviño, ocupó varios castillos alaveses y puso sitio a Vitoria, tarea que dejó a cargo de don Diego López de Haro, siguiendo él a Guipúzcoa, que se encomendó a su protección, incorporándose

voluntariamente a Castilla. Don Alfonso pasó así a ocupar como rey y señor las plazas de San Sebastián,

Fuenterrabía y Oyarzun. Al poco tiempo capituló Vitoria, y toda Álava se incorporó a Castilla. A renglón seguido, Alfonso VIII repobló las ciudades de la costa cantábrica con gentes castellanas, desde el oriente de Asturias, las Asturias de Santillana, San Vicente de la Barquera, hasta Fuenterrabía, Santander, Laredo, Castro-Urdiales, Motrico, Guetaria, San Sebastián, Hernani...

Otro hecho de interés tuvo lugar por aquellos días. En África moría el califa almohade Abu Yusuf al-Mansur, y le sustituiría su hijo Abu Abdallah Muhammad al-Nasir, nombre larguísimo que los españoles convirtieron en Miramamolín Nota 23.

Protagonismo de los Reyes

Como ya dije anteriormente, en la Edad Media, en toda Europa, la vida de los reyes, su acción política y sus relaciones familiares constituían el elemento y base esencial del desarrollo de la historia. La nobleza giraba en su torno y el pueblo era todavía una masa amorfa y dispersa, que contaba muy poco. Los reyes eran los indudables protagonistas, con más razón si tenían la enorme personalidad de Alfonso VIII, que además reinó durante cincuenta y seis años, el reinado más largo de nuestra Historia.

Por lo que acabo de señalar, los matrimonios reales adquieren extraordinaria importancia. El de Alfonso IX de León y la reina Berenguela fue por fin anulado por Inocencio III, que suavizó la medida levantando la excomunión, absolviendo a los cónyuges y legitimando los hijos que habían tenido en su

convivencia matrimonial, Fernando, Alfonso, Constanza y Berenguela. De ellos, el mayor sería nada menos que Fernando III el Santo, y con él se unirían definitivamente León y Castilla.

Trascendente fue también el matrimonio de Alfonso VIII con Leonor de Inglaterra, ya que, entre otras importantes consecuencias, llevó al rey de Castilla a reclamar los derechos al ducado de Gascuña, que le correspondían por la dote de su mujer, y lo hizo por las armas: entró en Francia, ocupó Othez, Tarbes y otras plazas y llegó hasta Burdeos. Otro matrimonio con históricos resultados, y que también nos puso en relación con Francia en los mismos años, fue el de Pedro II de Aragón con María de Montpellier, hija de Guillermo VIII, señor de dicha ciudad, y de Eudoxia Commeno, nieta del emperador de Bizancio, matrimonio del que nacería otro formidable protagonista del siglo XIII, Jaime el Conquistador.

Pedro II fue coronado solemnemente en Roma por Inocencio III, del que se había declarado vasallo como rey de Aragón, y por dicho Papa fue armado caballero.

En diciembre de 1204, Alfonso VIII, todavía en buena edad pero que había estado gravemente enfermo, dictó testamento instituyendo heredero a su nieto Fernando, el hijo de Berenguela y del rey de León, con lo que preparaba la unión de los dos reinos.

Curó de sus males y con nuevos ímpetus salió en campaña para sitiar Burdeos, sin conseguir rendir la plaza. Sometió todo el país, pero no a la citada ciudad ni a Bayona.

En esos momentos del reinado de Alfonso VIII adquieren singular importancia histórica tres religiosos. Don Alfonso había enviado en una misión a Dinamarca a Diego de Acevedo, obispo de Osma. A su regreso, Acevedo se dirigió a Roma y al Languedoc, acompañado de un canónigo de Osma, nacido en Caleruega, llamado Domingo. Los dos religiosos

tuvieron esencial intervención doctrinal en la terrible guerra religiosa de los albigenses que asolaba el sur de Francia. Después de aconsejar al Papa y a sus legados, dieron ejemplo de pobreza a los cátaros, recorrieron descalzos el país viviendo de limosna, predicando en un apostolado entusiasta. Diego de Acevedo moría a los dos años y Domingo de Guzmán fundaba los dominicos, la ínclita orden de los predicadores. Eran los mismos años en que el mínimo y dulce Francisco de Asís fundaba en Italia la otra famosa orden mendicante, los franciscanos.

El tercer religioso al que me refiero fue un clérigo navarro de treinta años que había estudiado en Bolonia y en París, relacionado con la corte de Pamplona y que no tardaría en ser arzobispo de Toledo: don Rodrigo Ximénez de Rada. Él convenció a Sancho IV el Fuerte a hacer la paz con Alfonso VIII y con Pedro II, y desde entonces su gran misión, su objetivo esencial, fue llevar a cabo una eficaz campaña con admirable tenacidad para conseguir la unión y aportaciones de todos para eliminar definitivamente el peligro almohade en España.

El ascenso del clérigo navarro fue rápido: sucedió a Diego de Osma en su sede y no tardó en pasar al arzobispado de Toledo, sede primada de España desde los visigodos. Allí se convertirá en uno de los personajes más importantes de la Península.

La Batalla de las Navas de Tolosa

Un poderoso ejército almohade parte de Marrakech para emprender una gran campaña en tierras españolas. Marcha al frente el califa Muhammad al-Nasir, el Miramamolín. Después de cruzar el Estrecho pasó por Córdoba y Sevilla y al llegar a la zona fronteriza de

Toledo puso sitio a la fortaleza de Salvatierra.

Alfonso VIII, acompañado de su hijo el infante don Fernando, que acababa de ser armado caballero, regresa a los campos de Toledo después de una expedición a Levante sin resultado positivo. Había incorporado a sus fuerzas las milicias concejiles de Madrid, Guadalajara, Huete, Cuenca y Uclés.

Los dos ejércitos van tomando posiciones. Alfonso VIII, con el arzobispo Ximénez de Rada, ocupa la sierra de San Vicente, y el infante don Fernando recorre las comarcas de Talavera y Trujillo.

Salvatierra, después de resistir dos meses, tuvo que rendirse, pero sus defensores pudieron pasar a Castilla. El enemigo había utilizado por primera vez poderosas armas de ataque.

La caída de la estratégica fortaleza aconseja la urgente unión de los reinos cristianos y la predicación de la cruzada de Occidente. Lamentablemente, cuando don Alfonso se ponía al frente de tal empresa religioso-militar, su hijo Fernando cayó gravemente enfermo, muriendo al poco tiempo en Madrid y siendo llevado a enterrar en el monasterio de Las Huelgas.

Don Rodrigo Ximénez de Rada salió para Roma, obtuvo del Papa la proclamación de la cruzada, y luego recorrió Italia, Francia y Alemania para conseguir combatientes, argumentando que el peligro almohade amenazaba a toda Europa: «Los perros marroquíes amenazan ya hasta la Provenza: que los cruzados alemanes, franceses, ingleses, bretones, vengan a España antes de que sea tarde».

La campaña debía iniciarse en la octava de Pentecostés, reuniéndose los cruzados en Toledo.

Alfonso VIII pidió la ayuda de los reyes de Aragón, León y Navarra. Alfonso IX puso condiciones territoriales, eludiendo el compromiso. Se ganaba bien el mote que le pusieron los cronistas árabes, «el

Baboso». En cambio, Pedro II de Aragón, a pesar de que estaba inmerso en su guerra contra los albigenses, no dudó en acudir con los suyos a Toledo. Y Sancho VII de Navarra, probablemente convencido por el primado e ilustre navarro Ximénez de Rada, decidió incorporarse a la cruzada.

El rey portugués Alfonso II, ni quiso enterarse. No obstante, caballeros portugueses, leoneses y gallegos acudieron por su cuenta a Toledo. También llegaban gentes de ultrapuertos, el arzobispo Guillermo de Burdeos, los obispos de Nantes y de Narbona, este último, abad del Císter, condes y vizcondes del sur de Francia y tropas hasta un total de setenta mil extranjeros.

Destacaba entre todos la brillante hueste de aragoneses y catalanes de Pedro II, con los obispos de Barcelona y Tarazona. Los castellanos de Alfonso VIII pasaban de los sesenta mil. Se unieron a ellos los caballeros de Calatrava y de Santiago, y en Roma recorrían las calles varias procesiones rezando por la victoria de las armas cristianas en España.

El ejército almohade de Muhammad al-Nasir, formado en Sevilla, pasaba de los doscientos cincuenta mil hombres, y no tardó en ponerse en marcha hacia Jaén y Sierra Morena. Enfrente, los ejércitos cristianos ya citados, con los cruzados de ultramontes al mando del señor de Vizcaya, don Diego López de Haro, y guardando la retaguardia, don Alfonso VIII, rodeado de todo el alto episcopado español y los maestres y priores de las órdenes.

La primera acción de los cristianos fue la reconquista de la fortaleza de Calatrava. Don Alfonso perdonó la vida a los sitiados y no permitió el botín y el saqueo, lo que disgustó a muchos cruzados extranjeros, que no tardaron en abandonar la campaña. Estaban acostumbrados a las tropelías y a extremar la crueldad en sus guerras contra los

cátaros, mientras que Alfonso VIII seguía los caballerescos métodos del Cid, de Alfonso I el Batallador y de Ramón Berenguer IV. El choque con los almohades se convirtió así en una empresa exclusivamente española.

Solo con españoles salió el rey hacia Alarcos y Salvatierra, mientras Pedro II quedaba en Calatrava y se esperaba la llegada de Sancho VII. El rey de Castilla conquista varías fortalezas y después, unido a los monarcas aragonés y navarro, se dirige a los pasos de Sierra Morena, que cruzan, a pesar de que el califa almohade domina las cumbres y puertos con sus tropas. Se da entonces el casi legendario episodio de que el pastor Martín Alhaja fue marcando con cráneos de vaca el único sendero posible para llegar al llano de Las Navas de Tolosa y los cristianos lo hicieron por el que hoy se llama Puerto del Rey Nota 24.

La batalla de Las Navas de Tolosa, uno de los episodios cumbre de nuestra Historia, se dio el 18 de julio de 1212. Resumo a continuación algunos datos de aquella brillante jornada desarrollada entre un sábado y un domingo.

Los castellanos formaban el centro del ejército, con don Diego López de Haro al mando. A la derecha, Sancho VII de Navarra y las milicias de Ávila, Segovia y Medina del Campo. A la izquierda, el rey de Aragón, y en su vanguardia, el caballero García Romero. En la retaguardia, Alfonso VIII con el arzobispo de Toledo.

Al principio hubo unos momentos de confusión. Alfonso VIII se adelantó entonces y los reyes de Aragón y Navarra convergieron hacia el centro. Con su empuje violentísimo llegaron hasta el cerco de cadenas guardadas por gigantescos esclavos negros que protegían la tienda de Miramamolín, el califa almohade. Sancho VII el Fuerte fue el primero en saltar a caballo rompiendo con gran ímpetu con su espada las cadenas. Las fuerzas musulmanas

retrocedieron, y la retirada se convirtió en precipitada fuga. Sus muertos fueron innumerables y el botín enorme. En el monasterio de Las Huelgas de Burgos se guarda el trofeo llamado «la bandera de Las Navas». Terminada la lucha, el arzobispo Ximénez de Rada entonó un tedeum en el mismo campo de batalla, mientras navarros y aragoneses perseguían a los almohades Nota 25.

Juicio y elogio de Alfonso VIII. Alfonso VIII es el paradigma de la Reconquista, por su sentido de empresa total, lejos de todo localismo, por su visión de futuro y porque en él no se dan los aspectos negativos que ensombrecen los reinados de otros grandes monarcas de los reinos hispánicos entre el 712 y 1492. Un rey para la historia. Cuando muere en la aldea abulense de Gutierre Muñoz, en 1214, el balance de su reinado es asombroso, no solo en el terreno militar, sino en el puramente humano, por su personalidad y por sus obras. Bien se le puede aplicar la sentencia bíblica: por ellas le conoceremos.

En buena armonía con los reyes de Aragón Alfonso II y Pedro II, bien casado con Leonor de Inglaterra, lo que nos entroncó aún más con la historia común europea. ¿Cuántos saben que Alfonso VIII fue cuñado de Ricardo Corazón de León y de Juan Sin Tierra, abuelo de san Luis de Francia y de san Fernando, padre de las reinas de Francia, Portugal y Aragón? ¿Cuántos conocen que fue duque de Gascuña y de Aquitania, consuegro del emperador de Alemania, con quien estuvo desposada su hija, Berenguela la Grande?... No cabe duda: en tiempos del rey castellano, Europa no terminaba en los Pirineos.

Alfonso VIII mantenía una espléndida corte, *la Kour de Kastellana*, que ensalzaban a la par Federico de Alemania y Luis VII de Francia. Alfonso fue el fundador de ciudades como Plasencia, poblador de

Santander, conquistador de Cuenca, a la que dio sus fueros... Él es el rey que incorpora definitivamente las tres vasconizadas provincias, las Vascongadas, a Castilla, que de ellas y de Cantabria naciera cientos de años atrás; el soberano de toda la cornisa cantábrica, del Finisterre a Fuenterrabía, que abre todos los puertos a la empresa del mar para Castilla, preludio de la conquista de Sevilla y de la gran aventura del Océano.

Ese es Alfonso VIII, devoto del Císter, creador del monasterio de Las Huelgas, donde reposan sus restos y los de su esposa Leonor, símbolo de su reinado; y de Santa María de Huerta, donde yace «su arzobispo», el gran Ximénez de Rada... Alfonso VIII, amigo y protector de judíos y musulmanes, gran señor de la victoria, protector también de las ciencias, las artes y la cultura, fundador del Estudio General de Palencia, primera universidad de España, madre de la de Salamanca, una de las primeras de Europa... ¿Es o no Alfonso VIII el rey noble y bueno, apelativos por los que le conoce la Historia, digno de abrir el espléndido siglo XIII...?

He tomado este elogio de Alfonso VIII de mi obra *Así se hizo España*, publicada por Espasa Calpe en 1981. Hoy lo suscribo íntegramente.

7

Fernando III el Santo y Jaime el Conquistador

Enrique I y Doña Berenguela

Lo cierto es que en la Edad Media española son tantos los monarcas que merecen el calificativo de grandes reyes que los pocos que no alcanzan esa categoría histórica constituyen simplemente una especie de paréntesis.

Uno de esos paréntesis, es posible que solo por su corta vida, ya que quedó casi inédito, fue Enrique I, nacido en 1203, único hijo del rey Alfonso VIII de Castilla.

A los once años era ya rey. Su padre le había encomendado a la custodia y regencia de doña Berenguela, hermana mayor de Enrique y esposa del otro Alfonso, el IX, rey de León. Tenía aquella insigne señora treinta y cuatro años y había dado pruebas de su inteligencia y firmeza de carácter. En los seis años que duró su matrimonio con el monarca leonés tuvo cinco hijos, de los cuales el mayor de los varones fue el infante don Fernando, el futuro Fernando el Santo.

Cosas de aquel tiempo, el matrimonio de Alfonso y

Berenguela fue disuelto por el Papa debido al cercano parentesco entre los esposos, si bien los cinco hijos fueron legitimados. Por estas razones Fernando pasó a vivir temporadas con su madre en Castilla, donde Berenguela estaba de regente del reino en nombre de su hermano menor Enrique I.

Un bando de la nobleza castellana, dirigido por Alvar Núñez de Lara, se opuso a que gobernara una mujer, que además había sido reina de León. Doña Berenguela consintió en abandonar la regencia, pero se retiró a tierras palentinas buscando la ayuda de los Téllez y los Girón, enemigos de los Lara.

En agosto de 1216 dirimían de momento las diferencias castellano-leonesas los reyes Alfonso IX y Enrique I reunidos en Toro, ciudad clave, escenario de tantos episodios importantes en nuestra Edad Media. Pero el acuerdo no tendría continuidad porque unos meses después Enrique I moría en Palencia mientras jugaba con otros jóvenes amigos. Así que, a falta de varones, sin sucesores en el trono, iba a ser su hermana mayor, doña Berenguela, a la que la Historia llamaría «la Grande».

Fernando III

Suponen los historiadores que pocos podían esperar en Castilla que a la muerte de Enrique I fuera proclamado rey su sobrino Fernando, hijo del rey de León.

Doña Berenguela parecía indiscutible por su edad, su madurez y porque estaba en vigor su derecho sucesorio «reconocido solemnemente en la Curia de Carrión el año 1188». No obstante, en 1217 don Fernando iba a constituir la garantía para la paz y la unión entre los dos reinos. Así lo comprendieron los

Téllez, Meneses y Girones, que llevaron enseguida al joven infante con su madre, que estaba en el castillo de Autillo Nota 26, cerca de Palencia, con la oposición armada de los Lara, que se fueron a León en busca de Alfonso IX.

La reina y su hijo lograron llegar a Valladolid, donde fueron recibidos con todos los honores. Poco después, en asamblea, los «ricos ornes» con los obispos de Palencia y Burgos reconocieron como soberana a doña Berenguela y le solicitaron que cediera el reino a su hijo Fernando, lo que consta documentalmente. La reina reservaba su voluntad para los actos más importantes de gobierno y debía autorizar personalmente la concesión de privilegios.

Pero todavía no podía reinar la paz en Castilla: Alfonso IX se presentaba con poderosa hueste a las puertas de Valladolid y reclamaba para sí el trono como legítimo heredero enfrente de su propio hijo. A tales conflictos daban lugar los constantes enlaces entre parientes cercanos, matrimonios anulados y fronteras indecisas.

Por fortuna, la intervención de los obispos de Ávila y Burgos convenció a Alfonso IX de que nada tenía que hacer en Castilla, ya que nobleza y pueblo estaban a favor de doña Berenguela y de su hijo. Así que dio marcha atrás y se volvió a León. Y todo Valladolid rindió homenaje a don Fernando en la bellísima iglesia de Santa María la Mayor.

El alférez mayor del nuevo rey fue a partir de entonces don Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya, y por fin, a pesar del disgusto y oposición de los Lara, la paz definitiva entre padre e hijo, entre León y Castilla, se firmó en Toro el 26 de agosto de 1218.

Castilla tenía también que atender a su relación con otros reinos vecinos. En esa línea de buena armonía se concierta el matrimonio de Leonor, hermana menor de doña Berenguela, con Jaime I de

Aragón, antes de que este alcanzara la edad núbil. Esta unión fue anulada por parentesco, ¡cómo no! Nada menos que ocho años después, si bien don Jaime I reconoció al hijo habido de doña Leonor.

Y un acontecimiento que iba a tener inmediatas consecuencias: el 24 de septiembre de 1230 moría en Villanueva de Sarria Alfonso IX, dejando un inevitable litigio para la sucesión.

Alguna oposición nobiliaria en Asturias y la de Diego Froilaz en León hicieron que Fernando III dejara la campaña en tierras de Jaén para presentarse de inmediato en Medina del Campo, ser reconocido poco después en Toro y proclamado solemnemente en León, ciudad a la que confirmó sus fueros.

Fernando reconoció a sus dos hermanas, las infantas Sancha y Dulce, una renta vitalicia de 30.000 maravedíes anuales, confirmando la concedida por su padre, a cambio de que renunciaran a cualquier derecho al reino. Todos sus castillos fueron entregados a continuación a don Fernando, que al año siguiente recorrió todo el oeste del reino de León, la Extremadura leonesa, fue confirmando privilegios a las poblaciones y preparó una entrevista con el rey de Portugal, su primo Sancho II. Hasta 1232 no tuvo tiempo para ir a recorrer sus dominios en Galicia y Asturias. En esa plenitud, rey de Castilla y León, Fernando III se disponía a emprender su gran empresa reconquistadora.

Al subir al trono Fernando III acababa de proclamar su doctrina el IV Concilio de Letrán: paz entre los cristianos y guerra contra los infieles, el islam. Esa era la misión esencial para el rey de Castilla, pero antes debía asegurar sus fronteras con los otros reinos cristianos: portugueses, navarros y aragoneses. Precisamente estos dos últimos habían firmado un acuerdo de prohijamiento mutuo de sus respectivos reyes, con miras fusionistas. Había que

estar alerta. Así que, para prevenir asechanzas, don Fernando se comprometió a ceder al nuevo rey de Navarra, Teobaldo de Champaña, la tenencia vitalicia de Guipúzcoa, con San Sebastián y Fuenterrabía. Pero se abstuvo de ceder Álava, y no digamos Vizcaya, cuyo gobierno tenía encomendado a don Lope Díaz de Haro.

Don Femando, que había permanecido casado con Beatriz de Suabia Nota 27, al quedar viudo casó con Juana de Ponthieu, bisnieta de Luis VII de Francia. Con ello iba asegurando la unidad de los príncipes cristianos contra el islam, política matrimonial esencial siempre para las monarquías hereditarias. Y lo mismo se hacía con Aragón, al casar don Fernando a su hijo mayor, el que sería Alfonso X el Sabio, con doña Violante, hija de Jaime I el Conquistador.

Fernando III en 1221 había renovado una tregua de tres años con el almohade. Poco antes había fracasado Alfonso IX frente a Cáceres y el arzobispo Ximénez de Rada ante Requena; en cambio, don Alfonso Téllez de Meneses había conquistado Alburquerque, importante plaza con la que se quedó como amo y señor.

Al concluir la tregua, don Fernando convocó a su ejército y con él emprendió la marcha hacia el Muradal (Despeñaperros), que atravesaron fácilmente. De Baeza, ciudad mora aliada, siguieron a Úbeda y llegaron a Quesada, arrasaron sus muros y pasaron al territorio de Jaén. En noviembre terminó la campaña, para reanudarla al año siguiente (1225). Esta vez se dirigió a tierras de Sevilla, después de recibir del rey moro de Baeza los castillos de Martos y Andújar. Parte de las fuerzas cristianas, con Alfonso Téllez de Meneses al frente, se dirigieron hacia Murcia y derrotaron a las fuerzas moras que trataron de oponerse a su avance. Reunidas las dos expediciones en Andújar, desde allí don Fernando se volvió a

Toledo.

En sucesivas campañas el ejército castellano fue consolidando la frontera y marcando claramente su intención de ir a la conquista de Córdoba y Sevilla. Sin renunciar a la aspiración de Castilla a las tierras murcianas. Se hacía conveniente concertar una nueva tregua después de que fracasara un intento de conquistar Jaén en 1230 y de llegar en avanzada a tierras de Vejer y Jerez, pasando cerca de Sevilla, ocupando Palma del Rey e instalando el campamento a orillas del río Guadalete.

Los caballeros de las órdenes militares avanzaban por Extremadura. Cayeron en su poder Medellín, Alange, Santa Cruz y la importante fortaleza de Magacela.

Solo cinco años más tarde, Fernando III entra de nuevo, personalmente, en campaña. Penetró en Andalucía en la primavera de 1235, acercándose a la campiña de Córdoba, donde conquistó el fuerte castillo de Iznatoraf y el de Santesteban.

Se sabía que los moros de la gran capital del antiguo califato estaban enfrentados a sus príncipes y dispuestos a entregarse a unos caballeros cristianos. Estos, audazmente, asaltaron las murallas de la Ajarquía. Don Fernando, al conocer la noticia, se dispuso a acudir en su ayuda. La ciudad se vio impotente para soportar el asedio e inició los tratos para la rendición. Se acordó la entrega, así como la autorización para que los defensores salieran de Córdoba con sus familias y sus bienes. Se efectuó la entrega de las llaves al rey, que el 29 de junio tomaba posesión de la más ilustre y famosa gran ciudad del islam en Occidente. La maravillosa mezquita fue transformada en catedral y se colocó la cruz y el pendón real sobre la más alta torre. Así concluía la primera gran etapa de san Fernando en tierras de Al-Andalus.

Don Fernando por el valle del Guadalquivir y por las sierras en torno se iba abriendo el camino de Sevilla. Tenía ya en su poder Écija, Lucena, Almodóvar, Estepa, Montoro, Porcuna, Baena, Rute, Morón... Por otra parte, había cedido grandes zonas para la conquista por las órdenes militares en tierras del Guadiana y del Segura y había encomendado a su hijo Alfonso la campaña contra el reino moro de Murcia. El infante y heredero del trono tenía por entonces dieciocho años. Le acompañaba el maestre de Santiago don Rodrigo Íñiguez Nota 28. En 1241, Fernando III pasaba el verano en Burgos, preparando la campaña para la conquista de Jaén. Mientras, don Alfonso iba de Montiel a Alcaraz y de allí a la propia Murcia, donde entró el 31 de mayo de 1243, entregando a varios nobles la custodia de las fortalezas ganadas: Molina, Elche, Chinchilla, Alcalá, Alhama...

Este avance del futuro Alfonso X el Sabio por tierras murcianas fue muy importante, porque se iba a encontrar con el ejército del rey de Aragón, Jaime I, que llegaba desde Valencia con intención de seguir adelante y se había adueñado de Villena y Sax; mientras el infante castellano ocupaba Enguera. Por fortuna y buen sentido, se pusieron de acuerdo, y en Almizra se firmó un tratado de distribución de zonas de reconquista (26 de marzo de 1244). Se fijaba el límite en el puerto de Biar; don Alfonso tendría Alicante y Villena, y el rey aragonés, Játiva y Altea. Del lado castellano quedaba todo lo que sería el reino de Murcia, Muía, Lorca y, lo que es muy importante, Cartagena, que tuvo que ser conquistada a los musulmanes después de difícil asedio. Y de allí, llamado por su padre, el infante se dirigió a reunirse con él en el sitio de Jaén.

El rey Fernando, acompañado por su esposa Juana de Ponthieu, inició el cerco en pleno invierno, y el rey de Granada negoció un pacto al comprobar que la

resistencia era inútil al verse los sitiados sin posibilidad de suministros. A fines de febrero el rey de Castilla efectuó su entrada en Jaén y allí permaneció unos meses preparando el ataque a Sevilla Nota 29, para el cual necesitaba la colaboración por mar de la flota del Cantábrico. Con este fin recibió en Jaén a Ramón de Bonifaz y le dio instrucciones para preparar la escuadra. Por tierra fue conquistando varias poblaciones hasta tener a la vista la capital del Betis. Así cayeron Carmona, Cantillana, Gerena, Alcalá del Río, Alcalá de Guadaira, Lora... El grueso del ejército se instaló en Tablada.

El bloqueo y el agotamiento de los musulmanes les llevó a la rendición, sobre todo al ver cortadas sus comunicaciones por el río y hacia el mar, por donde esperaban refuerzos marroquíes y tunecinos que nunca llegaron. Los moros salieron de la ciudad protegidos por las fuerzas cristianas, y el 22 de diciembre de 1246 Nota 30 Fernando III tomaba posesión del Alcázar sevillano. Después, en pocos días, ganó Arcos, Jerez, Vejer, Medina-Sidonia, Cádiz, Sanlúcar y Rota. Se puede decir que por parte de Castilla la Reconquista quedaba terminada. El reino de Granada sería tarea para la España de los Reyes Católicos, ¡doscientos cincuenta años después!

Nuevos Horizontes Para la Reconquista

El clima, la luz, la leyenda, prometen dicha y riqueza sin fin en Andalucía. La nobleza se desplaza desde la áspera Castilla hacia el sur; pronto constituirá una nueva aristocracia desde las grandes ciudades que va tomando al moro. Y los campesinos y los guerreros, que dejarán la espada por el azadón, llegarán a las feraces tierras del Guadalquivir, pues, como dice la

crónica, «es tan grande el abondo, el solaz et la plantía... que vinieron de todas partes de España pobladores a morar et a poblar».

Paradójicamente esta gran repoblación, la triunfante reconquista andaluza, desarrolla un germen de decadencia del poder, no de su protagonismo, debido al crecimiento desmesurado de la nobleza, de los concejos y de las órdenes militares, a los que el rey había enriquecido en donaciones de tierras y haciendas por sus servicios. Muchos males del siglo XIV y posteriores vendrían de aquí. Factor nuevo es también la corriente oriental originada por el contacto con la brillante cultura y con el arte de las ciudades conquistadas. Este flujo contrarresta las influencias centroeuropeas, que eran las dominantes en los reinos cristianos por las maravillosas aportaciones de Cluny y del Císter, así como de las cortes ultrapirenaicas con las que unían vínculos de familia. Esta tendencia hacia lo oriental representa nada menos que el triunfo e influencia posterior del mudejarismo en los siglos XIV y XV. Factor que con su indiscutible valor y peculiaridad viene a desviarnos de nuestra gran línea de vertebración hispánica del siglo XIII Nota 31.

La fuerza reconquistadora castellano-leonesa derivó igualmente hacia el sudeste peninsular con las conquistas del primogénito y heredero del trono, el infante don Alfonso, por tierras de Murcia entre los años 1243 y 1245. Se adelantó con ello al avance conquistador por Levante de Jaime I. Este, con sentido patriótico de unidad reconquistadora, no se opuso, dejó que aquella parte de la costa y la fértil vega murciana se incorporaran a Castilla, y marcó una línea fronteriza entre la zona de don Alfonso y la suya, que sería también límite entre las dos jóvenes lenguas neolatinas, el catalán y el castellano, que con ligeras variantes aún perdura.

Muerte y elogio de un gran rey. Después de la conquista de Córdoba y Sevilla por Fernando III, todo el aparato más representativo del poder se va desplazando hacia el sur, la corte, la nobleza y todo lo que las rodea, y lo mismo el comercio, que se abre hacia los puertos del sur del Guadalquivir.

El gran don Fernando apenas pudo disfrutar de tan prometedor horizonte. Desde hacía años, siempre de ejemplar conducta, sufría una tuberculosis crónica que le llevó a la muerte el 30 de mayo de 1252, tras treinta y cinco años de reinado.

Fernando III fue canonizado el año 1671 por el papa Clemente X. Santa fue su vida, y ese reinado suyo, uno de los más completos y gloriosos de nuestra Historia. Gran ayuda recibió de su admirable madre, doña Berenguela la Grande, que gobernó con acierto y facilitó la unión castellano-leonesa. Esta fue en gran parte la clave del decisivo avance reconquistador, ya que fortaleció las huestes cristianas y extendió las fronteras. Navarra quedó por unos años en una posición marginal, vinculada a intereses de Francia, pero siempre con la expectativa de volver al común hacer español. Y fue inteligente la política del rey Fernando al entenderse con su consuegro Jaime I el Conquistador.

Son los años en que los poetas musulmanes cantan la ruina del islam en Al-Andalus, y el Tudense exalta los tiempos nuevos con estas palabras:

«O, quan bienaventurados estos tiempos para los reyes de España» (utiliza la palabra España, no los nombres de los diversos reinos). Y los cronistas catalano-aragoneses escriben: «Nuestros reyes por la fe y en cada parte vencen... los labradores, sin miedo, labran los campos y gozan la paz».

Son los tiempos en que san Francisco de Asís viene peregrino a Compostela, y santo Domingo de Guzmán, el español de Caleruega, predica, enseña y

abre vías a la Universidad.

San Fernando tuvo siempre fe en la victoria. Con su providencialismo cristiano proyectó llevar la misión de España al África. Antes de morir preparaba ya una expedición a Marruecos, no de castigo, sino de ocupación...

Esa seguridad en el triunfo Fernando III la contagiaba a los suyos. Lo mismo le ocurría a Jaime el Conquistador. Es una gracia reservada a los grandes caudillos, a los verdaderos hombres de Estado Nota 32.

Jaime I el Conquistador

A partir del año de nacimiento de Jaime I se va produciendo un importante cambio en la Corona de Aragón. La muerte de Pedro II, derrotado por Simón de Monfort en Muret en la guerra contra los albigenses, supone un cambio fundamental en la política catalano-aragonesa. De la atención preferente que prestaba a su expansión y afirmación en tierras de ultrapuertos se pasa a una dedicación firme a las tareas reconquistadoras y navegar en pos de objetivos mediterráneos, en competencia con las repúblicas italianas. Aragón-Cataluña se va a ir consolidando como segunda potencia peninsular; va a tener que enfrentarse a nuevos problemas, a buscar soluciones y a efectuar cambios en su estructura territorial. Uno de los inconvenientes para vencer los obstáculos que se presentaban era precisamente la falta de unidad interna, las tendencias distintas y hasta divergentes de Aragón y Cataluña, tanto en su política interior como en la exterior. Aparecen graves revueltas aristocráticas; Castilla no solo marca las pautas en la Península, sino que su rey va a aspirar al Imperio; Navarra, por vecindad y parentesco, podía unirse a

Aragón; las tierras catalanas en Francia siguen siendo fuente de problemas...

Jaime I hereda el trono cuando tiene cinco años de edad y estaba en manos de Simón de Monfort, el vencedor de su padre. Su madre, María de Montpellier, había muerto varios meses antes, cuando su marido, Pedro II, tenía solicitado el divorcio. Triste y confusa minoría se le presentaba a don Jaime, con una nobleza revuelta, impopular por haber nacido en Francia y de madre francesa, con la Reconquista bloqueada y sometido a una regencia acordada en una asamblea celebrada en Lérida, regencia que deberá presidir el infante don Sancho, tío abuelo del niño rey. El legado pontificio Pedro de Benevento será el encargado de poner todo en orden.

Don Jaime fue confiado para su crianza y formación a los templarios de Monzón, población que, con su castillo, tan importante papel tuvo durante varios siglos. La mayor parte de los nobles se había comprometido a aceptar la regencia del infante don Sancho, «siempre que gobernara bien», es decir, a su gusto, lo que suponía, como opina el historiador catalán Soldevila, una puerta abierta para la rebeldía.

Jaime I, aún adolescente impúber, contrae matrimonio con la princesa castellana Leonor, hija de Alfonso VIII y de Leonor Plantagenet. Los jóvenes reyes tienen que enfrentarse muy pronto a una rebelión nobiliaria que les detiene y encierra en la torre de la Zuda, en Zaragoza, y pide un fuerte rescate para dejarles en libertad. Y nadie, ni parientes, ni ciudades, ni pueblo, hacen lo más mínimo para evitar esta humillación a los reyes.

Recién liberado, y bien vigilado por la Liga nobiliaria, Jaime I, que tiene diecisiete años, toma la decisión de atacar a los moros. Su primera campaña, para conquistar Peñíscola, es un completo fracaso.

De sus ciudades francesas, Montpellier, Perpiñán,

Collioure, Millau, se le exigía que acudiera en su defensa contra el conde de Toulouse, y la guerra abierta entre los Cárdenas y Cabreras contra los Moneada exigía también su intervención.

El joven rey, tan en precario, ve cómo los turolenses quieren reemprender la Reconquista hacia tierras valencianas, pero se encuentra solo, porque la nobleza no acude a la cita contra las taifas musulmanas. Don Jaime tiene que retirarse a Zaragoza. La historia, más bien la leyenda, cuenta que en el camino de regreso se encontró con la hueste del noble rebelde Pedro de Ahones. Hubo un duelo entre el rey y el ricohombre, cuerpo a cuerpo, y Ahones cayó muerto de una lanzada.

Fracasaron nuevos intentos del joven monarca por apoderarse de los castillos de Bolea y Loarre, que eran «honores» del difunto Ahones. No iban las cosas por buen camino: solo una sentencia arbitral de tres clérigos puso fin a aquella disparatada lucha. Terminaba también la minoridad de Jaime I en 1227 y, libre momentáneamente de problemas nobiliarios, pudo dedicarse a preparar la compleja operación para la conquista de Mallorca.

Noticias y planes para Baleares. Los musulmanes ocupaban las islas Baleares desde el año 903, y desde allí, en competencia con Pisa y Génova, extendían su influencia comercial por todo el Mediterráneo. Ya en 1113 esas repúblicas italianas habían intentado conquistar Mallorca con la colaboración de Ramón Berenguer III, pero acabaron por abandonar la empresa después de devastar la isla. Los genoveses atacaron Menorca años más tarde, llegando a desembarcar en Mahón, sin que las crónicas den mayores detalles.

Precisamente son nuevas Crónicas, las del propio Jaime I y las de Muntaner y Desclot, las que nos

ofrecen datos muy extensos y diversos de la campaña desarrollada para la conquista por el rey de Aragón.

Cuenta el monarca que en una comida en Tarragona varios nobles le describieron la isla de Mallorca —uno de ellos la conocía— y le animaron para ir a conquistarla, «por lo que le admiraría el mundo al ir mar adentro para conquistar un reino».

Jaime I convocó Cortes en Barcelona para exponer sus planes. La Ciudad Condal, por medio de su munícipe Pedro Gruny, le ofreció los barcos de todas clases que estaban en el puerto y podían ser armados. Tarragona y Tortosa se unieron con iguales ofrecimientos. La armada que se preparaba debía reunirse en Salou: 150 leños mayores, 25 naves gruesas, 18 taridas, 12 galeras y un centenar de otras embarcaciones. Para dirigir la expedición, el rey ya estaba en Salou el 15 de agosto, y el 5 de septiembre la travesía se efectuó sin encontrar dificultades. Pocos días después se iniciaba el ataque a Palma, y fue a fines de diciembre cuando las tropas del rey Jaime lograron entrar en la ciudad por una brecha abierta en la muralla. El rey moro Abu Yahya fue cogido prisionero y unos 30.000 mallorquines islámicos abandonaron Mallorca, así que la isla, en su mayor parte, dependía ya de Jaime I en 1230.

En el verano del año siguiente se sometió Menorca mediante unos pactos muy respetuosos con los musulmanes, ya que hasta se dejó la posesión del castillo de Mahón al alfaquí moro mediante el pago de un importante tributo anual. Lógicamente, la conquista de Ibiza y Formentera se produjo en cuanto les interesó a las fuerzas del rey Jaime.

Lo que en verdad resulta curioso es que el monarca aragonés cediera al infante Pedro de Portugal el reino de Mallorca en feudo y de por vida, si bien don Jaime se reservaba todos los derechos de soberanía. Pero a cambio, el infante portugués cedía plenamente

al rey de Aragón el condado de Urgel, que había heredado al morir su esposa la condesa Aurembiaix. Extraños cambalaches «según la costumbre de Barcelona», expresión que utilizan las citadas crónicas. En esos trueques tan originales se reservaban o se cedían castillos como si fueran fichas del Monopoly. El mismo juego se aplicaba con don Pedro de Portugal para Ibiza y con Ñuño Sánchez, que al parecer tenía un viejo derecho, para Formentera.

Otros datos curiosos de la época: el sacristán de Gerona, Guillem de Montgrí, fue elevado directamente a arzobispo de Tarragona y se le otorgó como feudo real la isla de Ibiza. ¿Qué opinaría don Pedro de Portugal?

Hacia la conquista de Valencia. En las páginas anteriores hemos visto cómo la expansión cristiana por Levante correspondía a la Corona de Aragón. Así se había acordado con Castilla en los pactos de Cazorla. Esta tarea reconquistadora había estado encomendada hasta el reinado de Jaime I a los hospitalarios y templarios desde Tortosa y Amposta, a la Orden de Calatrava desde Alcañiz y a los caballeros aragoneses del rey desde Teruel. Desde aquí, desde Teruel, por hombres libres de Aragón con el monarca al frente, se iba a emprender la reconquista de aquella Valencia que fuera del Cid hacía más de un siglo.

Por aquellos tiempos había poco interés en Cataluña por la conquista de las tierras valencianas. Tenía cierta lógica, porque desde el sur del Ebro la zona no era catalana, sino que estaba integrada en el reino de Aragón.

Como ya dijimos, la primera convocatoria del rey para ir sobre Peñíscola (1225) fue un fracaso. También fallaron otros planes de conquista en los dos años siguientes, hasta el punto que Jaime I donó a don Blasco de Aragón «cuantos castillos, villas y tierras

pudiera conquistar en tierras de moros».

Después de estas decepciones, el rey dedicó toda su atención a las Baleares, como acabamos de ver, pero a partir de 1232 comenzó a actuar en las comarcas al norte de Valencia. A principios de ese año estaba ya en Burriana y los caballeros aragoneses de Teruel habían penetrado por la zona fronteriza con la actual provincia de Castellón. A las ciudades ocupadas, empezando por Burriana, el rey les iba concediendo el fuero de Zaragoza y encomendando su gobierno a caballeros de Aragón. Lo mismo ocurrió con Morella. Como dice con acierto el historiador Antonio Ubieto, «Jaime I no había pensado por entonces crear el posterior reino de Valencia».

En 1235 es, por fin, ocupada la plaza fuerte de Peñíscola, y siguieron Alcalá de Chivert, Castellón de la Plana, Borriol, Vinromá y Almazora.

Jaime I emprende la conquista de Valencia no solo con espíritu de cruzada proclamado por el papa Gregorio IX, sino, además, con el íntimo convencimiento de que poco podría resistir un reino moro independiente sin la directa ayuda de los almohades.

Las huestes reales se concentraron en Teruel, dispuestas al ataque aun sin esperar que llegara la proclamación de cruzada, pero con la indulgencia concedida por los arzobispos y obispos de Tarragona, Narbona, Arles, Aix, Barcelona... La Iglesia seguía influyendo en todas las guerras y paces, matrimonios y disoluciones, indulgencias y anatemas... Fue una constante en nuestra muy católica Edad Media.

De Teruel, los «cruzados» pasaron al Puig, punto clave para la ofensiva. El grueso del ejército era aragonés, ya que acudieron pocos caballeros de las órdenes y muchas poblaciones, catalanas sobre todo, no enviaron sus milicias. De la nobleza de Cataluña comprometida a asistir en las Cortes de Monzón solo lo

hizo un 36 por 100, mientras que de la nobleza de Aragón se presentó un 86 por 100, lo que prueba el muy distinto interés de las dos comunidades por la toma de Valencia.

Tras largas y difíciles negociaciones, la capitulación de la ciudad se firmó en Ruzafa el 28 de septiembre de 1238, con generosas condiciones para los moros vencidos. El 9 de octubre, Jaime I se instalaba en el palacio real y asistía a la consagración de la gran mezquita como catedral. La mayoría de la población musulmana permaneció en la ciudad y en las huertas, pagando tributo y dejando una huella étnica, cultural y agrícola que aún perdura.

Cuenta el propio rey que los nobles aragoneses consideraron que aquellas conquistas eran una prolongación de la tierra de Aragón. Jaime I trazó los límites del territorio, concedió los «*fori antiquae regni Valentiae*» o *Furs*, y el reino de Valencia fue proclamado oficialmente en la primavera de 1239. La reconquista del territorio concluyó en Biar en febrero de 1245.

Extraordinaria labor histórica. Nadie debe poner en duda la extraordinaria labor reconquistadora de Jaime I. Conquistar las Baleares para España, para siempre; recuperar la fachada del Mediterráneo; llevar los estrechos límites de los condados catalanes hasta el sur de la Península; abrir los horizontes del mar para la Corona de Aragón; crear el reino de Valencia... Es difícil superar tanta hazaña política y militar en un reinado, paralela epopeya a la de su pariente el castellano san Fernando.

Pero ¿cabe el mismo elogio para su política internacional, para sus cortas miras en su natal sur de Francia y en su prohijado reino de Navarra? ¿Fue por respeto a anteriores compromisos? ¿O porque no podía atender a tantas situaciones más o menos

conflictivas al mismo tiempo?

Como dice con razón Ubieto, no cabe sino admirar a Jaime I por su personalidad limpia, rectilínea, idealista, «muy mediatizada por el respeto o temor que le inspiraba el Pontificado, que por entonces estaba demasiado influido por la diplomacia francesa». En modo alguno quería una confrontación con Francia, cuya corona, como la de Castilla, estaba lanzada a una activa expansión con ansias hegemónicas. Y eran países mucho más poblados y extensos que los de la Corona de Aragón.

El matrimonio de don Jaime con Leonor, la hija de Alfonso VIII, fue un fracaso desde el principio; jamás hubo armonía entre los esposos y el rey nunca demostró afecto a Alfonso, el único hijo de la real pareja. Jaime pidió el divorcio, alegando impedimento por parentesco ¡en octavo grado!, injusta decisión que le fue facilitada por varios agradecidos obispos. Fernando III, en delicada situación en su reino, no pudo intervenir en favor de su tía Leonor.

La elegida por Jaime I para sustituirla fue la hija de Andrés II de Hungría, llamada Yolanda o Violante. Dicen las crónicas que era una mujer dominante, autoritaria y muy poco popular, a la que solo interesaba conseguir títulos reales y territorios para sus hijos, en detrimento del primogénito y heredero del rey, el infante don Alfonso.

Un caso interesante, pero al cabo sin consecuencias, fue el mutuo prohijamiento entre Jaime I y Sancho VII el Fuerte de Navarra, si es que este último moría sin herederos. No parecía posible la reciprocidad, ya que el rey de Aragón tenía un hijo.

No hubo cuestión, porque al morir don Sancho los navarros prefirieron a Teobaldo de Champaña, sobrino del rey difunto, con el apoyo del Papa y de Francia. Jaime I se limitó a ocupar algunos castillos en la zona fronteriza entre los dos reinos.

Debemos recordar que por aquellas fechas el papa Gregorio IX creaba el Tribunal de la Inquisición y ordenaba su instalación en Cataluña, lo que fue fácil con la ayuda de san Raimundo de Peñafort.

Castilla, después de su definitiva unión con León, se presentaba como el más poderoso reino peninsular y además con vocación marinera confirmada con la conquista de Sevilla y los puertos del sur. Ahora, su dominio en el Cantábrico podía extenderlo al Mediterráneo, más que por ambición de conquistas, por demostrar su poder y para eventuales conflictos con el islam.

Así, como el entendimiento interesaba a las dos monarquías, se concierta el matrimonio entre el heredero de Castilla, el infante que será Alfonso X el Sabio, con doña Violante, hija de Jaime I. Como consecuencia, poco después de esta boda, suegro y yerno conciertan el tratado de Almizra en marzo de 1244.

Denia y Játiva quedaban para don Jaime, pero allí terminaba ¿precozmente? la expansión peninsular de la Corona de Aragón. Quedaba un cierto sentimiento irredentista centrado en la zona de Alicante. El futuro aclararía esta situación al formarse el reino valenciano con las tres provincias, Castellón, Valencia y Alicante, a lo que algunos imperialistas de vía estrecha llaman impropiamente «los Països Catalans».

Consideran varios historiadores que la política respetuosa y en muchos aspectos subordinada de Jaime I en sus relaciones con el Papado y con París facilitó el expansionismo de los Capeto. En decisiones sucesivas, en sus testamentos y sobre todo en el tratado de Corbeil va renunciando a sus derechos en Francia, tanto en la región de Toulouse como en el Béarn y en la Provenza, que habían sido propiedad o sujetas a vasallaje de la dinastía de Barcelona, «el casal catalá». El mencionado tratado de Corbeil,

firmado por Jaime I y Luis IX en 1258, no hace sino dar sanción diplomática a esta situación de hecho. Los franceses resucitaban la herencia carolingia de la supuesta Marca Hispánica y los condes de Barcelona solo retenían Montpellier y algunos núcleos poco importantes. «Corbeil cerraba definitivamente lo que algunos historiadores han dado en llamar el sueño occitano de la Casa Real de Aragón», sueño que había empezado a declinar desde la muerte de Pedro II en la batalla de Muret.

El final de ese sueño ultrapirenaico y las conquistas de las Baleares y de toda la costa levantina parecían indicar que el porvenir de la Corona de Aragón estaba en la expansión mediterránea. En ella iría a encontrarse indefectiblemente con la casa francesa de Anjou, que iba a intervenir en la península Itálica contando con el apoyo de la Santa Sede.

Un importante giro parece apreciarse en la política de Jaime I cuando concierta la boda de su heredero el infante don Pedro con Constanza Staufen, hija de Manfredo de Sicilia. Ahí estaría el origen de la vinculación de España al sur de Italia, que duraría muchos siglos.

Al acordar don Jaime dicho enlace se enfrentaba inevitablemente al Pontificado, cuyo odiado enemigo era Manfredo, del que Urbano IV decía que era «un bastardo [lo que era cierto] de la raza de víboras de los Staufen».

Por el momento no hubo roce alguno entre Jaime I y los Anjou debido a que san Luis le pidió al rey de Aragón que evitara cualquier conflicto con su hermano Carlos de Anjou, que era el que intervenía en las cuestiones italianas.

Las relaciones de Jaime I con Castilla se habían vuelto bastante tensas. Quedaba latente la atribución de Alicante al rey castellano, lo que constituía una viva reivindicación para la Corona de Aragón. No

contribuyó a la buena armonía el proyecto de Alfonso X para repudiar a Violante, la hija de don Jaime, para casarse con Cristina de Noruega. Ni la alianza firmada por Aragón con Portugal, con fines claramente anticastellanos. Y poco después la noticia de que Alfonso X pretendía ser emperador del Sacro Imperio. Jaime I no estaba dispuesto a someterse a ningún imperio. Sin embargo, cuando Alfonso X le pidió ayuda, a partir de 1263, para combatir a los musulmanes de Murcia, se la prestó por interés común, no por pura generosidad, como dice el historiador Soldevila. Y es don Jaime con su hijo el infante don Pedro el que conquista Villena, Petrel y Elche, con sus castillos, y logra después la capitulación de la capital murciana (31 de enero de 1266). Luego va cediendo poblaciones a nobles castellanos y acaba entregando Murcia a Castilla sin compensación territorial alguna, lo que no le perdonan algunos historiadores catalanes. ¿Cómo pudo renunciar el monarca catalano-aragonés a tan feraces tierras? No lo justifica el parentesco con su yerno Alfonso X. ¿Tal vez por alejamiento de su Montpellier, de su Barcelona, de sus Baleares...? ¿Falta de medios militares, como parece probar el fracaso de la campaña que emprendió hacia tierras de Almería?

El Mediterráneo. A partir de mediados del siglo XIII se dan las primeras singladuras para la expansión catalano-aragonesa en el Mediterráneo. Se crea el cargo de almirante, se firman tratados con Génova, se envían embajadas a Chipre, Siria y Túnez, se crean consulados en Orán y Bujía, se establecen relaciones con Tremecén... Son los nombres que muchos años más adelante sonarán en los reinados de los Reyes Católicos y de la Casa de Austria.

En 1262, Jaime I había fundado el consulado de Alejandría y enviado embajadores al sultán de

Babilonia y a Túnez. Como el Vaticano estaba a favor de los Anjou, enemigos de Aragón, el rey don Jaime, para congraciarse con el Papa, emprendió una expedición a Tierra Santa. Debió de hacerlo sin gran convencimiento ni entusiasmo, pues a la primera tormenta el propio monarca con sus naves regresó al puerto de partida. Después se negó a colaborar con san Luis en su expedición a Túnez, en la que moriría de disentería el santo rey francés.

Con estos antecedentes no resultó el plan de Jaime I para que el papa Gregorio X le coronara durante el Concilio de Lyon de 1274. Se veían por primera vez. El rey de Aragón acudió con «una corona de oro y pedrería que valía más de cien mil sueldos torneses».

No hubo coronación; el Pontífice exigió la infeudación de algunos territorios y el pago de atrasos de ciertas deudas. Don Jaime se negó a aceptar el reconocimiento de cualquier vasallaje. Salió de la sala del Concilio diciendo a su comitiva: «Barones, ya podemos marcharnos, pues hoy, a lo menos, hemos dejado bien puesto el honor de toda España». Estas palabras, que figuran en la Crónica autobiográfica del gran rey catalano-aragonés, son una prueba imposible de rebatir de la españolidad de Cataluña, siempre afirmada por los condes de Barcelona y que algunos tergiversadores de la Historia ponen en duda.

Refiriéndonos a los asuntos peninsulares del reinado, se va observando en sus últimos años un paulatino alejamiento de Aragón de Cataluña, soberanías unidas solo por la persona del rey y sin instituciones comunes. Las diferencias se agudizaron al querer aragoneses y catalanes extender sus zonas de influencia, por separado, en los territorios recién conquistados, Mallorca y Valencia, que Jaime I convirtió en reinos. Y, como consecuencia, las revueltas nobiliarias se convirtieron en choques de

ambiciones nacionalistas.

En estas ocasiones, como dice el historiador Ubieto, «El Conquistador demuestra una indiscutible falta de talla política y de firmeza». Fue blando en sus relaciones con la aristocracia, que llegaron a ser violentas, sobre todo al intervenir en los bandos los hijos bastardos y legitimados del monarca.

En su testamento, Jaime I atribuye las Baleares a Pedro, primer hijo habido con doña Violante, y también Valencia y los territorios del Midi francés. Hay que tener en cuenta que el heredero de la corona era el infante don Alfonso, hijo del primer matrimonio del rey. Con este testamento se rompía la unidad de la Corona de Aragón. Pero en 1243 hay un nuevo testamento después del nacimiento del infante don Jaime: Aragón para Alfonso, Cataluña para don Pedro y el resto, es decir, todas las conquistas mediterráneas, para el recién nacido. Suena a disparate histórico. Es decir, Aragón quedaba encerrado al interior, Cataluña se veía privada de la extensa costa levantina para su política mediterránea, y la frontera entre los dos reinos, fuente constante de conflictos, seguía sin fijar, aunque parece que queda en el río Cinca; pero Lérida se niega a quedar incluida dentro de Cataluña.

Todavía complica más las cosas don Jaime con un cuarto testamento: a la herencia de don Pedro se añade Mallorca; Valencia queda para don Jaime, y el Midi, para Fernando, tercer hijo varón de la reina Violante.

Viéndose preterido el primogénito don Alfonso, hijo de la reina castellana, busca naturalmente el apoyo del rey de Castilla, Fernando III. Esta parte del problema testamentario queda resuelta: el infante se casa con doña Constanza de Moneada, pero fallece poco después, sin hijos (1260).

Varios historiadores, principalmente catalanes, con

Ferrán Soldevila, critican razonadamente a Jaime I. Su concepción patrimonial de la monarquía era ya algo pasado en Europa. Su política de repartos frustra las consecuencias de su espléndida tarea reconquistadora y el fortalecimiento como Estado unido y moderno de la Corona de Aragón, no solo de Cataluña, como dice Soldevila, en su nacionalismo bien notorio. Además, dejaba en mala situación al infante don Jaime como rey de Mallorca al atribuirle el Midi francés, con lo que le convertía en vasallo del rey de Francia. Y Aragón se sentía descontento con la dinastía porque, además, Ribagorza quedaba en una zona indecisa, sometida a ambiciones catalanistas.

La revuelta de los barones crece de día en día. Saquean las comarcas, y don Jaime se siente incapaz de reprimirles. Algunas villas aragonesas se organizan en hermandad para defenderse, entre ellas nada menos que Zaragoza, la capital, y Huesca, Tarazona, Jaca, Calatayud, Teruel, Daroca... Es decir, todo Aragón.

Las Cortes, reunidas por fin en Zaragoza, se niegan a colaborar con el rey. En este punto, la nobleza y el pueblo están de acuerdo, aunque a veces por distintos motivos.

También en Cataluña se producen conjuras. Los condes de Ampurias, Cardona, Urgel y Pallars se unen y enlazan con los barones aragoneses, cuyo jefe o cabeza visible es Fernando Sánchez, hijo bastardo del rey Jaime I. Incluso participa en la revuelta un grupo de castellanos.

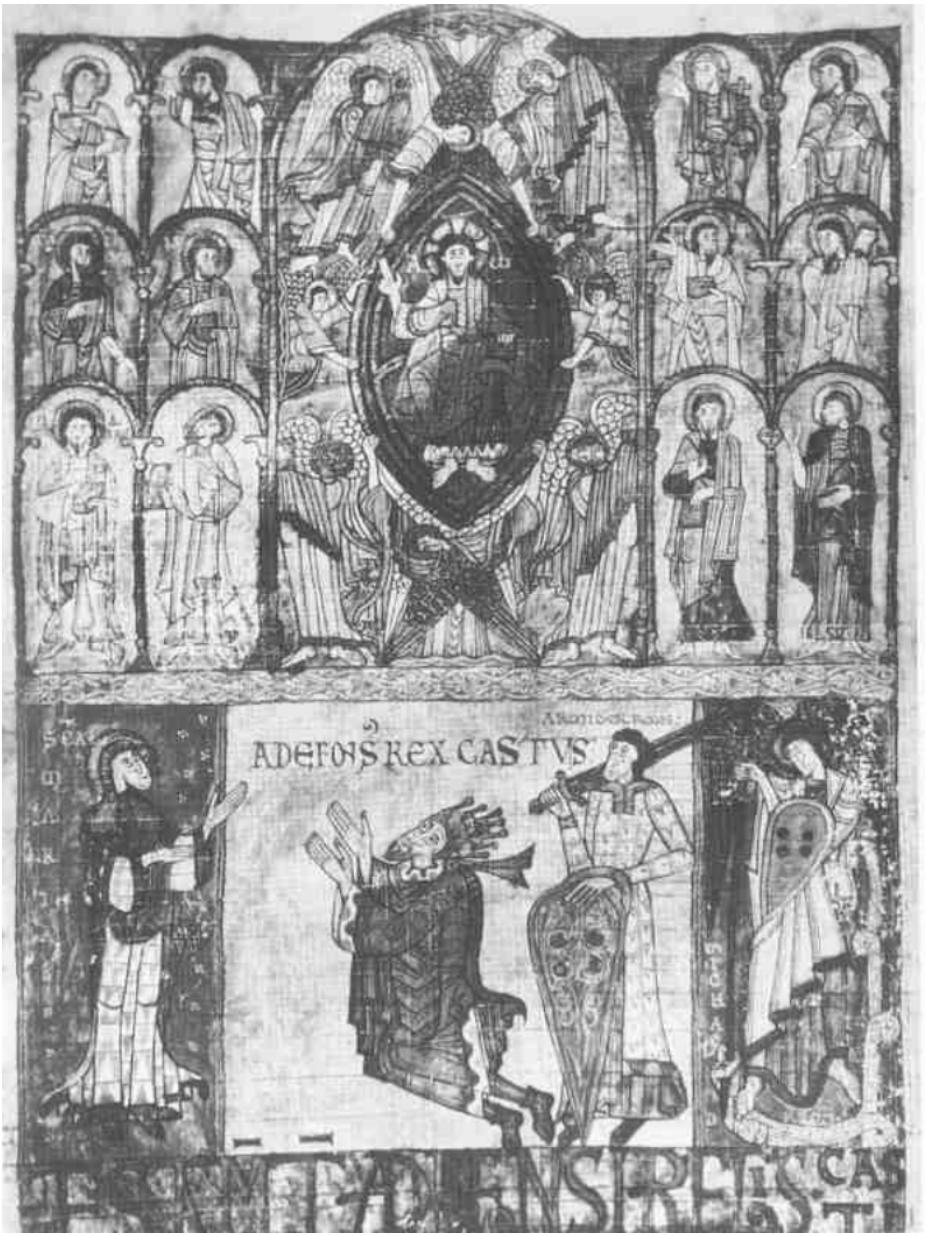
De todo lo anterior resulta que Jaime I va a dejar una lamentable herencia a sus hijos Nota 33.

El Conquistador se siente sin fuerzas para continuar luchando. Han sido muchos años de guerras, de problemas políticos, de conflictos familiares. Piensa con acierto en el porvenir de su hijo Pedro y probablemente siente un último arrepentimiento por

haber dividido sus reinos. No renuncia todavía, pero de hecho se produce una abdicación adelantada.

El bastardo Fernando Sánchez era un estorbo. Don Pedro le hace prisionero y no se anda con contemplaciones. Le ahoga en el río Cinca, la muerte más infamante, la reservada a los peores criminales. Los demás magnates rebeldes buscan un arreglo, pero todavía pretenden imponer condiciones. Una última ofensiva del infante don Pedro consigue la paz definitiva.

Terminadas estas disensiones internas, vuelve a aparecer en escena el deuteragonista secular de la Reconquista: alentados desde el reino de Granada, los mudéjares se han sublevado en tierras de Valencia. El que pronto va a reinar como Pedro el Grande sale a combatirlos. Son las horas en que Jaime I, gran rey de la Edad Media a pesar de sus errores finales, está agonizando en Valencia, la ciudad que él conquistara. Fallece el Conquistador. Es el mes de julio de 1276.


ADEFONS REX CASTVS

Alfonso III el Magno, rey de Asturias, con la reina Jimena y el obispo de Oviedo. Miniatura del *Libro de los Testamentos*. Catedral de Oviedo

Alhakem II. Monumento en Córdoba

Sancho III el Mayor, rey de Navarra. Retrato anónimo. Ayuntamiento de Palma de Mallorca

Alfonso V el Noble, rey de León. Miniatura del *Tumbo A*. Biblioteca de la catedral de Santiago de Compostela

Fernando I el Magno, rey de León y Castilla. Miniatura del *Tumbo A*. Biblioteca de la catedral de Santiago de Compostela

Alfonso VI, rey de Castilla. *Libro de las Estampas*, siglo XIII. Catedral de León

Urraca, reina de Castilla. Miniatura del *Tumbo A*. Catedral de Santiago de Compostela

Ramón Berenguer III alzando la enseña en la torre de Foix. Pintura alegórica de Mariano Fortuny, 1857. Palacio de la Generalitat, Barcelona

Privilegio de Alfonso VII el Emperador, rey de Castilla. The Hispanic Society of America, Nueva York

Sepulcro del rey Alfonso VIII y de la reina Leonor de Inglaterra. Monasterio de las Huelgas, Burgos

Alfonso IX, rey de León, Galicia y Castilla. Miniatura del *Tumbo A*. Biblioteca de la catedral de Santiago de Compostela

Rendición de Sevilla al rey Fernando III. Óleo de Charles-Joseph Flipart. Museo del Prado, Madrid

Jaime I, rey de Aragón. Retrato anónimo

Alfonso X. Retrato en la *Primera Crónica General de España*, siglo XIV. Biblioteca Nacional, Madrid

Sancho IV, rey de Castilla. *Libro de Castigos*. Biblioteca Nacional, Madrid

Sepulcro de Pedro III el Grande. Monasterio de Santes Creus en Aiguamúrcia, Tarragona

Sello del rey Fernando IV. Archivo Histórico Nacional

El rey Alfonso XI presencia la caza de un jabalí herido. *Libro de la montería*.
Biblioteca del Palacio Real, Madrid

Dobla de oro con la efigie de Pedro I el Cruel. Museo Arqueológico, Madrid

Enrique III el Doliente, rey de Castilla

Martín I el Humano. Palacio Episcopal, Toledo

Iuan II, rey de Castilla

Enrique IV, rey de Castilla. Archivo Histórico de Barcelona

Alfonso V, rey de Aragón. Pintura de Juan de Juanes. Museo provincial de Zaragoza

Juan II, rey de Aragón. Biblioteca Nacional, Madrid

8

El Tiempo de Alfonso el Sabio

Excepcional protagonista de la Historia este don Alfonso X de Castilla y León. Pocos reyes encontraron o crearon a lo largo de su gobierno un cúmulo de aconteceres, incitaciones y problemas como este monarca al que la posteridad, con justicia cultural, aunque no tanto política, llamará el Sabio.

Nacer en Toledo a principios del siglo XIII (1221) es ya una señal del destino para un rey. Y no digamos si el infante es hijo de un monarca como Fernando III, que a sus glorias guerreras unió las más insignes virtudes personales. Sus últimas palabras al joven príncipe que iba a heredar el reino son la más clara expresión de que-«realeza obliga»: «Fijo, rico fincas de tierras e de muchos buenos vasallos, más que rey en la cristiandad sea; pugna por hacer bien e ser bueno, ca bien has con qué».

Alfonso no es un mozo inexperto cuando sube al trono. Tiene ya treinta años y un bagaje bélico y político, amén de una formación cultural que parece anunciar un reinado tan glorioso como el de su predecesor.

Ya en 1237 acompañaba al rey Fernando en sus

victoriosas campañas por tierras andaluzas y en 1243 llegaba en plena primavera a la ciudad de Murcia, ocupando su fortaleza, y unía para siempre su nombre al de este reino, que se incorporaba a la Corona de Castilla por el tratado de Almizra, obra del joven infante y, sobre todo, del gran sentido de la grandeza hispánica unificadora de su suegro, el gran monarca catalano-aragonés Jaime I.

Pocos reinados con un comienzo tan prometedor como el de Alfonso el Sabio. Ha participado en la conquista de Sevilla en 1248 y ha contraído matrimonio con doña Violante de Aragón, lo que le aseguraba la colaboración eficaz y la tranquilidad fronteriza del rey Conquistador. Él es el hijo y heredero de un monarca de la categoría histórica de Fernando el Santo, y tiene la fortuna de ser proclamado sin pretendiente opositor alguno, lo que no era corriente en aquellos tiempos.

Las crónicas nos dan cuenta de un infante que ya desde mozo da muestras de varias y complejas cualidades, de un carácter lleno de valores y de altibajos, pero en su conjunto verdaderamente sobresaliente y prometedor. Era brillante este don Alfonso, valiente, piadoso, con gran afán de saber, generoso y con muy precoces dotes literarias, lo que iría confirmando con los años. Era imaginativo, lleno de proyectos, pero, como otros personajes de parecidas cualidades, pecaba de ingenuidad, y en sus ideas obsesivas, al querer plasmarlas en realidades, pasaba de la tenacidad y la fortaleza a la debilidad y la claudicación. Los últimos y desastrosos años de su vida fueron tal vez una consecuencia de tan complejo y contradictorio carácter. Pronto lo podremos ver.

El Pariente de Europa

Alfonso X es el pariente de Europa, todo menos un recién llegado. Hijo de Fernando III, bisnieto del emperador Federico II, yerno de Jaime el Conquistador, consuegro de san Luis, rey de Francia; abuelo de don Dionís, rey de Portugal; cuñado de Eduardo, príncipe de Gales; cuñado de Pedro III el Grande de Aragón, y, por otra parte, nieto de doña Berenguela y suegro de doña María de Molina, las dos grandes reinas de nuestra Edad Media.

Cuando Alfonso X comienza su reinado llevaba ya ocho años casado con Violante de Aragón. Antes había mantenido unos juveniles y fructíferos amores con doña Mayor Guillén de Guzmán, bellísima mujer que le dio una hija bastarda, doña Beatriz, a la que casó con don Alfonso III de Portugal, enlace de interesante repercusión política.

Los primeros pasos reconquistadores en el reinado fueron muy afortunados: don Alfonso entra triunfador en Jerez de la Frontera, Medina-Sidonia, Lebrija, Cádiz y Niebla. En la conquista de esta plaza se utiliza por primera vez la artillería en las guerras peninsulares. Ya me he referido antes a la conquista de Murcia.

En su impulso guerrero y misional, la «guerra divinal» de que habla Sánchez-Albornoz, proyecta cruzar a África. Es el objetivo estratégico, defensivo en principio, colonizador más adelante, que va a durar siglos, sobre todo para evitar que el peligro nos vuelva a llegar del sur, la espalda de España. Estos reyes medievales no olvidan que vienen de los godos. Preocupaciones semejantes irán de Fernando e Isabel a Alfonso XIII. Y aun...

Reprimida una sublevación mudéjar Nota 34 en el reino de Murcia con la ayuda de Jaime I, ya no queda en la Península por entonces más que el reino nazarí de Granada, que se muestra tranquilo, casi amigo, y que paga vasallaje, las famosas parias. El rey ordena

construir atarazanas en Sevilla y reforzar la marina castellana del Cantábrico para preparar el salto a África. Pero la ambiciosa cruzada se queda en nada, en la efímera conquista de Salé, frente a Rabat, para que la retirada, tan lejos de las bases andaluzas, se hiciera inevitable ante el empuje del emir Abu Yusuf Yacub.

La familia de Alfonso X es muy numerosa. Es posible que en algunos tiempos le deparara alegrías, pero en general fue fuente de contratiempos y de problemas políticos de gran trascendencia. Su hermano Felipe Nota 35 casó con la princesa Cristina de Noruega, que vino a Castilla en pos de matrimonio y le cayó en suerte don Felipe, sin que se tengan mayores noticias sobre el devenir de la principesca pareja, salvo que queda en tierras castellanas el bello y romántico recuerdo de la blonda y hermosa joven llegada del lejano norte.

Otros dos hermanos del rey, don Enrique y don Fadrique, acabaron por no serle fieles en los momentos más difíciles, cuando don Alfonso tuvo que enfrentarse con su hijo don Sancho. El hermano predilecto fue el menor, don Manuel.

El hijo mayor del monarca fue don Fernando, al que, como heredero, encomendó pronto el gobierno de Castilla. Moriría muy joven, dejando varios hijos, llamados en la historia, impropiamente, los infantes De la Cerda, una de las dos partes en el grave conflicto sucesorio que veremos más adelante, con don Sancho, el hijo segundo del rey y tío de los infantes.

Otros hijos del matrimonio con doña Violante fueron los infantes don Pedro, don Jaime y don Juan. Y entre los varios ilegítimos, además de Beatriz, reina de Portugal, un Alfonso Fernández, conocido por «el Niño», que fue señor de Molina. Otros parientes notables fueron su cuñado Sancho de Aragón,

arzobispo de Toledo, que más adelante murió en la guerra contra los benimerines, y el príncipe de Gales, Eduardo, que fue armado caballero en Burgos por Alfonso X en una esplendorosa ceremonia, en la que participaron, recitando con el monarca, numerosos trovadores y juglares, a los que era tan aficionado.

Don Alfonso había residido en Murcia dos años (1271- 1272). Era su tierra conquistada, su ciudad, su querida Murcia, donde pidió que se le enterrara a su muerte.

Estaba en paz con el rey de Granada, con el que se entrevista, confirmando el vasallaje, en Jaén, coincidiendo casi en el tiempo con la invasión de los benimerines, las tribus africanas de Banu Mari, que se habían apoderado de Marraquech. Pasan a España y, fácilmente, al mando de Abu Yusuf Yacub, se adueñan de Tarifa y Algeciras, en añoranza de Muza y Tarik, los invasores de hacía cinco siglos. En su avance los benimerines llegaron a Talavera, asolaron pueblos y campos y asediaron Córdoba. Parece ser que fue don Sancho, el infante segundogénito del rey, el que se enfrentó con éxito a Abu Yusuf, y ello dio lugar a que sus tropas se fueran retirando y Alfonso X pudiera firmar una tregua que, por el momento, puso fin al peligro musulmán.

Don Sancho daba pruebas con su conducta y en el campo de batalla del carácter que los cronistas califican de «bravio», lo que como rey Sancho IV le daría para la Historia el nombre de Sancho IV el Bravo.

Un rey que se dispersa. Alfonso X es un rey que se dispersa. Alguna complicación se buscó él, pero la mayor parte de estas se debieron a las circunstancias que le fueron envolviendo y con las que tuvo que enfrentarse, casi siempre con buen ánimo y diversa fortuna.

Aparte de su asombrosa labor cultural, por la que merece un lugar de honor en la Historia, no solo de España, sino de Europa.

Sus parentescos peninsulares y europeos le llevan a implicarse en problemas muy diversos y graves a los que se enfrenta con ánimo y con diversa fortuna. Esta es la que cuenta al final en lo político, en la medida para un auténtico hombre de Estado, aprovechar lo favorable y vencer a lo adverso. Siempre recuerdo la idea del doctor Marañón: a los gobernantes hay que juzgarles por las consecuencias. El juicio sobre Alfonso X puede reservarlo el lector para el final del capítulo.

Muy pronto tuvo que enfrentarse el monarca con una auténtica rebelión nobiliaria. Mientras él pasaba unas temporadas relativamente tranquilo en su Murcia (1271-1272), aumentaban las quejas por los excesos de los delegados regios y también por los lujos y grandes gastos de la corte. Los nombres de aquellas familias nobiliarias son suficientes para probar que no era fácil «meterlas en cintura». Los Lara, los Castro, los Haro, los Saldaña... Algunos empezaban a demostrar con hechos que preferían al infante don Sancho, hijo segundo del rey. Destacaba entre ellos el muy influyente y poderoso señor de Vizcaya, don Lope Díaz de Haro.

Otro decisivo factor en la política de la época, como es bien sabido, eran las órdenes militares. Su riqueza y su poder superaban a los de don Alfonso, que no las controlaba pero las necesitaba en la guerra «divinal» contra los benimerines. Para compensar su poder, el rey creó la nueva Orden de Santa María de España, que afilió al Císter. Duró ocho años, de 1272 a 1280, en que se integró en la Orden de Santiago.

Alfonso X intervenía en el nombramiento de los prelados y mantenía un respetuoso «ten con ten» en sus relaciones con la Iglesia. Le interesaba, y lo logró, que el Papa concediera los beneficios de la cruzada

para la guerra contra los musulmanes; pero seguía habiendo mutuos recelos, sobre todo en vísperas del famoso «fecho del Imperio», que pronto veremos.

No dejó el rey de respetar los privilegios de las ciudades e incluso concedió otros nuevos, mostrando claras preferencias por Murcia y Sevilla. Es digna de elogio la atención que, a pesar de sus muchos problemas nobiliarios, bélicos e internacionales, prestó a la «puebla» de los valles del norte, a todo el «Desierto» del Duero y las zonas entre montañas de Asturias y de las Vascongadas, que estaban en plena despoblación.

En esa laudable política, Alfonso X creó Villa Real en el año 1255, que se convertiría en Ciudad Real, a la que dotó del fuero de Cuenca. En principio fue un intento de crear en plena Mancha un núcleo de población dependiente solo del rey, como punto de contención del poderío de la Orden de Calatrava.

Reunió don Alfonso las Cortes en muchas ocasiones, más que sus predecesores, veinte veces en las más importantes ciudades, llevándose la palma Burgos, con cinco reuniones. De ellas salieron las Cortes fortalecidas.

Muy interesante es la relación del monarca con los judíos. Bien es sabido que estos se aislaban voluntariamente más que forzados por los demás. Ellos creaban sus juderías, y por sus conductas, sus cultos y sus costumbres ancestrales, poco solidarias hacia el exterior, no invitaban a la confraternización ni a las simpatías populares. Sin embargo, eran bien considerados entre la nobleza, no en todos los casos, pero sí apreciando sus méritos, el principal de ellos sus riquezas y sus habilidades en cuestiones económicas y científicas. Hubo más de un cruce de sangre y de favores, y no fue ajena a ellos la realeza. Alfonso X les protegió y utilizó en los campos de las finanzas, la cultura y la diplomacia.

Por aquellos días, los judíos llegaban en gran número a España huyendo de las tribus africanas de religión islámica. Son odios de siglos.

La corte de Alfonso X brilló por su espíritu comprensivo. Hubo conversiones, pero nada forzadas. Se autorizó la usura hasta términos que hoy parecen disparatados, la mayor parte de los médicos eran israelitas, y todo ese espíritu se refleja en la *Ley de las Partidas*.

Los enlaces con las casas reales europeas son una de las características del reinado, en la línea de los más ilustres predecesores en los tronos medievales españoles. Alfonso X casó a su hermana Leonor con Eduardo, príncipe de Gales, y a su hijo mayor, Fernando, con Blanca, hija de san Luis, rey de Francia. Ya hemos visto que su hermano Felipe se unió a Cristina de Noruega, y otra hija de don Alfonso, Beatriz, con Alfonso III de Portugal. Las relaciones con este ilustre vecino se enturbiaron pronto y supusieron el primer tropiezo importante de Alfonso X en el campo internacional. El rey portugués se negó a entregar a Castilla las plazas del Algarve que tiempo atrás su predecesor Sancho Capelo había cedido en propiedad al rey castellano. El arbitraje papal dio la razón a Alfonso X, pero este tuvo el gesto de devolverle dichas plazas al portugués. El motivo más probable de esta actitud fue la ya citada boda de Alfonso III con Beatriz, la hija natural del rey de Castilla. La cesión se hizo a favor de su futuro nieto don Dionís. Con este reinado se rompe el último lazo feudal que unía a Portugal con Castilla y León, lo que aumenta la tirantez entre la nobleza y las órdenes militares con Alfonso X, de cuya debilidad se lamentan.

Parece como si un hado nefasto persiguiera al Rey Sabio. ¿Por qué tenía que remover los viejos problemas de Navarra, de los que poco provecho podía

obtener? Ya hemos visto que el antiguo reino, que tan grande llegó a ser con Sancho el Mayor, había ido reduciendo sus límites, sin fronteras ya con el moro, sin posibilidades reconquistadoras, llevado por cuestiones sucesorias a depender de Francia.

A Alfonso X se le ocurre pretender al trono navarro o, al menos, hacer al nuevo rey, Teobaldo II, su vasallo.

Con la ayuda de Jaime el Conquistador, don Alfonso inicia las hostilidades. Duraron poco. Se llegó a una tregua gracias al buen sentido del rey de Aragón. Teobaldo aceptó el vasallaje, pero Navarra, hasta tiempos de Fernando el Católico, siguió en la órbita francesa.

Alfonso X resucitó otra vieja pretensión, el ducado de Gascuña o de Guyena, derivada de aquel bienaventurado matrimonio entre Alfonso VIII y Leonor Plantagenet.

Gastón de Béarn, aliado de Alfonso X, ocupó la mayor parte del sur de Aquitania, de los Pirineos hasta Burdeos, salvo Bayona, pero todo acabó en una nueva paz matrimonial: la ya citada boda entre Leonor, hermana de padre del rey castellano, con Eduardo, príncipe de Gales. En la Edad Media, tan importantes como las guerras, o más, eran las bodas entre las casas reinantes. Se aplicaba el lema que luego hizo famoso la Casa de Austria: «*Bella ferant allii; tu, felix Austria, nube*» (Hagan otros la guerra; tú, feliz Austria, cásate).

La boda Leonor-Eduardo se celebró en Burgos y fue una de las ceremonias más grandiosas y solemnes acontecidas en toda Europa por aquellos tiempos. Pero el mucho lujo y la presencia de príncipes y reyes no eran suficientes como para afirmar unos éxitos que se le escapaban a Alfonso X de entre las manos, ambiciones que se convertían en frustraciones apenas nacidas.

La herencia del Sacro Imperio. Las pretensiones de Alfonso X el Sabio a la corona del Sacro Imperio Romano Germánico tienen unas razones y un origen muy claros, y un desarrollo muy complicado a la vez.

Federico II de Hohenstaufen, último emperador de esta dinastía, había muerto en 1250. También falleció poco después su hijo, produciéndose un vacío en el trono conocido por su duración como el Largo Interregno.

Los herederos con más derecho eran los hijos de Fernando III el Santo y Beatriz de Suabia, nietos de Federico II. El mayor de los diez hermanos era Alfonso X. En una monarquía hereditaria la sucesión no habría supuesto problema alguno, pero la corona imperial era electiva... El rey de Castilla se consideró enseguida como el candidato con más derechos y méritos, por lo que no tardó en presentarse, frente a la rivalidad inicial de los Anjou, los grandes adversarios de Aragón en asuntos mediterráneos. Coincidían así los dos reinos españoles en un mismo afán frente a Francia, y poniéndose al servicio de la política gibelina.

Si la idea imperial bullía hacía tiempo en la cabeza de Alfonso el Sabio, la llegada de una embajada de la república de Pisa vino a convertirla en abierta pretensión. El embajador pisano, Guido Lanzia, le ofreció su apoyo si se ponía al frente del partido gibelino en Italia. En marzo de 1256 se firmó un acuerdo de ayuda mutua: Alfonso cedía tropas a cambio de apoyo naval y se concertaban facilidades comerciales entre las dos partes.

Un embajador español salió para Alemania con el objetivo de obtener, y pagar, votos para el rey castellano. Los electores se dividieron. Don Alfonso consiguió mayoría al principio, pero le surgió un duro adversario, Ricardo de Cornualles, hermano del rey de Inglaterra. Los dos rivales fueron proclamados casi

simultáneamente por sus respectivos partidarios. Un elector, el rey de Bohemia, tuvo la desvergüenza de votar a la vez a Alfonso y a Ricardo.

El caso es que una embajada de los electores, no de todos, llegó a Burgos, ofreció al rey la designación, este la aceptó y se dispuso a ir a Alemania, a Tréveris, para tomar posesión.

A partir de entonces comenzó un verdadero derroche de dinero para sostener la causa de Alfonso X entre los divididos electores. Consecuencia inmediata fue un creciente malestar en Castilla, que en modo alguno sentía la causa imperial, nada española, costosa, lejana y problemática. Las Cortes se declararon en contra, mientras el monarca estaba cada día más encaprichado. El papa Alejandro IV, por su parte, se había mostrado en principio a favor de don Alfonso, pero fue cambiando de posición al ver que Aragón y Castilla eran muy favorables al bando gibelino, lo que para el Papado suponía un peligro.

Una embajada española salió para Roma con el fin de que Alejandro IV adoptase una posición de neutralidad. La dirigían el infante don Manuel, hermano del rey, y el arzobispo de Sevilla, don Remondo. Nada en concreto consiguieron: el avance de los gibelinos de Manfredo Staufen, soberano de Nápoles y Sicilia, es decir, de los aliados a Alfonso X, alarmó en Roma, y el Pontífice se entregó en manos de los franceses. Hay que tener en cuenta que Constanza, hija de Manfredo, se había prometido con Pedro, heredero de la Corona de Aragón.

También alteraba la situación la elevación al solio pontificio de Urbano IV, papa francés que tomó la decisión de neutralizar a los dos rivales, Alfonso y Ricardo, dando largas al problema, de tácito acuerdo con los interesados, incluso con los electores alemanes, que no tenían prisa en que les llegara un nuevo y ajeno emperador. Así que don Alfonso tuvo

que armarse de paciencia.

El Papa, buen francés, se olvidó de neutralidades y firmó un acuerdo reconociendo a Carlos de Anjou como rey de Sicilia, pacto claramente adverso a los intereses mediterráneos de Cataluña y a las pretensiones del rey de Castilla.

Siguió aplazando Urbano su sentencia sobre el Imperio; murió en 1264 y le sustituyó otro francés, Clemente IV, decidido enemigo de Alfonso X.

La aparición en Italia de los dos hermanos del rey español, Enrique y Fadrique, complicó las cosas aún más. El primero, Enrique, que de güelfo se pasó a gibelino y fue excomulgado, cayó prisionero en la batalla de Tagliacozzo (1267), mientras que Fadrique sublevaba la isla de Sicilia a favor de Conradino, último Staufen y pariente suyo. En el juego político sobre el mosaico italiano «el gibelinismo resultó definitivamente aplastado».

Alfonso X y su suegro Jaime I se concertaron para ir al Concilio de Lyon (1273), el uno para asegurar su difícil elección imperial y el otro para ser coronado por el nuevo papa Gregorio X. Este había tomado ya su decisión: eligió e hizo proclamar emperador a Rodolfo de Habsburgo, y con suavidad y firmeza hizo desistir a Alfonso de sus pretensiones. Lo mismo hizo con Jaime I: no te corono si no me pagas antes lo que me deben tus reinos desde hace años.

Desaire tras desaire del Pontífice a los soberanos españoles, actitud que no cambiaría tras la decepcionante entrevista que mantuvo en Beaucaire con el rey castellano. Era el fin de sus aspiraciones imperiales, el fin de lo que la Historia conoce como «el fecho del Imperio».

Rebelión del Infante Don Felipe

En el largo reinado de Alfonso X se plantean muchas agudas fases, que se dan a lo largo de la Edad Media, de enfrentamiento entre la corona y la nobleza, en contraste con la positiva simbiosis rey-pueblo. La monarquía pretende codificar el derecho e imponer su autoridad, mientras los nobles desean conservar sus tierras, sus privilegios, sus mesnadas.

Lo paradójico es que al frente de la oposición nobiliaria en Castilla se halla el infante don Felipe, hermano del rey. En Lerma se reunió con varios magnates de primera categoría, nada menos que el señor de Vizcaya, don Lope Díaz de Haro, y don Nuño González de Lara, jefe de la famosa casa. Un bando como para preocupar al rey. Trató de negociar, sin éxito, en 1270-1271.

El rebelde don Felipe viajó a Navarra buscando ayuda y también la pidió a los reyes moros de Granada y de Marruecos. Menos mal que Jaime I, en sus postrimerías, seguía siendo fiel a su yerno Alfonso.

A tal punto llegó la rebeldía que don Felipe y los suyos acabaron por «desnaturarse» pasando a vivir en Granada. Alfonso X no supo en momento alguno enfocar y resolver este problema. Su obsesión por el «fecho del Imperio» le cegaba. El talento político del cultísimo monarca brilló por su ausencia.

No marchaban mucho mejor las cosas ante la ofensiva de los benimerines. El rey de Marruecos, Abu Yusuf Yacub, desembarcó con su ejército en Gibraltar, Tarifa y Algeciras en el año 1275. Su ofensiva se dividió en dos sectores, los benimerines marchando sobre Sevilla y los granadinos sobre Jaén. El infante don Fernando, regente durante la ausencia de Alfonso X en Alemania, reunió tropas para contrarrestar los ataques, pero enfermó y murió en la recién fundada Villa Real. Los musulmanes habían ya ocupado

importantes plazas y dado muerte en combate a don Nuño Álvarez de Lara ante Écija, y al arzobispo de Toledo, don Sancho de Aragón, hijo de Jaime I, cerca de Marios.

Los benimerines estaban ya a las puertas de Sevilla cuando se hizo cargo del mando cristiano el infante don Sancho, hijo segundo de Alfonso X. Lo hizo con gran eficacia, defendió con éxito Sevilla y cortó las comunicaciones por mar con África gracias a la acción de la flota del Cantábrico. Abu Yusuf Yacub, aislado de sus bases, dio orden de regresar a Marruecos.

Estos hechos, brevemente relatados, suponen una prueba más de los peligros a que habían expuesto a España las ausencias de Alfonso X con su obsesión imperial tan poco sentida por sus súbditos. También en tales circunstancias emergía la brillante figura del infante don Sancho, que por una parte prometía grandes hechos reconquistadores, pero que por otra presentaba una fuerte opción política que acabaría por llevarle a un grave enfrentamiento con su padre, el rey.

Los asuntos de Navarra. Los asuntos de Navarra suponían un cúmulo de nuevas complicaciones en el reinado de Alfonso X. La actitud de este fue más que vacilante, dejándose llevar por las circunstancias, sin beneficio alguno y con grandes riesgos.

Hacia 1256 trataba de imponer, como hemos visto, un protectorado a Teobaldo II, que inmediatamente buscó ayuda en Francia y mostró su apoyo a Fernando de la Cerda en las cuestiones políticas castellanas. Alfonso X da después un cambio total, y buscaba el entendimiento con el rey navarro hacia el año 1270. La muerte de Teobaldo II en Túnez, durante la cruzada en la que murió también san Luis, llevó a Navarra a un largo período de crisis y problemas sucesorios. Momentos en los que Alfonso X,

renovando viejas pretensiones, invadió el pequeño reino, que estaba envuelto en una guerra civil. Contraatacaron los franceses del rey Felipe III, con gran superioridad militar, venciendo a los castellanos en Reniega (1277) y dispuestos a entrar en Castilla.

El bravo infante don Sancho estaba decidido a enfrentarse a los franceses, convencido de vencerles, pero Alfonso X prefirió buscar un arreglo y fue a Bayona para entrevistarse con el rey de Francia (1280). Fue la ocasión, lograda de momento, de la paz entre los dos reinos, para que Felipe III mostrara su decidido apoyo a los infantes De la Cerda para la sucesión de Alfonso X. Era lógico, dado su parentesco y, por otra parte, en vista de la actitud enérgica y valiente del infante don Sancho.

Dice con acierto el gran medievalista Luis Suárez que se iban perfilando los campos, las tendencias güelfas y gibelinas. La amistad de Alfonso X con Aragón se había consolidado a través de múltiples entrevistas con Jaime I a lo largo de casi veinte años: Soria, Agreda, Valencia, Requena... La relación se renueva con el nuevo rey de Aragón, Pedro III, que se preparaba a intervenir en Italia en defensa de los derechos de su mujer, Constanza Staufen.

Al infante don Sancho, que se ve ya rey, le interesa unir sus intereses con los de Aragón frente a Francia. Es el espíritu antifrancés que reina en Tarazona el 27 de marzo de 1281, cuando se reúnen allí Alfonso X y Pedro III, llegando incluso al plan para repartirse Navarra. De hecho, era ya don Sancho el que dirigía aquella política, como confirmaban al poco tiempo las Cortes reunidas en Sevilla, que apoyaron en todo las medidas económicas que proponía el joven y decidido infante.

Interesante Etapa de Transición

Estamos en los años de transición del siglo XIII al XIV. Grandes cambios se están produciendo en Europa, y España no está al margen. Los historiadores aprecian en nuestro país un notorio fortalecimiento del poderío nobiliario, no incompatible con el crecimiento de las ciudades y del poder municipal. Si eso ocurre en toda la Península, la Corona de Aragón va enfocando su acción política, naval y comercial hacia el Mediterráneo, política y presencia que durará siglos.

Los reyes Sancho IV de Castilla, Pedro III de Aragón y Dionís de Portugal serán los que dirijan esta interesante etapa de tránsito, tanto en lo interior de sus reinos como en las relaciones internacionales. Algunos han querido ver en ello un nuevo vigor en el poder real y de los Estados frente al predominio del Papado, que había marcado rumbos a Europa a lo largo de la Edad Media, es decir, el predominio güelfo.

No me parece del todo cierta esta opinión. El gibelinismo de los reyes, predominio de lo laico, fue muy relativo y en gran parte oportunista. Los pontífices siguieron teniendo extraordinaria influencia, muchas veces decisoria, en la política de los reinos cristianos. El prestigio y categoría del Papado, a pesar de sus muchos defectos en lo terrenal y en su frecuente partidismo internacional, siguió siendo clave en Europa, y concretamente en España.

Alfonso X había perdido los papeles. Se había dispersado en exceso, no había sabido mantener unida a su familia, y todas sus buenas cualidades, que eran muchas, se habían ido desperdiciando, vacilante entre lo autoritario y lo claudicante.

En las Cortes de Sevilla de 1281 tiene la peregrina idea, sugerida por el rey de Francia, de crear un reino en Jaén para su nieto Alfonso de la Cerda, el hijo de

su fallecido primogénito don Fernando. Las Cortes, como es natural, se oponen. Siguiendo con sus dislates, negocia con el rey de Granada una alianza contra el infante don Sancho, que, a su vez, ha formado un fuerte bloque con Pedro III de Aragón y Dionís de Portugal, con el fin de evitar la penetración francesa en la Península, como ya se dijo.

En 1282, don Sancho convoca Cortes en Valladolid. Los procuradores acuerdan crear hermandades para defender el orden público y mantener la unidad del reino, que no podrá romperse por decisiones unilaterales. Sancho es proclamado gobernador general y Alfonso X suspendido de sus funciones reales, si bien su hijo no quiso todavía tomar el título de rey. Se mantenía el principio de que la monarquía estaba por encima de todas las desobediencias y de las arbitrariedades del titular.

La reacción de don Alfonso no se hizo esperar: desheredó a su hijo y pidió al papa Martín IV que le condenara. Además, recurrió a la ayuda del rey de los benimerines, en dinero y en armas.

Don Sancho, por su parte, se casó con su prima doña María Alfonso de Meneses, de poderosa familia de Tierra de Campos. Es nada menos que la famosa doña María de Molina, llamada así por ser descendiente del infante don Alfonso, señor de Molina. Fue un matrimonio afortunado, históricamente positivo. Lo contrario que el contraído por la hermana de Sancho, doña Violante, con don Diego López de Haro, señor de Vizcaya, que más adelante sería fuente de múltiples complicaciones.

El proceso sucesorio. Los últimos años del reinado de Alfonso X no pudieron ser más sombríos. Se abrió un proceso sucesorio triste y complejo. La ley del reino entonces vigente daba la preferencia al hijo segundo sobre los descendientes del primogénito premuerto. Lo

contrario de la Ley de las Partidas, que todavía no había sido promulgada. De esta forma, el heredero de Castilla y León iba a ser don Sancho, y no los infantes De la Cerda Nota 36, concretamente el mayor, don Alfonso, pretendiente defendido por Felipe, rey de Francia.

Alfonso X estaba muy enfermo y cada día más irresoluto. Las Cortes de Segovia de 1278 reconocen los derechos de don Sancho, que lo comunica a todo el país. Entonces los infantes De la Cerda se van a Aragón y con ellos marchan la reina doña Violante y su nuera, doña Blanca. El rey Alfonso se queda solo en su Sevilla. Su tristeza es mayor al conocer que don Fernando de la Cerda ha muerto y le sucede don Alfonso. El rey y don Sancho se reúnen en Sevilla. La intransigencia de los dos es total, no hay arreglo posible. Incluso doña Violante se pone a favor de su hijo, al que, a partir de 1282, va siguiendo por todo el reino. También el rey de Aragón, Pedro III el Grande, y los portugueses; solo Francia, por interés propio, sin altruismo alguno, sigue fiel a los infantes De la Cerda.

El infante don Sancho se levanta en armas. Lo justifica, al lado de los suyos, acusando al rey Alfonso por varios y graves motivos. Los enormes gastos del «fecho del Imperio», que ha fracasado y dejado las arcas exhaustas; las guerras constantes y sin progresos notables, ya que Tarifa, Algeciras y otros puertos antes conquistados han vuelto a poder de los moros; la constante concesión de mercedes a personajes extranjeros; la alteración de la moneda y la escasez de alimentos...

Don Alfonso recibe unos últimos consuelos familiares. Vuelven a su lado sus hijos menores, don Juan y don Jaime. También le acompaña su hija Beatriz, la que nació de sus amores juveniles con doña Mayor Guillén de Guzmán. Y siguen fieles a su lado Sevilla («no-madeja-do»), Murcia y Badajoz.

En esas condiciones redacta su primer testamento. En él demuestra su piedad intensa, su gran devoción mariana, la bellísima que tan bien expresó en las Cantigas y los Loores. Reconoce como su heredero a don Sancho, si bien simultáneamente queda desheredado por su conducta desleal y su abandono. Se queja también de que le han abandonado sus cuñados, los reyes de Inglaterra y de Aragón. Como consecuencia, se entrega «a la unión con la poderosa Francia».

En el colmo del disparate desesperado instituye como herederos sucesores en el trono a los hijos de don Fernando de la Cerda. El mayor, don Alfonso, será rey bajo la protección del monarca francés, que se convertiría en su heredero si el infante De la Cerda le premuere. Alfonso X está desquiciado. Con este testamento se enajena el poco amor del reino que le quedaba y se lo entrega a don Sancho.

No para ahí: en 1284 dicta un segundo testamento. En él designa rey de Sevilla y Badajoz a su hijo don Juan y rey de Murcia al otro hijo, don Jaime. Es como un premio a su lealtad, a que hayan seguido a su lado en el Alcázar sevillano. Como su hija Beatriz, a la que entrega el señorío de Niebla.

La enfermedad del rey se agrava. Fallece el 4 de abril de 1284. Dice la Crónica regia que en sus últimas horas perdonó públicamente a su hijo don Sancho.

¿Fue así, o solo se trata de un piadoso recuerdo cortesano, propio para agradar al que ya era el nuevo rey?

Psicología Del Rey Sabio

El testamento alfonsino, afortunadamente, nunca llegó a cumplirse, pero su contenido y los últimos años del rey nos dejan un regusto amargo. Ello me obliga, unido a los aspectos políticos que hemos ido viendo, a un juicio del reinado que no puede ser benévolo.

Es difícil el estudio psicológico de un personaje a los setecientos años largos de su muerte. ¿Era Alfonso, hijo de alemana, más alemán que castellano? ¿Fue un inconveniente para él su inteligencia, en una época en la que predominaba la violencia? ¿Era él, el hombre más culto de su tiempo, el monarca más adecuado para la dura época en que le tocó gobernar? ¿Le sobró ambición? ¿Le faltó astucia?

Cándido, de excesiva buena fe, dice de él Antonio Ballesteros, uno de sus mejores biógrafos.

«Era el rey don Alfonso de ingenio vario, mudable, doblado: tenía en sus acciones una maravillosa inconstancia, falta que con la edad suele tomar más fuerza», retrata el padre Mariana.

¿Cómo pudo un rey con tantos conflictos, y tan graves, dedicar tiempo y esfuerzo para una ingente obra intelectual, literaria y científica?

Verdadero prodigio este hombre singular, con una asombrosa faceta de sabiduría de dimensiones y variedad colosales. Es cierto que en algunas de sus obras le ayudaron equipos de colaboradores, pero suya fue la iniciativa, la dirección, la selección, la supervisión, la redacción muchas veces. De sus Libros del saber de astronomía a los tratados de ajedrez; de la novedad jurídica de la Ley de las Siete Partidas a la belleza literaria de las Cantigas, en lengua gallega, o los Loores de santa María; de las traducciones clásicas al esplendor de las catedrales góticas, los tratados musicales, los códices miniados y la formidable Grande e general Estoria...

Esa es la gloria de Alfonso X, sin olvidar que fue el

reconquistador de Jerez y Cádiz, de Murcia y de Cartagena; sin olvidar también en estas últimas la ayuda esencial de su suegro, don Jaime el Conquistador.

Triste sino político el del Rey Sabio. Pero los triunfos materiales pasan, el viento de los siglos los va borrando, mientras que la obra del espíritu humano perdura y la de un personaje egregio como Alfonso X es tal que le pone a la altura de los primeros de ese siglo XIII en el que los reyes españoles se yerguen como gigantes a través de los tiempos Nota 37.

9

Dos Grandes Reyes y Una Reina

Pedro III, Hombre de Estado

Pedro III sube al trono en 1276. Tiene ya experiencia de gobierno y una fuerte personalidad, firme, ordenado, con visión exterior y de la dignidad real. Ha muerto su hermano mayor, Alfonso, y él se ha casado con Constanza Staufen. Es, pues, el monarca indicado para enfrentarse en el Mediterráneo al expansionismo de la Casa de Anjou, sin tener por ello prejuicios para presentarse en París en dicho año de 1276 para negociar con Felipe el Atrevido, rey de Francia.

El reparto que hizo Jaime I de sus reinos le ha dado una buena lección: nunca volver a caer en tamaño error; sus reinos son y deberán ser indivisibles.

Pedro III, a los treinta y seis años de edad, era todo un político, un hombre de Estado.

Los musulmanes se habían sublevado en Valencia. Don Pedro acudió raudo a reprimir el movimiento. Eran los días en los que su padre, Jaime I, vivía sus últimas horas en la capital valenciana.

Ya en el trono, Pedro III derrota a los rebeldes, emprende la pacificación del reino desde su cuartel general en

Játiva y envía embajadores a Marruecos y a Tremecén para asegurarse frente a posibles ayudas africanas.

De Valencia se va a Zaragoza, donde es coronado, sin que la presencia de la reticente nobleza catalano-aragonesa fuese la que correspondía a la importancia y solemnidad del acto. Luego volvió a Valencia, reforzó la flota y acabó por conquistar la fortaleza de Montesa, que todavía se resistía, el castillo que dio desde entonces nombre a la insigne orden militar levantina.

Una asechanza, de momento más peligrosa, amenazaba a Pedro III. Ciertos sectores de la alta aristocracia, sobre todo catalana, le mostraban ostensiblemente su hostilidad. Hay evidentes celos por la que consideran preferencia real por Valencia y Zaragoza Nota 38. Entre los más notables magnates descontentos figuran el conde de Foix, Ramón Folch de Cardona y Ramón de Pallars. Por fortuna para Pedro, el pueblo no les seguía y varios importantes nobles estuvieron a su lado, Hugo de Ampurias, Dalmau de Rocaberti y los Moncada.

Los incidentes entre los dos bandos degeneraron en choques, prisiones, pequeñas batallas, multas y hasta ejecuciones, si bien el rey, con acierto, después de conquistar Balaguer, suavizó las tensiones y acabó por dominar la situación. A partir de entonces se puede decir que la mayor parte de la nobleza estuvo de su lado.

Otro problema se le presentó a Pedro III desde el primer día de su reinado. El absurdo testamento feudal de Jaime I había hecho rey de Mallorca y de la zona catalana del Midi francés a su hijo Jaime II. Situación difícil de sostener con tierras tan alejadas, con los reinos de Pedro en medio y con el rey francés

al acecho.

Para la Corona de Aragón era indispensable que el rey de las Baleares, Jaime II, se incorporara a su política mediterránea frente a los Anjou. Al principio, Pedro III se negó a reconocer como rey a su hermano. Al cabo se llegó a una solución entre ellos en un acuerdo firmado en Perpiñán en 1279, por el que Jaime reconocía tener todos sus Estados en feudo. Personalmente no rendía vasallaje a don Pedro, mas sí obligaba a ello a sus herederos. Peregrina solución, pero que, al menos, servía de momento.

Al rey de Aragón le convenía reforzar sus relaciones internacionales ante el inevitable conflicto con los Anjou por la cuestión de Sicilia y por la consiguiente expansión en el Mare Nostrum.

Interesa especialmente la buena armonía con Castilla, tanto porque a las dos coronas les preocupaba la presencia en Navarra de los franceses como porque el reparto de influencias en el norte de África era un objetivo hispano, una vez que se acercaba el final de la Reconquista peninsular. Así lo suponían cuando todavía estaba allí, por dos siglos más, el reino de Granada. Era un sentimiento lógico para la Corona de Aragón, que había concluido ya su misión reconquistadora y enfocaba sus ambiciones más allá. Tal misión quedaba ahora encomendada a Castilla, y así lo había probado con sus hechos Jaime el Conquistador. Recordemos que Pedro III y Alfonso X eran cuñados y, por lo tanto, el nuevo rey castellano Sancho IV era sobrino del monarca aragonés. Podía haber envenenado la buena relación entre los dos reinos la presencia en Aragón de la inquieta reina madre de Castilla, doña Violante, que con su nuera, Blanca de Francia, había buscado la protección de su hermano Pedro; todo ello en defensa de las aspiraciones al trono castellano de su nieto don Alfonso de la Cerda, como ya vimos en el capítulo

anterior.

Esa presencia suponía poner un arma importante en manos de Pedro III, pero a este le interesaba mucho más la buena relación con su sobrino Sancho IV el Bravo, «cuya personalidad es en muchos rasgos parecida a la suya propia». Así que los infantes De la Cerda quedan encerrados en el castillo de Játiva. La prisión durará varios años y el rey de Francia, protector de los cautivos, tendrá que aguantar tal medida.

Pedro III y Sancho IV se reúnen entre Requena y Buñol en marzo de 1281. Uno de sus planes es repartirse el reino de Navarra, vieja aspiración de las dos coronas, en definitiva, hispánica, pero de casi imposible efectividad, más que por la presencia francesa, por la personalidad histórica del reino navarro. Sancho IV se mostró en la entrevista dispuesto a ceder a don Pedro la ciudad de Requena, la parte que pudiera corresponderle en el reino de Pamplona y a ayudarle para recuperar el señorío de Albarracín. Todo como prueba de buena voluntad. Como consecuencia, el rey de Aragón, con su abstención, favoreció a Sancho IV en la guerra civil contra su padre.

El mismo año 1281 se concertó la boda de la infanta de Aragón doña Isabel con don Dionís de Portugal y la del heredero de Aragón con Leonor, hija de Eduardo I de Inglaterra, que, por cierto, seguía siendo dueño de la costa oeste de Francia.

Puede, pues, afirmarse que, tras cinco años de reinado, Pedro III había puesto orden en sus reinos, en su sitio a su hermano Jaime y fortalecido su posición internacional: amistad con Castilla, firmeza ante Francia y puertas abiertas al Mediterráneo.

La cuestión de Sicilia. La rivalidad de la monarquía

francesa con la Corona de Aragón venía de largo. Sus intereses chocaban en el Midi francés, de la Cerdaña a la Provenza, y también sus políticas mediterráneas y africanas. La boda de Pedro III con una princesa alemana Staufen le había dado unos derechos sucesorios en Sicilia, reino que el papa Urbano IV había puesto en manos de Carlos de Anjou, así como el reino de Nápoles. Lo que quería el Pontífice era echar del sur de Italia a los odiados Staufen, una faceta clave en la guerra de güelfos y gibelinos. El enfrentamiento era inevitable, y ahora directamente entre los Anjou y Pedro III, porque el francés ha vencido a Conrado, el último Staufen, en la batalla de Tagliacozzo, y después le ha degollado en Nápoles. El rey de Aragón va a defender desde entonces los derechos sucesorios de su mujer, Constanza, a la corona de las Dos Sicilias.

De momento, Pedro III no está en condiciones de atacar. Se conforma con ir ganando la voluntad de las más importantes familias sicilianas, los Filangieri, Isernia, y sobre todo Juan de Prócida, ilustre magnate de la isla, que se presentan en Barcelona, donde ya estaban los famosos sicilianos Roger de Lauria y Conrado Lanza.

Las Atarazanas de Barcelona trabajaban a pleno rendimiento, en Gerona se construía un nuevo puerto y la flota se preparaba para una expedición a Túnez (1281). Unos meses después, el lunes de Pascua de 1282, tiene lugar en Palermo el terrible episodio conocido como las Vísperas Sicilianas, revuelta popular que se extendió a toda Sicilia, contra los angevinos. El odio despertado por los franceses llevó a que más de dos mil fueran asesinados en pocas horas, sin salvarse las mujeres, aunque fueran monjas o estuvieran embarazadas. Los sicilianos se organizaron entonces en comunas libres y pidieron ponerse bajo la autoridad del Papa. No se les ocurre en aquella ocasión pedir la intervención aragonesa, pero Pedro III, por su parte, y

los Anjou, Carlos y su sobrino Felipe le Hardi, rey de Francia, por la suya, preparaban las armas para jugarse la gran partida del Mediterráneo. Esa partida que dos siglos después heredaría y decidiría el Gran Capitán.

Pedro III solicita del papa Martín IV los beneficios de la cruzada para la empresa de su flota de ciento cincuenta navíos a Túnez. Antes se había asegurado la paz con Castilla y con Granada para tener cubiertas las espaldas.

¿Fue una argucia del rey o un capricho del azar? Lo más probable es lo primero. El caso es que la flota aragonesa, en ruta hacia Túnez, tuvo que hacer escala en Trápani. Parece que los sicilianos le llamaron. Y si estamos aquí, ¿por qué no ocupar toda la isla? Ya habrá tiempo de cruzadas contra el moro.

Lo primero que hace Pedro es exigir a Carlos de Anjou que abandone Sicilia. El francés no estaba para muchos trotes después de las Vísperas Sicilianas. Las poblaciones aclaman a don Pedro a su paso. Mesina, de donde acaba de marchar Carlos, se le rinde. Así domina el estrecho, y las repúblicas marítimas italianas aceptan la situación una vez vencidas las flotas genovesa y pisana por la aragonesa en el golfo de Nicoleta.

Los Anjou siguen de momento en Nápoles y Roma; recalcitrante, el Papa profrancés sigue apoyándoles y excomulga a Pedro III.

Cosas de aquellos tiempos. El rey de Aragón y el de Francia acuerdan dirimir sus diferencias en un duelo, encomendándose al «juicio de Dios», en el que ninguno de los dos cree ni confía para tales casos. El encuentro debía tener lugar en Burdeos, capital de los dominios aquitanos del rey Eduardo de Inglaterra.

Cada monarca debía presentarse al frente de cien caballeros. Pedro III no abandona sus planes para el

duelo, al que va a acudir. Sus tropas en Italia pasan de Sicilia a Calabria, ocupan Catona y Reggio y acaban con el duque de Alençon, mientras la reina Constanza Staufen es aclamada en Mesina y Pedro proclama su heredero y futuro rey de Sicilia al hijo de ambos, el infante don Jaime, y si falta, a su hijo menor, Federico o Fadrique. Así deja tranquilos a los sicilianos, probándoles que no tienen el propósito de incorporar el país a los dominios españoles, ya que el heredero de la Corona de Aragón era el infante don Alfonso. Se creaba así una dinastía propia en la isla, pero estrechamente vinculada a España y bajo la tutela de la reina Constanza.

Mas volvamos al duelo. Allí nadie cumplió debidamente. El Papa envía un legado para evitarlo. El rey de Inglaterra da preferencia en el campo al rey francés, con lo que el palenque deja de ser neutral. El gobernador de Navarra no deja pasar por su frontera a los caballeros aragoneses, y Pedro III, para llegar a Burdeos, tiene que hacerlo disfrazado de comerciante de Daroca. Una vez en el campo, al no recibir garantía alguna de duelo limpio y sin ventajas, levanta acta y se vuelve rápidamente a Fuenterrabía. Poco después se presenta en el campo Carlos de Anjou, y hace lo mismo que el rey aragonés. El más feliz por aquel resultado fue el papa Martín IV.

De Fuenterrabía, Pedro III se dirigió a Logroño. Se aseguró el apoyo de Sancho IV y tomó medidas para evitar una invasión francesa desde Navarra, que se veía venir. El ataque careció de fuerza y de profundidad. Las poblaciones fronterizas fueron hostiles a los franceses, y ellas y el calor impidieron todo avance. Esa era la situación en 1283, cuando el rey de Aragón empezaba a proyectar un fuerte ataque de represalia contra Francia, también a través de Navarra. En Sicilia se sentía seguro después de las medidas que acabo de citar. Además, la flota de Roger de Lauria seguía venciendo y asegurando las

comunicaciones, y las islas de Malta y Gozzo habían pasado también a la Corona de Aragón.

Problemas en los reinos de don Pedro. No fue fácil en verdad el reinado de Pedro III. Los problemas internos se le acumulaban debido especialmente a la falta de homogeneidad de sus reinos. Era un rey catalán en Zaragoza, un aragonés en Barcelona, un rival en las Baleares de su hermano Jaime, un imperialista catalán en Valencia y en cierto modo un ausente para todos por sus preferencias sicilianas.

Era difícil armonizar leyes y costumbres diversas, territorios tan diferentes, intereses nobiliarios encontrados... No obstante, Pedro III se fue enfrentando a tantas situaciones complejas y logró pasar a la Historia como el Grande.

En su etapa final, a partir de 1283, el rey de Aragón estaba excomulgado, lo que no parecía importarle mucho, dada la politización afrancesada y circunstancial de tal anatema. Por otra parte, los estamentos de Aragón se muestran reacios a colaborar en la campaña de Murcia, y poco les va en la de Sicilia: eran gentes de tierra adentro y nada interesados en las empresas mediterráneas del rey, que fueron mal recibidas. Lo prueba la mala acogida que tuvo don Pedro en Tarazona, donde solo unos pocos nobles se prestaron a colaborar en sus campañas. La rebeldía se fue concentrando en un pliego de reivindicaciones que le fue presentado en Zaragoza por los nobles de Aragón, Valencia, Ribagorza y Teruel.

Pedían fueros, Cortes anuales en Zaragoza, buena justicia, nueva fiscalidad, reuniones del Consejo Real... Por cierto, los valencianos insisten en el carácter aragonés de su reino y solicitan el fuero de Aragón.

El rey acepta las peticiones, que van a constituir el

famoso Privilegio General de Aragón.

La unión así constituida empezó a actuar en todos sus territorios como un auténtico órgano de poder, usurpando incluso prerrogativas de la corona.

En Cataluña el ambiente era más calmado y se mantenía más unido a la corona. Se reúnen las Cortes en Barcelona, «una vegada lo any», y don Pedro firma el importante documento *Recognoverunt proceres*, en el que se ponían las bases para el famoso Consulado del Mar.

También, poco después, Pedro el Grande confirma los fueros y libertades del reino de Valencia, entre ellos el llamado *Privilegium Magnum*. Más que los nobles, como en Aragón, es el pueblo el que se reúne con el rey en íntima colaboración, en esa admirable sintonía que caracteriza al reino valenciano.

A partir de 1284, Pedro III se apoya en las villas principales, en sus municipios y en general en catalanes y valencianos para contrarrestar las exigencias de la nobleza aragonesa, siempre amenazante con la revuelta armada. No podía enfrentarse abiertamente a tal rebeldía en ciernes porque necesitaba su ayuda ante una más que posible invasión francesa. De aquella situación surgió una medida que será histórica: el rey se compromete a nombrar a un caballero aragonés como justicia de dicho reino.

Pedro III se reúne con Sancho IV en Uclés. El acuerdo es completo con vistas a una campaña contra los franceses en Navarra. La tal campaña tuvo poca importancia. Se redujo a unas correrías por las tierras de Tudela. La Unión aragonesa no prestó entonces la necesaria ayuda. Una complicación más a la que se unía otra rebelión de distinto carácter en Barcelona. Se trataba de protestar por cuestiones de impuestos y abusos en las ventas. La dirigía un tal Berenguer Oller, «capitá e governador del poblé menut» contra «los

ricos burgueses, clérigos y judíos». El rey acudió a Barcelona y se entrevistó amistosamente con Oller. «A las primeras horas del día de Pascua el desafortunado caudillo popular y siete de sus principales seguidores eran ahorcados en un olivar al pie de Montjuich», como escribe el historiador Ubieto, al que sigo en varios apartados de este capítulo.

Don Pedro III no se andaba con contemplaciones. Siguieron procesos e incautación de bienes, aunque la cifra de doscientos ahorcados que da Desclot parece exagerada.

Por aquellos días, Carlos de Anjou había muerto en Foggia, pero la amenaza de Francia y la enemiga del Papa no desaparecen. Felipe III, el monarca francés, avanza por tierras del Rosellón y la Provenza. Está dispuesto a entrar en Cataluña. Pedro III reúne fuerzas en la frontera, asegura el frente catalán, aunque encuentra dificultades en la zona de Navarra por la resistencia de la Unión aragonesa a ayudarle. Tampoco puede contar con Sancho IV, que está ocupado en defenderse de los ataques marroquíes.

Los franceses atacan Gerona, defendida por Ramón Folch de Cardona. Parece que va a ser imposible evitar el avance hacia Barcelona, pero a partir de agosto de 1285 se producen cambios favorables. La Unión de Aragón decide ayudar al rey, las naves catalanas bloquean las costas y el propio Pedro III acude con sus hombres a romper el sitio de Gerona. Roger de Lauria obtiene una importante victoria naval en Rosas y los franceses ven cortadas sus comunicaciones, mientras la peste asola sus campamentos. Los invasores se ven obligados a retirarse, y su retaguardia es perseguida con verdadera saña. El rey Felipe III el Atrevido, enfermo, muere nada más llegar a Perpiñán.

Libre de la amenaza francesa, Pedro III, incansable, prepara una expedición para incorporar

definitivamente el reino feudatario de Mallorca a su corona, pero la muerte en aquellas postrimerías del siglo se ceba con los reyes. El destino busca nuevos protagonistas para el siglo XIV. Pedro el Grande muere el 11 de noviembre en Villafranca del Penedés.

Muchos problemas seguían pendientes, pero él había abierto nuevos rumbos para España en el Mediterráneo y había afirmado la personalidad histórica de Cataluña y de los reinos de la Corona de Aragón.

Sancho IV el Bravo

Es cierto que las ciudades y la mayor parte de la nobleza acogieron favorablemente al infante don Sancho como sucesor de Alfonso X, pero tardó en llegar un reconocimiento oficial y solemne ante la reticencia de algunos sectores nobiliarios afectos al infante don Fadrique, y a Simón Ruiz, señor de Cameros, en cuyas muertes, por orden del rey, había participado don Sancho.

Es el momento en que la reina viuda doña Violante con su nuera doña Blanca y los infantes De la Cerda marchan a Aragón, como hemos visto líneas atrás; y, como también se ha dicho, la ley entonces en vigor daba preferencia al hijo segundo del rey sobre los nietos, hijos del primogénito fallecido. Esto cambió con la Ley de las Partidas no promulgada todavía, pero así era al morir Alfonso X. Igualmente hemos visto cómo en el campo internacional Francia estuvo decididamente a favor de don Alfonso de la Cerda, mientras en España Pedro III fue leal a don Sancho, y lo mismo actuó el rey Dionís de Portugal.

El infante tuvo noticia en Ávila del fallecimiento de

su padre. De allí marchó a Toledo para su solemne proclamación, tan deseada y combatida.

Siguió el nuevo rey camino a Andalucía, recibiendo el acatamiento de ciudades tan vinculadas a Alfonso X como Córdoba y sobre todo Sevilla, donde reunió Cortes. Desde allí tomó medidas para la defensa de la frontera y de las costas amenazadas por los benimerines. En buenas relaciones con los reinos vecinos e incluso reconocido por Francia, solo le quedaba de momento a don Sancho la preocupación por la intransigencia papal a aceptar su matrimonio con doña María de Molina por razones de parentesco, y, como consecuencia, para la legitimación de sus hijos.

Es bastante escasa la información que dan las crónicas acerca de la personalidad de Sancho IV, en contraste con la mucha de que se dispone sobre su padre. Da la impresión, por los datos, de que era más bien duro y violento, posiblemente a causa de alguna enfermedad que padeció desde muy joven. Como político era frío y enérgico, y muy valiente en la batalla. La Crónica le llama «ome de gran corazón», y de ella se desprende que además de frío y enérgico era hábil, perseverante y tesonero, cualidades en las que superaba con mucho a Alfonso X. En cambio, se parecía a él en piedad religiosa. Fue peregrino a Compostela y gran devoto de la Virgen de Sirga, a la que iba a rezar a Villalcázar.

No llegó a tener la preparación y sensibilidad intelectual de su padre, pero tuvo el buen sentido y la inteligencia de proseguir la *Crónica General* y de transformar el *Libro de los Fueros* en las *Siete Partidas*, así como de que se le atribuya el libro *Castigos e documentos*, de valor literario y preciosas miniaturas, hoy en la Biblioteca Nacional. Y fue Sancho IV el que creó el Estudio General de Alcalá de Henares, con los consejos del arzobispo de Toledo,

don Gonzalo García Gudiel, y gracias a las lecciones que le dio fray Juan Gil de Zamora. La corte de entonces parece que era menos brillante que la de Alfonso X. Dos hermanos del rey, don Pedro y don Jaime, habían muerto jóvenes, y el tercero, don Juan, «constituirá una pesadilla para su hermano a lo largo de su reinado». Consta también que un miembro de la familia, que sería muy brillante protagonista, el infante don Juan Manuel, era por entonces un niño.

El más importante personaje de la corte era el dominante don Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya. Otros magnates, los Lara, conspiraban contra el rey desde el extranjero.

Doña María de Molina

La figura de Sancho IV va unida indisolublemente en la vida y en la Historia a la de su esposa doña María de Molina, con personalidad propia que va adquiriendo protagonismo según los acontecimientos van requiriendo su presencia, sin oscurecer en absoluto a su marido y convirtiéndose más adelante en el eje del reinado, durante la minoridad de su hijo Fernando IV.

Era doña María, como bien es sabido, una ricahembra de Castilla, sobrina de san Fernando, al ser hija del hermano de este, señor de Molina, siendo su madre doña Mayor Alfonso de Meneses, de la vieja nobleza castellana. Una de sus cualidades más notables era su carácter sereno y equilibrado, que durante todo el reinado procuró que actuara como contrapeso al genio bravío y temperamental del rey don Sancho.

El monarca había tomado como cercano consejero al abad de Valladolid, don Gómez García, honesto y

trabajador, al que confió importantes misiones diplomáticas, con el que se enfrentó muy pronto don Lope Díaz de Haro, dispuesto a hacerse con la privanza, a dominar al rey. Él era el personaje más influyente de la corte y contaba con varios amigos y parientes que podían ayudarle desde puestos clave cercanos también al rey. Don Lope aspiraba a ser nombrado conde, título que había caído en desuso. Sancho IV se lo concedió en 1287, después de las Cortes de Palencia, y así el de Haro alcanzó la cumbre de su poder en Castilla.

Con el título, el monarca le dio castillos y fortalezas, así como el poder concertar préstamos, arrendar las rentas del reino y otras ventajas económicas que Lope Díaz de Haro puso en manos de un judío catalán, Abraham *el Barchilón* (o el Barcelonés). Tanto fue el ascendiente de Haro sobre Sancho IV que se empezó a decir que le tenía *emaginado*, algo así como hechizado.

La privanza del noble vizcaíno, como dice Moxó, fue intensa pero corta. No tardaron en surgir situaciones que le resultarían adversas. Por un lado, aparecieron problemas de índole financiera con el Barchilón y otros hebreos, como un tal Samuel de Belorado; pero más graves fueron las desavenencias entre el rey y el valido en la cuestión de las relaciones con Francia y Aragón, lo que motivó que don Sancho empezara a comprender que había dado demasiadas atribuciones al de Haro, con lo que el poder real estaba pasando por malos momentos. La privanza estaba en su ocaso.

En la villa de Alfaro estaba el rey reunido con su consejo en la casa donde se alojaba. Entre los nobles que le rodeaban, el infante don Juan y don Lope Díaz de Haro. Sancho IV se alejó un momento de la sala. Cuando volvió se dirigió al señor de Vizcaya conminándole a devolver los castillos que tenía

cedidos. De no hacerlo, sería inmediatamente arrestado. Al oír tales palabras, el iracundo don Lope trató de abalanzarse sobre el monarca blandiendo un cuchillo. Entonces, los escuderos y ballesteros reales dieron muerte al osado don Lope, en presencia del rey. A punto estuvo de morir también el infante don Juan, cómplice en la conspiración, que había herido en la contienda al merino mayor de Castilla. Solo pudo salvarle la valiente y eficaz intervención de la reina doña María, que acudió desde la estancia contigua al oír las voces y el choque de las espadas.

Tal fue la terrible escena de Alfaro, tal como la relata la *Crónica de Sancho IV*.

Muerto el señor de Vizcaya, gran valido real, don Sancho, más que un nuevo privado, atendió los consejos de varias personas de relieve, unas eclesiásticas, como el arzobispo de Toledo y los obispos de Palencia y Astorga, y otras ricoshombres, como Alfonso de Meneses, hermano de la reina; el mayordomo mayor, Juan Fernández, conocido como «Cabellos de Oro»; Ruy Páez de Sotomayor, justicia mayor del reino, y Juan Mathé de Luna, que destacaría en la defensa de la frontera. Una de las marcadas preferencias del rey fue por la orden de los dominicos, a cuyo capítulo general de Palencia en 1291 asistió personalmente.

Es de recordar también el peso económico de las juderías durante el reinado. Los hebreos cobraban, administraban, prestaban, influían, y, si bien la corona no podía prescindir de ellos, el pueblo cada día les odiaba más.

Las Cortes celebradas en Valladolid en 1293, con la presencia de los reyes, trataron de poner orden en las más variadas cuestiones: seguridad pública, represión de las «malfetrías», robos, saqueos de los malhechores y abusos de los nobles; recaudaciones bien organizadas con el nuevo tributo de la sisa, las

deudas de juego, defensa del patrimonio del realengo, concejo de la Mesta, juicios conforme al Fuero Juzgo, etc.

Don Sancho y doña María se consagran así como legisladores y como gobernantes Nota 39.

Guerra con los Benimerines

No fue largo el reinado de Sancho IV, solo siete años, en los que no faltaron los encuentros con los benimerines, que seguían sus incursiones por el sur de Andalucía, cabalgadas que desde Jerez y Medina-Sidonia subían hasta las cercanías de Sevilla.

Don Sancho prestó especial atención a la marina, que encomendó como almirante de Castilla al genovés Benito Zacarías. Hasta «cien velas mayores» se reunieron en El Puerto de Santa María para vigilar el paso del Estrecho. No es algo nuevo de nuestro tiempo lo de las «pateras»; viene de hace ocho siglos. Entre tanto, el reino de Granada mantenía una tregua con Castilla y seguía pagando las parias.

Ante las continuas penetraciones de los benimerines dirigidos por su nuevo rey Ibn Jacob, Sancho IV decidió tomar la iniciativa. Pidió, y obtuvo, fuerzas y medios a los obispos y a las ciudades. Desde Sevilla dirigía las operaciones, y sus ejércitos, el día de San Mateo de 1292, doscientos años antes de la toma de Granada, conquistaban Tarifa, el episodio militar más brillante de su reinado.

La defensa de la plaza fue encomendada poco después al famoso Alonso Pérez de Guzmán, llamado el Bueno, cuyo nombre se haría inmortal unido al de Tarifa. Asombra que frente a la acción reconquistadora del rey y al heroísmo de Guzmán el Bueno apareciera

en la familia real un personaje tan siniestro como el infante don Juan, hermano de don Sancho, que se pasó a los moros y se unió a los sitiadores de Tarifa. No era nuevo en la historia: casi seiscientos años antes, y en las mismas costas, don Opas y don Julián eran también espejo de traidores.

Tras la asombrosa defensa de Guzmán el Bueno, que llegó al sacrificio de su hijo por los sitiadores, la plaza fue liberada y los moros se retiraron al otro lado del Estrecho (1294).

Ya vimos las buenas relaciones entre Sancho IV y Pedro III, reafirmadas en sus entrevistas en Uclés y Liria. No fue así con Alfonso III, el sucesor de don Pedro, decidido defensor de don Alfonso de la Cerda, al que llevó desde el castillo de Játiva, donde estaba preso, hasta la lejana ciudad de Jaca, para proclamarlo allí rey de Castilla. Tal medida condujo a una serie de escaramuzas entre castellanos y aragoneses en las zonas limítrofes, con pequeñas batallas y devastaciones. Don Sancho tomó parte en las luchas, y con gran valor, como dice la *Crónica*.

Por suerte para Castilla, el inesperado fallecimiento de Alfonso III de Aragón llevó al trono a Jaime II, que se entendió mejor con Sancho IV, concertando con él el tratado de Monteagudo, en tierras de Soria, confirmado en las vistas de Guadalajara y en las de Logroño, en las que intervino también Carlos II, con lo que Castilla empezó a intervenir en la política mediterránea. Por desgracia, por aquellos días, Sancho IV empezaba a sentir cómo se agudizaba su enfermedad, que arrastraba desde hacía muchos años.

Don Sancho llevó a cabo una política francamente francófila. Con Felipe el Hermoso, mejor dicho, le Beau, para no confundirle con el malhadado esposo de Juana la Loca, llegó a un acuerdo en Bayona en 1290 que evitaba cualquier ayuda del país vecino a los

infantes De la Cerda y al propio tiempo suponía una especie de alianza frente a Aragón, que se quedó en nada al subir al trono Jaime II, como acabamos de ver.

Con el rey de Portugal se concertó en Ciudad Rodrigo la boda del príncipe heredero de Castilla con la infanta doña Constanza, hija de don Dionís.

Con la Santa Sede seguía el contencioso del absurdo impedimento para legalizar canónicamente el matrimonio de Sancho IV con doña María de Molina, porque esta era prima hermana del difunto Alfonso el Sabio. Don Sancho decía que él se consideraba bien casado y que la actitud de la Santa Sede «non le empescía, e que Dios era sobre todo, que le juzgaría». Y como era piadoso y devoto, siguió favoreciendo a iglesias y monasterios, con especial protección a las órdenes mendicantes, dominicos y franciscanos.

En 1293, Sancho IV dictó su testamento ante destacados miembros de la corte en Alcalá de Henares. Vemos una vez más que aquella corte no tenía sede fija desde que dejó León hacía muchos años. Era trashumante, dependiendo de guerras, de alianzas, de bodas, del clima, de preferencias... Toledo a veces, por la añoranza gótica; Burgos, cabeza de Castilla; Valladolid, preferida de don Sancho; Alcalá, Tarazona, Almazán, Soria, Ávila, Ciudad Rodrigo, Toro... El rey confiaba mucho en su esposa, doña María de Molina. Como el heredero, don Fernando, era aún un niño, le encomendó su tutela y el gobierno de los reinos, bajo la custodia de don Juan Núñez de Lara.

De Alcalá, ya moribundo, el rey marchó a Madrid. Allí mantuvo larga y emotiva conversación con su sobrino el infante don Juan Manuel. Fue llevado a Toledo. Allí murió el 25 de abril de 1295, siendo enterrado en la catedral.

Fernando IV

El infante don Fernando fue proclamado rey en Toledo. Quien iba a gobernar hasta que cumpliera dieciséis años era su madre, doña María de Molina, al principio con el muy dudoso apoyo del infante don Enrique, hijo de san Fernando y tío del joven rey, y el más dudoso aún de los Lara. El mismo año 1295, las Cortes se reunían en Valladolid.

Se empiezan a apreciar banderías: don Enrique quiere arrebatar el gobierno a doña María; Juan Núñez de Lara se aleja de la reina; los Haro vuelven a las andadas... Castilla está en peligro de ruptura, de volver a los peores años del pasado. Para evitarlo, las Cortes toman la medida de eliminar de la corte a privados y consejeros sospechosos de infidelidad y llevar a la Casa del Rey «a hombres buenos de las villas, como en tiempos de Alfonso VIII, Alfonso IX y Fernando III», y excluyendo, por supuesto, a los judíos. El antisemitismo venía de siempre, pero iba en aumento.

El inquieto infante don Juan, turbulento y traidor por naturaleza, aspira al reino de León, dejando el de Castilla a don Alfonso de la Cerda. Es decir, volver a romper la unidad en beneficio propio y despreciar los acuerdos de las Cortes, la memoria de sus grandes antepasados, y traicionando al rey y a la reina madre.

Portugal se aprovecha de la situación y penetra en Castilla «con gran codicia».

La nobleza se muestra dividida en bandos, como en los peores tiempos. Doña María trata de aunar a los fieles en Palencia, Soria, Segovia y Ávila. Son las hermandades las que mejor le responden, evitando la crisis y manteniendo el respeto real. Además, hay hambre y peste en Castilla. ¿Podrá una débil mujer

con el rey niño superar tan difíciles circunstancias?

Doña María ordena acuñar moneda «para mejor poder pagar a sus caballeros». Las Cortes así lo aprueban. Se va sosegando el reino. A don Juan se le calma entregándole algunas villas; Núñez de Lara cae prisionero; el viejo infante don Enrique hace una buena boda con una joven ricahembra, y mediante dádivas se logra la legitimación del matrimonio de Sancho IV y doña María, bien a posteriori, pero con ello se legitima la prole, es decir, al rey Fernando IV.

A los críticos de la Historia, más aún a los de la monarquía, puede que den argumentos demoledores todos estos hechos que nada tienen de ejemplares y moralizantes. Para mí, todo lo contrario: son prueba de la fuerza y permanencia de la institución real, de la monarquía hereditaria sobre todos los avatares, y también de esa admirable simbiosis rey-pueblo, a la que tantas veces me refiero.

Los intrigantes de palacio ya conocidos pretenden indisponer a María de Molina con su hijo, pero es el rey el que consigue captarlos con procedimientos tan antiguos como la Historia, dándoles cargos relevantes y prebendas. Así, don Juan Núñez de Lara, su antiguo enemigo, se convierte en mayordomo mayor, y Fernando IV puede comenzar, al cumplir dieciséis años, su gobierno personal.

Con la satisfacción de que el papa Bonifacio VIII había legitimado el matrimonio de sus padres, Sancho IV y María de Molina. Los esfuerzos de esta última en tan difícil etapa de crisis y de transición habían logrado salvar el trono.

Terminaba el siglo XIII. El nuevo rey en 1302 abría para España el siglo XIV.

10

La Gran Crisis de Castilla

Los Reyes Menores

Con el siglo XIII se había acabado la era de los grandes reyes, de aquellos personajes asombrosos que cubrieron una larga etapa de la Edad Media: los Alfonso VIII, Fernando III, Jaime I, Alfonso X, Pedro III, incluso Sancho IV. Ahora, tras la misión patriótica y dinástica de doña María de Molina, que salva al reino de Castilla en los más graves momentos desde Fernán González, llega al trono un rey del que tenemos escasa noticia, de breve reinado en difíciles circunstancias y cuya personalidad más bien mediocre no parecía la más adecuada para superarlas.

Aun siguiendo un orden cronológico, atendiendo alternativamente a los dos grandes reinos peninsulares y cuando coinciden sus trayectorias de un modo simultáneo, procurando también no olvidar cuestiones tangenciales pero que a la vida de los monarcas protagonistas se refiere, concentro en lo posible la atención del lector precisamente en dichos reyes. Claro es que sin prescindir, siquiera con breves alusiones, de otros soberanos menores que figuran en

el orden dinástico. Este es el caso, por ejemplo, de Fernando IV.

El gran historiador Luis Suárez Fernández nos dice que toda Europa occidental sufría a principios del siglo XIV una gran crisis demográfica y alimentaria que hacía vivir horas terribles. Tal vez en España todavía más aguda porque iba unida a una serie de revoluciones y de luchas internas que afectaba a todos sus reinos.

Castilla había sufrido dos largas y turbulentas minoridades, profundas crisis políticas con problemas sucesorios, fronterizos y sociales.

Los catalanes han enfocado su acción hacia el oriente del Mediterráneo. Es la hora de los almogávares, como veremos en el capítulo siguiente. Pero Jaime II no es rey como para no aprovechar los problemas castellanos en beneficio propio Nota 40; de ahí su política variable y equívoca a favor de don Alfonso de la Cerda. Además, la Corona de Aragón seguía pretendiendo extender su zona en el Levante peninsular, y Murcia, Alicante y Almería seguían aún en litigio con Castilla, con los musulmanes como algo más que espectadores. Y por aquellos días, andaluces y vascos empezaban a asomarse a las grandes rutas atlánticas: tanto en la pesca como en el comercio eran todos ellos gentes marineras del reino de Castilla que competían ventajosamente con Inglaterra y prometían días de esplendor y primacía para el reino.

En el interior de Castilla, la crisis política alcanzaba límites alarmantes. Los nobles —tal vez impropia palabra en estos casos— se entregaban a sus rivalidades, a sus rebeldías contra la corona y a sus pequeñas guerras particulares. El infante don Juan lo revolvía todo, tan pronto se refugiaba en Granada como reclamaba para sí el trono de Castilla; Diego López de Haro, unido a los Núñez y a los Lara, se sublevaba en Vizcaya, y las monarquías limítrofes

alentaban estas inquietudes.

El rey don Dionís de Portugal era el decano de los soberanos peninsulares. Tenía prestigio, popularidad en su país, buenas relaciones con Roma y alto sentido del orden real. Aspiraba nada menos que a la hegemonía peninsular. A tal punto habían llegado las cosas que el rebelde infante don Juan iba a ser proclamado rey en Coria con ayuda portuguesa.

Jaime II de Aragón, por su parte, se dispuso a entrar en una coalición para derrocar a Fernando IV. Sus tropas enarbolaban la bandera de don Alfonso de la Cerda, al que llegaron a proclamar rey en Sahagún. Para él sería Castilla, y León para el infante don Juan; Murcia volvería a la Corona de Aragón, mientras Portugal y Navarra recibirían compensaciones por su ayuda, es decir, en pocas palabras, por hacer desaparecer a Castilla del mapa. Ese era el panorama que ya vimos al final del capítulo anterior, la enorme crisis del reino que doña María de Molina pudo difícilmente superar, con ayuda de los procuradores de las ciudades y a base de compensaciones para don Dionís y para el ambicioso don Diego López de Haro.

Una serie de acontecimientos se fueron encadenando en estos primeros tiempos del breve reinado de Fernando IV: la retirada de don Dionís, que había llegado hasta las afueras de Valladolid; las bodas reales que relatamos al final del capítulo anterior Nota 41, el apoyo de las Cortes de Cuéllar a don Fernando, el heroísmo de Guzmán el Bueno, la conquista de Alicante y Elche por los aragoneses, la aparición en la historia castellana de don Rodrigo Álvarez de las Asturias, del que el primer Trastámara, Enrique II, sería ahijado y heredero, señor de Gijón, Llanes y Pola de Allande.

¿Cómo era ese Fernando IV, cuya mayoría parece ser que fue aclamada a los catorce años, porque «los dos Juanes» querían enfrentarle enseguida a su

madre, doña María? Esos dos Juanes eran, naturalmente, el infante y el Núñez de Lara, a los que había que añadir el viejo y recalcitrante infante don Enrique, al que apoyaban los Haro.

Don Fernando actuaba como rey desde las Cortes de Medina del Campo en 1302. La Crónica dice que era «hombre de buen talante», pero eso no basta. De los datos de su conducta puede deducirse que sus condiciones para un buen gobierno no eran muy adecuadas: ingenuo, era bastante joven e inexperto, un tanto irresoluto, temperamental, caprichoso, antojadizo y fácil al halago de los cortesanos... Lo menos propio cuando se vive rodeado de aspirantes a validos o seudovalidos y en plena anarquía nobiliaria. Don Diego López de Haro, por ejemplo, le había amenazado con someterle a su voluntad si no se plegaba a sus planes. Este don Diego era yerno de don Lope, el que fue privado de Sancho IV, y a él se debe la fundación de Bilbao.

A pesar de sus deficiencias, Fernando IV contaba con las ciudades y con el pueblo. En un rasgo de decisión convoca las Cortes de Madrid en 1309 y plantea la organización de una nueva campaña contra el moro. Se conquista Gibraltar, que se volverá a perder. Nace el que será heredero del trono, Alfonso XI, y la nobleza seguirá dividida y poco de fiar. En estas circunstancias se reúnen las Cortes de Valladolid, que serán las últimas del reinado y suponen un paso positivo en cuanto a la organización de la justicia y de la administración del reino.

Don Fernando sigue con la idea de reanudar la campaña contra los musulmanes. Marcha a Toledo para ponerse al frente del ejército real, pero su proyecto no puede llevarlo a cabo porque fallece en Jaén, a los veintisiete años de edad, el 7 de septiembre de 1312. Estaba enfermo de tuberculosis desde muy niño, como su padre y como su bisabuelo

Fernando III el Santo.

Fernando IV pasa a la historia con el sobrenombre de «el Emplazado». Lleva también cierta fama de ingrato con su madre, a la que tanto debía. Se cuenta que en las Cortes de Medina del Campo de 1301 le pidió cuentas de la administración de los bienes de la corona durante su tutoría. Ingrato e injusto con algunos de sus colaboradores, como es el caso de la leyenda de los hermanos Carvajal, de la que viene lo de «el Emplazado».

Los Carvajal fueron ejecutados en Martos por orden del monarca, despeñados por un precipicio en las afueras de la población. Se les acusaba de crímenes que no habían cometido. Antes de morir emplazaron al rey a comparecer ante el tribunal de Dios en el plazo de treinta días desde su muerte, plazo que se cumplió.

Hubo hechos importantes durante el reinado, como hemos visto, algunos positivos, atribuibles más bien a su madre y a los reyes de Aragón y Portugal; pero es triste, menguado patrimonio histórico, el que deja un monarca que solo es recordado como «el Emplazado» Nota 42.

Otro punto de interés antes de concluir esta parte del capítulo es el de la situación de los judíos durante el reinado. Creo que tiene ese interés porque es una prueba más de cómo las gentes de esa raza eran algo extraño en la Península desde tiempo inmemorial, sin integrarse, aislados por voluntad propia en sus barrios o juderías, y el pueblo no les quería. Eran superiores en muchos aspectos y por ello los más destacados se hacían indispensables, en medicina, en finanzas, en diversos estudios de cartografía, astronomía, filosofía, temas bíblicos... Por ello los reyes y los más altos magnates recurrían a su colaboración. También algunos conversos sinceros, no muchos, ocuparon puestos clave en el reino e incluso en la Iglesia.

También fueron utilizados en negociaciones diplomáticas, gozando de la confianza de Fernando IV hasta su fallecimiento. Y no digamos en recaudación de impuestos y en suministros a la intendencia de los ejércitos, como un tal Judah Abravanel de Sevilla en la campaña de Gibraltar y un célebre almojarife andaluz llamado Samuel. No obstante, la desconfianza popular era cada día mayor y los procuradores insistían en que dejaran la Casa del Rey y la recaudación de impuestos. Así se pidió en todas las Cortes celebradas en Medina del Campo y Valladolid entre 1302 y 1312, sin que por ello disminuyera la benevolencia de la corte hacia los judíos y la protección de sus alianzas.

Alfonso XI

Lo contrario que ocurre al tratar del paso de Fernando IV por la Historia, personaje mediocre, insuficiente, nos sucede al redescubrir gratamente a un formidable monarca, tal vez poco conocido en relación con sus méritos. Puede ponerse al lado de los grandes reyes del siglo XIII sin que pierda en la comparación.

Voy a tratar de resumir en estas páginas lo esencial de su largo e intenso reinado de treinta y ocho años, de 1312 a 1350, tan importante en lo militar como en lo político, en lo económico como en lo cultural, y tanto en el interior como en la política internacional de España. Y digo España porque, aunque monarca de Castilla, su reinado tiene ya un sentido total hispánico y en todo lo posible marcha coordinado con el de sus contemporáneos, los reyes de la Corona de Aragón.

Después de la inesperada muerte de Fernando IV en Jaén, el rey-niño, Alfonso XI, será suplido en el gobierno por una especie de regencia llamada

«tutoría», institución legítima pero llena de riesgos, ya que al no estar desempeñada por un regente único y con autoridad se prestaba a ser objeto de las ambiciones y competencias de los poderosos bandos de la nobleza. Son años en los que se enfrentan por el gobierno los infantes don Pedro y don Juan, hermano y tío, respectivamente, del fallecido Fernando IV. A don Juan le apoyan los Lara, primer linaje de los ricoshombres de Castilla. Y también un gran personaje, el infante don Juan Manuel, enconado enemigo de don Pedro. Hay que tener en cuenta que, al morir su padre, Alfonso XI no tenía más que un año, lo que parecía asegurar una larga «tutoría». El infante don Pedro, impetuoso y valiente, contaba con la preferencia de su madre, la gran doña María de Molina, y con ella, la de su familia, el primer linaje de Tierra de Campos, los Meneses, y también los Haro, los condes de Salda- ña y el señor de Cameros. Asimismo, los maestres de las órdenes militares.

Los dos bandos pretendieron apoderarse del rey-niño, que estaba en Ávila. Ambos fracasaron debido a la ardorosa resistencia de la población de la ciudad, encabezada por su obispo. Tan importante fue esta defensa que ha quedado incorporada a la historia de Ávila como un hecho glorioso, figura en su escudo y hasta da nombre a calles y aldeas de los alrededores, ya que toda la comarca se batió y se impuso a favor de los derechos del rey y de su abuela, doña María de Molina, es decir, de la monarquía frente a las apetencias nobiliarias.

Las Cortes se reunieron en Palencia. Fueron malos días para el bando de don Pedro: la reina madre, doña Constanza, y el infante don Juan Manuel se pasaron al lado del astuto y poco aprensivo don Juan. Por fortuna, una vez más se impuso el prestigio de doña María, que con su buen sentido logró, en la concordia de Palazuelos en 1314, la formación de una tutoría colegiada, presidida por ella y con los infantes rivales

don Pedro y don Juan. El acuerdo establecía que «la crianza del rey la oviese la Reina doña María, su abuela, y no otro ninguno». El apoyo de villas, ciudades y prelados fue total.

Por desgracia para el reino, en 1321, en su querida ciudad de Valladolid, falleció la gran «reina-avuela» que hasta última hora defendió con su energía y buen sentido característicos la soberanía de su nieto, que solo tenía diez años, y que a pesar de su corta edad mucho aprendió de la tenacidad y discreción de doña María. Lecciones que luego aplicaría en su gobierno.

Otra desgracia para el reino fue la muerte en 1319 del infante don Pedro en el desastre de la vega de Granada, adonde había acudido con audacia y valor a corregir errores tácticos de sus caballeros. La corona perdía al infante más valioso, que habría sido un eficaz colaborador del rey Alfonso XI Nota 43.

Por aquellas fechas había muerto también el inquieto infante don Juan, de un ataque de apoplejía. Se acababa así la triple tutoría del rey-niño.

Se estableció una segunda tutoría con el infante don Juan Manuel y el único tío del rey superviviente, don Felipe, hermano de Fernando IV. También aspira a incorporarse otro don Juan, hijo del recién fallecido infante de igual nombre y de la señora de Vizcaya, doña María de Haro.

Los tutores se reparten sus zonas de influencia, pero sus querellas, sus abusos y hasta sus luchas campales en tierras de Zamora menguaron su prestigio, a tal punto que el monarca adolescente llegó a ordenarles expresamente «que dejaran de astragar el reino». A consecuencia de ello, poco después, en 1325, se adelantaba la mayoría de edad, y el rey, a los catorce años, comienza su reinado pleno, dando fin a la lamentable etapa de las tutorías.

Primeras actuaciones del rey. Alfonso XI convoca Cortes en Valladolid en 1325. Los procuradores le manifiestan sin ambages que «la tierra es robada, astragada y yerma y las rentas son menguadas». En los primeros días ayudan al rey cortesanos amigos, más bien de segunda fila, que le acompañan desde su infancia: un clérigo, maese Pedro, que llegará a cardenal, y un hidalgo, Martín Fernández de Toledo. Pronto su preferido será Alvar Núñez Osorio, con el apoyo del merino mayor de Castilla, Garcilaso de la Vega. Don Alfonso capta hábilmente al inquieto y complicado infante don Juan Manuel, el gran escritor: se dispone a casarse con su hija Constanza y además le hace adelantado mayor de la Frontera, como jefe supremo del ejército castellano, mando en el que obtiene una brillante victoria sobre los moros.

Alfonso XI tiene el acierto de ir recorriendo todos sus reinos, algo que es indispensable para todo monarca. Se dirige hacia Andalucía, muestra especial preferencia por elegir Madrid como centro de los viajes de su corte trashumante, recorre Extremadura y es objeto en Sevilla de un recibimiento entusiasta en 1327. Desde la gran ciudad andaluza, el rey cumple su ferviente deseo de ir a luchar contra los musulmanes. Lo hace con valor y con habilidad estratégica impropia de su inexperiencia y logra la conquista de Olvera, combatiendo en persona, su primera acción de armas que será para él recuerdo y estímulo toda su vida.

Lástima que por aquel tiempo el infante don Juan Manuel, ofendido porque Alfonso XI había anulado el compromiso de matrimonio con su hija Constanza, se «desnaturó» del reino, rompió su vasallaje con el rey y se dedicó a hostigarle desde sus castillos, procurándose ayudas aragonesas o moras, vinieran de donde vinieran.

Mientras, el favorito del monarca, Alvar Núñez Osorio, mejoraba su posición en dominios y en

valimiento y había recibido el título de conde de Trastámara, de Lemos y de Sarriá, y sustituido a don Juan Manuel como adelantado de la Frontera. Tales fueron los abusos de Alvar Núñez y tales los escándalos a que su conducta dio lugar en Valladolid que la ciudad, los caballeros y el prior de San Juan exigieron al rey la destitución del privado de todas sus muchas atribuciones y cargos. Alfonso XI no solo prescindió de él, sino que además ordenó su eliminación y la confiscación de sus bienes.

A partir de entonces, el rey pudo dedicarse plenamente al gobierno, demostrando su autoridad y su alto concepto de la realeza. Los tres años de minoridad y la difícil etapa de los infantes rivales y de la privanza habían agudizado su sensibilidad política hasta convertirle en el formidable protagonista en una época clave de nuestra Edad Media. La Crónica de Alfonso XI le describe como sobrio, elegante, señorial, buen caballero y buen guerrero, con dotes de mando y de dirección, profunda preocupación por la justicia —fue llamado «el Justiciero»—, logrando casi siempre una proporcionada adecuación entre dureza y generosidad. Ciertamente, tenía gran tesón, pero no hacía disparates, sino que calculaba y preveía.

Tantas cualidades eran ciertas, sin que estuvieran en contradicción con sus sentimientos, sobre todo con su gran pasión por doña Leonor de Guzmán, que por ese amor precisamente se convierte en una de las mujeres de mayor influencia en la Historia de España. Y esa conducta amorosa del rey no contradice tampoco en absoluto sus vivos sentimientos religiosos y su fidelidad y servicio a la Iglesia católica.

Todo lo anterior es prueba de la alta categoría de este rey, coronado y ungido con solemnidad nueva en el monasterio de Las Huelgas de Burgos, elevando su prestigio personal y «alcanzando con él el reinado uno de sus momentos de plenitud».

En unas breves líneas procuraré informar al lector de los personajes y el ambiente que rodeó al rey Alfonso XI antes de referirme a las principales y en general positivas luchas de su reinado, y de ese entorno destacar, como es lógico, a doña Leonor de Guzmán.

Destaquemos también en primer lugar al infante don Juan Manuel, al que tantas veces he citado. De los parientes del rey fue sin duda el de mayor agudeza intelectual, siendo igualmente gran guerrero, con prestigio personal y político. Siempre en las alturas, aspiraba a más, lo que le llevó a enfrentamientos con la corona y a no comprender, o no querer comprender, que los tiempos feudales habían pasado y que el nuevo monarca castellano no estaba dispuesto a dejarse pisar el terreno por nadie. Así, de vuelta ya de sus ambiciones y de sus fracasos políticos, cargado de glorias literarias y con su Libro de los Estados, don Juan Manuel volvió al servicio de su señor y combatió a su lado en los momentos más brillantes del reinado, «enalteciendo así a su Castilla natal, a la que tanto amaba». Más tarde vería que lo que no logró su hija Constanza, subir al trono al lado de Alfonso XI, lo lograría su otra hija, doña Juana Manuel, al casarse con Enrique II.

Los famosos infantes De la Cerda dejaron ya casi de contar en el reinado de Alfonso XI. Este les devolvió antiguas posesiones y se mantuvieron leales a él. Su nombre ilustre se fue poco a poco difuminando en varias casas nobiliarias. También fueron perdiendo influjo en el reino; otros eran los tiempos y otro el rey, y aquellas ilustres familias que tanto influyeron en etapas anteriores, los Castro, los Haro, los Meneses... No quiere decir esto que desaparecieran de su alto nivel en el reino. Como leales señores lucharon al lado del monarca, su señor natural, en las campañas del Salado y de Algeciras. No dejaron de brillar en el reinado y de ascender en su

prestigio y de categoría las nuevas casas andaluzas —y digo nuevas en comparación con las más antiguas de Castilla— de Guzmán, Ponce de León, Aguilar, Portocarrero, Coronel, Córdoba... De allí saldría años más tarde el Gran Capitán. Eran los Medina-Sidonia, Cádiz, Sessa, Tendilla, Cabra, Priego, etc.

Una personalidad importante, no solo en aquel reinado, sino en el panorama religioso y cultural de muchas épocas, amén de importante político, fue don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo. Sagaz, lógico, de buen sentido, gran negociador en diplomacia y valiente en la guerra, cabeza indiscutible de la Iglesia castellana. Gozó de la plena confianza del rey, participó en sus más triunfales campañas militares, tuvo importantes misiones en la Santa Sede y en la corte de Francia y fue el fundador del famoso Colegio de España en Bolonia, uno de los centros universitarios más antiguos y de más prestigio de Europa.

La figura excepcional del reinado al lado del monarca es doña Leonor de Guzmán, que a lo largo de veinte años compartió su vida con don Alfonso. Su influencia en la corte y en la política de la época fue muy importante y más aún la trascendencia de su sucesión en la Historia de España.

Alfonso XI conoció a doña Leonor en Sevilla, allá por el año 1329. Era viuda y vivía con su hermana, casada con un miembro de la noble casa de los Enríquez. El amor del rey fue intenso desde el principio y perduró toda su vida, dando lugar a una numerosa prole, que el rey reconoció y situó en altos puestos del país.

El primero de los hijos bastardos fue don Pedro, nacido en 1330. El rey le hizo señor de Aguilar de Campoo, por lo que se le conocía como don Pedro de Aguilar. Su vida fue muy breve. Como dice con acierto el historiador Salvador de Moxó, bien dejó organizada

el rey la colocación de sus vástagos para el reinado siguiente a base de maestrazgos, señoríos y condados, una nueva y poderosa nobleza que ya iremos conociendo.

Lo que no admite duda es que la relación matrimonial de Alfonso XI con su esposa doña María de Portugal tenía que verse enturbiada por la continua atención apasionada del rey por doña Leonor y produciendo las lógicas tensiones con Portugal. Dicen las crónicas que la favorita era mujer de talento y que pronto adquirió afición a intervenir en política, sin el menor prejuicio para aparecer al lado de don Alfonso en los actos públicos. Con él entró en Algeciras después de la conquista, formando parte del cortejo real.

Con doña Leonor formaban parte del círculo influyente sus parientes los Guzmán y otros nobles andaluces como los Ponce de León. Pronto su hermano fue nombrado maestre de la Orden de Santiago y ella fue adquiriendo un formidable patrimonio territorial. Vale la pena recordar algunos nombres: los valles vascongados de Llodio, Orozco, Oquendo, la casa fuerte de Marquina, Tordesillas, Palenzuela, Villagarcía de Campos, Monzón de Campos, Villaumbrales, Beteta en Cuenca, Oropesa en Toledo; Medina-Sidonia, Cabra y Alcalá de Guadaira en Andalucía... Algo verdaderamente fuera de toda medida, lo que da idea de la apasionada ceguera del monarca y que asombra aún más cuando se comprueba cómo estos excesos fueron compatibles con los magníficos hechos del reinado sin arriesgar el trono. Claro es que tan privilegiada situación de la favorita le procuró adversarios, alguno tan tornadizo e interesado como el infante don Juan Manuel, que tan pronto la animaba a conseguir el divorcio del rey y que este la hiciera reina, como escribía a Pedro IV de Aragón tildando a doña Leonor de «muy mala mujer». Como era lógico, a la muerte de Alfonso XI, la favorita pasaría por muy

malos momentos. La Historia nos lo irá contando.

Gran política interior de Alfonso XI. En muchos aspectos de la política interior, Alfonso XI fue un verdadero precursor de los Reyes Católicos al dedicar especial atención a poner al reino en orden, sin lo cual no puede haber una acción exterior eficaz.

El rey supo siempre apoyarse en las Cortes, que confiaron en él y le adjudicaron el papel de rey-juez, encargado de impartir justicia personalmente dos días a la semana en lugar público. Lo hizo tan bien que mereció de sus contemporáneos el apelativo de «el Justiciero».

Al mismo tiempo, con energía y «fulminantes condenas», restauró el orden público y la paz interior, desconocida durante tantos años por las luchas de los bandos y por la inseguridad en los caminos. Los ejemplos de la ejecución de la justicia real, que alcanzaba a los magnates y a los amigos, llenarían muchas páginas. Pero al lado de la dureza, el rey sabía ser conciliador y generoso.

Tal política fue posible también gracias a normas y medidas legislativas renovadoras e inteligentes como el Ordenamiento de los Fijodalgos de Castilla (1337) y sobre todo el famoso cuerpo legal conocido como Ordenamiento de Alcalá, de inspiración romanista. Este texto es un precioso monumento del derecho castellano y «ha tenido un papel capital en la evolución del Derecho español». Su espíritu fue unificador: se pasaba del antiguo derecho local y territorial consuetudinario a unas normas adecuadas a la estructura de un Estado moderno, haciendo de la corona y su gobierno «el eje y cumbre de la ordenación jurídica de la sociedad y de ese Estado».

Durante el reinado de Alfonso XI se reafirmó la integración efectiva de las provincias Vascongadas en

Castilla, que venía desde la Alta Edad Media. La de la tierra de Álava, unida en la llamada cofradía de Arriaga, se presentó al rey en Burgos «para que fuera su señor y que ayuntara a Álava en la Corona de todos sus regnos». Don Alfonso se trasladó a Vitoria y al Campo de Arriaga, recibió el señorío, otorgó a Álava el Fuero Real y nombró al merino y a los alcaldes. Una prueba más del creciente prestigio de la realeza, a la que ya se subordinaba y seguía sin divisiones el estamento de la antes dividida nobleza.

Contribuyó a este clima tan positivo el auge y categoría de los caballeros: «Todos los ricoshombres, los infanzones y los fijodalgos aspiraban a recibir caballería [a ser armados] por el rey Don Alfonso». La investidura, el espíritu caballeresco, a ser posible en Compostela, ante el apóstol Santiago. Con tal espíritu se creó por entonces la llamada Orden de la Banda. Todo ello contribuía a que cada día fueran más los castellano-leoneses que se incorporaban a las huestes del rey para luchar contra el moro, uniéndose también las milicias concejiles. Así pudo Alfonso XI tener a su disposición más personas de elevada condición y de confianza para elegir bien entre ellos a sus equipos de colaboradores, no solo militares, sino también letrados. Muchos de estos selectos vasallos recibieron mercedes del rey y pasaron a constituir una joven nobleza. Y no faltaron beneficios para el campesinado, para el que se abrieron interesantes posibilidades en el campo mercantil y nuevos métodos para la explotación de sus productos.

El rey Alfonso procuró en todo momento acercarse a sus súbditos y atender sus proyectos y necesidades. Convocó a las Cortes con regularidad y frecuencia en los más diversos lugares de su reino, señalando, sin embargo, una cierta tendencia centralizadora, muy bien acogida por el pueblo y también por las ciudades. Fue todo la obra de la gran sensibilidad política del soberano, de sus ideas modernas para el

fortalecimiento del Estado, de un Estado que hasta entonces se puede decir que no existía como tal.

Por sus preferencias en cuanto a residencia, convocatoria de Cortes y celebración de acontecimientos, podemos decir que Alfonso XI puso en lugar destacado a Burgos, a Madrid y a Sevilla; esta con más tiempo para vivir en ella por sus encantos naturales, por su proximidad a sus campañas contra los moros y, sobre todo, porque era la ciudad de su amada Leonor de Guzmán.

Mantuvo don Alfonso buenas relaciones con los principales prelados de su tiempo, a algunos de los cuales llevó a su consejo. Recordemos al arzobispo de Toledo, don Gil de Albornoz, y al antiguo consejero del rey en sus primeros días de reinado, don Pedro Gómez Barroso, que llegó a cardenal. En las Cortes de Valladolid de 1325 se aprobó un «Ordenamiento de Prelados» y en varias otras sesiones se tomaron enérgicas medidas, «escarmientos para cortar las malfetrías de los clérigos», dada la anarquía e inmoralidad crecientes...

En las Cortes de 1329 se acordó que el rey pidiera al Papa «que las dignidades, canonjías y beneficios sean servidos por naturales del reino y no por extranjeros». Se creó el obispado de Algeciras al tomar la plaza y el monarca se consagró a la Virgen con gran devoción al visitar el monasterio de Guadalupe, en gran parte a él debidos su esplendor y fama. Y fecunda fue igualmente la buena y eficaz colaboración con el rey de todas las órdenes militares.

No es posible eludir el tema de los judíos. El antisemitismo fue constante y creciente en todas las Cortes del reinado, como lo fue en otras anteriores. La usura que practicaban los judíos era admitida e incluso regulada, pero excedía todos los límites. El monarca pretendía templar el clamor popular antijudío. Para ciertas cosas les necesitaba, y lo mismo le ocurría a la

nobleza, como se aprecia en algunas muestras de benevolencia del infante don Juan Manuel y del arzobispo Gil de Albornoz. En el Ordenamiento de Alcalá de 1348, el rey prohibió tajantemente la usura, pero para compensar a los judíos les permitió adquirir propiedades, heredades, si bien con algunas limitaciones. En esto, como en todo, salvo en sus amores con doña Leonor, Alfonso XI fue un rey equilibrado y justo.

Hay dos zonas de España por las que el rey demostró marcada preferencia en materia repobladora y económica. La primera, el País Vasco, en especial Álava y Guipúzcoa, de población escasa y muy diseminada que convenía concentrar, así como desarrollar las grandes posibilidades económicas de las villas de la costa: pesca, comercio e industria. En esto, como en tantas cosas, recuerda, con siglos de adelanto, a los Reyes Católicos y a los monarcas de la Ilustración del XVIII.

La otra región predilecta en ese aspecto fue, lógicamente, la Andalucía que él andaba conquistando y ordenando, áreas de la frontera, escenario de sus grandes triunfos militares. Desde allí hasta Sevilla se favorece la población por gentes del norte de ciudades «de ruin condición» que habían sido moras. En ello colaboran las órdenes militares y la nobleza. Era como descubrir, sin salir de la Península, un nuevo Eldorado.

Rey militar. Hasta aquí he venido destacando al rey Alfonso XI por su tarea organizadora, por «poner la casa en orden», como diría Isabel la Católica. Política pacificadora, integradora y legislativa. Pero si destacó «el Justiciero» en estos campos de su gobierno, su mayor fama viene de su acción militar, de sus éxitos frente al moro, que vienen a ser como la culminación de la Reconquista, quedando el reino nazarí para la gloria de los Reyes Católicos.

Ya me referí en páginas anteriores a la primera y juvenil empresa de don Alfonso, la conquista de Olvera en 1327, a cuya repoblación atendió enseguida. Luego conquistó Ayamonte y la plaza fuerte de la torre de Alhaquín, mientras el almirante de Castilla, Alonso Jofre Tenorio, vencía a la flota musulmana en el Estrecho, una flota que unía a marroquíes y granadinos.

Vuelve el monarca a tierras de Granada después de las Cortes de Madrid de 1329 y vence al famoso caudillo moro Ozmín, conquistando Teba y otras poblaciones que entrega al gobierno y defensa de las órdenes militares como guardianes de la frontera. Después accede a firmar una tregua con Granada por la que el rey nazarí se compromete a renovar su vasallaje con el rey de Castilla y a pagar como parias 12.000 ducados anuales.

Todo parecía marchar favorablemente cuando los benimerines de África vuelven a forzar el paso del Estrecho, poniendo sitio a Gibraltar, que se pierde el año 1333, mientras los moros de Granada atacan hacia Córdoba. Son los tiempos en que las rebeldías castellanas no dejan las manos libres a Alfonso XI para actuar en el sur.

Don Alfonso se toma un respiro bélico y procede a reorganiza sus ejércitos, pensando con acierto que lo fundamental era encontrar jefes con grandes aptitudes para el mando. Entre ellos pronto se señalan Martín Fernández Portocarrero, Alfonso Fernández Coronel y Juan Alfonso Benavides.

Pero la nueva invasión de los benimerines no permite dilaciones. La Gran Crónica de Alfonso XI dice que pasaron a España cuatrocientos mil de a pie y cincuenta mil jinetes, cifras que parecen a todas luces exageradas. En todo caso, era un gran ejército. Además, la muerte del almirante Jofre Tenorio y una tempestad habían anulado la superioridad castellana

en el Estrecho, lo que suponía un grave contratiempo.

En tal situación, Alfonso XI pide ayuda a su suegro, Alfonso IV de Portugal, que, dando prueba de solidaridad ibérica, se la concede. También el Papa, a petición del rey castellano, le otorga los beneficios de la cruzada.

Al llegar la primavera, los esfuerzos de don Alfonso han rendido sus frutos. Llegan a Sevilla la práctica totalidad de la nobleza, incluso don Juan Manuel y el arzobispo don Gil de Albornoz, varios prelados «con el roquete sobre el arnés»,

como diría el cronista, y multitud de caballeros castellanos, leoneses, extremeños, riojanos, gallegos y de la frontera, así como las milicias concejiles de Ávila, Segovia, Salamanca, Toledo, Soria, etc.

Se reúnen todos en Sevilla a las órdenes del rey, que impone sus criterios respecto al plan de ataque. Hizo un discurso sobrio, estimulante, patriótico, ilusionado, y convenció a todos. Se acordó como paso previo asegurar el apoyo aragonés y portugués. Los dos reyes vecinos, suegro y yerno, se reunieron en la frontera, en presencia de la reina doña María, que, al parecer, soportaba con paciencia las infidelidades del monarca con la viuda sevillana. Se concertó la acción conjunta contra los musulmanes. Estamos en las vísperas de la batalla del Salado.

Creo que son pocos los españoles que conocen la extraordinaria importancia de la victoria que Alfonso XI obtuvo sobre los últimos invasores árabes en las proximidades de Tarifa el 28 de octubre de 1340. Son los mejores historiadores los que han calado en el significado de este episodio clave, el más importante desde Las Navas de Tolosa, un hecho que enaltece al rey Alfonso y eleva la categoría de su reino. El ejército cristiano, españoles y portugueses, pasaron los ríos Guadalete y Barbate, llegando a la orilla del mar. Iban unos quince mil jinetes y un numeroso contingente de

infantería, la mayor parte procedente de Vizcaya y de Asturias. Mucho más fuerte era la masa de maniobra musulmana, no los cuatrocientos mil de la Crónica, pero desde luego más de cincuenta mil.

El espíritu del ejército de Alfonso XI era muy elevado. Se trataba de una campaña popular en la que participaban las milicias locales; por ejemplo, la de Córdoba, al mando de don Gonzalo de Aguilar, antepasado del Gran Capitán, y la de León, con uno de los Guzmán al frente. Todo lo dirigía el rey desde su tienda del real. Mientras, la flota del prior de San Juan vigilaba las costas.

Tras la misa oficiada por el arzobispo Gil de Albornoz, se inició la batalla. El propio rey marchaba al frente de los suyos, lanzándose sobre el campamento de Abul Hassan, jefe de los musulmanes, que ante el ímpetu del ataque retrocede y huye a Algeciras, dejando atrás a su destrozado y desmoralizado ejército. Al mismo tiempo, el rey de Portugal vence a las huestes del rey de Granada con la ayuda de la infantería de don Pedro Núñez de Guzmán.

Cuentan las crónicas que el resultado de la batalla ofrece cifras impresionantes, exageradas sin duda, pero que dan un mínimo de treinta mil prisioneros, muchos de ellos de la familia de Abul Hassan, el rey de los benimerines. El botín fue enorme y de él se aprovechó no solo el tesoro real, sino también muchos «desaprensivos y ladrones». Parte preferente de dicho botín fue enviada al papa Benedicto XII, que estaba en Aviñón.

No conforme con tan gran victoria, Alfonso XI emprendió una nueva campaña hacia el norte del reino de Granada, directamente a la plaza fuerte de Alcalá de Benzaide, tarea encomendada a don Alfonso Fernández Coronel. Se entregó Alcalá al rey de Castilla y siguieron Priego, Rute, Benamejí...

Inmediatamente el rey empezó a preparar la

conquista de Algeciras, para lo que contó con un gran contingente de naves llegadas del norte, de la Hermandad de las Marismas de Castilla, formada principalmente por cántabros y vascos.

Esta empresa de Algeciras fue un nuevo timbre de gloria para el rey Alfonso, un paso esencial en la Reconquista y para el dominio del Estrecho. Según el gran especialista en esta etapa del reinado, Salvador de Moxó, la campaña fue un modelo de organización, de preparación y de estrategia, todo bajo la dirección personal de un monarca ilusionado y valiente. Él consiguió los medios financieros, ordenó el reclutamiento, incorporó a nobles, hidalgos y caballeros, a los jinetes y peones de los concejos, a la caballería ligera de los almogávares y a los caballeros «francos» que venían de ultrapuertos, como el conde de Foix, el alemán conde de Luns, los ingleses condes de Derby y de Salisbury. Caso excepcional fue el del rey de Navarra, Felipe de Evreux, esposo de Juana II, que llegó con los suyos, incorporándose al campamento de Alfonso XI. Este le recibió con emocionado agradecimiento que se convirtió en tristeza cuando al poco de llegar el rey de Navarra falleció en Jerez. Le fueron dedicadas honras fúnebres extraordinarias que presidió don Alfonso.

El sitio de Algeciras duró más de un año. Fue una de las primeras batallas en las que se utilizaron cañones por las dos partes, los «truenos»; hubo asaltos, intentos de tregua a petición del rey de Granada, estrecha vigilancia marítima, desembarcos meriníes de ayuda y esas astucias de guerra siempre especialidad de los moros... La situación de la plaza era desesperada en 1344.

Por fin llegó la hora de la capitulación. Se firmó una larga tregua con el rey de Marruecos, y el de Granada reconoció ser vasallo de Castilla y se comprometió al pago de las parias tradicionales,

12.000 doblas de oro anuales.

El 27 de marzo, víspera del Domingo de Ramos, Alfonso XI entraba en Algeciras.

Relaciones con los reinos peninsulares. Alfonso XI tuvo siempre presente la idea de la concordia peninsular. Para afirmarla contrajo matrimonio con María de Portugal y casó a su única hermana, Leonor, con el rey Alfonso IV de Aragón, de cuya corona fue amigo constante desde la subida al trono de dicho monarca. Cuando falleció este en 1336, hubo un momento de crisis porque el nuevo rey aragonés, Pedro IV, se entendía mal con su madrastra, la reina Leonor, a la que obligó a volver a Castilla. A pesar de estos roces, la moderación de la diplomacia castellana, como dice Moxó, permitió que las buenas relaciones se restablecieran.

Con Portugal, la buena armonía familiar se fue deteriorando a partir de 1336, hasta desembocar en abiertas hostilidades. El rey lusitano se empeñó en intervenir a favor de don Juan Núñez de Lara, rebelado contra el rey en Lerma. Alfonso XI sitió dicha ciudad y se negó a levantar el cerco, como pedía el portugués. Este entró en España y atacó Badajoz, pero fracasó ante la resistencia de la milicia andaluza, que derrotó a los lusitanos. Además, la flota española se impuso a la de Portugal. La intervención papal logró una tregua y la paz volvió entre los dos reinos peninsulares.

La paz se concertó también con Navarra después de algunas pequeñas escaramuzas en los primeros años del reinado de don Alfonso. Es interesante recordar que en aquellos encuentros los más destacados entre las tropas castellanas fueron los guipuzcoanos, fieles durante siglos a la corona.

Castilla se mantuvo al margen de la famosa

Guerra de los Cien Años. La diplomacia de Alfonso XI fue muy hábil y eficaz en tan prolongada contienda. En 1336 se firmó un tratado de alianza con Francia, pero sin comprometernos en la guerra contra los ingleses, con los que manteníamos buena relación y que además se iban imponiendo militarmente con sus victorias de Crecy y de Calais.

Tanto el rey Eduardo III de Inglaterra como Felipe VI de Francia trataron de conseguir que don Alfonso tomara partido. El primero ofreció la boda de su hija Juana Plantagenet con el heredero de Castilla, el infante don Pedro. El segundo planteó la unión de dicho infante con doña Blanca de Navarra. Se jugaba con las princesas como damas decisivas en aquella gran partida medieval.

La reina doña María, muy en la política portuguesa de todos los tiempos, apoyaba de modo decidido la alianza inglesa, y el rey Eduardo cubría otro lado del tablero tratando de convencer al rey de Castilla mediante amables contactos con doña Leonor de Guzmán, cuya gran influencia conocía toda Europa. En contra estaban las continuas tropelías de la marina inglesa entorpeciendo la navegación y el comercio de Castilla con el norte Nota 44.

El fallecimiento de Juana Plantagenet en 1348 impidió la boda inglesa que ya estaba acordada. Debió de sentirlo Alfonso XI, que era partidario de aquel enlace, si bien su política pretendía una neutralidad armada en la gran contienda occidental y dedicar todos sus esfuerzos a la guerra contra el moro.

Para él la tregua firmada después de la conquista de Algeciras era solo eso, una tregua para reemprender el ataque al reino de Granada y para reafirmar el dominio del Estrecho.

El primer objetivo era la recuperación de Gibraltar, única pérdida en su tiempo. Preparó la campaña con la misma eficacia e ilusión que las del Salado y de

Algeciras. El ejército tenía gran moral y el pueblo apoyaba con su espíritu de victoria, orgulloso por los anteriores triunfos. Don Alfonso puso sitio al Peñón, «villa e castillo muy notable e muy noble e muy fuerte e muy presciado»...

Muerte del rey. La peste negra cayó sobre la Península; con gran virulencia atacó el campamento sitiador. El rey de Castilla fue la víctima más importante: en su puesto de mando falleció el 27 de marzo de 1350.

Alfonso el Onceno, como le llama el poema que canta sus glorias, fue un hombre excepcional, desmedido en todo, en sus cualidades y en sus defectos. Guerrero valeroso con talento militar, hábil diplomático con aciertos políticos entre los que no es el menor el buscar siempre el apoyo de las ciudades y de las Cortes que reunió con frecuencia para oponerse a los grandes señores y a su codicia [...].

Tal vez, el mayor error político de don Alfonso como rey es el más disculpable como hombre, pues su amor por Leonor de Guzmán fue verdaderamente excelso, de una tremenda belleza épico-lírica [...].

Alfonso XI supo anular a los grandes señores, pero con la estirpe de sus bastardos creaba la rebeldía de los «grandes parientes» que hará cambiar los rumbos históricos de España al eliminar al último vástago de la monarquía legítima. El destino juega fuerte en estos tiempos finales de los reyes de la Casa de Borgoña en España [...].

Castilla se encierra en sí misma. El mudejarismo va a ser la nueva moda en arte y costumbres. A la épica guerra divinal, que diría Sánchez-Albornoz, va a suceder la época de las crueles y continuas contiendas civiles [...].

¡Triste España la que se inicia con Pedro I! Pero ¡qué espléndida función, qué estupendos personajes los que van a ir apareciendo en escena en este drama final de nuestra Edad Media! Nota 45.

11

La Corona de Aragón

Recuperar la historia de la Corona de Aragón y de sus grandes reyes nos obliga a retroceder al siglo XIII en sus finales, cuando ya Alfonso XI en Castilla nos había llevado hasta mediados del siglo XIV.

Jaime II y su Política

Estamos ahora en 1286. Jaime II, segundo hijo de Pedro el Grande, se ha hecho coronar en Palermo cuando solo tenía dieciocho años de edad. Había sido ya, a pesar de su juventud, rey de Sicilia, señor de Apulia y príncipe de Capua. Enseguida reúne el Parlamento y procede a la rápida conquista de Capri. Dos buenos pasos para reafirmarse en el trono. A ello le ayudan también los continuos triunfos en el mar de sus almirantes Roger de Lauria y Bernardo de Sarriá.

En sus primeros años de gobernante fue forjando su carácter, sentido político y mucho cálculo y cautela

en sus pasos.

Desde Sicilia, Jaime II se presenta en Barcelona. Ha dejado en Palermo a su hermano Federico o Fadrique. Pide a los estamentos catalanes que le reconozcan como rey, si bien se niega a reunir a las Cortes; dicen las crónicas que actúa así para evitar cuestiones de procedencias entre aragoneses y catalanes. Jura el cumplimiento de los Usatges y se compromete a no separar Mallorca de los demás reinos de la corona. El objetivo fundamental de su reinado va a ser la expansión marítima, una vez cerrada para Aragón y Cataluña la reconquista peninsular en tierras murcianas. Ha sabido dejar en orden y tranquilo el sector aragonés de la corona al ampliar el Consejo Real con prominentes ciudadanos de Zaragoza, y ha hecho el eje de su política la alianza con Castilla, de acuerdo con su primo Sancho el Bravo. Se convino la boda de don Jaime con Isabel, hija del rey castellano, y el apoyo a este para la lucha contra el moro, pero el enlace proyectado se deshizo, ya que Jaime II acabó casándose con Blanca de Anjou. Fue una consecuencia del llamado tratado de Agnani, más que un tratado un cambalache de intereses en las cuestiones de Sicilia y Mallorca, con la mediación del papa Bonifacio VIII, que concedió a Jaime II la investidura de Córcega y Cerdeña a cambio de que dejara Sicilia a su hermano Federico. El historiador Salavert considera este tratado un triunfo del rey de Aragón, que con habilidad logró para él el reino de Cerdeña, manteniendo Sicilia en poder de la familia.

Debo recordar que el rey de Mallorca, por aquellas absurdas divisiones hereditarias, era el infante don Sancho, si bien se mantenía como vasallo del rey de Aragón, del que era primo, siendo ambos nietos de Jaime el Conquistador Nota 46.

Los reyes de Mallorca participaron con lealtad en las empresas mediterráneas de la Corona de Aragón,

así como contra los musulmanes. Solo surgieron roces cuando, a la muerte de don Sancho, el rey Jaime II planteó, sin demasiado convencimiento, la incorporación de Mallorca a su reino, del que nunca debió salir (1324).

Otro hecho para recordar fue que el valle de Arán, ocupado por Felipe III de Francia en 1283, fue devuelto a Jaime II en 1314. Y tiene también importancia la sentencia que resolvió un viejo pleito catalano-aragonés, por la cual se adjudicaba a Aragón los condados de Sobrarbe y Ribagorza, así como la comarca de Litera, quedando la frontera regional de nuevo en el Segre. Los estamentos catalanes protestaron diciendo que «Cataluña iba, y va, de Salses a Monzón». Jaime II, con mejor conocimiento histórico, con toda razón y buen sentido, les contestó que los reyes de Aragón lo eran de Sobrarbe y Ribagorza antes de la unión con Cataluña, es decir, antes de Ramón Berenguer IV. Ya por entonces había quienes querían falsificar la Historia.

Jaime II «había puesto las empresas peninsulares por delante de todos sus esfuerzos político-militares», según el historiador catalán Soldevila. Así había ayudado, por ejemplo, a la conquista de Tarifa y a las campañas del Estrecho. Pero la devolución de la infanta Isabel, prefiriendo la boda con Blanca de Anjou, enturbió las relaciones y resucitó la reivindicación de las tierras de Alicante y Murcia.

Jaime II llega a firmar una alianza con el rey Mohamed de Granada y prestar apoyo militar a las aspiraciones de Alfonso de la Cerda, que se había adentrado en Castilla, llegando a ser proclamado rey en León.

Aprovechándose de la situación, Jaime II ocupó sucesivamente Alicante y Elche, y luego Orihuela y Murcia, quedando muy reducida la zona castellana en la región. Por fortuna para la paz entre los reinos

cristianos, después de varias negociaciones se acordó la boda de Constanza, hija de don Jaime, con el joven infante castellano Juan Manuel, y siguió una importante reunión cerca de Tarazona. En ella, los reyes de Aragón, Castilla y Portugal fijaron la definitiva línea de demarcación en el sudeste de España, quedando del lado aragonés Alicante, Elche, Elda, Monóvar y la huerta de Orihuela, y lo demás, incluyendo Murcia y Cartagena, quedaba para Castilla.

La Orden de los templarios había sido disuelta por el Concilio de Vienne. Jaime II se dirige entonces al Papa solicitando para sus reinos un nuevo maestrazgo de la Orden de Calatrava, que se sostenía con los antiguos bienes de los templarios y de los hospitalarios en Valencia. Fue así como en 1317 el papa Juan XXI autorizaba la creación de la Orden de Montesa, cuyo primer maestre fue Guillermo de Erill.

En marzo de 1296, Federico, hermano de Jaime II, es coronado rey de Sicilia. La situación para él se tornó pronto difícil porque el combativo papa Bonifacio VIII reclamó su señorío de la isla, y don Jaime se vio obligado, como vasallo suyo, a enviarle ayuda de tropas y a expulsar a los embajadores sicilianos.

Roger de Lauria obtiene una clara victoria naval en cabo Orlando sobre Federico, que casi cae prisionero en la batalla. Es lamentable esta guerra, en la que mueren sicilianos y aragoneses; más que guerra civil, lucha en familia, que nadie quiere pero en la que se combate ferozmente y se ejecuta a los prisioneros.

Por fin, el tratado de Caltabellota acaba con tan absurda contienda (1302). Federico III es reconocido como rey de Sicilia, el pueblo le quiere y Jaime II celebra que, al fin y al cabo, su familia queda instalada en la isla y con ello se afirme la presencia mediterránea de la Corona de Aragón. Y, aunque no lo dice, no está dispuesto a que Sicilia pase a poder de los angevinos a la muerte de Federico, absurda

sucesión acordada en Caltabellota.

Los almogávares. Un nuevo factor va a entrar en juego en la política mediterránea de la Casa de Aragón. El emperador de Bizancio, Andrónico II, se siente amenazado por los avances turcos en el Asia Menor. Pide entonces ayuda a Federico III, siguiendo la tradicional amistad entre bizantinos y sicilianos.

Por entonces vegetaban en la isla y creaban algunos desórdenes locales bandas de antiguos combatientes catalano-aragoneses, los almogávares, que se habían quedado sin ocupación bélica. Pensó entonces el rey que era una buena ocasión para darles una oportunidad de acción enviarles en ayuda de Andrónico, al mando de un aventurero de origen alemán conocido por Roger de Brindisi o Roger de Flor, que dirigía una numerosa banda de mercenarios. Jaime II, aunque a regañadientes, dio su visto bueno a la empresa.

Roger de Flor y aquella extraña partida de aventureros emprendieron la marcha el año 1303, unos mil quinientos caballeros, cuatro mil almogávares y mil peones en treinta y nueve galeras. De Flor, un tipo singular y desmedido, pidió al emperador bizantino un título de megaduque y el matrimonio con una princesa de la familia imperial, los Paleólogo. Andrónico, que temía a los turcos como al diablo, y los sentía cerca, aceptó todo lo que se le proponía.

Los almogávares, apoyados por barcos sicilianos, pasan a Anatolia y avanzan apenas sin resistencia. Después se instalan en la península de Gallípoli por indicación de Andrónico, que empieza a temer sus fáciles éxitos y sus excesos.

El emperador teme, pero los catalanes desde España se sienten atraídos por la aventura victoriosa. Berenguer de Entenza, se supone que enviado por

Jaime II, llega a Gallípoli con trescientos caballeros y mil feroces almogávares. Roger de Flor tiene la pretensión de labrarse un reino en Anatolia, se hace titular césar por Andrónico y cede el de megaduque a Entenza. Era una soberbia excesiva que ofende a bizantinos, a genoveses y a la guardia de alanos del heredero imperial, Miguel, que durante un banquete asesina a Roger de Flor, a todo su séquito y a cuantos almogávares encontraban por la ciudad.

La reacción no se hizo esperar: Por toda la Tracia y la Macedonia se organizó una cacería de bizantinos y genoveses, la famosa «Venganza catalana». Para completar el sangriento escenario, caballeros y almogávares se enfrentaron entre ellos: los primeros, de origen aristocrático, Jiménez de Arenos y Berenguer de Entenza; los segundos, montañeses de inferior condición social, con el caudillo almogávar al frente, Rocafort. Llega para poner orden el infante don Fernando, hijo del rey de Mallorca, con el beneplácito de los reyes de Aragón y Sicilia. Nada consigue. Entenza es asesinado por los de Rocafort, y continúan los saqueos y las matanzas en Macedonia.

Las compañías almogávares han perdido el control. Se ponen sucesivamente al servicio de Carlos de Valois, después al del señor de Tesalia, más tarde al del duque de Atenas... Se les incorporan guerreros turcos, atacan Salónica y fracasan; se enfrentan a los serbios en el Monte Athos... Nuevas traiciones internas; Rocafort es entregado a sus enemigos y muere en prisión... Todo esto lo relata el gran cronista Ramón Muntaner, que participó en las campañas al frente de una compañía.

En 1311 los almogávares se apoderan de Atenas. No paró ahí su actividad, pero sus propósitos seguían sin rumbo ni objetivo claro. Tan pronto cedían los territorios a los sicilianos como a los mallorquines, a Manfredo de Sicilia como a Fernando de Mallorca;

seguían los asesinatos, conquistaban el señorío de Morea y creaban el ducado de Neopatria.

La aventura de aquel pueblo errante —los almogávares llevaban con ellos a sus mujeres, sus niños y sus ajuares—, se desarrolló durante el reinado de Jaime II, pero poco tuvo que ver con el monarca. Puede decirse que gracias a aquellas formidables y disparatadas campañas el Imperio de Oriente de los Paleólogo sobrevivió siglo y medio más. Fue, además, un bello y trágico episodio de las crónicas y una puerta abierta para el comercio catalán.

De aquella legendaria empresa, llevada a cabo por unas partidas de gentes pobres y heroicas, ansiosas de gloria y botín, miles gloriosus, nos quedan unos bellos nombres, herencia de nuestros antepasados: los ducados de Atenas y de Neopatria, vestigio histórico incorporado a los títulos de la Corona de Aragón y, lograda la unidad, a la Corona de España.

Pedro IV

El reinado de Pedro IV, llamado el Ceremonioso y «el del Punyalet», es tan largo, de 1336, cuando tenía dieciséis años de edad, hasta 1387, que toca en sus principios los últimos esplendores de la unidad medieval del siglo XIII y alcanza en sus postrimerías la crisis general que anuncia el final o la gran depresión de la Baja Edad Media.

La gran aventura mediterránea había sacado un tanto a Aragón de la preocupación peninsular. Atraían las mercancías de Oriente y la proximidad de la expansión en los fragmentados territorios del norte de África. Es la parte catalana de la Corona de Aragón, con un comercio e industria incipientes, la que marca

esa línea de actuación. En cambio, la parte aragonesa de los reinos de Pedro IV tiene un carácter de tierra adentro; más militar y agropecuario, como las vecinas Castilla y Navarra, tiene una idea monárquica más clara que se extiende a Valencia y Murcia. Algo que escasea en Cataluña.

Es muy interesante recordar aquí unas ideas de un historiador catalán tan ilustre como poco sospechoso de españolismo a ultranza como Ramón d'Abadal. Estima este autor «que el carácter peculiar de la Cataluña medieval es la base falsa de su monarquía, la falta de tradición política unitaria que proviene de sus múltiples condados en pie de igualdad, entre los que el de Barcelona es solo el principal, cuya supremacía se ve rota por las segregaciones hereditarias. Además, teóricamente, el rey de Francia es el rey de todo el espacio catalán hasta el tratado de Corbeil en 1258. Al unirse a Aragón, el conde de Barcelona adquiere la condición real, pero Cataluña no será un reino».

Efectivamente, el *senyor rei* lo es a título personal, no institucional. En la *Crónica de Pedro IV* se enumeran «els regnes d'Aragó et de Valencia, de Sardenya et de Córcega et el Comtat de Barcelona». Pedro IV será el primero que a Cataluña la llamará Principado. Desde Jaime I nunca interesó a los reyes ser calificados reyes de Cataluña: ellos eran reyes de la Corona de Aragón, y bien lo proclamó siempre Pedro IV.

El nuevo rey encuentra unas Cortes y una Diputación del General o Generalitat que son un verdadero Estado dentro del Estado. En el momento en que se consolidan los grandes Estados absolutistas del Renacimiento, Cataluña va contracorriente, con una especie de intereses particularistas, de oposición a la grandeza, que impide el desarrollo nacional y lleva a la decadencia política. Ahora bien, con esa actitud, la Generalitat es posible que salve las esencias tan

peculiares y localizadas de lo catalán.

Pedro IV se encuentra con una población de medio millón escaso de habitantes con 37.000 km^2 en Cataluña, 200.000 en Aragón, 300.000 en Valencia y los 45.000 que añadirá al conquistar Mallorca. Apenas un millón al lado de los seis de Castilla y de los quince de Francia. El 70 por 100 del país era campesino, y Barcelona no llegaba a los treinta mil habitantes, cifras que disminuyeron más de un 30 por 100 en las pestes de mediados del siglo XIV.

En los primeros tiempos de su reinado Pedro IV no tenía muchas posibilidades de llevar a cabo grandes empresas, pero tampoco se le plantean urgentes cuestiones en la Península. Europa por esos días está muy complicada con el cisma de Aviñón y con la Guerra de los Cien Años. Para él lo más acuciante, cuestión doméstica, familiar, es recuperar para la unidad de la Corona de Aragón las islas Baleares, donde reina como feudatario suyo Jaime III, casado con su hermana Constanza.

Pedro IV toma la iniciativa, dicta una sentencia condenatoria contra su cuñado y al frente de una flota de cien naves conquista la ciudad de Palma y se hace coronar rey de Mallorca en 1343. No para ahí; enseguida vuelve a la Península, conquista Perpiñán y dispone la unión perpetua del Rosellón y la Cerdaña a Aragón Nota 47.

No fue fácil para Pedro IV la relación política con sus Estados. La Diputación del General limitaba en alto grado su libertad de acción. Su buen consejero y privado Bernardo de Cabrera, hábil político, era una gran ayuda en sus enfrentamientos con la Generalitat y con las Uniones de Aragón y de Valencia, a menudo descontentas por un motivo o por otro, a pesar de haber sido confirmados sus privilegios.

Las masas, en las que siempre hay agitadores profesionales que las mueven, se amotinaron en

Valencia, cuatrocientos tipos que llegaron a entrar en el cuarto del rey en una ridícula pantomima danzante, pretexto para la ofensa directa.

La reacción real no se hizo esperar. Venció en Épila a los rebeldes y siguió la famosa escena en la que el rey rasga con su puñal los privilegios de la Unión Aragonesa (1348). De ahí el mote de «el del Punyalet».

Don Pedro no es hombre que se ande con contemplaciones. En la batalla de Mislata derrota a la Unión Valenciana y después toma una medida más tajante que desgarrar un pergamino: manda ejecutar a los veinte dirigentes de la Unión por el poco ceremonioso procedimiento de hacerles beber el bronce derretido de las campanas que utilizaban para convocar sus reuniones.

El Ceremonioso tiene la lógica preocupación de engendrar un heredero. Murió su primera esposa, María de Navarra, hija de Felipe III de Evreux, y se casó con Leonor de Portugal, que también le duró poco, pues falleció de la peste negra. En las misas de entonces se decía: «A fame, bello e peste, libéranos Domine» Nota 48.

Cuando nació el ansiado hijo varón, el príncipe Juan, habido de su tercer matrimonio con Leonor de Sicilia, lo encomendó a su leal y eficaz ministro Bernardo de Cabrera, buen ayo y maestro que trató siempre de reafirmar la autoridad real y dar preferencia política absoluta al entendimiento entre todos los reinos españoles Nota 49. Eran tiempos en los que había que imponerse a las corrientes disolventes derivadas de los roces del rey con su hermano Jaime y con sus hermanastros Fernando y Juan, refugiados en Castilla con su madre, la reina Leonor, hermana del gran rey Alfonso XI. Personajes, estos infantes de Aragón, que tanto complicarán las relaciones castellano-aragonesas, próximas contiendas no por la

separación, sino por la hegemonía en España.

A Pedro IV le preocupaba su competencia mediterránea con Génova, bien situada en Córcega. La victoria que obtuvo sobre los genoveses en la batalla de la bahía de Alguer despejó la situación para los catalanes. Por otra parte, sus relaciones con Navarra y Portugal eran en general favorables.

Gran parte del larguísimo reinado de Pedro IV coincide con los hijos de Alfonso XI de Castilla, con la terrible guerra civil entre Pedro I el Cruel y don Enrique de Trastámara, de los que me ocuparé en el capítulo siguiente, en el que, inevitablemente, volverán a aparecer las alusiones al Ceremonioso. No obstante, seguiremos aquí con los hechos que más le conciernen, de modo que tengamos un cuadro lo más completo posible de él y de su reinado.

Roces con Pedro I de Castilla

Cuando don Enrique de Trastámara no es más que un bastardo pretendiente al trono de su hermano don Pedro, rey legítimo de Castilla, Pedro IV concierta con él el tratado de Pina y le ofrece su ayuda contra su hermano a cambio de una ilusoria cesión de Murcia, vieja aspiración de la corona aragonesa. Pedro IV llega a ceder a don Enrique varias poblaciones de Aragón, entre ellas Borja, donde el Trastámara instalará su cuartel general.

Como reacción, Pedro I se alia con Portugal y rechaza con facilidad a las tropas de Pedro IV, que intentaban atacar por Soria, Medinaceli y Haro, si bien los aragoneses, gracias a la victoria de su aliado don Enrique de Araviana, recuperan Tarazona.

No entramos en más detalles sobre las idas y

venidas de esta etapa, luchas fronterizas dentro de la guerra civil castellana con implicación aragonesa, episodios que rondan lo novelesco y que corresponderán más bien al próximo capítulo, ya que Pedro IV en tales episodios no tiene el papel de protagonista.

Lo que sí es cierto es que el Ceremonioso aprovecha las circunstancias y demuestra su carácter implacable ordenando asesinar a su hermanastro el infante don Fernando, amigo de los castellanos y obsesionante rival suyo. A él, don Fernando, y a su hermano, don Juan, podría estar dedicado el admirable verso de las Coplas de Jorge Manrique: «Los infantes de Aragón ¿qué se ficieron?». Acabamos de verlo. Otros famosos infantes de Aragón, los hijos de don Fernando de Antequera, vendrán después.

Navarra estaba también aliada a Enrique de Trastámara y a Pedro IV, exigiendo a este último que eliminara a su gran ministro Bernando de Cabrera por ser este partidario de don Pedro el Cruel. Accedió el rey de Aragón y «después de un turbio proceso lleno de pruebas falsas» Cabrera fue ignominiosamente ejecutado en 1364, convirtiéndose en el personaje de dos dramas de Lope de Vega. Por aquellos días se acordó la boda del hijo del Trastámara, el futuro Juan I de Castilla, con la hija de Pedro el Ceremonioso.

Pedro IV, en su largo reinado, se había enfrentado ya a tres reyes de Castilla. Ahora vencedor claro don Enrique y muerto don Pedro en Montiel, el aragonés se ve obligado a firmar con Castilla el tratado de Almazán en 1375. Devuelve Molina y Requena, que había ocupado en anteriores luchas, y la política de concordia se afirma entre los dos reyes consuegros, ya que se ha celebrado la boda de sus hijos Juan y Leonor. La paz le viene muy bien a Pedro IV porque en los campos catalanes empiezan a agitarse los payeses de remensa.

En mi libro *Así se hizo España* decía yo que entonces podríamos hablar de una *pax ibérica*, asombrosa en una Península en la que se llevaba combatiendo sin tregua total desde hacía por lo menos seis siglos, por no decir desde los tiempos de Augusto. Dos años duró esa paz, que, al menos, marcó unos fundamentos y unas líneas de política futura.

Después de tan ajetreada etapa bélica y política, a Pedro IV no le quedaban fuerzas ni dinero, pero había acreditado una personalidad de primera categoría y su reino se había consolidado.

En mayo de 1379 había muerto Enrique II, el «de las Mercedes, por las muchas que hizo a los nobles», como decían los antiguos libros de texto. Ya recordaremos pronto su extraordinaria vida, la sangre nueva que aportó al viejo tronco de la monarquía castellana. Pedro IV le sobrevive, como sobrevivió a Alfonso XI y a Pedro I. Es por entonces el rey decano de la cristiandad, y en 1386 celebra sus bodas de oro en el trono, hecho insólito en todos los tiempos y no digamos cuando la vida humana solía ser bastante corta, sin contar pestes y guerras, en frecuente apocalipsis. Pero parece como si al Ceremonioso, «débil y menudo rey», tales limitaciones no le afectaran. A sus años, cincuenta y cinco, se casa de nuevo con Sibila de Fortiá, de la pequeña nobleza catalana. Sus hijos y los grandes señores no vieron con buenos ojos la boda de un monarca en edad tan avanzada. Casi ninguno asistió a la ceremonia. Ni sus hijos Juan I y Martín el Humano, futuros reyes. Don Pedro estaba además en penosa situación económica. Hasta tuvo que vender el valle de Arán al conde de Pallars y los fondos que obtuvo se los gastó en una pequeña guerra local en el Ampurdán contra su yerno, el conde de Ampurias Nota 50.

La vida de Pedro IV no podía terminar tranquilamente. Tenía visión de futuro para su familia

y para su reino. Ese futuro estaba en Sicilia, de la que se autoproclamó rey. El trono le correspondía «como esposo que fue de doña Leonor, hermana del fallecido rey don Fadrique, casado a su vez con Constanza, hija de don Pedro». Una complicada política matrimonial que daba sus frutos. Aún la consolidó más el rey casando a su nieto Martín el Joven, hijo de Martín el Humano, el que sería rey de Aragón, con María, hija de don Fadrique y de Constanza. Creo que el lector verá más claro este lío de enlaces y parentescos en el correspondiente árbol genealógico.

Pues bien, como en los cuentos, este interminable rey don Pedro IV el Ceremonioso, «el del Punyalet», intelectual de primera, monarca hábil y maniobrero, de alta distinción y señorío, dulce y cruel, muy distinto a sus predecesores, falleció el día de Reyes, 6 de enero de 1387, a los sesenta y siete años de edad. La reina Sibila le sobrevivió hasta 1406, renunciando elegantemente a todos sus derechos hereditarios y donaciones territoriales.

Acaba casi con el siglo una importante sucesión de grandes monarcas de la Casa de Aragón, que la llevaron a las cumbres de su poderío y esplendor. No quiere esto decir que a partir del siglo XV decaigan ese poderío y esa grandeza. Como en Castilla, las cosas iban a ser distintas. La España de los Reyes Católicos estaba cerca, pero aún había que cruzar una centuria llena de sucesos, de personajes, de luces y de sombras...

12

Guerra en Castilla

Cuando Alfonso XI muere de la peste ante los muros de Gibraltar en 1350, solo tiene un hijo legítimo, Pedro, que tenía por entonces dieciséis años de edad. No había dudas en cuanto a la sucesión legal en el trono, pero la historia habría de contar con la numerosa prole de bastardos gestada por el rey Alfonso durante los largos años en los que fue pública y abiertamente su concubina la noble dama andaluza doña Leonor de Guzmán: Enrique y Fadrique, gemelos, nacidos antes que don Pedro; y sigue la serie con Fernando, Tello, Juan, Sancho, Pedro y Juana. Los dos primeros ocuparon desde su juventud destacados puestos entre la nobleza: Enrique, adoptado por don Rodrigo Álvarez de las Asturias, señor de Noreña, y su heredero, y Fadrique, maestre de Santiago y señor de Haro. Desde 1345, Enrique, de doce años, era ya conde de Trastámara, de Lemos y Sarriá, y poco después, en 1350, fortalecía su posición al casarse con Juana Manuel, hija del famoso infante escritor don Juan Manuel. Además, toda esta serie de bastardos contaba con su parentesco con la poderosa familia andaluza de los Guzmán.

Son con recordar los dos apelativos con los que se conoce al rey Pedro I, «el Cruel» y «el Justiciero», tendremos una idea de las opiniones encontradas que ofrece su paso por la Historia. ¡Qué odios furibundos y qué apasionadas defensas! Se dice que le faltó preparación adecuada para ser un buen gobernante, pero el caso es que fueron sus maestros el obispo de Osma, de muy buenas letras; el maestre de Santiago, para las armas, y las obras de Guido Colonna *De Regimine principium*, para iniciarle en la política. Más bien parece que no fue por falta de instrucción, sino por su índole que pudiéramos calificar de «terrible», por lo que su conducta le ha convertido en el paradigma de lo autoritario degenerado en crueldad.

En contraste con esta condición violenta, sombría, sanguinaria, su fama de rey justo y popular que cantan los romances.

De lo que no cabe duda es de que Pedro I fue un varón fuerte, buen guerrero y estratega, hábil político cuando no le cegaba la pasión y con una simpatía personal de la que se olvidaba a veces para tomar venganza. Esta personalidad tan compleja ha sido estudiada hasta médicamente, llegando algunos doctores a diagnosticar, tras el examen de su cráneo, que era un psicópata con manía persecutoria. Recuerda el gran medievalista Luis Suárez Fernández que la propaganda de los Trastámara hizo correr la leyenda de que Pedro I era hijo de un judío, Pero Gil, y no del rey Alfonso; por eso a sus partidarios les llamaron los «emperegilados». Pero dice también el admirado maestro Suárez que no fue por tan pueril motivo por lo que surgió la guerra civil en Castilla, sino por la revuelta casi unánime de la nobleza, basada en

una serie de razones y sinrazones políticas, exteriores e interiores, que iremos viendo a continuación.

Se gesta la guerra civil. Muchos intereses personales y nobiliarios se movían en Castilla a la muerte de Alfonso XI. No hubo dudas en cuanto al reconocimiento de su sucesor, pero por allí pululaban don Fernando y don Juan de Aragón, sobrinos del rey difunto, y el señor de Vizcaya, Juan Núñez de Lara, y los Castro de Galicia... Y sobre todo dos señoras: la reina viuda, doña María de Portugal, con su candidato Alburquerque, y no digamos doña Leonor de Guzmán, con toda su poderosa parentela andaluza de Guzmanes y Ponces de León. Todos ellos se fortificaron en sus castillos dispuestos a que los hijos reales de doña Leonor se enfrentaran con el joven rey don Pedro. Se estaba gestando una guerra civil, tanto más peligrosa cuanto que el dominio del Estrecho estaba tentando a marroquíes y granadinos.

Leonor de Guzmán se instaló en Sevilla, su ciudad, y allí mantenía bajo su tutela a doña Juana Manuel, hija del famoso infante descendiente por línea paterna y materna de Alfonso X el Sabio. La persona ideal para casarla con su hijo mayor don Enrique de Trastámara, con el que ya se habían celebrado los desposorios. Tanto interés puso doña Leonor en la cuestión que hizo que Enrique y Juana consumaran el matrimonio en su propia cámara. Se produjo el consiguiente escándalo. El rey tomó medidas: doña Leonor fue residenciada en Carmona y don Enrique tuvo que huir a refugiarse en las montañas asturianas, a su señorío de Noreña y de Gijón.

Coincidieron estos hechos con una grave enfermedad de Pedro I que hizo temer por su vida (1350). Los posibles aspirantes al trono empezaron a agitarse: los infantes de Aragón, Juan Núñez de Lara, los Trastámara... En lo que todos coincidían era en su

aversión al prepotente favorito del rey, don Juan Alfonso de Alburquerque, el hombre político de doña María de Portugal, la reina viuda, que ante la indolencia del rey era el verdadero amo del país.

Considera el profesor Suárez, gran conocedor de esta época, que posiblemente fue Alburquerque el responsable de que se abandonara la neutralidad en la Guerra de los Cien Años. Nos inclinamos del lado francés, perjudicando con ello a los marinos y al comercio de cántabros y vascos, la marina de Castilla, con los países del norte de Europa, ya que entonces el rey Eduardo III de Inglaterra intervino para cortar aquel apoyo naval a sus enemigos franceses. Su victoria en Winchelsea frente a la gran flota comercial española que regresaba de Brujas hizo que se le titulara «el rey del mar».

Tuvo el rey Eduardo el talento político y la generosidad de brindar la paz a Castilla, negociándose un tratado en Londres que confirmó Pedro I en las Cortes de Valladolid en 1351. Un detalle de cómo se consolidó esta amistad fue que el príncipe de Gales, nombrado gobernador de Aquitania, hizo el viaje de Inglaterra a Francia en la nao guipuzcoana San Antonio, de Guetaria.

Como ya se ha dicho, el amo de Castilla entre 1351 y 1353 era Juan Alfonso de Alburquerque, el hombre fuerte de la reina doña María de Portugal. No era fácil su gobierno, porque tenía enfrente a poderosos señores que seguían fieles a doña Leonor de Guzmán. Entre ellos, los partidarios del difunto señor de Vizcaya y los Aguilar en Andalucía, en especial el valiente Alfonso Fernández Coronel.

Alburquerque planeó el asesinato de doña Leonor, y los suyos lo llevaron a cabo en Talavera de la Reina, señorío de la reina madre, adonde la famosa dama, madre de los Trastámara, fue llevada a la fuerza.

Pocos días después, Pedro I atraía a Palencia al

joven Tello, de quince años, tercer bastardo de Alfonso XI. Con gran cinismo le dijo: «¿Sabedes cómo vuestra madre es muerta?». Los jóvenes Trastámara tuvieron que aceptar por el momento los hechos consumados. Solo don Enrique siguió en rebeldía, desde sus tierras de Asturias, pero sin dar señales de vida.

Los procedimientos de Alburquerque eran terminantes. Al adelantado mayor de Castilla y a varios regidores de Burgos, que no le eran gratos, les atrajo al palacio del rey y les eliminó a ballestazos. Y luego llevó los cadáveres a la plaza, donde se corrían toros. Así iba librándose de sus opositores y podía dedicarse a la política exterior, mejorando las relaciones con Francia, con Navarra y con Portugal.

Las Cortes de Valladolid

Las Cortes celebradas en Valladolid en 1351, con asistencia de Pedro I, han sido consideradas como las más importantes reunidas en muchos años. El monarca y su ministro Alburquerque eran sin duda crueles y no tenían escrúpulos, pero no se les puede negar espíritu de iniciativa, talento político e ideas avanzadas para la época. En Valladolid se acordaron nuevos e importantes ordenamientos de hidalgos, de prelados, de maestrales; se dieron normas para la nobleza; se redactó el famoso Becerro de las behetrías, especie de catastro general; se reguló el comercio con Flandes; se organizó un sistema para la persecución de malhechores; se ordenaron los gremios y las tasas... En fin, que sin los excesos y muchas disparatadas actitudes posteriores da la impresión de que el reinado de Pedro I hasta la guerra civil puede considerarse positivo.

La rebeldía contra Alburquerque, y por ende

contra el rey, volvía a agitarse. Don Alfonso Fernández Coronel, aleccionado por lo que le había pasado a Garcilaso de la Vega en Burgos, se encastilló en sus tierras de Andalucía. Don Enrique de Trastámara promovía disturbios desde Asturias; su hermano Tello pasaba a Aragón para unirse a Pedro IV, que con Carlos II de Navarra planeaban ir contra don Pedro I de Castilla. Este reaccionó enseguida; era listo, rápido y eficaz. Alburquerque cortó cualquier conato de rebelión de don Enrique, pactando con él, y con habilidad diplomática negoció y logró una concordia con Aragón.

Quedaba la rebeldía de Alfonso Fernández Coronel en Aguilar. Para él, como dice el cronista, no hubo piedad. La ciudad resistió cuatro meses, las minas acabaron derribando la muralla y el valiente Fernández Coronel «al entregarse a la cuchilla del verdugo, pronunció sus famosas palabras: "Esta es Castilla, señor don Juan Alfonso [de Alburquerque], face a los homes e luego los gasta"» Nota 51

Este terrible don Juan Alfonso, digno de su señor, preparó todo lo necesario para una sólida alianza con Francia. Como siempre, lo primordial era organizar un matrimonio de Estado, casar a Pedro I con una francesa, la hija del rey Juan II, doña Blanca de Borbón. Entonces se disponía de las ciudades como arras: Arévalo, Sepúlveda, Coca y Mayorga a cambio de 300.000 florines de oro como dote, que el rey de Francia no tenía en sus arcas, es decir, que no podía pagar.

Pero Pedro I se había enamorado perdidamente de una dama de gran belleza y de no menores gracias espirituales, doña María Díaz de Padilla, protegida del todopoderoso Alburquerque y de la rica familia de los Meneses. En 1353, cuando Blanca de Borbón llegaba a Valladolid, ya había nacido en Córdoba Beatriz, hija del rey y de su amante Padilla, y don Pedro, que en

principio se negaba a casarse con la francesa, accedió a la presión de su valido y la boda tuvo lugar en Santa María la Mayor de Valladolid. Los contrayentes tenían la misma edad, dieciocho años. María de Padilla se había quedado en Montalbán y allí acudió don Pedro a reunirse con ella cuando apenas habían pasado tres días de la ceremonia de Valladolid. Y lo curioso es que esta intempestiva decisión real fue apoyada por sus hermanos bastardos y por los infantes de Aragón. Todos contra Alburquerque, promotor de la boda con Blanca, que quedó desairado y se puede decir que desde entonces cayó en desgracia, si bien, dadas sus ambiciones, no quedó tranquilo y enseguida empezó a conspirar contra el rey

Pero el temperamental don Pedro era incapaz de fidelidades. A principios de 1354 se enamoró de Juana de Castro, viuda de Diego de Haro, y logró que los obispos de Ávila y Segovia anularan su matrimonio con doña Blanca y le casaran en Cuéllar con su nuevo amor. Ello suponía una ruptura total con la Iglesia.

Es difícil imaginar un personaje tan extremado como Pedro I, cuando con apenas veinte años de edad se enfrenta con el papa Inocencio VI, con Alburquerque, con sus hermanos Trastámara, con los infantes de Aragón, con los Padilla y con los Castro. Sí, con los Castro también, porque abandona a su hermana Juana en Dueñas, la recluye allí, y allí vivirá toda su vida la pobre dama, titulándose reina y sin que el rey volviera a verla ni una sola vez. Este don Pedro era un artista en concitar odios y enemigos. En pocos días todos estaban contra él: la Iglesia, la moral, la nobleza y sus hermanos, que empezaban a tomar posiciones en Castilla para declarar abiertamente la guerra al rey. Y todos pedían la libertad de doña Blanca, encerrada por Pedro en Arévalo. Toledo se declaró en rebeldía y al poco tiempo le siguieron Córdoba, Cuenca, Talavera y Jaén.

Los infantes de Aragón se unieron a la rebeldía y toda la nobleza pidió la libertad de la reina Blanca y la eliminación de los parientes de María de Padilla. Enrique de Trastámara, Juan Alfonso de Alburquerque y Fernando de Castro formaban ya un ejército de 1.200 caballos y 3.500 peones... ¿Qué hacer frente a tal coalición?

La primera respuesta de don Pedro fue un ataque de cólera. Su fama de violento ya estaba bien ganada, pero desde entonces iba a forjarse a pulso la de cruel.

En septiembre de 1354 tuvo que buscar refugio en Tordesillas, con su madre y con María de Padilla. Por fortuna para él, los abigarrados rebeldes no estaban muy unidos. Además, Alburquerque falleció por aquellos días en Medina del Campo, y una vez más queda en la Historia la incógnita de si fue por causa natural o por obra de un médico poco aprensivo, amigo de sus enemigos.

Aprovechando los nuevos problemas surgidos entre Pedro IV de Aragón y don Fernando, uno de los infantes aragoneses refugiado en Castilla, y la oportuna desaparición de Alburquerque, Pedro I se fue de Tordesillas a Toro y allí se instaló, ciudad de fácil defensa, en espera de acontecimientos.

Los nobles, más unidos que nunca, se enfrentaron verbalmente al rey en las vistas de Tejadillo, cerca de Toro. Como consecuencia, el rey fue sometido a prisión, una prisión un tanto sui géneris, pues no solo se dedicó en ella hábilmente a enfrentar a unos nobles con otros sino que además un día, con el pretexto de salir de caza, se largó a Segovia con los sellos reales. Y a las pocas horas más de uno de los señores que se habían rebelado contra él se pasaban de bando y se ponían a su servicio.

Fueron los momentos en los que comenzó la verdadera guerra entre las dos facciones. De la parte de los rebeldes estaban muchas ciudades, el cogollo

de Castilla: Toledo, Arévalo, Olmedo, Sepúlveda, Talavera, Toro, Coca, Madrigal; además, los señoríos de los infantes de Aragón; los tres hermanos Trastámara, Enrique, Fadrique y Tello; varias importantes diócesis y otras tierras señoriales. Pero muchas de estas adhesiones no eran sinceras ni duraderas. Los infantes de Aragón, por ejemplo, se pasaron pronto al bando del rey. Este inició entonces la etapa cruel de sus terribles venganzas, ejecutando con odio y furor a todo el que se ponía o se había puesto en su camino. Desde Medina de Campo organizaba emboscadas y traiciones, se ponía al frente de sus tropas y ordenaba a los concejos cerrar el paso a los de don Enrique de Trastámara, que no se quedaba corto en cuanto a represalias.

Los dos bandos se enfrentaron en guerra abierta por Toledo. Las primeras acciones fueron favorables a don Pedro, que se apoderó del alcázar, residencia de la reina doña Blanca, a la que redujo a prisión. La lucha se extendió por las estrechas callejuelas de la ciudad. Los trastamaristas, decididos antisemitas, hicieron una gran matanza en la judería, con ayuda de los moros toledanos. Hay que tener en cuenta que Pedro I era gran amigo de los judíos Nota 52.

Acabó imponiéndose la fuerza y el talento militar del Rey Cruel, mientras don Enrique y los suyos tuvieron que irse a refugiar en Talavera. La pobre doña Blanca de Borbón fue trasladada a la prisión de Sigüenza, en el castillo, y Pedro I impuso el terror durante los meses siguientes. Fue un procedimiento eficaz, porque muchos de sus adversarios, pueblos y nobles, volvieron a su obediencia dominados por el miedo. Solo quedaron del lado de don Enrique unas pocas ciudades, entre ellas Toro y Talavera, y más lejos, sin intervenir directamente en la contienda, las tierras trastamaristas de Vizcaya, Asturias y Galicia.

Después de un largo sitio, sucumbió la sitiada

ciudad de Toro. Don Enrique había logrado huir. La venganza de Pedro el Cruel contra los jefes que habían defendido la ciudad excede todo lo imaginable. Él mismo contemplaba las ejecuciones a golpe de ballesta. De nada valían las peticiones de clemencia de la reina madre doña María de Portugal. Don Pedro la apartaba sin piedad.

La guerra civil había concluido con la caída de Toro, pero el odio había creado un abismo entre los del rey y los Trastámara. Don Enrique era el jefe indiscutible de la nobleza rebelde y don Pedro no tenía ya otra idea que la de dominar a base de una justicia implacable y cruel, parece que consecuencia lógica de todas las guerras civiles pero que en el Rey Cruel adquiría caracteres de vesania desbordada. Comenta el profesor Suárez que el monarca midió mal la fuerza de la nobleza de Castilla y que no tuvo en cuenta las circunstancias internacionales, los conflictos del Occidente europeo. Don Enrique, apoyado por los vizcaínos, que en una nao le llevaron a La Rochelle, entró en contacto con mercenarios franceses, profesionales de la guerra, que iban a ser los que le ayudaran a conquistar el trono. La Iglesia, desde Aviñón, se ponía de su parte, «y una amplia propaganda sería puesta en marcha durante doce años». Don Pedro era ya para Europa «un monstruo enemigo de Dios».

Los Enemigos de Pedro I

La aversión del papa Inocencio VI contra don Pedro, e igualmente la del rey de Francia, tenían sus razones, aparte de la crueldad del monarca, que no creo que les importara mucho, ya que, como en otras ocasiones históricas, el humanitarismo crítico sobre acciones de

otros países tiene mucho de hipocresía, cinismo y oportunismo. El Papa estaba en contra porque Pedro I se negaba a pagar rentas a cardenales y beneficiarios no residentes en Castilla, y el rey de Francia, porque Blanca de Borbón seguía presa en Sigüenza.

Esta situación producía un efecto positivo para el monarca, porque la enemistad francesa favorecía la alianza con Inglaterra, y también con Navarra, enemiga circunstancial de los franceses, que retenían preso a su rey Carlos II y además aducía derechos para ocupar los puertos guipuzcoanos de Fuenterrabía e Irún. Por otra parte, Pedro IV el Ceremonioso, el inacabable rey de Aragón, mostraba claras simpatías hacia los Trastámara, aumentadas porque Pedro I mantenía e incrementaba su unión con Génova, la tradicional enemiga de la corona aragonesa en el Mediterráneo. Esta situación y otra serie de graves incidentes, sobre todo navales, llevaron a una abierta declaración de hostilidades entre Castilla y Aragón en 1356.

Se disputaba la hegemonía peninsular por mar y por tierra. Era una lucha con repercusiones europeas y al mismo tiempo se jugaba la partida entre la monarquía absoluta y las pretensiones de la nobleza castellana, representada y capitaneada por don Enrique de Trastámara, unido a Pedro IV de Aragón.

Pedro I, en vulgar expresión, era hombre de armas tomar. No se anduvo con contemplaciones. Atacó por el sudeste, se apoderó de Alicante, territorio de la Corona de Aragón, y solo un mes después declaró el estado de guerra. Don Enrique, por su parte, firmó con Pedro IV el tratado de Pina y se convirtió en su vasallo. De momento le convenía; era como un reconocimiento previo de soberanía frente a Pedro I.

A principios de 1357, con un ejército propio, don Enrique marchó al frente de batalla después de haber

recibido el señorío de importantes localidades aragonesas: Épila, Tamarite, Burriana, Villarreal... Se instaló en Borja. Enfrente tenía ya a Pedro I, siempre audaz guerrero, que había entrado hasta la comarca de Daroca. No todo era favorable por aquellos días para la alianza Trastámara-Aragón. Contaban con un movimiento rebelde a su favor en Andalucía, pero resultó un fracaso.

Gracias a la llegada de un legado del Papa con la misión de conseguir la paz, se estableció una tregua, que rompió Pedro I apoderándose por sorpresa de Tarazona mientras se negociaba. Llegaban por entonces los primeros mercenarios extranjeros, los del conde de Foix, a favor de don Enrique, y los del señor de Albert, a favor de don Pedro. Y en Andalucía los Ponce de León se ponían de un lado y los Guzmán de otro. La guerra por el trono alentaba todas las viejas rivalidades regionales.

La situación era tan poco clara, la presión del legado papal tan acuciante, y tan compleja la posición de los dos bandos, que Pedro IV se inclinó, ya cansado, por negociar una larga paz. Pero Pedro I no estaba dispuesto a ceder lo más mínimo, rompiendo todos los tratos. El legado papal, cardenal Guillermo de la Jugue, optó por excomulgarle. Era como el anuncio de que las hostilidades se iban a reanudar enseguida. Era como el primer paso «hacia la participación activa de los reinos ibéricos en la inmensa vorágine de la Guerra de los Cien Años».

En vísperas de la reanudación de hostilidades con Aragón, Pedro I tuvo ocasiones para dar rienda suelta a su carácter violento mediante terribles medidas, más que por razones políticas, por su índole sanguinaria que no pueden justificar los panegiristas que le han ido surgiendo en los siglos XIX y XX. Es algo así como una moda de revisionismo histórico, muy laudable en sí misma pero con frecuencia desbocada con ansias de

llamar la atención, o por llevar la contraria, o por razones políticas contemporáneas.

Doña Juana Manuel, esposa de Enrique de Trastámara, era prisionera del rey don Pedro desde la caída de Toro. Mediante un golpe de audacia de los trastamaristas fue liberada y llevada a Aragón. Era bisnieta de san Fernando, es decir, de la estirpe legítima de los reyes de Castilla. De su unión con don Enrique nacería en 1358 el futuro Juan I. Es de suponer la ira de don Pedro al conocer esta liberación.

Por aquellos días el Cruel tenía amores con Aldonza Coronel, hija del «mártir» trastamarista de Aguilar. Los nobles afectos a don Enrique hicieron correr la voz de que Aldonza había sido forzada, lo que no parece probable por varios datos que no son del caso. Don Pedro abandonó pronto su conquista y volvió con María de Padilla, pero no perdonó a los nobles que le habían criticado y conspirado contra él. Engañó a Juan de Trastámara diciéndole que le iba a nombrar señor de Vizcaya. Para ello, y para dividir a los hermanos, citó en Sevilla a don Fadrique, hermano mayor, gemelo de don Enrique, y le hizo asesinar. Los cronistas cuentan que el rey se dio luego un gran banquete ante los restos ensangrentados del cadáver de Fadrique, al fin y al cabo, su hermano de padre.

Luego, el rey voló de Sevilla a Aguilar de Campoo en siete días. Allí residía el señor de Vizcaya, don Tello, el tercer Trastámara, que salió huyendo de don Pedro, embarcó en Bermeo y llegó a Bayona, inglesa por entonces. El rey le persiguió por mar sin lograr alcanzarle. Volvió y presidió en Guernica la Junta del Señorío y en Bilbao culminó la sangrienta historia. Cumplió su ofrecimiento al infante don Juan, el cuarto Trastámara, de la siguiente manera: Se alojó con él en el palacio de los señores de Vizcaya, en la esquina de Artecalle con la Plaza Vieja. Allí, tranquilamente, le hizo asesinar en su presencia y el cadáver fue arrojado

por el balcón. Completó la faena haciendo desaparecer a las dos hijas de Juan Núñez de Lara y la reina Leonor, madre de los infantes de Aragón. Admirable señor este don Pedro I el Justiciero. ¿O es que todo esto son leyendas? Nota 53.

Don Pedro, rayo de la guerra. En la primavera de 1359, Pedro I preparaba una gran acción naval contra Aragón; las Atarazanas de Sevilla no paraban de construir barcos. Pedro IV, entre tanto, atacaba por tierra y llegaba hasta Medinaceli. El nuevo legado papal, cardenal Guido de Bolonia, trataba de conseguir la paz entre Castilla y Aragón. Don Pedro, a lo suyo, rayo de la guerra, hacía levantar el cerco de Medinaceli y obligaba a retroceder al enemigo hasta Zaragoza.

Por mar, con una gran flota mandada por los genoveses hermanos Bocanegra, zarpa del Guadalquivir, costea el Mediterráneo y se dirige contra Barcelona. La operación en sí fracasó por ser imposible el desembarco, pero fue un alarde de la marina castellana.

El bastardo don Enrique no cejaba. En septiembre de 1359 se lanzó a la invasión de Castilla y obtuvo la importante victoria de Araviana, muy significativa por ser la primera derrota por tierra de un ejército de Pedro I. La crueldad extremada de este aumentaba el número de los que se pasaban al campo de Trastámara, valiente y buen guerrero como el rey pero mucho más hábil político. Por entonces, más que el combate contra Pedro I, le interesaba eliminar la posible competencia del infante don Fernando de Aragón, al que muchos consideraban el legítimo heredero de Castilla y que además contaba con la ayuda del inteligente don Bernardo de Cabrera, el ministro aragonés. Don Enrique impuso su candidatura para el mando superior, y al frente de enriqueños y

fernandinos llegó a Nájera y saqueó la judería ante el aplauso del pueblo, decididamente antiisraelita. El rey don Pedro instaló su campamento enfrente, en Azofra, y se dio la batalla en la que fue vencido el conde de Trastámara, pero pudo huir con pocas pérdidas y refugiarse en Aragón. Como consecuencia, el rey se considera cada vez más fuerte y desencadena una nueva ola de terror. La lista de los que ejecutó por aquellos días llenaría varias páginas de nombres ilustres: Núñez Guzmán, Álvarez de Toledo, Tenorio, Sánchez Calderón, Córdoba, Carrillo, Fernández de Henestrosa... Y al mismo tiempo se aliaba con Inglaterra y confirmaba la amistad portuguesa. Parece que podía con todo, a pesar del Papa, de Francia, de los Trastámara, de Aragón... Fueron momentos de éxito para él. Además, era amigo del rey de Granada y de allí sacaba mercenarios sin cuenta. Nada tiene de extraño su fama y costumbres de amigo del islam.

Pedro IV el Ceremonioso, presionado tal vez por los enemigos que Enrique de Trastámara tenía en Aragón, tomó el partido del infante don Fernando de Aragón como el más apropiado para sustituir al odiado Pedro I en el trono castellano, firmando un acuerdo en Barcelona (1361) para invadir Castilla.

Pedro el Cruel reaccionó con su ímpetu acostumbrado, auxiliado además por un cuerpo militar portugués al mando del maestre de Avís. No llegó a haber combates porque la mediación del legado papal fue esta vez atendida y se firmó la paz de Terrer. El conde Enrique de Trastámara pasó de nuevo a Francia. Confiaba obtener mercenarios con la ayuda del Delfín, el futuro Carlos V.

Tranquilo Pedro I, volvió a Sevilla y a sus procedimientos eliminatorios. Hizo desaparecer a Isabel de Lara, señora de Vizcaya, viuda del infante don Juan, el defenestrado de Bilbao, y lo mismo le ocurrió a la pobre y olvidada Blanca de Borbón.

También falleció por aquellos días doña María de Padilla, la amante del rey durante más de nueve años. Con honores de reina fue trasladada de Astudillo a Sevilla, y los cuatro hijos de doña María con el rey, considerados como infantes con derechos a suceder a don Pedro en el trono.

El rey de Castilla se sentía cada vez más fuerte. Había reunido un gran ejército después de combatir en las fronteras de Granada y por otra parte había firmado en Estella una alianza con el rey de Navarra. Con 12.000 caballos, 30.000 peones y 36 máquinas de guerra conquistó medio Aragón al sur de Zaragoza, y tras dos meses de sitio entró en Calatayud. Luego se volvió a su Sevilla, más seguro todavía porque la flota castellana dominaba el mar hasta Flandes.

Las «Compañías» de Don Enrique

Enrique de Trastámara, refugiado en Francia, comprendió que con sus solas fuerzas, ni aun aliado a Pedro IV, no podía enfrentarse al aparato bélico de Pedro I, que además de arriesgado era un hábil estratega. Entró en relación con Arnoul de Audrehem, mariscal francés, experto en guerras y amigo de mercenarios. Con él contrató las «Compañías» para ir a luchar a España mediante el pago de 100.000 florines. Era un paso más para que Inglaterra y Francia trasladaran su interminable guerra a la Península, y don Enrique, por supuesto, del lado francés.

Por aquellos días moría en Sevilla el que debía ser heredero del trono, don Alfonso, y Pedro I veía que de sus amores con María de Padilla solo le quedaban tres hembras, Beatriz, Constanza e Isabel, a las que hizo reconocer por sus seguidores.

Advertido de los planes de su hermanastro Enrique, volvió a Aragón y fue conquistando toda población que se le ponía al paso. Pedro IV temió por Zaragoza. Se reunió en Monzón con don Enrique, al que reconoció tácitamente como rey de Castilla a cambio de algunas concesiones territoriales Nota 54.

Pedro I reaccionó como siempre: conquista tras conquista, esta vez hacia Valencia. Caen Teruel, Villel, Segorbe, Liria, Buñol... ¿Quién paraba a aquel rayo de la guerra? Pero se alejaba demasiado de sus bases, y ante el cansancio y la escasez de hombres para tantas guarniciones optó de nuevo por negociar con Aragón. Fue la paz de Murviedro (1363), que Pedro I, según costumbre, se negó pronto a cumplir.

En aquel juego de alianzas y contraalianzas oportunistas, Pedro IV de Aragón vio un peligro en que su hermano, el infante don Fernando, se alzase con el mando único de los rebeldes castellanos contra el Cruel, unidos a fuertes contingentes aragoneses que le seguían como infante de Aragón. El Ceremonioso no imaginó entonces mejor ceremonia que citar a don Fernando. Acudió este y le hizo dar muerte. Los dos reyes, el Cruel y el Ceremonioso, se igualaban así en la ceremonia de la crueldad. A quien iban dejando el camino expedito era a don Enrique de Trastámara, que también obtuvo del rey de Navarra, Carlos II, el reconocimiento como futuro rey de Castilla. Y en su relación con Pedro IV se permitió el lujo de concertar el matrimonio de su hijo Juan con Leonor, hija del rey de Aragón. Actuaba ya como monarca castellano.

El rey de Francia, Carlos V, apoyaba decididamente a don Enrique. Le convenía contar con la poderosa marina de Castilla en su guerra contra los ingleses. También estaba a favor del conde de Trastámara el Papa, que tenía muy presente el filoislamismo y el judaismo de don Pedro, su crueldad y el asesinato de doña Blanca de Borbón y otras

nobles damas. Y, como el rey francés, ofreció 100.000 florines para la empresa, cantidad también ofrecida por Aragón.

Pedro I, para contrarrestar este plan de campaña, negoció con Inglaterra, y Eduardo III prohibió a sus jefes en Aquitania que permitiesen que las tropas allí instaladas pasaran a España en ayuda de Enrique de Trastámara, órdenes que no fueron cumplidas, porque Bertrand du Guesclin con sus «Compañías» estaban ya en Barcelona. Por cierto, al no llegarles a tiempo los sueldos, se dedicaron al saqueo, sobre todo en Barbastro, rico emporio judío.

El ataque de las «Compañías» comenzó en marzo de 1366. Con facilidad entraron en Borja, Tarazona, Tudela, Alfaro y Calahorra. Los nobles que las defendían probablemente estaban ya de acuerdo con don Enrique, mientras Pedro I esperaba en Burgos y en la línea de Soria. Mal debió de ver la cosa, porque pronto ordenó a sus tropas replegarse con él hacia Andalucía. Tal vez fuera una medida prudente, pero empezaba a dar señales de desmoralización.

Siguió el avance enriqueño, apenas sin resistencia. Así, entró el pretendiente en Burgos y se hizo coronar rey en el monasterio de Las Huelgas. Allí empezó a repartir títulos a todos sus fieles, las famosas «mercedes enriqueñas» Nota 55. Se veía perfectamente el plan Trastámara de reforzar la estructura política y económica del país, y la monarquía, con su nueva dinastía, sobre una amplia base nobiliaria. Pero don Enrique, con gran habilidad, compensaba este poder con el de las Cortes, que irá convirtiendo en una institución regular y respetada. Es una nueva fórmula que alcanzará su plenitud con los Reyes Católicos. Además, la nueva dinastía, en una política de clara línea europea y católica, se muestra defensora de los valores tradicionales de la cristiandad frente a las veleidades proárabes y projudías de don Pedro. Con

esto se gana las simpatías populares y el apoyo papal, como ya hemos visto, lo que era trascendental en aquellos tiempos.

Don Pedro se apoyaba en su propia fuerza y en la alianza británica. Pero, a pesar de sus conquistas en Levante, es un coloso con los pies de barro. Su dureza y sus represiones le hacen ir perdiendo amigos y partidarios según los va ganando su rival.

De Burgos, don Enrique marcha a Toledo. Las ciudades a su paso le van rindiendo homenaje. Cubre un importante flanco firmando una tregua con el rey de Granada.

Pedro I, para colmo de desgracias, ve cómo su Sevilla se subleva contra él; pero aún tiene tiempo para escapar con sus tesoros por el Guadalquivir. Huye en barco a Galicia y de allí, por San Sebastián, que todavía le es leal, pasa a Bayona, donde le reciben sus aliados británicos de Aquitania. En España solo cuenta con Guipúzcoa, Soria, Logroño y Zamora.

De Bayona, don Pedro sigue a Burdeos, donde le rinden honores, y cerca de allí, en Libourne, firma un acuerdo con el Príncipe Negro, hijo mayor de Eduardo III de Inglaterra, «conocido por ese nombre por su bruñida armadura pavonada». Allí hace toda clase de concesiones: a Navarra, al príncipe de Gales, cede provincias enteras en las que ya no manda. Y a los pocos días, con su ejército inglés, cruza los Pirineos como un simple pretendiente (1367), como don Enrique un par de años antes.

El nuevo rey espera en su campamento del bosque de Bañares. Sabe que sus fuerzas son inferiores a las de don Pedro. Con este, en los campos riojanos combatieron los 3.000 ingleses del duque de Lancaster y la caballería de John Chandos, con sus arqueros, más 4.000 lanceros, 300 lanzas navarras, la caballería de Jaime III de Mallorca, los gascones de los condes de Albret y de Armagnac, el capital del Buch, gran

señor de la Gironde, y el conde de Foix, todos al grito británico de «¡San Jorge!».

Con don Enrique de Trastámara, tropas inferiores pero aguerridas, las «Compañías» blancas, al mando de Du Guesclin y de Audrehem, el adelantado Pedro Manrique, el ilustre don Pedro López de Ayala, gran cronista, y los jinetes andaluces, peones y lanceros de Aragón, más la caballería de Calatrava, todos al grito español de «¡Santiago!». El desequilibrio de fuerzas acabó dando la victoria a don Pedro, y su hermano, el nuevo rey, tuvo que refugiarse en Illueca, acogido por el futuro Papa Luna.

Después de la batalla, los ingleses se retiraron decepcionados porque don Pedro no les entregó Vizcaya, como les había prometido. Es el riesgo que tienen estos compromisos contraídos «en el Filo de la navaja». Y, sin ingleses, don Pedro empieza a perder terreno. Asturias jura fidelidad a don Enrique, y lo mismo hacen todas las importantes ciudades de Castilla.

España se convierte en un verdadero rompecabezas cuyas piezas va ensamblando el de Trastámara con constancia, serenidad y decisión combativa, consolidando sus conquistas, lo que es una novedad en los procedimientos bélicos de la época. En el campo diplomático firma con Francia un tratado de alianza perpetua en Toledo (1368), que será la línea de la política exterior de Castilla hasta los Reyes Católicos.

Se va aproximando el momento del enfrentamiento definitivo entre los dos hermanos. Pedro I marcha de Andalucía hacia Toledo. Enrique II va a su encuentro desde el norte. Es como la representación geográfica de sus dos mundos. El encuentro tiene lugar en unos campos manchegos que han pasado a la historia, los Campos de Montiel. Previamente, don Enrique había logrado incorporar a

su bando importantes zonas de Córdoba, de Cuenca y del valle del Alberche, mientras don Pedro, después de cruzar Sierra Morena, avanzaba con tropas cristianas y moras a su servicio. En cambio, habían fracasado sus gestiones en Londres para que el Príncipe Negro viniera de nuevo en su ayuda. El inglés había exigido para ello que se le entregara el dinero y los territorios que se le habían ofrecido antes de la batalla de Nájera.

Enrique II decidió una acción rápida, avisando a Du Guesclin, su jefe militar, que iniciase el ataque antes de que Pedro recibiera los importantes refuerzos que esperaba al llegar a los campos de Calatrava. Ambos rivales se encuentran, como digo, en Montiel, donde los de Trastámara alcanzaron una rápida y decisiva victoria. El dios de la guerra había abandonado al Rey Cruel después de tantos años a su favor.

El derrotado tuvo que refugiarse en el castillo, hoy una pura ruina. «Encerrado como en una ratonera», recurrió a ofrecer a Du Guesclin villas y ciudades para que le dejara escapar; oferta fácil para alguien que por entonces de nada disponía. Así lo entendió el francés, que de acuerdo con Enrique II fingió aceptar el trato y citó a don Pedro en su tienda en la noche del 22 al 23 de marzo (1369). Es el gran cronista Pedro López de Ayala el que describe estos últimos actos de la tragedia familiar y política. Don Enrique y Du Guesclin esperaban armados. Los dos hermanos lucharon cuerpo a cuerpo. Uno de los dos sobraba. Pedro I, el rey terrible, que todo lo hizo a lo grande, en esta ocasión la fuerza del destino se volvió contra él. Cayó muerto. Por él no doblarían las campanas Nota 56.

Comienza a reinar un gran monarca. Al alba de aquel día de marzo, don Enrique era ya rey de Castilla. Le hemos ido conociendo a través de su larga y tenaz

lucha para llegar al trono, venciendo sobre todo su condición de bastardo frente al legítimo soberano. ¡Cómo debía de odiar Enrique a su hermano, el asesino de su madre, Leonor de Guzmán!

Tiene por aquellos días el nuevo rey treinta y tres años de edad; todavía le queda buen tiempo para reinar.

Las primeras medidas del monarca prueban su tacto político: ordena tratar con clemencia a los prisioneros de Montiel, y a los dos hijos de su hermanastro les retiene pero sin causarles daño alguno, en contraste con lo que solía hacer el rey difunto Nota 57.

Pero el éxito de don Enrique concita enseguida un cerco diplomático contra él. Se teme al que ha sido capaz de derrocar a un guerrero casi invencible y que además tiene la idea de imponer la hegemonía castellana en la Península. Es una nueva monarquía que se presenta fuerte y centralizadora, al modo de su aliada Francia, pero al también muy castellano de apoyarse en la unión del rey con el pueblo. En esta línea está la devolución de las libertades municipales y la represión social de los judíos. Y el clero le apoya, porque es un rey que representa las virtudes propias del país: espíritu de cruzada, religiosidad y antisemitismo.

Enrique II, conjugando energía, entusiasmo y prudencia, va imponiendo sus métodos y sus planes. El primer objetivo importante que se le presenta es el rey Fernando I de Portugal, que había tenido aspiraciones al trono castellano, que mantenía Zamora y Alcántara en su poder y que se había aliado con Mohamed V de Granada, el viejo amigo de Pedro el Cruel Nota 58. Sin dilación cruza por tierra el Miño, vence en Sanlúcar de Barrameda a la flota portuguesa y fuerza a Fernando I a firmar la paz de Alcoutim. Victoria rápida que no hace la menor gracia a Pedro IV

de Aragón, que a lo largo de su reinado ha tenido que vérselas con tres reyes de Castilla. Y como no tiene fuerzas suficientes ni la Generalitat le facilita medios, se ve obligado a firmar con don Enrique el tratado de Almazán en 1375. En él se confirma la boda del futuro Juan I de Castilla con doña Leonor de Aragón.

Nuevo éxito de Enrique II: Navarra devuelve a sus dominios las ciudades de Vitoria, Logroño y Salvatierra, que contra su voluntad había cedido años atrás don Pedro. Y además, don Juan, el príncipe heredero, pasa a ser reconocido como señor de Vizcaya, hecho histórico que confirma señoríos anteriores dependientes de Castilla, juramento de los reyes en Guernica, cumplimiento de fueros, etc., pero que a partir de entonces va a ser señor de todo el territorio vizcaíno el rey de España.

Va creciendo el prestigio de Enrique II. Las Cortes de Toro así lo reconocen. Además, contribuye a las victorias francesas en la Guerra de los Cien Años, contienda en la que se disputa algo que mucho nos afecta, el dominio del Cantábrico y del Atlántico.

La Rochela era el puerto más importante de la costa atlántica. Estaba en poder de los ingleses, que querían imponer como rey de Castilla al duque de Lancaster, casado con la infanta castellana doña Constanza, hija de Pedro I.

La flota castellana procedió a bloquear el importante puerto. Iba al mando de Ambrosio Bocanegra, que tenía como segundos a Ruy Díaz de Rojas, merino mayor de Guipúzcoa, y a Pedro Vaca (o Cabeza de Vaca). Una gran armada inglesa acudió en ayuda de los sitiados. La mandaba sir John Hastings, conde de Pembroke, gobernador de Aquitania. La victoria de las naves de Castilla fue total: hundieron más de veinte naves enemigas, incendiaron otras tantas e hicieron gran número de prisioneros, entre ellos el conde de Pembroke y el conde de Huntington.

Pocos días después, La Rochela era ocupada por los castellanos, aliados con los franceses, que se quedaron con el gobierno de la ciudad. Esta fue desde entonces la plaza preferida por los marinos vascos, que lograron casi una exclusiva de su comercio.

Aún tuvo que mantener Enrique II una nueva guerra con Portugal, que, aliada a Inglaterra, seguía defendiendo las aspiraciones de Juan de Gante al trono de Castilla. Don Enrique, al frente de las tropas castellanas, llevó a cabo un avance fulgurante, ocupó Coimbra y Santarém y entró en Lisboa apenas sin oposición, porque además la flota de Ambrosio Bocanegra, el vencedor de La Rochela, dominaba el mar de la Paja.

El rey portugués, Fernando I, pidió la paz, que fue firmada en Santarém y Lisboa. Portugal se unía a la alianza militar franco-castellana y expulsaba del país a los «emperegilados» de Juan de Gante. Después de la ceremonia de reconciliación de los dos reyes, Fernando I exclamó: «¡Qué enricado vengo!».

Se abría desde entonces, a pesar de guerras y alianzas, una constante: el deseo de enlaces matrimoniales entre las familias reales portuguesa y española, que se prolonga a lo largo de la Edad Media y que seguirá con Austrias y Borbones hasta el siglo XIX, con casos tan importantes como la ascendencia de Isabel la Católica, el matrimonio de Carlos I, el nacimiento y las bodas de Felipe II, etc.

Enrique II ha logrado volver a las fronteras del reinado de su padre, el gran Alfonso XI, y está convencido de su fuerza militar, con una interesante proyección hacia el exterior, basada en gran parte en esa política matrimonial que será una de las características positivas de los Trastámara. Política que irá preparando, «inconscientemente acaso», la unidad española, con aspiraciones ibéricas.

También atendió el monarca las no fáciles

relaciones con el reino de Navarra, que acabó cediendo porque la superioridad de Castilla era muy clara y el único problema entre ambos reinos consistía en la devolución de Vitoria y Logroño, que Carlos II había ocupado en tiempos de Pedro I. La paz se firmó con la mediación del legado papal y en ella se acordó el matrimonio del heredero de Navarra con Leonor, hija de Enrique II (1373). Por cierto, una de las armas fundamentales del rey de Castilla fue el campamento, fuerte y bien organizado, que mantuvo más de un año en el bosque de Bañares, el mejor argumento de su diplomacia, como dice Luis Suárez. El duque de Anjou, al conocer el gran ejército concentrado por Enrique II, le pidió que se uniera a él para atacar Bayona, ocupada por los ingleses. El rey aceptó el plan y sin más dilación sus tropas pasaron a Francia por Roncesvalles y San Juan de Pie de Puerto, después de dar garantías a Navarra. A su paso, con ayuda de unidades guipuzcoanas, fue incendiado San Juan de Luz; pero al llegar a Bayona, que ofreció fuerte resistencia, a pesar del ataque por mar, el ejército de don Enrique se encontró con que los franceses de Anjou no habían acudido al cerco. El duque francés trató de excusarse, pero en vista de tal falta de formalidad en un asunto que, al fin y al cabo, interesaba poco a Castilla, Enrique II ordenó la retirada de los suyos.

El nuevo rey, un auténtico gran monarca de finales de la Edad Media, iba de éxito en éxito, y no gratuitos, sino debidos a su talento político y militar. Uno de los que habían sido sus acérrimos enemigos, Jaime IV de Mallorca, acabó pidiéndole asilo en Soria, donde murió aquel último miembro del linaje real mallorquín.

Los aragoneses tuvieron que aceptar la paz de Almazán que les brindó don Enrique y tuvieron además que devolver Requena, Molina y otros lugares. El éxito Trastámara culminaba con el matrimonio de Leonor de Aragón con don Juan, heredero del trono de

Castilla, reino que recibió con gran júbilo todos estos acuerdos. A ellos se unían los triunfos de la flota castellana, que con nada menos que ochenta buques destruyó treinta y nueve navíos ingleses en las costas de Saint-Malo. Al mismo tiempo, Enrique II iba reforzando su sistema político en todo el reino, fortaleciendo, entre otras cosas, los señoríos antiguos y modernos con el régimen de mayorazgos.

La política matrimonial del rey se reforzó igualmente con la boda del infante don Carlos de Navarra con Leonor de Castilla. Se iniciaba con estos enlaces la política de los Trastámara tendente a ir uniendo a todos los reinos peninsulares, las casas reales ibéricas, en pro de la unidad que llegará a España en tiempos de los Reyes Católicos y, aunque efímera, también con Portugal, en los reinados de Felipe II, Felipe III y Felipe IV.

No faltó en esta etapa el fuerte ataque de la flota castellana contra las costas inglesas. Al mando de Fernán Sánchez de Tovar desembarcaron 5.000 hombres en Rye, saquearon Folkstone, Rotingdean y Lewes, y arrasaron las zonas de Portsmouth, Darmouth y Plymouth. Poco después, la isla de Wight fue ocupada, pero en todos estos casos sin ánimo de permanencia.

Enrique II ha ido confirmando a ingleses y franceses, así como al inseguro Pedro IV de Aragón, en plena decadencia, que Castilla se ha convertido en una primera potencia, que hay que contar con ella para todo y que es mejor como amiga que como enemiga. Para cubrirse el flanco sur, establece treguas regulares con el reino de Granada, lo que le permite también cobrar importantes parias. En conjunto puede decirse que durante bastantes años de su reinado se logra una especie de *pax ibérica*. Un nuevo paso en la política de enlaces peninsulares es la boda de futuro de su otro hijo, Fadrique, con Beatriz de Portugal,

heredera del trono si el rey Fernando I no tiene hijos varones, y otro compromiso más, el de su tercer hijo, Alfonso, con Isabel, bastarda del monarca portugués Nota 59.

Don Enrique, por encima de su origen bastardo y del fratricidio de Montiel, se ha ido convirtiendo en un gran rey, uno de los mejores de toda la Edad Media. Recorre incansable el país, se hace querer del pueblo, pone las instituciones en funcionamiento, y las mercedes que distribuye no son tantas como se dice y, además, la mayoría son provechosas para Castilla.

Las medidas del rey, algunas difíciles de justificar para las mentalidades del siglo XXI, tienen el apoyo popular y el eclesiástico. Uno de sus empeños es eliminar a los extranjeros de los puestos civiles y religiosos, lo que era normal hasta entonces. Lo logra, y con ello revitaliza la administración y la Iglesia, con la importante ayuda del arzobispo don Pedro Tenorio Nota 60.

Navarra va a convertirse en la nueva manzana de la discordia después de dos años de *pax ibérica*. Carlos II, bastante insensato y desagradecido, busca la alianza anglo-aragonesa, temeroso, creo que sin razón, del expansionismo de Enrique II. Digo sin razón por entonces; ciento treinta años después habrá llegado la hora de que la muy española Navarra complete la unidad de España.

Enrique II sigue reforzando su flota en las Atarazanas de Sevilla por si es necesario volver a atacar en las costas aquitanas. Lo que no quiere, en modo alguno, es romper de nuevo con Aragón, que es la patria de su nuera. Y como él no quiere y Pedro IV no tiene ni fuerzas ni dinero, las posibilidades de enfrentamiento que algunos desean se van esfumando. Añádase que el príncipe heredero de Aragón se muestra abiertamente trastamarista.

Así que en estas condiciones Navarra se encuentra

sola y su ataque a Logroño fracasa, mientras los castellanos se instalan en Viana y llegan a Pamplona. Carlos II termina su aventura teniendo que retirarse a San Juan de Pie de Puerto. La consecuencia lógica es la paz de Briones, que regula definitivamente las relaciones castellano-navarras. El antiguo y entrañable reino del gran Sancho el Mayor se va incorporando a la unidad española con su plena personalidad histórica.

> Es un digno remate de un difícil y controvertido reinado que no ha sido valorado suficientemente y que, sin embargo, fue la llave que abrió las puertas a un nuevo período de la Historia de España y dio a esta un inequívoco signo nacional y de clara orientación europeísta y atlántica Nota 61.

Cuando Carlos II marcha a entrevistarse con Enrique II en Santo Domingo de la Calzada, es el príncipe don Juan, próximo rey Juan I, el que recibe al monarca navarro. El fundador de la dinastía de Trastámara, rama de la gloriosa Casa de Borgoña, está gravemente enfermo. A finales de mayo de 1379 muere don Enrique II, sangre nueva de doña Leonor de Guzmán, vivificando el viejo tronco que venía desde las montañas de Asturias en tiempos de don Pelayo.

13

Dos Bellos Reinados con la Sombra de Aljubarrota

Estamos a finales del siglo XIV. Empieza una nueva época, muy distinta, en la que Juan I simboliza un importante cambio en el modo de reinar: han terminado los tiempos de los reyes caudillos. Formas nuevas, nuevos modos, nuevas estructuras sociales, nueva economía, el Renacimiento en puertas... El Estado, las Cortes, las ciudades, la alta nobleza, la Mesta, ferias y mercados... Castilla ha llegado a la mayoría de edad histórica, va a ser el gran núcleo central de la unidad. Acabo de referirme a las Cortes, símbolo del tiempo nuevo. De un lado, las Cortes; del otro, la corte. Las primeras, o sea, el Parlamento, que en tierras de Castilla y de Aragón tiene ya una tradición que le convierte en el más antiguo de Europa, antes que el de Inglaterra. Son las Cortes un elemento decisivo en la vida del reino, de los dos reinos: controlan los gastos extraordinarios, ayudan al rey a impartir justicia, reprimen las empresas costosas, disminuyen los gastos suntuarios... Son a la vez un freno y un gran apoyo para una monarquía centralizada que se va haciendo sedentaria.

Juan I de Castilla

Muerto Enrique II, el fundador de la dinastía Trastámara, el 29 de mayo de 1379. Su primogénito y heredero es el príncipe don Juan, que reúne la prosapia y la riqueza de su madre, Juana Manuel. Había nacido en 1358, época en que sus padres vivían fuera de Castilla. Pasó parte de su infancia en la corte amiga de Pedro IV de Aragón, con cuya hija Leonor compartió juegos infantiles y que años después sería su esposa.

El noble cronista guerrero Pedro López de Ayala nos dice que Juan I era «non grande de cuerpo, é blando, é rubio, é manso, é sosegado, é franco, é de buena consecuencia, é avía muchas dolencias». La defectuosa iconografía de la época nos confirma esta imagen pálida, un tanto frágil, suave, a la par que elegante. En todo caso, muy distinta a la de sus predecesores. Distinta también en su fidelidad conyugal, sin las frecuentes aventuras amorosas de su padre y de su abuelo, los creadores de la dinastía bastarda, y formidable.

Juan I, confirma la crónica, «deseaba vivir y actuar como un monarca cristiano», leal, amante de la justicia, noble y conciliatorio.

Coronado en Las Huelgas de Burgos Nota 62 en ceremonia litúrgica de raigambre bíblica pero no hispánica, el día de Santiago de 1379, Juan I tiene una idea mesiánica de su función: se considera el representante de Dios en la tierra, tiene un sentido religioso de la vida y una gran preocupación legitimista, tal vez por el origen bastardo de la dinastía. Castilla acaba de atravesar años de tormentas y el panorama no aparece despejado, a

pesar de que el extraordinario monarca que fue su padre acabó venciendo los principales problemas.

La monarquía se ha asentado, ha logrado la incorporación de la nobleza, ha arraigado en el pueblo y se ha hecho intérprete de sus sentimientos y tradiciones. Decía yo hace años, en Así se hizo España, que, sobre todo, la fuerza y la victoria ayudan.

A pesar de que todo ha mejorado mucho, Castilla necesita una reestructuración interna, y los problemas con Portugal, así como sus implicaciones franco-británicas, todavía van a crear quebraderos de cabeza al joven monarca.

Cuando todavía vivía Enrique II, su heredero recibió los señoríos de Lara y de Vizcaya, que hasta su fallecimiento había ostentado su tío don Tello. Así, con Juan I, ambos señoríos quedan vinculados a la corona hasta hoy. Gran importancia tenía el de Vizcaya, centro y proyección decisivos del comercio exterior, con un puerto que acababa de nacer y ya era un puntal de la Corona de Castilla: Bilbao.

Otra fecha clave en la vida del infante don Juan fue su boda en Soria con Leonor, la hija de Pedro IV el Ceremonioso (1375). Y en 1379 nacería en Burgos el primer hijo del joven matrimonio.

La monarquía de Juan I ha heredado de su padre una suma de señoríos, que a la vez complementan y limitan el poder real. La política de mercedes, que continúa, tiene esas consecuencias.

En la corte el rey mantiene cerca de él a tres magnates castellanos: Pedro González de Velasco, Diego López de Estúñiga y Pedro González de Mendoza, este último mayordomo mayor y primera figura de la gran casa de Mendoza, que tanto pesará por su influencia y sus dominios en la política de los siguientes reinados. No olvidemos al arzobispo de

Toledo, Pedro Tenorio, la gran figura tan vinculada a los Trastámara. Y a otros personajes como Pedro Cabeza de Vaca, señor de Melgar; a los Manrique, de Tierra de Campos, guerreros y poetas; al adelantado mayor Per Afán de Ribera, al ilustre cronista don Pedro López de Ayala...

Todos ellos, citados por el insigne medievalista Julio Valdeón, pertenecían a la llamada nobleza de servicios, en contraste con la nobleza formada por los próximos parientes del rey, con los cuales este mantenía unas tensas relaciones. El más revoltoso, y peligroso también, era el bastardo de Enrique II, Alfonso Enríquez, conde de Noreña, personaje con verdadero mando en plaza en Asturias, que llegó a enfrentarse con el rey y acabó en prisión.

Seguían teniendo gran peso en Castilla, incluso más que en anteriores reinados, las tres órdenes militares, Santiago, Calatrava y Alcántara, que serán la base de los mandos en el futuro ejército permanente de los Reyes Católicos; y otra institución digna de mencionar era el Concejo de la Mesta, agrupación de ganaderos que regulaba la trashumancia y fomentaba el comercio de la lana, importantísima riqueza, base del comercio exterior de Castilla.

En tiempos de Juan I continuó el antisemitismo popular, con el apoyo del clero. El rey también participa de ese clima, pero, paradójicamente, en ese tiempo los conversos van a intervenir y a pesar en la vida política, social y económica al lado de los monarcas y de la alta nobleza. Y se da la curiosa circunstancia de que simultáneamente reinan en la Península Juan I de Castilla, Juan I de Aragón, que sucede a Pedro IV el Ceremonioso, y el maestre de Avís, que al convertirse en rey en Portugal toma también el nombre y el ordinal de Juan I, es decir, los tres Juanes. Como gran parte de los nobles más

importantes se llamaban Pedro, el nombre de los dos monarcas recientes, el Cruel y el Ceremonioso.

Los grandes hechos históricos se producen así por el encadenamiento de una serie de circunstancias, unas positivas y otras negativas, con consecuencias que muchas veces escapan a la voluntad de los protagonistas. Es como la fuerza del destino, los designios de la Providencia por encima de todas las razones y todas las previsiones.

En la plenitud de su breve reinado (1379-1390), Juan I tiene libres las manos para dedicar atención preferente a Portugal. Está en armonía con aragoneses y navarros, los moros granadinos están tranquilos y pagan, y la sorprendente marina de Fernán Sánchez de Tovar ha convertido a Castilla en gran potencia naval.

Considero muy importante para españoles y portugueses, hoy ciudadanos de los dos grandes países peninsulares, el conocer bien todo lo que gira en torno al episodio de Aljubarrota, nombre simbólico, que con la absurda y caprichosa decisión de Alfonso VI en el siglo XI y la política de Olivares en el XVII forma el tríptico que consolida la ruptura vertical de la península Ibérica en dos Estados soberanos.

En mi obra Así se hizo España hacía las consideraciones siguientes:

> No queremos entrar aquí en un profundo análisis acerca del hecho nacional portugués, cuyo alumbramiento considera Sánchez-Albornoz un hecho de voluntad favorecido por la Providencia o el azar, un fortuito y casual nacimiento, coincidiendo en esta opinión, rara avis, con su sempiterno e ilustre discrepante don Américo Castro, que en su obra La realidad histórica de España, citando a los portugueses Michaelis de Vasconcellos y Teófilo Braga, dice que solo los acontecimientos hicieron de Portugal un Estado independiente. Y solo los hechos, poco a poco, crearon en sus habitantes el sentimiento de ser un pueblo aparte.

¿Era así en tiempos de Juan I? Veamos la

situación. Portugal era una parte de los pueblos ibéricos que venía participando activamente en la Reconquista, una parte también de una gran familia heredera de los pueblos primitivos, de romanos, de visigodos... que seguía una trayectoria común, como una gran familia que a veces disputa y se separa, pues no eran otra cosa las contiendas y guerras entre los reinos peninsulares, auténticas guerras civiles. El entenderlo de otra manera solo se justifica por razones políticas posteriores a los hechos que relatamos.

Portugal se había desgajado circunstancialmente del tronco galaico-leonés y tenía el solo contacto geográfico con Castilla, mientras Aragón y Navarra estaban abiertos al Mediterráneo y a Francia. Así, como es obvio, ni la geografía, ni la etnia, ni la historia, ni la propia lengua justificaban la existencia de un reino independiente en el occidente peninsular. Por ello era lógico que cualquier proyecto de política europea de altos vuelos en los días del Renacimiento tuviera que pasar por la unión de los grandes territorios peninsulares. Con más razón si se pensaba en la expansión oceánica.

Tal vez la previsión de esas inevitables aspiraciones de Castilla llevaran al rey Fernando I de Portugal a romper la paz ibérica apoyando al duque de Lancaster, pretendiente al trono castellano —se titulaba ya rey— por su matrimonio con Constanza, hija de Pedro el Cruel. Contaban también para esta actitud los intereses británico-portugueses de tipo comercial, para muchos la verdadera clave material de la independencia de Portugal a partir de entonces.

En virtud de esta alianza, mil lancasterianos y mercenarios se incorporaron a las fuerzas de Fernando I, que, por otra parte, no encontraba eco en el pueblo dividido por luchas internas desde la aparición en escena del hijo bastardo del rey Pedro de Portugal

llamado Juan, maestre de Avís.

Por aquellos días el invencible almirante Fernán Sánchez de Tovar aniquilaba la flota portuguesa en Saltes, bloqueaba el Tajo y obligaba a los buques ingleses a retirarse.

Era un momento ideal para que Castilla se impusiera sin problemas exteriores y con un fuerte ejército recién formado con nuevos altos mandos, los mariscales Fernán Álvarez de Toledo, Pedro Ruiz Sarmiento y el condestable marqués de Villena. Pero Juan I, en asuntos militares, no era, ni mucho menos, como su padre Enrique II. Le falta su formidable velocidad de acción, es prudente, lento, temeroso de ataques por la espalda y de las conspiraciones de los «emperegilados». En cambio, dado su carácter conciliador, se presta enseguida a firmar con Portugal en Elvas una paz que nada resuelve. No obstante, parece un poco positivo el acuerdo de boda de la infanta portuguesa Beatriz con el infante don Fernando de Castilla. Boda que pasa de proyecto a matrimonio definitivo, pero no de Beatriz con don Fernando, sino con el rey padre, Juan I, que se ha quedado viudo al morir en 1382 la reina Leonor.

Lástima que no se llevara a cabo la primera boda concertada, pues el hijo de tal matrimonio habría heredado las dos coronas, y no como en el caso del enlace con Juan I, que ya tenía dos hijos.

Lo que sí se acordó en los «preliminares» de Pinto fue que el hijo de Juan y Beatriz sería el heredero de Portugal, mientras que don Enrique, hijo mayor del rey, heredaría Castilla. De momento, todo eran previsiones de futuro, ya que Beatriz solo tenía diez años.

Una curiosidad histórica: a la boda, celebrada con gran pompa, asistió León V, rey de Armenia, que por concesión real fue nombrado señor de Madrid.

Por el momento, ni en España ni en Francia o Inglaterra se ha prestado la menor atención al maestre de Avís ni a sus primeras muestras de rebeldía.

Creen algunos historiadores, sin minimizar por ello la historia de un país que va a ser grande y glorioso, que serían los factores económicos «la base de la consolidación de la independencia portuguesa».

Circunstancias adversas. A la muerte de Fernando I de Portugal, Juan I se dispone a gobernar el vecino país en nombre de su esposa. Contaba con importantes apoyos lusitanos, ya que la reina viuda y su camarilla eran muy poco queridos. En cambio, el Consejo Real de Castilla se mostraba reticente. Tal vez temía posibles complicaciones, aunque la empresa no parecía ofrecer dificultades. Probablemente otra cosa habría sido en tiempos de Enrique II.

¿Por qué surgió un movimiento de resistencia en Lisboa? ¿Por qué el maestre de Avís fue proclamado «protector del reino»? ¿Presión británica? ¿Sentimiento nacional más presentido que comprendido? En todo caso, fuera cual fuese la oposición, el resultado no parecía dudoso, de no haberse dado una serie de factores negativos del lado castellano. Veamos algunos de ellos.

En primer lugar, todavía no se ha unificado ni centralizado suficientemente el poder. Castilla, el reino, se extiende por Galicia, Asturias, León, País Vasco, La Rioja, Murcia, Cantabria, las Extremaduras, Andalucía... Intereses diferentes, aunque haya un anhelo político común; todo estaba demasiado reciente...

Otro factor negativo era que se manifestaba a finales de la Edad Media un choque nobleza-burguesía poco adecuado para llevar a cabo todavía grandes

empresas exteriores. Y añadamos, en fin, que la subida al poder de los Trastámara había sido tan avasalladora y fulgurante que los restos de feudalismo señorial, las Cortes y las órdenes militares aún no habían digerido su subordinación completa al poder real.

En todo caso, la victoria castellana habría sido posible con decisión y rapidez. Además había que contar con otro factor, frecuente en aquellos tiempos e incontrolable: la peste.

El plan de Juan I era acertado: atacar a la cabeza, ir directamente sobre Lisboa. El sistema es en general el mejor cuando se va contra un gran país centralizado y lejano, pero no en el caso de un país fronterizo, fragmentado y demasiado conocido. La resistencia se convierte en escaramuza y en emboscada, y surge el espíritu local combativo. Así ocurrió en el ataque a Lisboa, con la peste añadida, que pronto segó la vida de los principales capitanes de las tropas castellanas y navarras que sitiaban la capital: Nada menos, entre otros, que el gran almirante Fernán Sánchez de Tovar, el maestre Cabeza de Vaca, el camarero mayor Fernández de Velasco, los mariscales Rodríguez Sarmiento y Álvarez de Toledo... Solo quedaban oficiales bisoños.

Y lo que es casi peor: se va desarrollando un nuevo espíritu patriótico: no es ya para los portugueses una guerra civil; es la invasión de un poder extranjero.

Aljubarrota. Juan I proyecta un nuevo ataque. Espera la llegada de ochocientos franceses que se retrasan, y mientras llegan fuertes contingentes ingleses como refuerzo al maestre de Avís, entre ellos, los famosos arqueros al mando del conde de Cambridge.

El ejército castellano es numeroso, pero pesado y lento de maniobra. Lejos de sus bases, está cansado y falto de víveres. Y el rey cae gravemente enfermo.

En estas condiciones se da la batalla de Aljubarrota. Los anglo-portugueses gritan «¡San Jorge!» y los castellanos «¡Santiago!». La caballería cae en los «pozos de lobo», trampas que se conservan como reliquia histórica en el campo de batalla. Muere lo más florido de los capitanes de Castilla. Los pocos que quedaban Nota 63.

La victoria portuguesa en Aljubarrota, verdadero orgullo nacional del patriotismo lusitano, excitó de nuevo las aspiraciones de Juan de Gante, duque de Lancaster, al trono de Castilla. Juan I, en cambio, torna su política hacia el interior, a atraerse los estamentos del reino, y logra una duradera unión entre monarquía y Cortes. Estos primeros Trastámara consiguen consolidar algo que es característico de la monarquía española, el sentimiento de compenetración del pueblo con el rey. A partir de las reuniones de Cortes en Valladolid y Segovia, el Parlamento se convierte en una institución viva y fundamental para los próximos cuarenta años. Muchas veces se convocaron en este reinado. Las primeras, en Burgos, en 1379, seguidas de las de Segovia, en las que se acordó el datar los documentos con las fechas de la era cristiana y no de la era hispánica, como se venía haciendo, es decir, desde Julio César. Tras Aljubarrota, las Cortes de Valladolid reorganizaron el Consejo Real y hubo interesantes disposiciones contra la minoría judía.

En las Cortes de Briviesca (1387), según López de Ayala, que asistió a ellas, se dictaron muy importantes ordenamientos, adquiriendo la institución auténtica potestad legislativa. Año tras año siguieron reuniéndose los procuradores, en Palencia, Segovia, Guadalajara. Estas fueron las últimas del reinado, en

1390. En ellas, el segundo hijo varón del rey, el que sería Fernando I de Aragón, recibió el señorío de Lara y el ducado de Peñafiel. Otro acuerdo muy importante fue la constitución de un ejército permanente de caballería al servicio de la monarquía. Lo constituían 4.500 lanzas, 1.500 jinetes y un total de 16.000 hombres de guerra.

Mas volvamos a los problemas derivados de las pretensiones del duque de Lancaster. En julio de 1386, Juan de Gante desembarcaba en La Coruña con 7.000 hombres. De allí siguió a Santiago, proclamó Papa a Urbano VI y nombró arzobispo al «emperegilado» Juan Gutiérrez, hasta entonces obispo de Dax. Después instaló su gobierno en Orense, dominando toda Galicia y siguiendo a tierras del Duero.

Juan I, entonces, ante las Cortes de Segovia, declaró la guerra al inglés con estas palabras:

> ... Los ingleses siempre fueron favorables a las más guerras injustas que son acaescidas entre christianos... con orgullo y soberbia, este duque de Alencastre ha trabtado e trata de cada día con el rey de Granada e con los moros nuestros vezinos.

Lancaster siguió su avance y ocupó Alcañices, pero a partir de entonces Juan I situó a sus tropas en una fuerte línea que iba de León a Zamora, con avanzadas en Astorga y Benavente. Ante la gran resistencia ofrecida en estas poblaciones y en Valderas, Lancaster optó por la negociación, que concluyó con el tratado de Bayona (1388). En él se acordaba el matrimonio de don Enrique, heredero del trono de Castilla, con Catalina, hija del duque inglés y de su esposa Constanza, como sabemos, castellana, hija de Pedro el Cruel. De esta forma se quería dar fin a la larga pugna entre los descendientes de Alfonso XI. Al mismo tiempo se decretaba el perdón para los «emperegilados».

La boda acordada en Bayona se celebró en Palencia. El marido, el infante don Enrique, fue proclamado Príncipe de Asturias, título que abría esta tradición, hasta hoy, para los herederos de la corona española.

Durante el reinado de Juan I se llevó a cabo una interesante reforma eclesiástica, muy necesaria porque «el alto clero daba una sensación poco edificante y los prelados más parecían integrantes cortesanos que hombres de Iglesia», como afirma el ilustre medievalista Julio Valdeón, gran experto en la historia de este período. Los clérigos ignoraban el latín, la barraganía era una práctica habitual y la vida de los cenobios era muy poco ejemplar: «los monasterios benedictinos de la Corona de Castilla eran en la segunda mitad del siglo XIV moradas de ociosidad y relajación». Además, crecían las ideas y prácticas supersticiosas.

Dirigió la reforma en muchos aspectos el ilustre arzobispo de Toledo, Pedro Tenorio. En este sentido fueron importantes las Constituciones aprobadas en el Sínodo de Alcalá de Henares y otras acordadas en Palencia por iniciativa del cardenal Pedro de Luna, legado del Papa de Aviñón. Pero todos los historiadores reconocen que el gran impulsor y director de la reforma fue el propio monarca, «hombre de profunda fe e intensa piedad». Él fue el fundador del monasterio de San Benito en Valladolid, el año 1390, en su deseo de regresar a la pureza de la regla benedictina «para que rueguen a Dios que gobierne e rixa los mis regnos que por El me son encomendados a su santo servicio é salvación de mi ánima».

También fueron reformados los cartujos y los jerónimos Nota 64, los primeros con la fundación del monasterio de El Paular, en el Val de Lozoya, «llamado así por la abundancia de pobos o chopos en el Valle, el Pobolar, con un riachuelo en medio». Durante el

reinado de Juan I se inició igualmente la construcción del importantísimo monasterio de Guadalupe, en Extremadura.

Final de un monarca digno y cumplidor. El rey de Castilla estaba cansado. Su naturaleza enfermiza no ha podido resistir la dura brega política y militar de sus solo once años de reinado. Tiene nada más que treinta y dos y piensa ya en abdicar en su hijo Enrique, todavía un niño. Las Cortes, reunidas en Guadalajara, no están de acuerdo.

Un hecho inesperado precipita los acontecimientos. En octubre de 1390, Juan I asiste en Alcalá de Henares a una exhibición ecuestre de los caballeros Farfanes, «que vienen de África y se dicen descendientes de los godos, gran orgullo de prosapia en España». El cronista López de Ayala nos describe la escena:

> E acaesció en un Domingo.... E salió fuera de la villa por la puerta de Burgos, é en un barbecho dio el Rey de las espuelas al caballo en que iba, é cayó con el Rey, en manera que le quebró todo el cuerpo... é cuando llegaron donde estaba, falláronle sin espíritu ninguno, é finado.

Le heredaba un niño. Él había cumplido su misión, había superado las secuelas de la terrible guerra fratricida, había asegurado la dinastía Trastámara para sus sucesores. No fue un gran rey, en el pleno sentido del concepto, pero ha pasado a la historia como un monarca limpio, cumplidor, digno y valiente.

Un Bello Reinado de un Buen Rey: Enrique III

Deberíamos reconocer que después de tantos años de luchas, de enfrentamientos políticos, de guerras interiores y exteriores, de rupturas familiares, de grandezas y desastres, el reinado de Enrique III, breve como el de su padre, fue un oasis de paz, un reinado constructivo y de cierta armonía, un bello reinado. Sin grandes batallas, una inteligente política solamente oscurecida por las trágicas y al parecer inevitables persecuciones a los judíos.

Tal vez la escasez de fuentes históricas ha contribuido a que no se haya dado la importancia debida a un monarca tan positivo, cuya fama nos ha llegado más bien por su naturaleza enfermiza, don Enrique el Doliente, como ha pasado a la posteridad.

A los once años hereda el trono y pronto demuestra que tiene carácter, es enérgico e inteligente. Se le describe como melancólico, algo frío y distante, de mediana estatura, blanco y rubio como la mayoría de los Trastámara. Fernán Pérez de Guzmán, en sus Generaciones y semblanzas, nos dice que «cuando el Rey ovo diecisiete años sufrió muchas é graves enfermedades que le enflaquecieron el cuerpo é le dañaron la complesión é se hizo triste é enojoso». Recalca también el cronista que Enrique III puso gran interés en ordenar la hacienda, en tener el reino en justicia y que «alcanzó discreción para conocer y elegir buenas personas para su consejo». Se conoce también que el rey tuvo en su infancia dos sabios educadores, los prelados Diego de Anaya y Álvaro de Isorna.

Todos estos datos son algo más que concesiones a la anécdota histórica. La personalidad del rey, el hombre, es fundamental en la historia en general, pero sobre todo en las monarquías centralizadas y absolutas. En ellas, si el rey es débil, cuenta mucho su entorno, la corte, la alta nobleza, los posibles validos. Y empiezan a contar las Cortes, de un incipiente valor

democrático. Vuelvo a insistir en que el binomio rey-pueblo es el mayor definidor de la sociedad castellana en la Baja Edad Media. Para superar las oligarquías nobiliarias y los residuos feudales, la persona del rey es fundamental.

> El marca su tiempo, ese tiempo nuevo más intelectual, más cortesano, más estatal, pudiéramos decir: en definitiva, va siendo el rey político en contraste con el rey caudillo, la gran estampa del medievo Nota 65.

Así es Enrique III, rey popular a pesar de su carácter. Hombre de principios morales, serio, piadoso, que en la línea de sus grandes sucesores, los Reyes Católicos, sabía que antes de pensar en otros objetivos lo esencial es poner la casa en orden, consolidarla y perfeccionarla. Por eso materializa esta idea construyendo dos palacios Nota 66 al mismo tiempo que procura elevar la condición de sus súbditos. Parece que quiere ir dando estabilidad al sistema, ir fijando la corte, que deje de ser trashumante.

Cuando Enrique III inicia su reinado tiene solo once años. Los parientes del rey, los que los historiadores llaman «los epígonos Trastámara», pueden constituir para él un serio peligro. Eran don Fadrique, duque de Benavente; don Pedro, conde de Trastámara, y don Alfonso de Aragón, marqués de Villena; el más peligroso, el tozudo conde de Noreña, siempre rebelde, y el pariente más valioso, Leonor, casada con Carlos el Noble de Navarra. También preocupaba al rey la actitud del arzobispo de Toledo, Pedro Tenorio, al que mucho debían los Trastámara, pero al que a los sesenta años le costaba mucho dejar el mando. Su influencia todavía se demostraba al impedir el matrimonio del duque de Benavente con Leonor de Alburquerque, conocida por «la ricahembra», y al casar a esta con el hermano de

Enrique III, el infante don Fernando, que años más tarde sería el rey de Aragón. Claro que peor que Pedro Tenorio era su rival, el arzobispo de Santiago, García Manrique. Precisamente este fue nombrado presidente del Consejo de Regencia designado por las Cortes de Madrid en 1391 para gobernar durante la minoridad de Enrique III.

La situación era delicada. No todos estaban conformes con aquel Consejo de Regencia; en Andalucía se seguían enfrentando Ponces y Guzmanes, así como los Manuel y los Fajardo en Murcia. En 1391 fue liberado por el rey el conde de Noreña, que permanecía en prisión desde tiempos de Juan 1, mientras don Fadrique, duque de Benavente, en 1392 intentaba un golpe de fuerza buscando una alianza con los portugueses.

Don Enrique cortaba estos peligros con sucesivas concordias, como la de Perales, cerca de Valladolid, evitando divisiones entre la nobleza Nota 67 y la tregua que firmó con Portugal en mayo de 1393.

Coinciden los historiadores en que entonces predominó la idea de adelantar la mayoría de edad oficial del rey, que a pesar de sus catorce años daba grandes muestras de madurez y buen criterio. El acto solemne tuvo lugar en Las Huelgas de Burgos y en él se hizo constar que el reino estaba en paz con todos: «Dixo el Rey públicamente que él tomaba en sí el gobierno de sus Regnos, é que dende aquel día en adelante ningún non se llamase su tutor nin gobernase en su Regno». Así concluía la regencia.

Feroz Persecución de los Judíos

La animadversión contra los judíos venía de largo. La

hostilidad popular había crecido extraordinariamente en la guerra fratricida en la que don Pedro se había mostrado amigo de los hebreos y don Enrique su abierto enemigo. En las ciudades se veía a las sinagogas como centros del mal, y el clero fomentaba estas creencias, mezcla de ignorancia y de intereses.

El mayor estallido de violencia se dio en Sevilla en 1391, es decir, que Enrique III, niño de once o doce años, poco tuvo que ver con ella. El principal promotor de la enconada persecución fue el arcediano de Écija Ferrán Martínez, un energúmeno iluminado, que mezclando razones con disparates bíblicos se dedicó a excitar a las gentes. El arzobispo de Sevilla, Gómez Barroso, ante tal virulencia, le prohibió predicar bajo pena de excomunión, acusándole de «contumaz é rrebelde é sospechosos de eregía». Pero murió el arzobispo y el tal Ferrán acabó por conseguir sus fines. O cristianismo o muerte, por toda Andalucía, Castilla la Nueva, extendiéndose enseguida a las regiones del norte, Segovia, Burgos, La Rioja... y también contra las juderías de Valencia, Barcelona y Gerona Nota 68. Según López de Ayala, el motor de aquel antijudaísmo exacerbado «fue cobdicia de robar, segund paresció, más que devoción».

Se han barajado cifras sobre los judíos que perecieron en aquellos sangrientos sucesos. El ilustre medievalista Julio Valdeón da una cifra global de cuatro mil víctimas. Ahora bien, se produjo una conversión masiva al cristianismo. A muchos de estos conversos, en gran parte sinceros —algunos llegaron a ser grandes hombres de Iglesia—, les veremos ocupar puestos clave en los siguientes reinados ¿Quién en nuestros días puede asegurar que no lleva sangre judía en sus venas?

Me he referido antes a los «epígonos Trastámara». Voy ahora a dar algunos datos más acerca de cómo el rey Enrique III fue resolviendo tan importante

cuestión.

El panorama del reino al reunirse en 1393 se presentaba bastante despejado para Enrique III, que acababa de consumar su matrimonio con Catalina de Lancaster. El Consejo de Regencia se había convertido en Consejo Real, y el monarca, con acierto aconsejable para todos los monarcas, empezaba a conocer todo el país, a desplazarse y hacer compatible su poder central con los privilegios y fueros de sus regiones.

Lo primero que hace en septiembre del citado año es ir a Vizcaya, a su señorío, donde jura esos fueros y libertades. Preside al pie del árbol de Guernica una Junta de representantes de las villas y de la tierra llana. El cronista López de Ayala, alavés de Vitoria, lo relata así: «E el Rey ovo su consejo estando cerca de un gran roble do suelen los Alcaldes de Vizcaya juzgar». Y Enrique III, para cortar las luchas entre oñacinos y gamboinos (de Oñate y Gamboa), constituyó una hermandad que pacificó Vizcaya, logrando también poner paz entre los hidalgos.

Siguió el monarca la costumbre política de Juan I, otorgando importantes mercedes a los nobles a su servicio que con asiduidad y eficacia le ayudaban en el gobierno. Entre ellos, cabezas de linajes tan distinguidos como los González Dávila, Fernández de Córdoba, López Dávalos, Hurtado de Mendoza, Suárez Figueroa... Todos ellos de ilustre ascendencia «que militaron en las filas del monarca en el momento de la represión de sus parientes». Esos parientes que se irritaban al ver crecer a la nobleza de servicio. Eran los famosos «epígonos» que se unen en una liga en Lillo en 1394, ponen en pie de guerra dos mil lanzas y sublevan algunas zonas de Galicia, Asturias y León y parte de la zona del Duero. Los nobles adictos al rey, los antes citados, se reúnen también en Illescas, con el arzobispo Pedro Tenorio al frente, y forman otra

liga, sin propósitos agresivos pero para estar dispuestos al servicio directo de Enrique III.

La mayoría de los inquietos Trastámara, los «epígonos», fueron rindiendo pleitesía sucesivamente al monarca: El primero fue don Alfonso de Aragón, marqués de Villena, mientras que don Fadrique, duque de Benavente, fue hecho prisionero en Burgos, y doña Leonor de Navarra, detenida en Roa. El más recalcitrante, don Alfonso Enríquez, conde de Noreña, resistió un fuerte asedio al que le sometieron los ejércitos del rey en Gijón, pero acabó rindiéndose. Y Enrique III acompañó a su regia pariente detenida, doña Leonor, hasta los límites de Navarra, donde la entregó a su esposo, Carlos III el Noble, con el que mantuvo una cordial entrevista.

Como consecuencia de estos episodios se reforzó la unión a la corona de los territorios de las tres provincias Vascongadas, y las relaciones internacionales, salvo cierta tensión con Portugal, presentaban un cariz muy favorable.

En el interior se fue desarrollando un sistema de controles territoriales y de buen gobierno de las ciudades, con corregidores y delegados regios, y hasta las fronteras de Andalucía con el moro llegó un clima de orden y de paz, encomendado por el rey allí al adelantado mayor Per Afán de Ribera. Tiene interés histórico la donación que hizo Enrique III de la villa de Baena al mariscal Diego Fernández de Córdoba, de la noble familia andaluza cuya cabeza era don Gonzalo Fernández de Córdoba, señor de Aguilar, Priego y Montilla. El mismo nombre, el mismo linaje, señor de las mismas tierras, cincuenta años más tarde, el Gran Capitán.

Relaciones exteriores. A lo largo de este capítulo ya hemos aludido a las relaciones internacionales durante los reinados de Juan I y de Enrique III. La

tónica general fue de pacifismo, pero sin renunciar a los medios necesarios para actuar ante cualquier eventualidad. Seguían las buenas relaciones con Francia y habían mejorado notablemente con Inglaterra desde el matrimonio de Enrique con Catalina de Lancaster. El comercio marítimo de Castilla hasta los Países Bajos por el canal de la Mancha se había incrementado gracias a las treguas de Leulingham, un período de paz en la Guerra de los Cien Años. Se puede decir que Brujas era una plaza mercantil española.

Con Portugal no llegaban a superarse las diferencias. Nuestros vecinos ocuparon Badajoz en 1396 y las órdenes militares españolas respondieron recorriendo y asolando extensas zonas del sur de Portugal. Hasta se preparó un plan político contra la Casa de Avís proclamando la candidatura al trono portugués de Dionís II, hijo de ese gran personaje novelesco que fue doña Inés de Castro. Hubo choques en el mar, con gran ventaja castellana, e invasión lusitana, frustrada, de la zona gallega de Pontevedra y Tuy; más tarde, conquistas respectivas de Alcántara y Miranda do Douro, y por fin una tregua de diez años firmada en 1402. No olvidemos la piratería inglesa, que actuaba al margen de su gobierno. Llegaron a «sembrar el terror» en las costas gallegas y vizcaínas al mando de famosos corsarios como Harry Pay, señor de Poole, John Harvey y Thomas Norton. La marina castellana respondió remontando el Támesis hasta las proximidades de Londres, aterrorizando su llegada a los habitantes de la gran ciudad.

Enrique III, consciente de la importancia del Mediterráneo, con la mente en los Santos Lugares amenazados por los turcos, ocupados después y llegados cerca de Constantinopla, proyectó nada menos que una alianza con los mongoles de Timur Lenk, el famoso Tamerlán, enemigo de los otomanos. Para ello envió dos embajadas al país de los mongoles,

la primera en 1401, formada por Payo Gómez de Sotomayor y Hernán Sánchez de Palazuelos, y una segunda en 1403. Esta duró dos años, y a su regreso, uno de los delegados, Ruy González de Clavijo, hizo un curioso relato en su obra Embajada a Tamerlán.

Los emisarios castellanos llegaron a entrevistarse con el fabuloso personaje. No se alcanzaron resultados concretos, era imposible, pero se demostró la importancia que iba adquiriendo Castilla como potencia europea y la categoría de su diplomacia.

Gran trascendencia para la Historia de España, nada menos que la incorporación a la corona de las islas Canarias, va a tener la empresa iniciada en 1393 por una expedición que desde las costas andaluzas llegó a Lanzarote. A su regreso informaron al rey de que «aquellas islas eran ligeras de conquistar, si la su merced fuese, é a pequeña costa». Después, a la vista de tales informes, don Enrique patrocinó las campañas que para Castilla llevaron a cabo en las Canarias los aventureros normandos Jean de Bethencourt y Gadifer de la Salle. Con estos contactos oceánicos, los puertos andaluces iban cobrando cada día mayor importancia con miras al Atlántico: Sanlúcar, Sevilla, Moguer, Huelva, Algeciras... En la parte comercial de esta proyección naval nunca faltaban los genoveses, con permiso del rey de Castilla.

No faltaron los conflictos con el reino nazarí de Granada, que recibía con frecuencia ayuda del otro lado del Estrecho. Hubo incursiones moras en tierras de Huelva hasta Ayamonte, por Murcia hasta Vera y Lorca, y por Sevilla hasta Écija y Medina-Sidonia. Siguió una tregua de dos años, que los granadinos no respetaron, poniendo cerco a Priego, población de los Fernández de Córdoba. Cuando se acercaba el final del reinado, Granada era un problema todavía, pero también una incitación a culminar la Reconquista.

Empezaba el siglo, y en esa misma centuria, bien a finales, los nietos de Enrique III entrarían en Granada.

Juicio del reinado. Faltan muchos datos sobre el reinado de Enrique III. Harto se quejan por ello nuestros mejores medievalistas. No obstante, son suficientes, y creo que lo hemos ido viendo como para poder emitir unas opiniones como ya lo hicieron algunos ilustres contemporáneos del monarca. Los poetas Villasandino y Baena, citados por Valdeón, le dedicaron «delicados poemas fúnebres». Juan de Mena le cubre de elogios y dice que mantuvo al reino «bien sosegado». El converso Pablo de Santa María, que llegó a obispo, le llamó «ilustre rey del pasado del que desciende don Juan II», etc. Por mi parte quiero dejar patente mi admiración por este rey, precisamente por poco conocido y por distinto, pero que de su corto reinado no nos deja más que detalles positivos, creadores y muestras de lo que debe ser un rey político, pacífico y sereno, a pesar de tener que lidiar con problemas de siglos que las espadas y la diplomacia no habían podido resolver todavía.

La mayor preocupación de Enrique III en los comienzos del siglo XV es tener un heredero. Si no, la corona irá a su hermano don Fernando, duque de Peñafiel, fundador de las famosas ferias de Medina del Campo y futuro rey de Aragón.

En 1401 nace la infanta doña María, y en 1405, en Toro, el futuro Juan II. Bello reinado que así culmina. Bello reinado en el que Ruiz de Avendaño y el famoso Pero Niño, conde de Buelna Nota 69, vencen a los piratas en el Atlántico y a los turcos en el Mediterráneo. Bello reinado en el que, como hemos visto, las Canarias se van incorporando a la corona. Bello reinado en el que la diplomacia castellana llega hasta las lejanas tierras de Tamerlán. Bello reinado en el que Enrique III proyecta los planes para que sus sucesores rematen la

Reconquista. El rey se siente seguro, madura la idea que heredarán Fernando el Católico y el césar Carlos: paz entre cristianos y guerra contra infieles. Por ello busca la colaboración del rey Martín el Humano de Aragón, y de su cuñado, Carlos el Noble de Navarra...

«Los planes de Enrique III, grandiosos, de largo alcance, no son los de un enfermo, los del Doliente, porque su espíritu y su inteligencia van mucho más allá de sus fuerzas físicas.» Estas le fallan definitivamente el día de Navidad de 1406. El buen vasallo ha tenido un buen señor, un buen rey: Enrique III, ese desconocido.

14

De Martín el Humano a Don Fernando de Antequera. el Compromiso de Caspe

En la Corona de Aragón, Pedro IV el Ceremonioso, «el del Punyalet», ha llenado toda una época de la Baja Edad Media. Al final de su tiempo han ido cambiando mucho las cosas, las ideas. Están ya como en el pasado los ideales que habían predominado en siglos anteriores: las cruzadas, las catedrales, los torneos, los gremios, la salvación del alma... Puede decirse que comienza una vía moderna hacia el individualismo y la diversidad. Nuevo arte, nueva filosofía, tierras del norte y de Italia, de Flandes y Borgoña a la Toscana, dictan nuevas leyes de vida a Europa, y llegan, como era natural, a España.

El peligro turco se siente cada día más cerca, en el Mediterráneo, en Centroeuropa, y es en el mar donde siguen chocando los intereses de la Corona de Aragón con las repúblicas marineras de Génova y Venecia.

Es este el panorama que encuentra el nuevo rey de Aragón, Juan I, rey mediterráneo en su vertiente catalana y balear, así como las implicaciones de su reino con la lamentable cuestión del cisma de Aviñón, en sus momentos más graves, y, ¡cómo no!, con la

influencia poderosa y creciente de la dinastía Trastámara castellana en toda la Península.

En los últimos tiempos se había agravado en Cataluña y Aragón la crisis económica. Habían ido creciendo las ciudades, pero el campo, muy abandonado, se había lanzado a la rebelión antiseñorial, el famoso movimiento de los «payeses de remensa».

Juan I de Aragón

El rey Juan I, en un principio, se sintió unido a los payeses frente a unos nobles sin sentido del Estado, que vivían inmersos en sus pequeñas luchas de bandos familiares: los Guix y los Ametller en Cataluña: los Luna, Urrea y Lanuza en Aragón; los Centelles y Vilaragut en Valencia. También, en el fondo, se estaba jugando una profunda competencia política y económica entre el principado de Cataluña, de hecho Barcelona, y los reinos de Aragón y Valencia.

Juan I, el nuevo rey, no está a la altura de su predecesor, Pedro IV, pero su reinado, a modo de interesante paréntesis, tiene características modernas, renacentistas, que van a influir en situaciones sucesivas.

Juan I había nacido en Perpiñán en 1350. Su padre le concedió el título de duque de Gerona, que desde entonces, como el principado de Asturias, llevarán los herederos de la Corona de España, como antes los llevaron los de Aragón y Castilla.

Juan I fue un rey más europeo y filofrancés que mediterráneo, tal vez por la situación geográfica de su ducado fronterizo y por sus bodas sucesivas con Marta de Armagnac y con Violante de Bar.

Los cronistas dan una idea muy peculiar de este rey. Enérgico frente a la última esposa de su padre, Sibila de Fortiá, y de sus partidarios, cambió pronto para convertirse en un monarca más bien débil, aunque, eso sí, muy elogiable por su espíritu caballeresco, por su cultura, por su, tal vez, excesiva preocupación estética, que le hizo merecer el calificativo de «El Amador de toda gentileza». Se sabe que sus grandes aficiones fueron los libros, la pintura, los juegos florales Nota 70, la caza y, algo sorprendente por entonces, la tauromaquia.

Juan I tuvo que enfrentarse al conde de Armagnac, su pariente, que pasó los Pirineos con ánimos invasores y con la complicidad de los amigos de la reina Violante de Bar. Logró rechazar la invasión, pero, como su espíritu bélico no daba para más, fue aplazando los planes de acción en el Mediterráneo en contra del criterio de los nobles y, sobre todo, de su hermano Martín, duque de Montblanch y futuro rey, que había heredado los derechos de su madre a la Corona de Sicilia.

En tiempos de Juan I tuvieron lugar las matanzas de judíos que se extendieron por toda España. También por entonces (1388) se perdió Atenas, conquistada por los florentinos. No son culpas solo atribuibles al rey, pero no cabe duda de que este no brilló precisamente por sus aciertos políticos ni por sus cualidades militares.

Cuentan las crónicas que vivió encerrado en sí mismo, sin lujo alguno, modestamente, y sin embargo rodeado de una corte brillante y de una radiante camarilla. Y advierten también que no disimuló sus preferencias por el reino de Valencia y que «no se entendía bien con Barcelona ni Barcelona se entendió con él».

Murió Juan I de una caída de caballo en una cacería (estos reyes, y los de siempre, reyes o no, los

poderosos, siempre de caza). Por ello, por cazar, no por caerse, fue llamado también «El Rey Cazador». No dejó hijos varones.

María de Luna

A la muerte de Juan I (1396) se encargó del gobierno un Consejo de Regencia en espera de que llegara de Sicilia su hermano, el nuevo rey, Martín I el Humano, cuya esposa, María de Luna, aragonesa, fue enseguida considerada como reina Nota 71. Doña María puede ser incluida en la serie de grandes reinas españolas, pues ella «llenó de inteligencia y virtud los largos períodos de ausencias del reino de su marido y ayudó a este en el gobierno con decisión y habilidad».

Fue María de Luna una valiente defensora del reino, capaz de enfrentarse a las pretensiones del conde de Foix, que quería ser rey de Aragón por estar casado con la hija mayor de Juan I. En las Cortes de Zaragoza supo hacer fracasar los intentos del francés, en contra de las costumbres aragonesas, y se apoyó también en los payeses de remensa, a los que ayudó con decisión frente a la nobleza.

Francisco de Eximenis, en su Llibre de les dones, elogia a doña María y dice que siempre protegió a pobres y desvalidos y con verdadero ardor a los perseguidos, fueran moros o judíos.

Martín I el Humano

Tras el gobierno de esta admirable mujer llegó de Sicilia

Martín I y fue coronado en Zaragoza en 1399. Se le describe como un monarca a la vez «benigno y autoritario, pleno de contradicciones internas como un auténtico intelectual, liberal y renacentista, poco inclinado a las tareas de gobierno, aunque supo con acierto reunir las Cortes y apoyarse en ellas. Mucho más imbuido que su difunto hermano en su profesión de rey y con mucho mayor sentido político». La indeclinable política catalano-aragonesa llevó a Martín I al mar y a la guerra. No eran las preferencias de su carácter, pero, como digo, predominaban en él la dignidad y las obligaciones de rey.

Martín I entendió que en su tarea debía emprender una campaña contra los berberiscos. No pudo triunfar en su ataque al reino de Tremecén, pero tuvo la satisfacción de ver los éxitos de su hijo Martín el Joven, vencedor en el mar de la flota de Génova, y su ímpetu juvenil y guerrero al derrotar al poderoso ejército del conde de Narbona, más de veinte mil hombres, en tierras de Cerdeña, la muy catalana isla mediterránea. Con un ejército que estaba formado por sardos, genoveses y franceses. Fue la batalla de San Luri (1409), que ha pasado a la Historia como un triunfo memorable y que fue celebrada en Barcelona con grandes fiestas.

Era natural que Martín I estuviera entusiasmado con su hijo y viera en él la esperanza para su reino mediterráneo, un verdadero imperio ítalo-hispano. Pero sus ilusiones se vinieron abajo al morir el joven vencedor a los pocos días de su triunfo.

En torno a esta muerte se tejió pronto una leyenda. «No fueron las fiebres, sino "la bella de San Luri", una joven patriota sarda, la que acabó con Martín el Joven, tras una noche de amor, como nueva Judith, vengándose del vencedor, que, no obstante, había sido benévolo perdonando a los vencidos.»

Aparte de la pena por la pérdida de un hijo

triunfador y tan querido, al rey Martín se le plantea el grave problema de la sucesión, ya que con él se extingue la dinastía más antigua de España. Él tiene ya cincuenta y un años, edad provecta por entonces. Hay que casar al rey; parece el título para una opereta, pero es una necesidad, un grave problema que hay que resolver. Se busca, y se encuentra, una joven aristócrata catalana de veintiún años, Margarita de Prades, relacionada con la familia real.

Bendijo la unión Benedicto XIII, ofició la ceremonia el que sería santo, Vicente Ferrer, y ni aun con tan altas bendiciones se produjo el milagro de procrear un príncipe heredero para la Corona de Aragón.

Para colmo, a los pocos meses, el rey se sintió gravemente enfermo y murió en el monasterio de Valldoncellas en mayo de 1410. Ya en vísperas de su muerte, las diversas facciones empezaron de la manera más descarada e indigna a maniobrar para imponer la designación de su candidato a la sucesión.

Los sicilianos estaban dispuestos a que el heredero fuera don Fadrique, un hijo bastardo de Martín el Joven y de una dama siciliana. Estuvieron a punto de llevar a la isla al rey Martín, casi moribundo, para que sobre el terreno designara sucesor a su nieto, por el que sentía gran predilección y que constituyó su verdadera obsesión en los últimos días. Pero los catalanes, desde un principio, se negaban a aceptar a un bastardo, que además se sentía mucho más siciliano que catalán o aragonés.

Una de las últimas disposiciones de Martín I en Valldoncellas fue nombrar gobernador general del reino a Jaime, conde de Urgel, cediendo a las presiones de este y de su bando. Hay autores que creen que el rey, con este nombramiento, impedía que el de Urgel, al que detestaba, pudiera ser candidato a la sucesión. En todo caso, el nombramiento no se llevó

a efecto y fue revocado, lo que suponía, según los historiadores catalanes, una victoria de la burguesía sobre la nobleza.

Las Cortes tomaron parte en tan grave cuestión, exhortando a resolverla cuanto antes, pues era trascendental para el futuro del reino. Y podemos añadir que para la Historia de España y puede que para la universal. Pero estamos llegando a aquel episodio clave de esas historias que fue el archifamoso *Compromiso de Caspe*. Y previamente vamos a dar una idea acerca de los candidatos y de la situación de los reinos.

De los cinco reinos del siglo XIII, excluido Portugal, de los que ya tratamos en capítulos anteriores, al llegar a principios del siglo XV, dos de ellos se habían consolidado con personalidad definida y proyección política de altos vuelos: se trata, naturalmente, de Castilla y de Aragón. El desequilibrio entre ellos estaba en su propia extensión y demografía.

Aragón tenía 112.000 km^2 y 930.000 habitantes; Castilla, 335.000 km^2 y 6.500.000 de habitantes.

En Aragón, con la muerte de Martín el Humano, se había extinguido la dinastía. En Castilla ha muerto el rey Enrique III. Le sucede su primogénito Juan II, de un año de edad. La regencia queda encomendada al hermano del rey difunto, que es el infante don Fernando, y a la reina viuda, Catalina de Lancaster. Estos dos regentes se reparten el gobierno de los territorios, don Fernando el sur y doña Catalina el norte. Luego, al tratar de la personalidad y reinado del infante, podré dar más detalles sobre esta relación.

Los candidatos a la sucesión de Martín el Humano eran los siguientes:

Jaime, conde de Urgel, sobrino segundo del rey y casado con su medio hermana. Es uno de los más

importantes magnates catalanes y bisnieto de Alfonso IV el Benigno.

Luis de Anjou, duque de Calabria, bisnieto por línea femenina de Pedro IV el Ceremonioso y sobrino-nieto del rey Martín.

Alfonso, duque de Gandía, bisnieto de Jaime II, primo tercero del rey Martín.

Fadrique, conde de Luna, hijo de Martín el Joven, nieto natural del rey.

Fernando, infante de Castilla, sobrino de Martín I, hijo de su hermana.

Un revisionismo histórico de tipo no catalán, sino catalanista, político, decimonónico y contemporáneo, quiere hacer de Jaime de Urgel el candidato justo y perfecto. No debía de pensar así Martín I. Le encargó en su día reprimir una sublevación en Huesca, pero no como sucesor, ya que entonces vivía Martín el Joven. El nombramiento de justicia mayor de Aragón y el posterior de gobernador general fueron rechazados por desafuero y además eran en sí incompatibles con la sucesión. Don Jaime era hombre de partido, lo contrario que quería el rey para armonizar sus reinos. Añádase que el hombre de confianza del conde de Urgel era el noble aragonés Antonio de Luna, «violento, irreflexivo y tozudo hasta llevar al desastre». El rey Martín jamás le llama «don Jaume d'Aragó», lo normal si le hubiese considerado su sucesor; simplemente «egregí e car nebot nostre, Jaume, comte d'Urgell».

A los otros dos candidatos, Anjou y Gandía, nunca les tomó el rey en consideración. En cambio, todo el mundo estaba al corriente de la gran predilección de don Martín por su nieto bastardo don Fadrique, en el que veía su sangre y el fiel retrato de su llorado hijo Martín el Joven, con todas sus cualidades. Pero está claro que si el rey forzó su desigual y casi póstumo

matrimonio con Margarita de Prades es porque sabía que un hijo natural nunca sería aceptado en el trono, ni en Aragón, ni en Cataluña, ni en Valencia. Y bien lo comprendieron nobles y pueblo, que nunca alzaron la voz por el joven don Fadrique.

El rey Martín creyó en todo momento que el parentesco que había que tener en cuenta para la sucesión era el entronque con él, no con sus antepasados, y el pariente más cercano que tenía era su sobrino carnal, don Fernando Trastámara. Este infante castellano era de madre catalana y de padre nacido en Aragón Nota 72, y sus cualidades, una garantía para el rey Martín, que además quería cortar los vuelos del conde de Urgel, que aun en vida del monarca reinante hacía ya descarada campaña para sustituirle.

Era el rey quien tenía que decidir y todo el pueblo estaba dispuesto a aceptar su voluntad. Martín I actúa en conciencia, consulta a prelados, consellers, diputados, juristas... Busca, sobre todo, asegurar el bien de sus súbditos en una especie de autoritarismo ilustrado y benéfico. Con este fin cita en Zaragoza al infante don Fernando, que no puede acudir por estar sitiando Antequera. Es la última y perdida ocasión para el encuentro. Martín I se retira, gravemente enfermo, a Valldoncellas.

Allí, en sus últimas horas, ante todos los personajes del reino, el conseller de la ciudad de Barcelona, Ferrer de Gualbes, le pregunta: «Señor, ¿os place que la sucesión de vuestros reinos y tierras, después de vuestro óbito, recaiga en aquel que por justicia debe recaer?». Pregunta poco clara, indefinida, que necesitaba concretarse con un nombre, o en último extremo, que fuera el propio rey el que diese ese nombre, de lo que ya no parecía capaz.

La histórica respuesta fue pronunciada tan pronto y de forma tan expresiva que dio a todos la impresión

de que el rey sabía bien lo que quería decir con aquel escueto «HOC», es decir, «sí» en lengua provenzal. Un protonotario dio fe y firmaron ocho testigos. Efectivamente, el rey debía de saber bien lo que quería decir, pero para los demás, ¿qué significaba aquel sí? ¿Designaba a alguien en concreto?

El gobernador general de Cataluña, Guerau Alemany de Cervelló, leyó y repitió el acta. La decisión quedaba a cargo de los hombres responsables del reino. Así lo creyeron los grandes juristas del momento Joan Desplá y Berenguer de Bardají. El urgelista Pere Tomic, en 1438, decía que el rey había ordenado claramente que su sucesión se hiciera «per justicia et dret».

Como era de esperar, el «hoc» solo sirvió para recrudecer la división entre los partidarios de los varios candidatos. Curiosamente, en el siglo XXI el urgelismo sigue vigente en sectores catalanistas...

Don Fernando de Antequera

Para los magnates y síndicos de Aragón no ofrece duda la palabra de Martín I: el elegido es don Fernando, al que van a buscar a Antequera para que venga a tomar posesión del reino. Están seguros de que era el príncipe más identificado con el rey difunto.

El Parlamento catalán se reunió sin perder tiempo para ordenar jurídicamente la sucesión, tanto en el principado como en los reinos de Aragón y Valencia. Con el mismo fin se reunió en Calatayud el Parlamento aragonés, y desde Castilla el rey-niño Juan II envió a Barcelona una embajada para defender los derechos de su tío y tutor, el infante don Fernando. Los urgelistas sostienen que dicha embajada iba provista

de fondos para sobornos. Ninguna prueba hay de tal cosa, si bien nada hubiera tenido de particular, ya que era costumbre habitual y pocos eran los que no recurrían a semejantes procedimientos en tales casos. Sin embargo, san Vicente Ferrer afirma que nadie debía dudar del «carácter escrupuloso y pura conducta del infante».

Pues bien, don Fernando, por si surgían dudas o conductas ilícitas de otros durante la tramitación jurídica de la sucesión, se presentó en la zona fronteriza entre Aragón y Castilla, en Ayllón, acompañado de 1.500 hombres de armas.

En Calatayud, gracias al jurista Bardají, los tres Parlamentos llegaron a concordar sus actuaciones, plan que estuvo a punto de malograrse por el asesinato del arzobispo de Zaragoza, Fernández de Heredia, «inducido por el conde de Urgel y ejecutado por los hombres del fiero Antonio de Luna, su hombre de confianza».

Siguen las reuniones parlamentarias, los aragoneses en Alcañiz, los valencianos en Traiguera, entre Vinaroz y Tortosa. Tan importantes son las reuniones que el historiador Zurita las considera «las más trascendentales que hubo en España después del Reino de los Godos». El hombre clave en dichas reuniones fue el valenciano fray Vicente Ferrer, «lengua de fuego», que se hace entender de sus oyentes de las más diversas lenguas, el fraile de ardiente caridad, el sabio que conmueve, el hombre de más prestigio de Occidente, que ha recorrido en incesantes viajes.

Hasta los catalanes querían por compromisario al santo fraile, que estaba predicando en otras tierras y no quería compromisos, por lo que rehuía mezclarse en tan complicado asunto. Allí actuaban embajadas, juristas, dinero, espías, políticos y ejércitos; estos últimos en reserva, pero alerta. Y, como bien

sabemos, todos los candidatos eran parientes y miembros de las dinastías hispánicas.

En la Corona de Aragón este reino tenía la primacía, pero Cataluña mantenía su personalidad histórica y su línea de política internacional, y los reinos de Valencia y Mallorca, de incorporación posterior, tenían también personalidad propia.

Por lo ocurrido hasta el momento en este largo y complicado proceso sucesorio y, sobre todo, por lo que vendría a continuación, puede afirmarse que no fue Castilla, que no fueron los Trastámara, sino los reinos del oriente de España, que por sí mismos dieron la solución que cada día era más urgente.

No tuvo éxito alguno una embajada francesa que pretendía imponer como candidato al niño Luis de Anjou.

El papa Benedicto XIII muestra los deseos de armonía pidiendo a los tres Parlamentos implicados una solución conciliatoria. Cita a Séneca, a Paulo Orosio, a san Isidoro, al Fuero Juzgo, a Alfonso X... grandes nombres hispánicos en una línea romano-goticista. Se iba imponiendo un acuerdo jurídico, no por la fuerza, cosa que hoy reprochan los urgelistas a los compromisarios, acusación inmoral e ilusa, ya que el de Urgel nunca habría vencido militarmente. El conde don Jaime hizo todo lo que pudo y más. Trató de aliarse con los moros de Granada, pidió a Inglaterra tropas gasconas... Para él, el fin justificaba los medios.

Solo hubo un encuentro bélico en Murviedro, posición estratégica famosa en toda la Edad Media. Los partidarios del conde fueron totalmente derrotados por los Centelles, partidarios de don Fernando, unidos a tropas valencianas, aragonesas y castellanas. La Historia conoce a Jaime de Urgel como el Dissortat, el desdichado, y lo fue, siempre con la opinión popular en contra y sin el menor acierto en su política.

Los compromisarios. Cada Parlamento ha elegido ya sus compromisarios. Por Cataluña, el arzobispo de Tarragona, Guillén de Vallseca, y Bernat de Gualbes. Por Valencia, Bonifacio Ferrer, su hermano, el famoso fray Vicente, y el jurista Pedro Beltrán, que sustituyó a Giner Rabada, enfermo; y por Aragón, el obispo de Huesca, Francisco de Aranda, y el jurista Berenguer de Bardají.

Aún pretendió Urgel interrumpir las sesiones por la fuerza, pero el duque de Gandía, al que pidió ayuda, se la negó.

Fray Vicente Ferrer predicó por calles y plazas. Los compromisarios le escuchaban. Querían acertar, lograr una solución justa, y para ello consultaban a embajadores, a juristas, a abogados... Y los pretendientes, naturalmente, movían todos sus medios e influencias. Se mantiene el principio de que las mujeres no heredan, pero transmiten derechos. Y se establece de modo irrebatible que don Fernando de Trastámara es de «naturaleza aragonesa». Los jueces creen interpretar la voluntad del rey Martín eligiendo a quien nadie podía igualar «en la defensa de los privilegios, buenos usos y justicia» de la Corona de Aragón, a aquel hijo de catalano-aragoneses.

La declaración oficial y conjunta se publica el 28 de junio de 1412, seguida de un tedeum. El que será san Vicente Ferrer proclama en alta voz: «¡Viva, viva el nostre Rey, el senyor don Fernando!». Es un acto clave en la Historia de España, que complementa en sentido unitario el que representó la boda, siglos pasados, de Ramón Berenguer IV de Barcelona con la reina Petronila de Aragón.

El acuerdo fue recibido con alegría por la población de los dos reinos, Aragón y Valencia, y por el principado de Cataluña. El Parlamento catalán, desde Tortosa, y el obispo de Gerona elogian «la miraculosa

concordia de la elecció».

En febrero de 1413, el conde de Urgel escribe a don Fernando: «A Monsenyor lo Rey»; y termina con un «Vostre humil Jaume d'Aragó». Las últimas rebeldías del conde, alentadas por el furioso Antonio de Luna, acaban en Balaguer, donde se rinde sitiado por las fuerzas reales.

Las dos grandes entidades más representativas de la vida catalana se mostraron claramente favorables al Compromiso de Caspe, al nuevo monarca. Esas entidades eran la Busca, auténtico sindicato de comerciantes y menestrales, y la Biga, unión de la alta burguesía. Con la Busca estaban también los payeses de remensa y los conocidos pelaires o trabajadores y comerciantes del cuero. Y don Fernando, sabio gobernante desde el primer día, no tardó en reconocer a la Generalitat y en jurar las leyes y usos de Cataluña.

Muy amplios comentarios, casi siempre politizados y con intereses partidistas contemporáneos, se han venido haciendo sobre el Compromiso de Caspe y sus repercusiones en el principado de Cataluña, en su historia y en la vida catalana. No es cosa de entrar aquí en más comentarios. Me remito a los que he hecho, sobre datos y obras de otros, en mis libros anteriores en los que trato de este tema Nota 73.

El cambio dinástico acordado en Caspe fue originado por un rey catalán, apoyado por un Papa aragonés y proclamado por un santo valenciano. En la nueva etapa que se abría iban a manifestarse cuatro grandes reyes de la Corona de Aragón: Fernando I, el vencedor de Antequera; Alfonso V el Magnánimo, el gran monarca del Renacimiento; el poderoso y formidable personaje que fue Juan II, y uno de los mejores, si no el mejor rey de nuestra historia común, Fernando el Católico.

En la Crónica del insigne Ramón Muntaner se dice:

> Si los cuatro reyes de España [incluía a Navarra y Portugal] que son una misma carne y una misma sangre se mantuvieran unidos, poco temerían o apreciarían a cualquier otro poder del mundo.

Brillante ejecutoria de Fernando I de Aragón. ¿Quién era y cómo era el nuevo rey de Aragón? Hijo de Juan I de Castilla y de Leonor de Aragón, hermana de Martín el Humano, era a su vez el hermano de Enrique III el Doliente y regente del reino durante la menor edad del nuevo rey castellano Juan II, su sobrino. Su esposa era Leonor de Alburquerque, la «ricahembra» por antonomasia, propietaria de enorme fortuna y de tierras en toda España. Era hija del infante don Sancho, hermano del rey Enrique II, el fundador de la dinastía Trastámara. Se decía que «quien tiene Olmedo tiene Castilla», y Olmedo, más otras muchas ciudades, era parte de la dote de doña Leonor.

Un dato de interés: el rey Enrique III no hizo príncipe de Asturias a su hermano Fernando cuando aún no había nacido el futuro Juan II y él era todavía el heredero de la corona. No había razón alguna para suponer ambiciones de un hermano tan sensato y honesto como don Fernando, que nunca mostró tentaciones sucesorias en Castilla. Para él lo esencial era cumplir su tarea de regente; por ejemplo, ordenando el régimen de los corregidores, encargando a caballeros importantes el regimiento de algunas ciudades y, muy especialmente, reemprendiendo las tareas reconquistadoras, estancadas casi desde tiempos de Alfonso XI, su bisabuelo. Para ello renovó la flota, puso en forma a los hombres de guerra de la frontera y cortó con ellos las atrevidas incursiones de los moros granadinos.

Al frente de sus tropas tomó Zahara y después Ayamonte, asegurando la Andalucía occidental en la

línea portuguesa. Luego llegó a una tregua con el rey moro de Granada. Más adelante, don Fernando inició con gran empeño la campaña para la conquista de Antequera, plaza clave y paso previo para ir a terminar con el último reducto islámico en la Península, tarea que quedaría reservada para sus nietos. Este plan de ofensiva tuvo ecos en Europa, con tono de cruzada, recibiendo el infante muchos ofrecimientos de la nobleza de ultrapuertos.

La plaza malagueña acabó cayendo en poder de los castellanos, y la ciudad conquistada dio a don Fernando enorme prestigio y el nombre con el que pasaría a la historia. Nueva tregua con el moro y seguridad en la frontera para el resto del reinado. Era la primera gran victoria cristiana desde la batalla del Salado. Antes de Granada ya solo quedaba para los romances la ciudad de Loja, «rosa entre espinas», que años más tarde sería la gloria del Gran Capitán.

Las relaciones con Portugal marchaban por buen camino. Ya era hora después de Aljubarrota. En don Fernando dominaba la idea de la reconciliación para superar tantas viejas querellas. El rey era muy inteligente y, como digo en otras páginas, utilizaba una sabia diplomacia combinando el oro y la espada. Con más precisión: es difícil el éxito diplomático si no es a base de subterfugios y engaños, que siempre se descubren, o de tramposas dilaciones que para nada sirven, es decir, si no van apoyadas por una de estas armas, el soborno del oro o la fuerza del acero. Con las dos contaba don Fernando en este momento decisivo de la historia, cuando Castilla le apoya unánime y Caspe va a ser su proyección hacia el trono de Aragón. Es un destino que merece, que él mismo se ha ido labrando.

Su padre, Juan I, le había dado como escudo de armas el de León y Castilla a la derecha y las barras de Aragón y Cataluña a la izquierda. Es la primera vez

en la historia en la que los dos grandes reinos se unen en un escudo, lo que confirman las Cortes de Guadalajara en 1390.

Una vez rey, don Fernando sabe casar a sus hijos. Alfonso V será rey de Aragón y se casará con su prima María de Castilla; Juan, duque de Peñafiel y conde de Lara, será rey consorte de Navarra y luego rey de Aragón; Sancho y Enrique, maestres de Alcántara y Santiago, es decir, casi reyes; María sería reina de Castilla, y Leonor, de Portugal. Quedaba don Pedro, del que no tengo más noticias.

Todo esto, obra política matrimonial de Fernando I sin salir de la Península, siguiendo la norma de los Trastámara, desde Enrique II hasta los Reyes Católicos, que concertaron nueve matrimonios reales, como quien dice, en casa, sin salir de las tierras ibéricas. No cabe duda de que tenían un afán unificador.

Don Fernando, robusto y honesto según las crónicas, rodeado de hijos, de nobles, de prelados y de poetas en su castillo de Peñafiel, es la estampa viva del gran infante medieval que va a ser un gran rey de Aragón. En sus campañas andaluzas se acerca a Sevilla. Allí, con innato sentido de la propaganda, enarbola la espada de su antepasado y homónimo san Fernando.

Breve fue el reinado de Fernando I en Aragón, ya que murió a los cuatro años de subir al trono, en 1416 Nota 74. Pero por su talento político, por sus hechos militares, por su descendencia y por su hombría de bien merece, como sus más gloriosos antepasados, que le incluyamos entre los grandes reyes de la Edad Media española.

ePUB

15

Don Álvaro de Luna, Más que un Rey

El Compromiso de Caspe ha convertido en rey de Aragón a un Trastámara castellano lleno de buenas cualidades y con unos hijos capaces de lo mejor y de lo menos bueno, en todo caso conflictivos, los que por antonomasia la Historia conocerá como «los infantes de Aragón», que por sangre y por nacimiento son también infantes de Castilla.

Hasta ahora, los reyes han sido los protagonistas en los reinos cristianos de la Península. Ahora van a pasar a segundo plano en la gran partida que se va a jugar en tierras castellanas. Una partida, decía yo en mi obra Los nobles e innobles validos Nota 75 que es como un gran retablo medieval, lleno de luces y de sombras, de brillantes episodios y de mezquinas argucias, un paréntesis y un pórtico a la vez, antes del reinado de los Reyes Católicos que remata la Edad Media y que abre España al Renacimiento y, la primera en Europa, a la gran empresa de la Edad Moderna.

Juan II de Castilla

Después de doce años de minoridad, el nuevo rey Juan II asume el gobierno en las Cortes de Madrid de 1419. Por desgracia para Castilla, la capacidad y dotes del soberano no ofrecen la menor garantía para tal gobierno. En nada se parece al decidido, terrible y tenaz fundador de la dinastía, Enrique II, ni al buen político y eficaz gobernante que fue su tío y tutor, don Fernando de Antequera; ni, incluso, al inteligente Enrique III.

Juan II era débil e irresoluto; amador también de toda gentileza como su homónimo el Juan I de Aragón, pero incapaz de imponerse, de saber mandar y de tener la voluntad y sutileza para ser digno de su alta posición en el reino, en unos tiempos en que iban a aparecer en escena don Álvaro de Luna y los infantes de Aragón. Esos infantes, hijos de Fernando I de Aragón, Alfonso, Juan, Enrique, Pedro, María, Leonor y Sancho, personajes que nos han llegado con un halo de romance fronterizo, con la belleza poética de las Coplas de Jorge Manrique y hasta con esa especie de ensayo político que es La Crónica del Halconero.

De esos infantes, cuatro llegaron a ocupar tronos peninsulares: Alfonso, Juan, María y Leonor. Ya los iremos encontrando.

Don Álvaro de Luna

La figura de la época y de este capítulo, casi un rey, más que un rey, menos que un rey, todo y nada, don Álvaro de Luna, se nos presenta «con ímpetu juvenil, con esa arrogancia, elegante y bien calculada, que va a caracterizar su andadura histórica, como valido,

espejo de validos».

Consta en las crónicas que nació muy probablemente en Cañete, tierras de Cuenca, en fecha no bien determinada a finales del siglo XIV, tal vez en 1392.

Su madre, por mal nombre «la Cañeta», se llamaba María Fernández Jaraba o de Urazandi, mujer del alcalde de Cañete, y de ahí el remoquete. Las crónicas son crueles: dicen de ella que «era mujer muy común, nada honesta ni virtuosa». El padre del futuro condestable de Castilla era señor de varios lugares de la región de Cuenca, de la primera nobleza de Aragón, y había sido copero mayor de Enrique III. Don Álvaro tuvo un buen maestro en el hermano de su padre, don Juan Martínez de Luna. Cumplió este tan bien su misión, que el alumno a los diez años leía y escribía de corrido, montaba como un experto jinete, sabía batirse con varias armas y todos le consideraban como «galán, cortés y afable».

Cuando a don Álvaro se le podía llamar ya joven mancebo, fue a pasar unos días con su tío Pedro de Luna, nada menos que arzobispo de Toledo, la mejor llave para hacer carrera. Además, su próximo pariente, con una larga serie de conflictos políticos y religiosos a cuestas, pero todavía con gran prestigio y peso en los reinos peninsulares, era el anciano Papa Luna, que apreciaba mucho al joven Álvaro, al que bendijo en varias ocasiones y dicen las crónicas «que se regocijaba con él».

En 1410, Juan II, de tres años de edad, recibe como paje al hijo de «la Cañeta». Eran días en que gobernaban como regentes la reina viuda, Catalina de Lancaster, y el rey de Aragón, Fernando I.

El nuevo paje, cuando el rey tiene ya catorce años, es para este como la compañía indispensable. Le necesita a su lado, quiere que duerma a los pies de su cama, llora cuando se aleja... Es debilidad, infantilismo

caprichoso, orfandad —ha muerto la reina madre—, sentimentalismo del rey poeta; pero tanto afecto y tanta intimidad han llevado a algunos a sospechar en unas relaciones de otra índole; de ello no hay la menor constancia histórica.

En cambio, don Álvaro mostró pronto su afición a las damas, empezando por un intenso galanteo con doña Inés de Torres, favorita de la reina Catalina y comprometida con el influyente magnate leonés don Juan Álvarez Osorio, que por esta razón se apresuró a alejar, de momento, al joven galán de la corte. A su vuelta, se trató de encerrarle, en circunstancias comprometedoras, con doña Constanza Barba, idea de la reina y de Osorio, pero don Álvaro no cayó en la celada. La predilección de Juan II le libró del destierro; a los pocos días ya estaba a su lado en palacio, verdadero asombro de los cortesanos. Vence en las justas, pero es herido, y las damas se mueren de amor por él. Las crónicas de entonces, y las coplas, no se mordían la lengua: eran felices en relatar y exagerar liviandades, rijosidades y pecados contra naturam, con un lenguaje obsceno y raez, como diría Sánchez-Albornoz.

La muerte del arzobispo Pedro de Luna es un contratiempo para el futuro valido. Ahora el hombre fuerte del reino es el nuevo prelado de Toledo, don Sancho de Rojas; pero don Álvaro cuenta con la ayuda de Juan Hurtado de Mendoza, otro influyente tío suyo. Así, siendo un simple doncel real, disponía ya de una hueste personal de trescientos hombres de armas, la mayor parte caballeros nobles, Guzmanes, Girones, Portocarreros, Pimenteles...

Al poco tiempo, don Álvaro es consejero real, hecho sin precedentes aun en los tiempos de máximos favoritismos. Hasta los infantes de Aragón le respetan en esa partida que empieza a jugarse en Castilla.

La relación entre los dos grandes reinos españoles

parecía perfecta, Trastámaras en los dos tronos y los matrimonios entre Juan II con María, hija de Fernando I, y de la otra María, hermana del rey castellano, con el príncipe heredero aragonés. Cruces y más cruces en familia, aquella disparatada endogamia a la que tan aficionadas eran por entonces las casas reales.

El Infante Don Enrique

Tan inquieto y ambicioso era el tercero de los infantes de Aragón, don Enrique, que no conforme con su alta posición se dedicó a conspirar contra el rey de Castilla. Sus dos hermanos mayores no entraban en el juego; Alfonso y Juan tenían ya asegurados los tronos de Aragón y Navarra.

Don Enrique, marqués de Villena, organiza el golpe en Tordesillas. Hace prisionero al rey y a su mayordomo mayor, Hurtado de Mendoza, el tío de don Álvaro. Este en aquella ocasión quedó en libertad. Ya por entonces se había casado con doña Elvira Portocarrero, de gran familia del sur, y ha visto acrecentar su poder con el señorío de San Esteban de Gormaz, con el título de conde de Santisteban. Es admirable la audacia con que se desenvuelve. Él es el hombre del rey y, a pesar de ello, con el rey preso nada pierde y sigue contando con el respeto y el miedo que infunde a gran parte de la nobleza.

Con esa audacia desconcertante lleva a cabo una sencilla operación para liberar al rey, que está preso en Talavera después de su detención en Tordesillas.

Los carceleros no pueden negar al monarca algo que parece indispensable para todo gran señor de todos los tiempos: salir un rato a cazar. Y de caza va don Juan muy de mañana con su don Álvaro.

Andando, andando, se van tras la garza, cruzan el río Alberche por el puente de Malpica y llegan hasta Montalbán. Les acogen en el castillo, que es de la reina, y allí esperan la llegada de don Enrique, que acude raudo tras su real evadido y pone sitio a la fortaleza.

Poco dura el asedio. Sin ayuda de su hermano don Juan, el más fuerte de los hermanos, admirable personaje del que ya hablaremos, el marqués de Villena levanta el cerco, rinde homenaje al rey y se retira a Ocaña, cabeza del señorío de la Orden de Santiago, de la que es maestre. Don Álvaro aprovecha bien la circunstancia y reúne una hueste de tres mil hombres, que pone al servicio del rey. Así vuelve a hacerse el amo de la situación; cada día es más indispensable para el soberano, al que ha devuelto el poder y la dignidad.

La gran partida medieval. Juan II se traslada con toda su corte a San Esteban de Gormaz para dar posesión de su condado al valido. Es un formidable paisaje bélico; la fortaleza a lo largo de la cresta de los montes, el escenario perfecto en el que el rey es como un elegante espectador de la gran partida en la que don Álvaro, con un poderoso ejército, debe enfrentarse al ambicioso don Enrique, que sigue siendo el más peligroso enemigo desde Ocaña. En esa partida se mueven reyes y reinas, infantes, banderas y fortalezas, mesnadas y capitanes: el tablero medieval, campo del honor en el que rebrillan las espadas. «Tiempo aquel de bellos títulos, almirantes, maestres, condestables, alféreces del rey, adelantados, tiempo de esa especie de bélico rigodón castellano en el que la corte trashumante y las pequeñas batallas como torneos iban de Toledo a Valladolid, de Arévalo a Medina, de Burgos o de Ayllón a Olmedo y Tordesillas. Es como una gran plaza mayor, abierta a toda la

Península, pues en la partida entran también aragoneses y catalanes, gallegos y andaluces, murcianos y navarros.» En esa gran plaza hispánica, la de Medina, por ejemplo, se transmiten las crónicas medievales, que piden la letra miniada, y las coplas que llaman populares, porque el pueblo las siente y las transmite, pero nunca las escribe.

Las gentes de don Enrique van desertando y el rey de Castilla —¿don Juan o don Álvaro?— se siente firme y organiza un gran desfile, parada de lujo como corresponde a tal señor y a tal valido, brillantísimo: miles de hombres, a pie, a caballo, estandartes, añafiles, los claros clarines... El ala derecha la manda el infante de Aragón, el más fuerte, el que será Juan II de Aragón, el padre de Fernando el Católico. Y el ala izquierda, el propio condestable don Álvaro, con sus mil o tres mil lanzas. Después, la corte se va a Olmedo, a descansar.

Ese personaje colosal que es el infante Juan de Trastámara, antes de Fernando tiene otro hijo, su primogénito, que nace por aquellos días en el castillo de Peñafiel. La madre es doña Blanca de Navarra, hija de Carlos III el Noble. Al recién nacido la Historia le conocerá como el Príncipe de Viana, título que en adelante llevará el infante heredero del trono de España como rey de Navarra, como el principado de Asturias, como el de duque de Gerona. El de entonces, el nacido en Peñafiel, un doncel que lo pudo ser todo, se quedará en un bello nombre para la Historia. Sus padrinos fueron el rey de Castilla y su valido, cada día más unidos. Ya vendrían otros tiempos.

La corte se traslada ahora a un pequeño poblado junto al antiguo coto de caza de don Enrique el Doliente: por primera vez, pero solo de paso, Juan II hace de Madrid la capital de España.

Las Cartas Falsificadas

Como consecuencia de un malhadado asunto de cartas falsificadas sobre supuestos tratos secretos con el rey de Granada, fueron incautados todos los bienes del condestable Ruy López Dávalos, jefe de la frontera con el moro, y los del infante don Enrique, maestre de Santiago, al que se suponía instigador de la traición. Juan II resolvió con toda energía este asunto. Primero se negó a recibir a los acusados; luego lo hizo, pero con duras palabras a don Enrique, arrodillado a sus pies y mandando detenerle, así como a sus seguidores Garci Álvarez de Toledo, Garci Fernández y Pedro Portocarrero. De todos los bienes expropiados se hicieron varias partes. A don Álvaro, ¡cómo no!, se le adjudicaron extensos lotes de tierras en Ayllón y en Gormaz. Al inocente y desposeído Dávalos, fiel servidor en tres reinados, se le desterró a Valencia. Dícese que muchos años después, desde allí, ya anciano, escribió al condestable: «Que sepa el señor don Álvaro que cual él fuimos y cual somos será».

Al condestable sigue preocupándole la presencia en Castilla de los infantes de Aragón, con ambiciones hereditarias como Trastámaras y con inmensas propiedades territoriales. Teme la intervención del hermano mayor, Alfonso V el Magnánimo, que, no obstante, dedica todas sus atenciones a Italia más que a Castilla. Don Álvaro, en prevención, cree que lo más eficaz es procurarse alianzas exteriores y ganarse a los nobles repartiendo mercedes. Recuerda con ello al gran político y maniobrero que fue el fundador de la dinastía, Enrique II, y reparte a manos llenas villas y castillos, rentas y títulos, con sus correspondientes tierras. Claro que es él siempre el más favorecido.

Por aquellos días crea el primer ducado de España, el de Arjona, concedido a don Fadrique de Trastámara, título hoy vinculado a la Casa de Alba. Don Iñigo López

de Mendoza, el gran poeta, señor de Hita, es elevado a marqués de Santillana, y don Rodrigo Manrique, el padre de Jorge, que no se pasó la vida «tan callando», va a ser conde de Paredes de Nava. El famoso Pero Niño, señor de Cigales, será conde de Buelna; don Gutierre Gómez de Toledo, señor de Valdecorneja, abrirá los grandes títulos de la Casa al ser nombrado conde de Alba de Tormes, y entrarán también en la serie nobiliaria Pierres Peralta, Fernán Sánchez de Tovar y Pedro Vaca. El propio don Álvaro, conde de San Esteban de Gormaz, se autotitula duque de Trujillo. Él es el primero en todo, modelo de validos de todos los tiempos, fiestas fastuosas mientras discurre grandes combinaciones diplomáticas, que con el mando militar fueron siempre el sueño de los superprivados de Su Majestad: Olivares, Lerma, Valenzuela, don Juan José de Austria, Godoy... hasta alguno del siglo XX: los nobles e innobles validos.

Pero también es cierto que, al lado de tanto personalismo y de tanta megalomanía, don Álvaro luchó siempre por el fortalecimiento de la monarquía y fue leal a su débil señor. «Aquí se elige a quien quiere el rey», decía, que era como decir: aquí se elige a quien quiero yo. Pero entre tanta combinación, entre tantas fórmulas de compromiso y tantas concesiones, él era totalmente sincero.

Nace Enrique IV

Por aquellos días, en 1425, nace en Valladolid el príncipe heredero de Castilla. Pudo ser un regalo de la Providencia y resultó una gran calamidad, cuyos hechos, nefastos casi siempre, se salen de los límites de este libro: Enrique IV.

Son tiempos en los que continúan las diferencias y

conflictos entre los parientes Trastámara de Castilla y Aragón. Carlos III el Noble de Navarra, suegro de don Juan de Aragón, se ofrece como mediador. La partida queda de momento en tablas gracias al tratado de reconciliación de las Torres de Arciel. No obstante, queda un peligro latente: la nobleza castellana sigue viendo a don Juan, Trastámara, infante de Aragón, rey consorte de Navarra y futuro Juan II, como su señor natural. Esa presión nobiliaria crece de día en día. Llega a tal punto que el condestable desaparece momentáneamente de la escena y se autodestierra.

Se va a Ayllón, a las tierras de su condado, y allí parece sentirse feliz. Es como un intermedio, como unas agradables vacaciones, nada de castigo o exilio. Allí se rodea de nobles y de prelados, caza el jabalí y el venado, escribe versos y notas políticas para su crónica y cartas diarias al rey para mantenerse presente. Además, llegan frecuentes noticias de que el pueblo está de su lado. Lo malo es que, aprovechando su voluntaria ausencia, don Juan de Aragón se ha instalado en Medina del Campo, su ciudad, y los tres infantes aragoneses están reuniendo tropas al tiempo que acusan a don Álvaro de haber tenido al rey semisecuestrado en Zamora.

El rey, aunque débil e indeciso, no cede a la presión de sus parientes aragoneses, a los que apoyan nobles de primera línea, los Mendoza, Stúñiga, Velasco, Álvarez de Toledo. Él necesita a don Álvaro a su lado, «ese producto híbrido de dictador y criado distinguido para todo». Así, el destierro de año y medio termina.

De modo pacífico, aprovechando la incapacidad y las divisiones entre sus rivales, cazando por los bosques de Riaza, don Álvaro olfatea ya el olor más delicioso para él que los de la jara y el tomillo: el olor del poder Nota 76.

El resplandeciente condestable de Castilla se presenta en Turégano, con heraldos, estandartes, atabales, lanzas y escudos, caballos empenachados, brillantes cascos y espadas, servidores negros... Salen a recibirle don Juan, ya rey de Navarra, el ya menos díscolo infante don Enrique y lo más florido de los caballeros de la nobleza. Las gentes del pueblo le aclaman desde una legua antes de llegar al castillo. Allí el rey le espera y le abraza largo rato. No cabe mayor gloria. Sin él se puede decir que no había corte. Algunos llegan a pensar que sin él Castilla no sería Castilla. La Crónica de Juan II de Castilla nos dice: «De allí en adelante él tomó la gobernación como de primero». Y la Crónica de don Álvaro añadía: «¡Oh gente bien acordada! Con él non pueden vivir, sin él non saben qué facer».

Puede decirse que a pesar de las malas cosechas, de la peste y de los combates, las cosas no iban del todo mal en «la Kour de Castelhana», como la llama el viajero centroeuropeo Léon Rosmithal de Blatna, que pasó por aquí camino de Compostela. No éramos muy distintos de Inglaterra, de Francia, de Borgoña. En muchos aspectos, en pleno siglo XV éramos plenamente europeos.

Sigue la Gran Partida

Don Juan de Aragón, ya rey de Navarra, es un protagonista de la Historia de gran categoría, no solo por su corona, sino por la extraordinaria potencia de su formidable personalidad. No cabe en Castilla, donde ya hay un rey, Juan II. Se le dice al Trastámara aragonés que debe abandonar el reino, que se vuelva al suyo. Y al siempre arriscado infante don Enrique, el condestable le envía a las fronteras de Granada para

que se desfogue frente al moro.

Don Álvaro, en la línea de Enrique II, que sigue en muchos aspectos, sobre todo en lo internacional, refuerza su amistad con Francia y desarrolla el gran poderío naval castellano, ese que ha llevado a nuestra flota a pasearse por el Támesis y las costas del norte de Europa como si estuvieran en el Guadalquivir. Lo que es curioso es que don Álvaro de Luna deje de apoyar a su pariente, el Papa Luna, y se incline a favor del Pontífice de Roma.

Los aragoneses siguen empeñados en intervenir en Castilla. Han instalado sus cuarteles desde Tarazona a Uclés, y enfrente, Juan II, es decir, don Álvaro, concentra sus tropas en Gormaz y Osma, mientras se lleva el mando al castillo del condestable en Escalona. Allí, el gran valido recibe del rey lo que más anhelaba por entonces, el maestrazgo de la Orden de Santiago, del que se desposee a don Enrique.

Don Álvaro, ante el que se acumulaban los problemas, tiene que multiplicarse. En la gran partida mueve con habilidad sus piezas, mueve los peones, hace saltar a los caballos, hacen diagonales sus alfiles y asalta las torres. Corren vientos de guerra, pero él desea la paz. Por fortuna, cuenta con factores favorables.

Los catalanes de la Corona de Aragón, siempre sensatos y conservadores, no quieren gastar en la guerra y los asuntos nobiliarios poco les afectan. La reina de Aragón planta sus tiendas entre los dos ejércitos para evitar el combate, y lo mismo intenta el cardenal de Foix, legado del Papa.

No iba mucho con el carácter delicado del rey el mantener un clima bélico y agresivo, pero el hecho es que reunió un ejército que, si no mienten las crónicas, contaba con diez mil jinetes y cincuenta mil peones. Lo probable es que fuera don Álvaro el animador de un

monarca al que lo que le deleitaba era reunirse y admirar al gran poeta Juan de Mena y al no menos noble y escritor don Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana.

Otro rasgo paradójico de Juan II fue mandar a prisión a su primo don Fadrique, conde de Trastámara y duque de Arjona, que murió de forma misteriosa al poco tiempo... El rey lloró amargamente y se puso de luto.

Pasaban todos estos episodios y don Álvaro se multiplicaba: poder concentrado, omnipotencia, omnipresencia, omniconocimiento... En muchos aspectos es como un predecesor práctico del Príncipe de Maquiavelo.

Entre sus medidas enérgicas, la prisión de doña Leonor de Alburquerque, «la ricahembra», en el convento de las clarisas de Tordesillas, ciudad siempre en primer plano durante la Edad Media. Allí pasaría sus días y sus noches, años más tarde, la reina de Castilla doña Juana, en tiempos de su hijo Carlos I.

Don Álvaro cada día vive su simbiosis con Juan II. «Los demás caballeros —le dice al rey— están con los infantes o contra los infantes porque los aman o porque los temen: yo no amo ni temo sino a vos.» Clásico lenguaje de valido, que hábilmente ve cómo por aquellos días cada vez son más los nobles que se unen a su bando.

También en esa etapa relativamente tranquila el condestable, que se ha quedado viudo de doña Elvira de Portocarrero, contrae nuevo matrimonio con doña Juana Pimentel, hija del conde de Benavente, buena boda y entronque con poderosa familia. El enlace se celebra en Calabazanos y los reyes son sus padrinos.

En cuanto a lo internacional, don Álvaro auspicia las buenas relaciones con Portugal y así mantiene a raya a los infantes don Enrique y don Pedro, que

siguen enredando por Extremadura. Y fomenta un difícil equilibrio entre Francia e Inglaterra, adelantando muchos puntos de la política de los Reyes Católicos, sobre todo en las relaciones con Portugal. Con Aragón firma, gracias a la mediación de Navarra, la tregua de Majano, nada menos que por cien años, y a doña Leonor de Alburquerque la deja en libertad y la devuelve sus posesiones. Así es Juan II, quiero decir, don Álvaro de Luna.

Con las manos relativamente libres, el gran condestable recuerda que es el general en jefe de los ejércitos, máxima ilusión de todo valido, así como adelantado responsable de la frontera con el reino de Granada. Es el momento para emprender allí nueva campaña y de ponerse él al frente de los ejércitos. Es la misión secular de los reyes de Castilla, y se la brinda a Juan II.

La primera idea es atacar a Málaga, contando con que la flota castellana domina sus costas.

Los historiadores clásicos españoles, recuerdo yo en mi libro sobre los validos, Mariana, Zurita, Quintana, Lafuente, «se entusiasman con el relato de la campaña».

En el aspecto espectacular, bien lo merecía. En cuanto a la efectividad y consecuencias, no era para tanto. «En el monasterio de El Escorial, en los claustros, un enorme fresco de gran valor documental y bella ingenuidad nos da la más cumplida información sobre la batalla, espléndido ejemplo de torneo medieval en gran escala.»

Era como el Austerlitz de don Álvaro, al frente de diez mil caballeros y ochenta mil peones; allí estaba la más florida nobleza de Castilla, de Navarra, de la Corona de Aragón... Don Álvaro de Luna creía revivir Las Navas de Tolosa. Juan de Mena, nada menos, era el poético cronista de la batalla, que se llamó de La Higuera, o de La Higueruela. Allí estuvo el rey don

Juan, disfrutando de la victoria de los suyos frente a un enorme ejército granadino, cuyas cifras de cientos de miles exageran las crónicas. Muchos debían de ser, desde luego, pero no tantos.

Mucho brillo, relativa eficacia, tedeum de acción de gracias. Granada quedó más sometida, pero aún faltaban sesenta años para rematar la conquista. ¿Por qué no se siguió a la ciudad cuando La Higueruela estaba casi a sus puertas? ¿Por qué se retiraron los vencedores? Se habló de sobornos, de regalos... Lo más probable es que al condestable le bastara ya con aquella brillante victoria, y otros problemas internos le reclamaban en Castilla. «Es la época dorada de los romances fronterizos. El rey don Juan y aquel soberbio personaje que fue don Álvaro eran grandes amadores de toda gentileza, poetas y héroes de romancero a la vez.»

Alerta frente a los nobles. Don Álvaro de Luna tuvo un hijo, Juan, en los días de La Higueruela. Los reyes le regalaron un rubí y un diamante de más de mil doblas cada uno, y al condestable le dieron en propiedad el castillo de Montalbán, aquel del que don Álvaro liberó al rey cuando estaba prisionero llevándole a cazar garzas.

Pero un valido, con enemigos por todas partes, no puede dormirse en los laureles. Un valido manda siempre en precario, tiene que producir continua expectación y tener a raya a sus potenciales adversarios. Entre ellos, varios de los grandes nobles, como el conde de Haro, los Velasco, el señor de Valdecorneja, Álvarez de Toledo, que será conde y luego su Casa será elevada al ducado de Alba, y el poderoso don Íñigo, cabeza de la Casa de Mendoza y famoso poeta. A todos ellos les hace ir a prisión. En cambio, a su hermanastro, Juan de Cerezuela o de Luna, le nombra obispo de Osma y después arzobispo

de Sevilla.

Rápido en el subir, el descenso del gran privado será lento pero inexorable. Ha aparecido en escena el príncipe heredero. Él representa el futuro, mientras don Álvaro solo es el presente, así que los que pululan en torno al poder no pueden dormirse en sus glorias: hay que apuntarse a lo que viene. El de Luna lo sabe y trata de evitar contingencias haciéndose nombrar ayo principal del príncipe de Asturias, don Enrique, que tiene diez años.

Pero contra el condestable vale todo. Se le atribuyen horribles delitos, se le hace la personificación del mal. Hay que convencer de ello al monarca. Se le acusa de haber reunido inmensos tesoros que invierte en Génova y Venecia. Se le culpa de calumnias para indisponer a los nobles unos con otros; por su culpa entramos en guerras que arruinan el país y llevan el luto a las familias... «Majestad: hasta a V.A. le falta al respeto y os desprecia a vuestras espaldas.» Las muertes misteriosas de personajes se le atribuyen: la del duque de Arjona, la del conde de Luna, la de Alonso de Robles... ¿Qué puede esperarse de un mago diabólico, de un ente del infierno? Hasta se le acusó de judaizante.

Los nobles se lanzan contra él, alentados especialmente por mosén Diego Varela, notable personaje de la época, agitador y literato. Las gentes de los dos bandos llegan a enfrentarse en pequeñas batallas. En una muere Lorenzo Dávalos, al que Juan de Mena dedica su *Laberinto* o *Las trescientas* Nota 77.

Tanta es la presión contra don Álvaro que Juan II se ve obligado a enviarle de nuevo al exilio.

Se le da a elegir entre San Martín de Valdeiglesias, tierras de su esposa doña Juana Pimentel, o los bosques de Riaza. Todo menos que vuelva a montarse su corte en Ayllón. Se le prohíbe escribir a los reyes y al príncipe, y se pone al conde de Benavente como

guardián y vigilante de Juan, el hijo del valido.

Estas medidas son la consecuencia del llamado «golpe de Estado de Rámaza», aldea cercana a Madrigal de las Altas Torres y a Medina del Campo, donde se reunieron el príncipe heredero don Enrique y los infantes de Aragón para rematar la ruina del condestable. Pero la nobleza tiene miedo a los Trastámara aragoneses, sobre todo a Juan II, rey consorte de Navarra. Y prefieren volver a apoyar al rey, y con él a su indispensable don Álvaro.

Siguen las pequeñas batallas entre los dos bandos. A la de Olmedo en 1445 se le da una cierta importancia Nota 78. Vencieron los del rey con el condestable al frente de las tropas. No hubo medidas de venganza, pero sí un gran reparto de mercedes. Don Juan Pacheco fue nombrado marqués de Villena, personaje que mucho intervendrá en la política de este reinado y del siguiente. A don Íñigo López de Mendoza se le había hecho marqués de Santillana, y a don Rodrigo Manrique, conde de Paredes de Nava. Y nace el título de duque de Medina-Sidonia, concedido al conde de Niebla, mientras don Álvaro a su condado de San Esteban de Gormaz une el de Alburquerque y el ducado de Trujillo.

El tiempo de don Álvaro de Luna, con todo esto, no es mejor ni peor que otros anteriores y venideros, pero hay en él una extraña belleza sobre las intrigas y crueldades que le rodean de un halo literario e histórico incomparable. Del Duero al Adaja, del Arlanzón al Tormes, del Tajo al Tiétar, sigue la danza, el auto medieval de la muerte y la vida.

Relaciones de las Familias Reales

En aquellos tiempos de monarquías absolutas y hereditarias, las relaciones familiares cobraban esencial trascendencia. Las bodas, los nacimientos, las muertes, eran factores clave en el gobierno y la política.

Ha muerto la reina doña Blanca de Navarra, esposa del infante Trastámara, el mayor, el poderoso duque de Peñafiel que será Juan II de Aragón y que no tarda en contraer nuevo matrimonio con doña Juana Enríquez, hija del almirante de Castilla. Serán los padres de Fernando el Católico. También acuerda el rey de Navarra casar a su hija Blanca con el príncipe heredero de Castilla.

Por las mismas fechas muere en Toledo la reina de Portugal, hermana de los infantes de Aragón, y a poco le sigue la reina de Castilla, que fallece en Valladolid. Estas desapariciones, casi simultáneas, podían dar lugar a comentarios malévolos, sobre todo en unos tiempos en que ciertos procedimientos eran muy de sospechar. Podría asegurarse que don Álvaro nada tuvo que ver en estos casos.

El condestable lleva su privanza hasta el punto de preparar al viudo monarca su segundo matrimonio. Ha elegido a la princesa Isabel de Portugal, país que goza de todas sus preferencias, muy laudables, para enlaces y alianzas políticas.

Falló aquí la previsión y también la astucia de don Álvaro, ya que la nueva reina, en cuanto se vio en el trono, le declaró su enemiga, convirtiéndose en el mayor peligro para su privanza con Juan II, de cuya voluntad y de cuyo corazón se apoderó totalmente. Al mismo tiempo, el marqués de Villena se unía a ella con el propósito de derribar al valido y convertirse en su sucesor.

El cerco se va estrechando. Don Álvaro de Luna ya no es el mismo. Los años y tanta lucha en la cumbre

le han ido minando. Ya no tiene su antiguo encanto, ha perdido capacidad de maniobra, empieza a declinar de modo notorio. Su gallardía se ha trocado en soberbia, su equilibrio en falta de sentido de la medida. Juan II le temía todavía, pero ya no le amaba. Las maniobras y caricias de la reina Isabel, bien dosificadas, han hecho su efecto en el rey. Don Álvaro también teme a su señor. Sabe que la debilidad fácilmente se convierte en inquina y desvío. Por ello refuerza su guardia personal, que encomienda a su hijo natural Pedro de Luna, señor de Fuentidueña. El condestable fue fiel a sus dos mujeres y su vida conyugal fue grata, sin problemas en los dos casos. Sin embargo, hubo un desliz con una señora noble de Toledo, doña Margarita Manuel. Ese don Pedro de Luna fue el resultado.

En este don Álvaro de la etapa precursora del fin no se sabe qué admirar más, si aquel esplendor de los días pasados o la gallarda apostura, rayana con la tozudez, con la que se enfrenta a la adversidad. Con todos sus defectos, es un gran hombre que en los momentos más difíciles encuentra alivio en las situaciones guerreras y en la atención a los problemas internacionales. Hasta se mezcla en los choques entre agramonteses y beamonteses, guerra que estalla en Navarra hacia 1450. Y, desde luego, con inclinación a favor del príncipe de Viana frente a su padre, Juan II de Aragón, es decir, que revive su vieja querella con el principal de los infantes aragoneses.

Sin entrar en más detalles sobre esta etapa, podemos advertir que don Álvaro, sin precedentes en la historia de la monarquía española, no sabía que un valido, en cierto modo un dictador, no puede nunca rematar una carrera triunfal, dejar en herencia su sistema y partir gloriosamente en olor de multitud.

A lo largo de sus muchos años de gobierno a la sombra del rey, llenos de claroscuros pero siempre

con el brillo de aquella personalidad extraordinaria que fue don Álvaro, auténtico protagonista de la Historia, sus enemigos habían ido tejiendo una red en su torno de la que ya le sería imposible escapar. Además, ahora el objetivo no es solo eliminarle políticamente. Ha demostrado el condestable que es capaz de superar toda clase de asechanzas; por ello, el único sistema para vencerle es matarle, que desaparezca para siempre del escenario histórico.

De castillo en castillo, dicen las crónicas, don Álvaro de Luna sigue en el poder durante año y medio. Le queda su ansia inextinguible de mandar y probablemente ese deseo de todos los grandes protagonistas de dejar honda huella para las generaciones.

También se da en la vida de don Álvaro algo que es común a todos los validos en general: la importancia que tienen las mujeres en su ascenso, y lo decisivas que son para provocar la caída. En este caso, la labor de zapa de la reina fue fundamental. Lo que es difícil saber es si el rey, hasta última hora, hizo algún esfuerzo para salvar a su valido. Juan II le había dicho: «Mirad que llegará el tiempo en que, aunque os quiera defender, no podré». En una persona como el monarca, es de suponer que la decisión estaba ya tomada, que en su debilidad había ya cedido a las presiones de los enemigos del valido. Así que sus palabras, más que una advertencia, eran una amenaza. El favor de los grandes es a menudo tornadizo, y más todavía si son débiles. Puede llegar a la crueldad moral.

El Viernes Santo de 1453, en Burgos, el predicador de moda, ante la multitud, insultó al valido. Reclamó este al obispo, y el fraile se excusó: «Ha sido Dios que me inspiró». Don Álvaro, al saberlo, tuvo un rasgo de humor: «A la verdad, es mucha mofa decir que un fraile gordo, colorado y mundano como este tenga

revelaciones de Dios».

La crónica del *Centón epistolar* comenta: «Ya la saña de la reina con el Condestable rebasa, y el Condestable enfurecido de cólera o de malatía de mente, peor se gobierna cada día». Y es cierto que don Álvaro había perdido un tanto los papeles; por ejemplo, haciendo ejecutar a su hombre de confianza, Alonso Pérez del Vivero, al suponer que le había traicionado; traidor sí, dice la crónica, pero ya ¿para qué?

Juan II, el 3 de abril de 1453, firma el documento que supone la destrucción de don Álvaro de Luna. Pasó antes la noche lleno de angustias y pesadillas, y de mañana escribe: «Don Álvaro de Stúñiga, mi alguacil mayor, yo vos mando que prendáis el cuerpo de don Álvaro de Luna, maestre de Santiago, o si se defendiese, que le matéis. Yo, el rey». Stúñiga iba acompañado del conde de Plasencia, del que era hijo, y de don Diego Hurtado de Mendoza, hijo del marqués de Santillana.

Trató don Álvaro de confirmar la orden real. Juan II, balbuciente, intentó excusarse ante Gonzalo Chacón, bravo y fiel doncel del condestable, pero Stúñiga había acudido ya al castillo para cumplir lo ordenado.

El valido, con una inocencia impropia de su talante natural, creyó que aquella lucida tropa iba a liberarle. «¡Voto a Dios, qué hermosa gente es esta!», exclamó, y la respuesta fue un ballestazo que casi le rebana la cabeza. Alguien le propuso huir por la puerta excusada y, a través de las tenerías, llegar al río. Él respondió: «Más quiero morir con los míos y peleando noblemente que salvarme andando por albañales ocultos y tenebrosos como hombre bellaco y de ruin condición».

«Un bel morir...». Si «un bel morir tutta una vita honora», los últimos días del condestable fueron un continuo paso honroso. Habían fracasado Stúñiga, Ruy Díaz de Mendoza y el obispo de Burgos en sus intentos, por encargo del rey, para que don Álvaro se entregara. Tuvo Juan II que enviarle un mensaje personal asegurándole su vida y su honor. Estas eran las palabras: «El rey os da su fe real que en vuestra persona o en vuestra hacienda no recibiréis agravio ni injuria». La contestación del condestable es digna de ser grabada en el mármol de los grandes hechos de la Historia:

> «No permita Dios que a la edad en que estoy, y ya tocando en la orilla del sepulcro y después de haber vivido casi cuarenta años con tanto honor y tanto poder, deje yo a mis hijos la mancilla de pelear contra el pendón de mi rey. Hagan Dios y el rey de mí lo que fuese su voluntad; el rey mi señor me hizo, él me podrá deshacer si quisiere; y yo, por cierto, no haré otra cosa sino ponerme en sus manos».

Sus servidores le demostraron igual fidelidad:

> «Con vos, señor, queremos ir: si vos preso, nosotros presos; si vos muerto, nosotros muertos».

Juan II, en aquellos trágicos momentos, se había ido a misa y después se hizo servir un ágape. Don Álvaro solicitó verle, pero él se negó. En cambio, pidió las llaves de las arcas del que fue su valido «e hizo sacar para sí toda la plata, oro y joyas que había en ellas».

El proceso fue una pura pantomima, apenas se sabe de él. Se pronunció la sentencia de muerte y el rey la firmó. De la fortaleza del Portillo, el reo fue trasladado a Valladolid. Nadie había comunicado la sentencia al condenado.

El 2 de junio de 1453, don Álvaro comulgó y se dispuso a ir al cadalso. Le trajeron un plato de guindas. Las probó y bebió un vaso de vino. Cabalgó en una mula hasta la Plaza Mayor. Voceaba el pregonero: «Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor a este cruel tirano usurpador de la Corona real, y en pena de sus maldades, mándalo degollar».

Acto final. A continuación voy a reproducir la escena final tal como se describe en mi obra Los nobles e innobles validos, muchos de cuyos datos y comentarios nos han servido para componer este capítulo:

Don Álvaro subió al cadalso y adoró la cruz. Dio su sortija y su sombrero al paje Morales, que le había acompañado hasta el último momento. El silencio y los llantos acompañaban la escena. Los religiosos le instaron a morir como buen cristiano. «Así lo hago, y sed ciertos que muero con la misma fe que los mártires.» A Barrasa, caballerizo del príncipe de Asturias, le indicó que se acercase y le dijo: «Dile al príncipe mi señor que mejor galardone a los que lealmente le sirvan que el rey mi señor me ha galardonado a mí».

Y dirigiéndose al verdugo precisó:

«Afila el puñal para que prestamente me despaches».

Añadiendo después:

«¿Para qué es ese garabato que está en el madero?». Le contestaron que para colocar su cabeza una vez degollado.

«Hagan de ella lo que quieran; después de yo muerto, el cuerpo y la cabeza no son nada.»

Fueron sus últimas palabras. El cuerpo permaneció tres días en el cadalso; la cabeza, nueve.

Era el jaque mate en el ajedrez de Castilla. El rey, mísero vencedor de la partida, moría un año y cincuenta días después.

Tres días el cuerpo, seis días más la cabeza. El verdadero rey durante cuarenta años, el valido, don Álvaro de Luna, ahí está, para siempre en las páginas de la historia, altivo, inteligente, deslumbrador.

16

El Rey del Renacimiento: Alfonso V el Magnánimo

La herencia que dejó Fernando I a su hijo mayor Alfonso consistía en tan diversos e importantes territorios que su gobernación tenía que resultar forzosamente muy complicada. La sucesión derivada del Compromiso de Caspe vimos ya que resultó polémica, a pesar de su total legitimidad y de la gran aquiescencia popular. La unanimidad, con tantos candidatos enfrentados por intereses propios y extraños, había resultado imposible.

Hubo entonces una cierta reacción, bastante lógica, ante la llegada de la nueva dinastía castellana; estaban todavía vivas las aspiraciones de los pretendientes defraudados, y los propios reinos de la Corona de Aragón, condados, islas, regiones, tenían características e intereses muy distintos y hasta contrapuestos. Añádase el clima conflictivo del mundo mediterráneo, la intensa relación con el mosaico de estados itálicos, la creciente presión francesa, un papado inseguro, todavía no consolidado después de las etapas posconciliar y poscismática, más la amenaza otomana cada vez más próxima...

¡Qué panorama para el nuevo rey de Aragón, Alfonso V! ¿Cómo comprender tantas mentalidades, cómo atender tantos frentes? Hacía falta una personalidad extraordinaria. Puedo adelantar aquí que el rey Alfonso tuvo que optar; enfrentarse a la totalidad de cuestiones que planteaban sus reinos, ¿le resultaba imposible? ¿O es que no quiso y prefirió elegir la faceta itálica y dejar la hispánica a su mujer y a sus hermanos? Por sus cualidades pudo ser un gran rey en España, el directo precursor de los Reyes Católicos. Prefirió, como digo, ser un brillante monarca del Renacimiento en Italia. Pronto lo veremos.

Cómo Era Alfonso V

«Con gran tristeza e infinito dolor os comunicamos que hoy, jueves, a las doce, el rey nuestro padre, de gloriosa memoria, ha dejado la vida terrestre.»

Así anunciaba el infante don Alfonso a su hermano Juan el fallecimiento del padre de ambos, Fernando I Trastámara.

Alfonso V, al que la Historia conocerá como «el Magnánimo», había nacido en Castilla, como todos sus hermanos, en Villaverde, junto a Medina del Campo, tierras de la familia. El nuevo rey de Aragón era «delgado de cuerpo, de rostro pálido, aspecto jovial, nariz aguileña, ojos brillantes, cabello negro, de mediana estatura, muy sobrio en la comida y la bebida». Así nos lo describe nada menos que el sabio humanista toscano Enea Silvio Piccolomini, más adelante papa Pío II.

Tuvo don Alfonso una verdadera educación de príncipe, gran afición a la caza y a los deportes de la época, pero al mismo tiempo una gran inclinación, una

vocación intensa para las artes, para la cultura, para todas las cosas bellas. Su tío don Enrique, que fue marqués de Villena, le influyó mucho en estas aficiones. Se cuenta que vestía con elegancia, que era prudente y gentil. El cronista Pere Tomic, catalán, nos dice que Alfonso V era «muy virtuoso, magnánimo, piadoso y muy sabio». A una persona así, a un monarca dechado de tantas cualidades, encantos y virtudes, no había más remedio que seguirle, admirarle y amarle.

A pesar de tantos valores del monarca, su matrimonio con su prima María Trastámara, hija del rey de Castilla Enrique III, no fue un éxito en el terreno personal, aunque sí en el político. Nos dice el profesor Julio Valdeón que Alfonso V «había desempeñado en plena juventud algunas misiones diplomáticas que sirvieron para proporcionarle una notable experiencia en asuntos políticos». Nada nos dicen, en cambio, los historiadores acerca de sus aficiones y experiencias en la relación con el sexo femenino. Más adelante tal vez encontremos algún detalle interesante en estas aficiones.

Ya advertía al principio del capítulo que el panorama para la Corona de Aragón al llegar al trono Alfonso V en 1416, tanto en los territorios peninsulares como en perspectivas mediterráneas, era más que complicado. Sus hermanos, los infantes de Aragón, estaban asentados en Castilla e implicados en todos sus problemas. El segundo, Juan, era un completo castellano con grandes intereses territoriales de Medina del Campo a Benavente, de Tordesillas a Arévalo. Para ocuparse de ellos había abandonado el virreinato de Sicilia y se había convertido en el jefe del bando aragonés. Y, por otra parte, se planteaba, mejor dicho, se agudizaba, la competencia con la república de Génova, por el dominio de Córcega y Cerdeña.

En el año 1416 el rey convocó las Cortes de Cataluña en Barcelona. El estamento nobiliario se enfrentó a él abiertamente, negándole toda ayuda. Estas diferencias, aunque en tono menor, continuaron en sucesivas reuniones, Cortes en Valencia, en San Cugat y en Tortosa, de 1417 a 1420. Alfonso no estaba dispuesto a compartir el poder con los parlamentarios y estos se empeñaban en «la conservado de les dites llibertats, privilegis, costums e prerrogatives, parlant amb la dita revèrencia...».

Antes de partir para Italia, que era lo que en verdad le interesaba, con toda su repercusión en la política mediterránea, Alfonso V cedió a los nobles en algunos aspectos al concluir las Cortes de Tortosa. Decretó una amnistía general y aceptó la formación de una comisión de greuges o de agravios para estudiar detenidamente los presentados por los procuradores. Para corresponder, las Cortes le concedieron 50.000 florines para los gastos de su empresa mediterránea.

Al partir para Italia en 1420, el rey Alfonso abandonaba España para muchos años. Curiosa vocación marítima e itálica para un castellano nacido y formado en la meseta.

Quedaba como lugarteniente del reino en la Península la esposa del monarca, doña María, tan castellana como él. Tan llena de controversias y polémica está la relación entre el rey y la reina que para no cortar el hilo de este relato, y dado su interés histórico, resumiremos los datos y opiniones sobre el asunto al final de este capítulo.

Las Cortes reunidas en San Cugat se habían mostrado durísimas con los consejeros castellanos de Alfonso V, heredados de Fernando I, y exigieron que todos los cargos civiles y eclesiásticos en Cataluña y Baleares fueran ejercidos exclusivamente por naturales del país. Se referían sobre todo a los excesivos gastos a favor de «strangers persones».

Algunas razones debían de tener.

Camino de Italia. Poco debieron de importar al rey estas exigencias, que había dejado ya en parte resueltas, cuando embarcó en el puerto de Los Alfaques al frente de una flota de veintitrés galeras y cincuenta veleros rumbo a Mallorca y Cerdeña.

Seguía la más pura tradición de la política catalana, como dice Vicens Vives. Además, la situación era favorable después de la pasada victoria de Martín el Joven en la batalla de San Luri.

Desembarcó don Alfonso en Alguer y en pocas semanas venció con facilidad al vizconde de Narbona y a los Doria, que estaban al servicio de Génova y encabezaban la revuelta anticatalana. Quedó así el rey de Aragón como señor de la isla, restando solo una pequeña parte, la región de Castillo Genovés, fuera de su jurisdicción, pero con el firme propósito de apoderarse de ella lo antes posible.

El objetivo siguiente era Córcega, cuyo título real ostentaban los monarcas aragoneses, si bien nunca fueron dueños de la isla. Llegó don Alfonso a desembarcar en Calvi después de cruzar el estrecho de Bonifacio, pero la llegada de grandes refuerzos desde Génova aumentaron la resistencia corsa y tuvo que desistir de sus propósitos. Además, su mente estaba en Nápoles, en la posibilidad de lograr un importante y antiguo designio de la Casa de Aragón: hacerse con la corona napolitana.

La reina Juana II de Anjou gobernaba allí en precario gracias a los condottieros Sforza el Viejo y Gianni Caracciolo, a su vez peleados entre ellos. El primero se inclinaba por Luis III Anjou como sucesor de Juana, y el segundo prefería a Alfonso V. Parecía la ocasión muy favorable para este.

Nápoles fue atacado por mar y por tierra por

Sforza y los angevinos. Juana II entonces pidió ayuda a Alfonso V, que estaba en Cerdeña, ofreciéndole la herencia del reino, la Calabria y los fuertes castillos napolitanos. Accedió el rey de Aragón y no tardó en enviar una flota al mando de Ramón de Perellós, que alejó a los genoveses. Casi un año después, con cierta calma para evitar sorpresas, el Magnánimo llegó a Nápoles con una flota catalano-siciliana el 5 de julio de 1421. Tres días después era reconocido como heredero de Juana II y como virrey y lugarteniente general del reino.

Una vez instalado en Nápoles, don Alfonso tuvo que emprender una doble batalla militar y diplomática en aquel complicado mundo itálico. Primero venció a los genoveses en la batalla naval de Foz Pisana y luego obtuvo del papa Martín V una bula confirmando sus derechos a la sucesión de Nápoles.

Estaba muy confiado cuando Sforza y Caracciolo, cosas del itálico modo de muchas épocas, no solo de aquella, se coaligaron contra él y sublevaron al pueblo de Nápoles en su contra, ocupando la ciudad. Reaccionó Alfonso V, recibió el refuerzo desde Cataluña de diez galeras y ocho naves, y saqueó Nápoles, castigó a los traidores y conquistó la isla de Ischia.

Harto por el momento de las veleidades napolitanas, decidió volver a España, donde los asuntos de Castilla y Aragón le reclamaban. En la navegación de regreso asaltó Marsella, golpe grave para sus enemigos los Anjou, y, sin quedarse en la plaza, dio por terminada aquella etapa de su empresa mediterránea, que en su conjunto fue un éxito, ya que pacificó Cerdeña y Sicilia e impuso el poderío de la Corona de Aragón frente a Génova. Para terminar esta etapa, dice Vicens Vives que Alfonso V se había visto seducido «por la novedad, el heroísmo, la gloria y las sucesivas complicaciones de la incitante y escurridiza

política italiana. Alfonso había paladeado el sutil filtro que desprendía la Italia renaciente. Italia le había hecho suyo. Volvería, y al hacerlo se convertiría en responsable del infortunio de Cataluña». Así opina el gran historiador.

Situación en Cataluña. A la pasada fase mediterránea del reinado siguió otra peninsular, que a pesar de sus múltiples avatares no aportó pena ni gloria al rey Alfonso el Magnánimo. Resumamos algunos aspectos de cierta trascendencia.

Siguió el movimiento pactista de los estamentos de Cataluña. En todo momento se manifestó un buen entendimiento entre la Iglesia catalana y el rey, mientras los dos condes más importantes dirigían facciones opuestas: El de Cardona decididamente realista, mientras el de Pallars hostilizaba a la monarquía.

La nobleza estaba dividida, la situación económica era mala. El choque entre los dos condes y sus huestes fue tan violento que obligó a la reina María a encarcelar a ambos.

También tentaba a Alfonso V la intervención en los asuntos de Castilla a favor de sus hermanos Enrique, Juan y Pedro, los famosos infantes de Aragón. Mas no había de ser esta su tarea ante la Historia.

El enemigo de los infantes era don Álvaro de Luna, en los momentos de su mayor privanza y poder. Los perseguidos por él se refugiaron en Valencia y solicitaron la ayuda de Alfonso V. Todo este conflicto lo hemos visto ya, en sus líneas generales, en el capítulo anterior. En resumen, puede decirse que el Magnánimo no vio ventaja alguna en su intervención en Castilla, que muy poco sirvió para ayudar a sus hermanos y que en Cataluña no despertó más que críticas. Por todo ello acabó cediendo ante el

condestable y aceptó las treguas por cinco años firmadas en Soria por sus embajadores, treguas llamadas de Majano, pequeña aldea, en 1430.

Desde principios de 1431 el rey de Aragón comenzó los preparativos para volver al Mediterráneo en son de conquista. El objetivo, seguro, Nápoles; y tal vez también Túnez. Pero Cataluña estaba en plena crisis económica y era muy difícil obtener medios para tan lejana y complicada empresa. Se puede decir que todos estaban en contra de la concesión de las grandes sumas que pedía el rey. Ya ni la Iglesia le respondía y protestaba contra él la nobleza en pleno: los condes de Cardona, de Pallars, de Módica, de Prades, y los vizcondes de Illa, de Castellbó, de Rocaberti, de Perellós, de Evol... Doy tales nombres para que se aprecie lo solo que estaba el rey en sus reinos peninsulares. Nada tiene de particular que con o sin medios Alfonso el Magnánimo se marchara de tierras catalanas el 29 de mayo de 1432.

Volvía a plantearse la gran rivalidad, lucha abierta que enfrentó a la Corona de Aragón con los Anjou entre los siglos XIII y XIV. ¡Toda Italia entraba en la pugna, Milán, Florencia, Génova, Venecia y Sicilia, que era el punto de partida, la plataforma de Alfonso V para ir sobre Nápoles!

El rey inicia su aventura con un ataque a los Hafsidas de Túnez. Discuten los historiadores si fue una breve ofensiva de diversión o si tuvo un verdadero propósito de cortar la piratería en aquella zona del Mediterráneo, preocupación siciliana desde hacía muchos años, así como para conseguir un acuerdo comercial.

Mientras don Alfonso remataba su ataque a la isla de Djerba, los Gelves en la literatura española (1432), se formaba contra él una liga auspiciada por el papa Eugenio IV, en la que entraban Venecia, Florencia, el duque de Milán y el señor de Génova, Felipe María

Visconti, que era el alma de la coalición.

Era demasiado para lanzarse a la ofensiva. Don Alfonso optó de momento por una prudente retirada y emprender una expedición a Trípoli, donde se organizó una base en Bengasi, en un breve compás de espera.

Los hermanos del rey don Juan y don Enrique llegaron de España y trataron de disuadirle del ataque a Nápoles. Preferían que volviera a sus reinos peninsulares y dejara el avispero italiano. Pero en esos días llegó la noticia a Sicilia de que había muerto Luis III, el Anjou conde de Provenza, que era el rival de Alfonso V para la sucesión en el reino de Nápoles.

Pocos meses después moría la reina Juana II, dejando heredero a Renato de Anjou. Don Alfonso no lo dudó más. El condottiero Caracciolo se había puesto de su lado, un tanto importante, así que ordenó a la flota catalano-aragonesa que pusiera rumbo a Gaeta para iniciar la conquista de Nápoles.

Batalla naval de Ponza. El episodio de Ponza, frente a las costas napolitanas, fue uno de los más famosos en tiempos de Alfonso V y de los menos conocidos en sus detalles en nuestro tiempo. El rey de Aragón se aprestaba a conquistar Gaeta. Resumo aquí lo que sucedió entonces Nota 79.

De modo inesperado se presentó una flota genovesa. Era el 5 de agosto de 1435. La brillante escuadra del Magnánimo se vio totalmente sorprendida. Estaba dispuesta como para un gran desfile naval: Sobre las cubiertas, «príncipes, duques, barones y caballeros con sus mejores galas rodeaban al rey». La victoria de las pesadas carracas de Génova fue rápida y fácil. Solo dos galeras aragonesas pudieron escapar, al mando del infante don Pedro. Alfonso V, sus hermanos Juan y Enrique y más de cien grandes señores de Cataluña, Aragón, Valencia, Sicilia,

Nápoles y Castilla fueron hechos prisioneros y llevados primero a Génova y de allí a Milán.

Se pregunta uno cómo pudieron evolucionar las circunstancias para que a los pocos días todos estos personajes, empezando por el rey y sus hermanos, estuviesen ya en libertad. El gran historiador catalán Vicens Vives nos resume las versiones de los diversos historiadores y aclara la cuestión.

En primer lugar, la marina catalana había tenido un fracaso, pero no había perdido su capacidad de combate; nuevas unidades llegadas desde los países de la Corona de Aragón la reforzaron sin tardanza. Fue esencial el cambio de actitud del duque de Milán, en cuya ciudad estaban retenidos los ilustres prisioneros, ya que el duque, Felipe María Visconti, pasó de ser el mayor enemigo de don Alfonso a convertirse en su aliado. ¿Por qué lo hizo? Vicens lo explica muy bien. No fue «un bel gesto de pomposa caballería», opinión de Valeri, sino un acuerdo entre Visconti y el rey Alfonso para una alianza leal en la que se repartían la hegemonía de Italia: de Bolonia hacia el norte, para Milán, y de Bolonia hacia el sur, para la Corona de Aragón. Además, se fijó un rescate de 30.000 ducados, que fue pagado religiosamente por las Cortes aragonesas, catalanas y valencianas.

En el tratado de Milán, firmado en octubre, se acordó todo lo anterior y además la renuncia de don Alfonso a Córcega y a las bases de Portovenere e Ilica. No pudo resolverse mejor el lamentable episodio de Ponza, mientras el infante don Pedro, el que se libró de la derrota, conquistaba Gaeta.

En esta nueva favorable coyuntura, don Alfonso decidió permanecer en Italia, firmó el nombramiento de su hermano Juan, rey consorte de Navarra, como lugarteniente real de Valencia y Aragón (¿por qué no de Cataluña?) y tácitamente renunció a toda intervención en la política castellana.

Vicens Vives opina con acierto que tal conjunto de medidas supuso un trascendental paso histórico en la vida del monarca y para la Corona de Aragón. Desde entonces, Alfonso V se convierte en un auténtico rey italiano.

Oposición Itálica al Rey Alfonso

No fue fácil la conquista de Nápoles. Desde su base de Gaeta, don Alfonso lo intentó durante varios años, tropezando con los problemas internos y divisiones del reino y con la política veleidosa y nada limpia de los magnates italianos. La mayor oposición venía de los angevinos, con Francesco Sforza al frente. Por otra parte, los grandes señores del mosaico italiano veían con recelo, más bien con animosidad, la presencia y potencia de Alfonso V en su Península.

Venecia, enemiga de Milán; el Papa, siempre implicado en problemas temporales; Cosme de Médicis desde Florencia, y no digamos Francia... El caso de la Santa Sede era tal vez el que más afectaba directamente a los intereses de don Alfonso, ya que reclamaba la soberanía de Nápoles y era tradicionalmente proangevina y antiaragonesa.

El rey de Aragón ante tanta oposición, aunque descoordinada, más que presentar batalla, pensó con acierto que las mejores armas frente a sus enemigos eran el oro y la diplomacia. Así fue conquistando a los barones napolitanos, sistema que aplicará con gran éxito años más tarde el Gran Capitán. Y a la Santa Sede le jugó hábilmente creándole dificultades en el Concilio de Basilea.

La acción diplomática la fue reforzando con pequeñas operaciones militares, conquistando Aversa

y Benevento, con lo que iba completando el cerco de Nápoles, donde resistía Renato de Anjou en una situación insostenible. Por fin Alfonso V logró su objetivo perseguido durante quince años, entrando en la gran ciudad del sur de Italia el 17 de noviembre de 1441.

La entrada triunfal no tuvo lugar hasta febrero, dos años después (1443). Las cosas de palacio, en Nápoles, iban despacio. El rey no tenía prisa: era ya un gran señor del Renacimiento, había atravesado arcos triunfales como un emperador romano, recibía un donativo anual de 400.000 ducados de los barones napolitanos, y la plebe, voluble como siempre, le había aclamado como su liberador. Para mayor satisfacción, su hijo bastardo Ferrante es reconocido como su sucesor, y el papa Eugenio IV, que había sido el gran enemigo, le recibe en Terracina como rey legítimo.

Añádase al triunfo que «todos los humanistas le aclaman en medio del entusiasmo general y redactan dísticos e inscripciones diversas en honor de su mecenas». La más famosa quedó grabada en el arco de triunfo levantado a la entrada del Castil Nuevo de Nápoles: «Alfonsus, rex Hispanus, Siculus, Italicus, pius, clemens, invictus» (1452). Recalco la palabra Hispanus, y recuerdo que Alfonso V el Magnánimo era uno de «los infantes de Aragón», hijo de Fernando I Trastámara.

Críticas catalanistas. Los juicios en torno al rey Alfonso no son unánimes. El historiador catalanista Ferrán Soldevila le acusa de ambiciones imperialistas y de haber arruinado a Cataluña, dejando abierta la puerta en Nápoles a nuevas contiendas. El imperialismo de que le acusaba era de sello castellano y no el moderado y prudente de los condes de Barcelona. Otro historiador, este italiano, le tacha de aventurero, por su «torbida e esasperante

inquietezza».

Alfonso V fue, efectivamente, un rey condottiero, un «re di guerra», como allí le llamaban, pero me parece que más que por su arte militar se distinguió por sus dotes diplomáticas; ambicioso e inquieto, es cierto, pero en eso no hacía sino parecerse a todos los grandes personajes del Renacimiento itálico, si bien, como dice Vicens, con una gran originalidad histórica y con una autoridad indiscutible. Añade el ilustre historiador catalán que sin duda las ausencias del rey, con su corte en Nápoles, perjudicaron a la «viuda Cataluña». Según él, fue la falta del monarca la causa de la futura guerra civil, pero no de la crisis económica, que venía de largo. Puede que acierte Vicens al llamar a don Alfonso «gran apátrida mediterráneo», pues también había olvidado que era castellano, y en cambio para los italianos era un catalán «il re di Aragona».

Sin embargo, el rey «se sintió profundamente vinculado a Cataluña y dio en todo preferencia al principado, disgustándole mucho que no se reconociera así por sus súbditos de la península Ibérica». Su política se enfocó siempre a dominar las costas italianas y a encerrar a Génova, de forma que las comunicaciones y el comercio mediterráneo fueran catalanes, del Tirreno a Sicilia y las costas africanas. Era una situación que pocos años después estaría representada por España, no ya por Cataluña, y enfrente por Francia, no por Génova.

Los propósitos de Alfonso V para volver a España, manifestados repetidamente durante quince años, se veían frustrados por los constantes problemas y luchas en el mosaico italiano que le obligaban a intervenir, pues él era el único poder capaz de mantener el equilibrio.

Guerras en el mosaico itálico. La muerte de Felipe

Visconti, duque de Milán, desencadenó la guerra. Francesco Sforza se apoderó de la ciudad, que había sido antes encomendada por Visconti al rey de Aragón. Se proclamó la república y Alfonso reaccionó con su diplomacia eficaz, aliándose con Venecia y poniendo de su lado a varios príncipes italianos: Saboya, Monferrato, Ferrara, Mantua... Parece una novela de Rafaello Sabatini. Hasta el papa Nicolás V se puso del lado del Magnánimo. Enfrente, el Milán de Sforza, así como Florencia, y detrás, respaldándoles, el rey de Francia, Carlos VIL Es como la antesala de las guerras italianas en las que alcanzó gloria y renombre europeo Gonzalo de Córdoba.

La situación descrita se prolongó varios años, sin llegar la sangre al río. Acabó por firmarse la paz en Lodi en 1454, y después la llamada Liga itálica, dirigida sobre todo contra Francia y porque el peligro turco empezaba a ser una cercana amenaza después de la caída de Constantinopla. Alfonso V, que no podía fiarse de aquellos príncipes y señores italianos, algunos de los cuales no le habían sido leales, tardó en adherirse a la Liga en cuestión. Seguía viendo el rival más peligroso en Génova, y contra ella preparó un ataque que quería que fuera definitivo. A principios de 1458 bloqueó y sitió la ciudad. Solo la muerte, el 27 de junio de dicho año, le impidió la culminación de su gran designio. No pudo lograrlo, pero a él se debe que el futuro de Italia se vertebrara por la triple alianza de Milán, Florencia y Nápoles. Además, contra viento y marea, dejó establecidas las bases para que España dirigiera la gran empresa de la cristiandad frente al Turco desde Italia y para que se convirtiera en la gran defensora del Papado, a pesar de sus muchas deficiencias espirituales y temporales.

A partir del momento en que se afirmó en el trono de Nápoles, Alfonso V se erigió en el paladín de la cristiandad, tal como se acaba de señalar líneas atrás. Ni Venecia ni la Santa Sede estaban en condiciones de

dirigir una defensa efectiva contra la amenaza que se extendía ya de Anatolia a Albania y de Egipto a Trípoli. No había ambiciones imperialistas por parte del Magnánimo; solo el propósito de establecer bases navales avanzadas en el Mediterráneo y defender las rutas que interesaban al comercio catalán con Oriente. El propio rey se convirtió en un gran naviero de la época, con su flota particular de gran calado, en la que invirtió grandes fortunas. El embajador de Barcelona en Nápoles Nota 80, citado por Vicens, exaltaba así la marina del rey Alfonso: «Açó és obra incomparable, que non sé que mariner poxa navegar».

Desde Nápoles y Sicilia, el monarca creó varios consulados en Morea, Candía, Rodas, Albania... y recibía embajadas del negus de Abisinia, así como prestaba continua protección a la Orden de San Juan de Jerusalén, luego de Malta. Es asombroso cómo este rey, de nación castellano, de poder catalano-aragonés, podía atender con eficacia tantos y tan diversos frentes y ser al mismo tiempo el extraordinario humanista, brillante hombre mecenas del Renacimiento, en una Italia en la que resplandecían los primeros talentos, los principales artistas, los condottieros y los grandes señores de un tiempo incomparable.

No estaba en los medios de Alfonso V evitar la caída de Constantinopla, pero sí hizo todo lo posible, a veces con éxito, para impedir que cayeran en manos otomanas extensas zonas de los Balcanes, Bosnia, Serbia, Croacia, Albania, cuyo caudillo Jorge Castrioto, Scanderberg, fue a rendirle homenaje en 1450. El Rey Magnánimo, émulo de Trajano, de Adriano, de Teodosio, de Justiniano, de Carlomagno, en comparación entusiasta del cardenal Margarit, dejó el camino abierto, la vía señalada para los grandes hechos de los reinados de Fernando el Católico y de Carlos I.

Muerte del Rey

En 1458 moría Alfonso V el Magnánimo en su castillo de Nápoles sin haber vuelto a pisar tierras españolas. Vivió allí desde quince años antes, rodeado del esplendor de una corte medio italiana, medio oriental; rodeado de letrados, humanistas y artistas. Su figura impresionaba a los que le iban a ver y se arrodillaban al saludarle. Todo era refinamiento en su torno, lujo y cultura. Mucho mérito, sí, y mucha adulación.

¿Por qué se alejó tanto el rey de sus estados hispanos? Ya hemos ido viendo las razones políticas, las circunstancias históricas que le llevaron a convertirse en un soberano itálico, el primus ínter pares de la península apenina. Pero hubo también fuertes motivos personales. He aludido a ellos páginas atrás. Vuelvo, como dije, aunque con brevedad, a tan íntima cuestión, que precisamente por ser íntima presenta puntos oscuros, abiertos a la interpretación del lector.

En los primeros años de su reinado, el Magnánimo cayó muy bien a sus gentes aragonesas. Era un joven de dieciocho años, apuesto, ágil, buen lidiador, estupendo jinete, hombre elegante y tañedor de música, según las Cartas reales de 1416.

Marcha a Nápoles a los treinta y ocho años, formación intelectual completa, culto, elogiado por todos, con fama ya de magnánimo, suntuoso, erudito y mecenas. Todo hermoso y positivo, por lo que era lógico que su marcha, la marcha de un soberano tan prometedor, no gustase en la Corona de Aragón.

Alfonso es sincero cuando manifiesta en múltiples ocasiones que quiere volver, pero por unas u otras

razones le es imposible. Pasa veintiocho años sin pisar Aragón. Llegamos a la cuestión más personal. ¿Se debió su ausencia, sobre todo, a desavenencias conyugales? Había sobrados motivos debidos a la conducta irregular del esposo, a su claro desamor por la reina doña María. Se dice que esta tenía mala salud, heredada de su padre Enrique III el Doliente; que su presencia no era demasiado atractiva, que había padecido viruelas y que manifestaba síntomas histéricos, así como cierta aversión a la vida conyugal. Se llegó a hablar incluso, sin dato firme alguno, del incesto de Alfonso V con su cuñada, la infanta Catalina.

Sin embargo, no hay pruebas documentadas sobre el desvío del rey hacia la reina. Suponen los historiadores que la aversión del monarca surgió violenta a partir de 1432, sin que ni por un momento cesaran el amor y la lealtad de doña María hacia él.

El motivo esencial fue la aparición en la vida del monarca de la hermosísima Lucrecia d'Alagno. La correspondencia de Alfonso con la reina seguía siendo correcta y hasta cariñosa, y solo cambia a partir de 1449; se enfría y hace concebir la idea de que el rey se propone dejar a su esposa para casarse con Lucrecia.

La consecuencia más directa de esta relación que mantuvo a don Alfonso en Nápoles y le alejó para siempre de España fue el nacimiento de su hijo bastardo, habido de doña Lucrecia, Ferrante; orgullo además de su padre, que no había logrado tener hijos con su legítima esposa en sus años de convivencia.

Y un motivo clave final: para que Ferrante heredara el trono de Nápoles era requisito indispensable que don Alfonso siguiera viviendo en dicho reino hasta su muerte. Y así fue.

17

El Rey Juan II de Aragón, Formidable Personaje

Juan II

Tras el fallecimiento de Alfonso V le sucedió su hermano, el infante de Aragón don Juan, que será coronado como Juan II de todos los territorios que integraban la corona. Los dos hermanos llevaban muchos años sin verse, así que Juan, que se hallaba en Tudela, reino de su mujer, doña Blanca de Navarra, recibió la noticia de la muerte de Alfonso, más que con pena, con cierto alivio. Por fin iba a tener bajo su mando el reino de su padre, Fernando I, tan abandonado por el monarca que prefirió la península Apenina a la Ibérica.

Estos hechos ocurrían a principios de 1458, y poco después Juan II juraba en la Seo de Zaragoza los fueros de Aragón.

Voy a tratar de encerrar en unas cuantas descripciones de sus contemporáneos algunas de las características de aquel enorme personaje que fue el padre de Fernando el Católico.

Gonzalo García de Santa María le describe así: «Juan II era de cuerpo grueso, su estatura mediana fue; y puesto de su natural mando, su corazón clemente, una como terrible fiereza en su persona se mostraba, el blanco de sus ojos con sangre enrojecidos».

Un cronista de Medina del Campo, donde el rey nació en 1398, nos dice que don Juan «era cuidadoso de su persona, de buenas proporciones, ojos claros, habla un poco forzada y gangosa, bellas manos y sobriedad en el comer y el beber, gustándole mucho los higos de Aragón».

Lucio Marineo Sículo nos presenta esta semblanza: «En el rey Juan destacaba la blancura de su rostro, sus cabellos castaños, su pequeña nariz y sus hermosas manos». Era un hombre con gran sentido del deber y del honor, con voluntad firme y con tendencia a lo heroico. Parecía un hombre frío, pero su mente estaba llena de grandes proyectos, de ambiciosos planes, más que para él, para los reinos de los Trastámara que soñaba unir un día.

Le gustaban el lujo y lo que podemos llamar en palabras francesas la *joie de vivre*; gran cazador y amante de la naturaleza. Todos los cronistas encomian y critican a la vez su gran astucia. Luis XI de Francia le llamaba «la vulpeja», por algo sería, más zorro que el viejo zorro francés. Juan II no fue un humanista como Alfonso V, pero fue un buen lector y muy aficionado a la música. Ya iremos conociendo a tan singular y complejo personaje, gran rey de finales de la Edad Media, auténtico protagonista de la Historia.

Rey a los sesenta años. Juan II de Aragón no era un recién llegado. Había sido ya protagonista, tenía amplia experiencia política adquirida en Castilla y en el reino de Navarra, del que era rey consorte. También había vivido de cerca la complicada política italiana

con su hermano Alfonso y tenía la sangre de dos auténticos primera serie de la historia medieval, don Fernando de Antequera y la «ricahembra» doña Leonor de Alburquerque, sus padres.

Juan II llega al trono como un verdadero veterano; tiene nada menos que sesenta años, edad muy avanzada en aquel tiempo. Julio Valdeón cita a Angel Canellas, que dice de Juan II: «Tenía la mentalidad del magnate castellano del siglo XV y su patria emocional era Castilla». ¿Es posible que su gran ilusión fuera ser rey de su tierra natal? ¿Soñó, como antes decía, con la unión de los dos grandes reinos peninsulares, ya que Portugal iba quedando tan lejos y tan cerca?

Durante muchos años, desde 1412, don Juan había sido el jefe del bando aragonés en Castilla. Era duque de Peñafiel y había sido el gran adversario de don Álvaro de Luna, al frente de un importante sector de la nobleza. Después de las treguas de Majano se apartó de las contiendas castellanas; volvió y por fin se retiró a Navarra en 1445 tras el fracaso de los opositores al de Luna en la minibatalla de Olmedo.

En 1415, es decir, mucho antes, había sido nombrado lugarteniente general de Sicilia y Cerdeña, cargo en el que permaneció un año. Luego ocupó igual mando en los reinos de Aragón y Valencia, y en 1454, en el principado de Cataluña, siempre por delegación de su hermano, que permanecía en Nápoles. Su acción política en tierras catalanas se decantó a favor de las clases populares, buscaires y payeses de remensa, como después haría el Rey Católico, lo que le indispuso con las Cortes y con la nobleza catalana.

Desde 1425, Juan II fue rey consorte, y plenamente rey de Navarra al morir su esposa, doña Blanca, en 1441. Curiosa disposición testamentaria de esta reina: dejaba heredero del reino a su hijo Carlos, si bien le pedía que no tomara el título sin

consentimiento de su padre. Tal condición tenía que crear pronto problemas graves entre don Carlos, príncipe de Viana, y un hombre de la arrolladora personalidad de su padre. Con más razón al existir ya en Navarra una profunda división entre dos bandos, los agramonteses y los beamonteses. Estos eran más bien gentes ganaderas, de la montaña. Apoyaron a don Carlos de Viana, mientras que los agramonteses, agricultores de la ribera, se inclinaron del lado del rey Juan. La personalidad del príncipe y la muy difícil relación con su padre bien merece que la tratemos a continuación por separado.

El Príncipe de Viana

En mi tratado de historia *Así se hizo España* calificaba al príncipe de Viana como un doncel de Sigüenza perdido entre dos épocas, levantando de su sueño para ser todo y partido para el gran viaje sin dejar más huella que la de su nombre, casi una leyenda. Este doncel de Peñafiel, el ducado de su padre, pasa como una extraña y perturbadora sombra por la Historia. Perturbado y perturbador, decíamos, entre Castilla y Navarra, entre Aragón y Cataluña, víctima de su origen y de sus circunstancias, incapaz de crear su propio destino, este don Carlos de Viana, nacido en 1421, estaba llamado a mediados del siglo XV a los más altos destinos. Si se hubiera parecido más a su padre, Juan II de Aragón, en vez de tener los defectos de su tío Juan II de Castilla, habría sacado más provecho de su situación privilegiada en los dos reinos. Pero era un blando, un indeciso, un intelectual; ambicioso, sí, pero sin voluntad y sin capacidad de mando.

Como acabo de decir, el enfrentamiento

testamentario con su padre era inevitable. Para las leyes navarras, don Carlos era el rey legítimo, y don Juan, solo el rey consorte viudo. Así los dos bandos se encontraban con dos jefes reales al frente. ¡Qué más querían! Los capitanes efectivos eran el mariscal Pedro de Agramunt, de un bando, con el famoso caballero Pierres Peralta, y del otro, Juan de Beaumont y el conde de Lerín. Mientras vivió Carlos III el Noble, con su poder y prestigio dominó a ambas rivalidades, pero a su muerte, don Juan, su yerno y rey consorte, implicó a los agramonteses en la política castellana, y su hijo, don Carlos, jefe de los beamonteses, tuvo que huir, refugiándose en la ciudad castellana (recalco lo de castellana, desde el siglo XII) de San Sebastián, buscando la protección de don Álvaro de Luna.

Don Juan reaccionó rápido, con energía. Así era él. En su ausencia nombró gobernadora de Navarra a su segunda esposa, Juana Enríquez, hija del almirante de Castilla, que cumplió perfectamente sus obligaciones de esposa y reina, si bien su noble figura «ha resultado víctima de la politización de la crítica histórica, muy partidista en sus enfoques anticastellanos y descentralizadores, lo que es comprensible, aunque poco científico».

El primer encuentro militar entre los dos bandos tuvo lugar en Aibar en 1451, con clara victoria de los ejércitos de don Juan.

Alfonso V trata de armonizar que su hermano perdone al príncipe de Viana, pero el padre se muestra inflexible, acusando a Carlos, sobre todo, por haberse unido a don Álvaro de Luna y con ello haber hundido la presencia de los infantes de Aragón en la política castellana.

Como los beamonteses seguían atacando, don Juan desposeyó a Carlos y a su hermana Blanca de la sucesión al trono navarro. Hay que recordar que Blanca estaba casada con el príncipe de Asturias, el

que sería Enrique IV de Castilla. Y el rey Juan completó su decisión designando heredera a su otra hija, Leonor, casada con Gastón, conde de Foix. Entra así en función una alianza no declarada entre Francia y el bando agramontés, ante lo cual el de Viana marcha a París para evitarlo y lograr la ayuda de Carlos VI, rey francés, lo que no consigue. En vista de lo cual se encamina a Nápoles en pos del apoyo de su tío Alfonso V. Allí es recibido con grandes honores, pero la muerte del Magnánimo frustra todos sus planes. Lo que sí logró, según los cronistas, fue «una cierta impronta de legitimidad y catalanismo» que pesó mucho en una serie de episodios del reinado de Juan II que pronto veremos.

Precisamente, cuando don Juan sucede a Alfonso V en el trono de Aragón cambia todo el panorama en las relaciones entre padre e hijo. Carlos pasa a ser duque de Gerona, heredero de Aragón y de Navarra, con posibilidades de ser rey de Nápoles. Recordemos que el título de Gerona viene a unirse al principado de Viana Nota 81 y que ambos títulos quedarán vinculados para siempre al heredero de la Corona de España, como heredero de Asturias, Navarra y Cataluña.

El horizonte parecía favorable para don Carlos si sabía limitarse de momento a su posición de heredero y jugar fuerte al presente de Nápoles (frente a Ferrante, el rey bastardo) y al futuro en la Península. En ella podrá ser pronto el rey unidor, pues su padre andaba por los sesenta años y Enrique IV de Castilla no parecía llamado a grandes logros, ni en el terreno de gobierno ni en el de la procreación. Las vacilaciones hicieron perder a Carlos el tanto más cercano, Nápoles, que tenía en sus manos, al legitimar el Papa al bastardo duque de Calabria. [...]

Aun así, a pesar de tantas deficiencias, nació una especie de culto al príncipe de Viana, héroe romántico sin epopeya y sin tragedia, triste doncel histórico que

no estuvo a la altura de los amores que despertó y que, en cambio, dejó a Navarra convertirse en la manzana de la discordia hispánica hasta 1512.

Le queda a don Carlos la gloria de su pequeña corte renacentista en el castillo de Olite o en Tafalla, la memoria de haber escrito la Crónica de los Reyes de Navarra y el honor de ser aún hoy un nombre evocador y señero en las tierras heroicas y tan hispánicas de su bello y efímero principado Nota 82.

Fernando, Príncipe Heredero

Nada más jurar Juan II en Zaragoza ante las Cortes tomó las primeras medidas. Nombró a su hijo menor Fernando duque de Montblanch, conde de Ribagorza y señor de Balaguer, título el primero que suponía la designación como heredero del reino de Aragón.

En el terreno internacional marcó enseguida sus preferencias por la amistad con Francia, lo que contradecía la política tradicional aragonesa y al mismo tiempo demostraba que para él la política mediterránea de su hermano Alfonso V pasaba a segundo plano.

Tampoco tardó el nuevo rey en procurar una política de acercamiento a Castilla.

Para ello envía a Enrique IV una embajada presidida por su hombre de confianza, Pedro Vaca Nota 83, para proponer el doble matrimonio de los infantes de Aragón, Fernando y Leonor, con los castellanos Isabel y Alfonso. Calcúlese la trascendencia, la visión de tal propuesta. Enrique IV estuvo dispuesto a aceptarla en lo referente a Leonor y a Alfonso, pero no la de Isabel y Fernando, ya que estaba en tratos secretos para casar a la infanta con el príncipe de

Viana, el hijo y a la vez bestia negra de Juan II.

Ya hemos conocido a Viana en las líneas anteriores. Su padre le envió a Sicilia. Allí jugó a la independencia, queriendo ser virrey perpetuo del país, lo que dio lugar a nuevos recelos en la relación paternofilial. Gracias a la mediación de otro hermano, Juan, nombrado arzobispo de Zaragoza, Carlos volvió a España. Juan II le había ofrecido, si volvía sin crear problemas, nombrarle sucesor universal. A partir de entonces se produjeron situaciones alternativas de entendimiento y de tensión, exigencias, apoyos diversos, concordias parciales, como la de Barcelona en 1460 y la entrevista de Igualada entre padre e hijo. Este último, no se sabe si por su espíritu inquieto, por dignidad herida en su primogenitura o por presiones de su entorno, siguió tratando con Enrique IV para casarse con su hermanastra Isabel, la futura Reina Católica, que Juan II tenía decidido casar con su hijo Fernando.

Enterado el rey de tales tratos, de la doblez de Carlos, al llegar a Lérida le sometió a prisión, trasladándole a Aytona. Las Cortes aragonesas solicitaron clemencia, pero el monarca se mostró insensible a los ruegos de los procuradores. A partir de entonces, como dominados por un destino fatal, se desencadenan los hechos. Enrique IV, con decisión propia de tan lamentable personaje, se muestra enérgico y belicoso cuando menos debe. Se lanza al ataque en las fronteras de Aragón y de Navarra a favor del príncipe prisionero. Al principio cedió Juan II, liberando a Carlos, pero este volvió a las andadas, sobre todo al verse apoyado por nobles personajes aragoneses, los Híjar, Urrea, Bolea, y también por los navarros de Luis de Beaumont.

Ante tal presión, Juan II volvió a ceder y pactó con su hijo la concordia de Villafranca, noticia que se recibió en Zaragoza con gran alegría popular, repique

de campanas y procesiones de acción de gracias.

El momento parecía apropiado para una concordia definitiva, pero persistían los obstáculos relacionados con la boda castellana, asunto en el que Juan II no estaba dispuesto a ceder. Por ello empezó a hacer gestiones para captarse a la alta nobleza de Castilla. Fue entonces cuando llegó la noticia: Carlos de Viana acababa de fallecer de la afección pulmonar que desde hacía años padecía. «Así quedaba resuelto el duro duelo familiar.»

Los Catalanes en Busca de Rey

La afirmación en el trono de Juan II preocupaba en el Occidente europeo, sobre todo a Luis XI de Francia, que al mismo tiempo que se aproximaba a Castilla subvencionaba a los sublevados en Cataluña y preparaba planes para invadir Navarra. Maniobró con presteza el rey de Aragón, consiguió un acuerdo con Enrique IV y se acercó a Luis XI, entrevistándose con él en Sauveterre en 1462.

Pero los catalanes, desde los días de Carlos de Viana, seguían sublevados. Por su cuenta destituyeron al príncipe Fernando de la lugartenencia del principado de Cataluña y ofrecieron el trono a Enrique IV de Castilla Nota 84, que aceptó y envió tropas castellanas que levantaron el cerco al que Juan II tenía sometida a Barcelona. También otras fuerzas de Castilla se dedicaron a invadir y a sublevar algunas zonas del reino de Aragón, en Teruel, Tarazona y el valle del Ebro.

Pero la mayor parte de la nobleza y del pueblo aragonés se mostraron leales a Juan II en tan adversa coyuntura y se alistaron para ayudarle a reprimir la

rebelión catalana.

Ilustres nombres de Aragón fueron entonces armados caballeros por el rey: Martín Lanuza, Pedro de Urrea, Juan de Luna, Berenguer de Bardají, Luis de Santángel, Rodrigo de Rebolledo (antepasado de Palafox), y con ellos el arzobispo de Zaragoza, hijo del rey. Por aquellos días (1463), el príncipe don Fernando, a pesar de que solo tenía catorce años, fue nombrado lugarteniente del reino de Aragón ante las Cortes.

Poco duró Enrique IV de Castilla como rey de la Cataluña sublevada. Poca cosa era aquel monarca para grandes y valientes empresas, aunque aquella fuere tan disparatada en sus orígenes.

No se sabe bien cómo, pero al retirarse el castellano, el trono de Aragón fue ofrecido por Barcelona al condestable Pedro de Portugal en octubre de 1463.

Aragón resistió perfectamente los diversos ataques que desde la Ciudad Condal organizó el efímero rey portugués por Tarragona, Tortosa, Balaguer, Ribagorza, Villafranca del Panadés... Una de las acciones de armas más importantes fue la reconquista de Cervera y las victorias de Prats del Rey y de Calaf, decisivas, que inclinaron la balanza a favor de Juan II Nota 85.

En 1466 se celebraron Cortes en Zaragoza. El rey estaba en el sitio de Amposta, por lo que presidió las sesiones la reina, doña Juana Enríquez, que actuaba como lugarteniente general. Esas Cortes, a instancias de Juan II, se dirigieron en son de paz a los sublevados de Barcelona. En este, como en otros casos, no ha habido reacción frente al poder real en toda Cataluña, ni mucho menos. Son minorías de Barcelona dedicadas a crear un clima forzado y ficticio anticentral, ya sea de Zaragoza o de Madrid, en defensa de sus intereses particulares, de grupos

privilegiados y con un relativo apoyo popular, muy trabajado por algunos líderes. El príncipe don Fernando escribió a los consellers una carta que era un verdadero plan de paz para negociar. Pero los jefes de Barcelona rechazaron hasta al mensajero.

La siguiente sesión de Cortes en Zaragoza, en 1468, tuvo que presidirla solo el príncipe, ya que la lugarteniente, su madre, había caído tan gravemente enferma que falleció a los pocos días en Tarragona. Fue un cáncer rapidísimo el que la llevó a la tumba, todavía joven. Don Fernando, apenas mayor de edad, envuelto en lágrimas, tuvo que encomendarse a los aragoneses, que desde entonces le consideraron verdaderamente suyo.

A los pocos días llegó Juan II a Zaragoza y proclamó a su hijo rey de Sicilia, y como tal fue coronado en la Seo. También por esas fechas fallecía en Castilla el infante don Alfonso, con lo que su hermana mayor, Isabel, pasaba a ser la heredera del trono. Con esas noticias, y la moral renovada, el rey se sometía a la operación de cataratas que le practicó un médico judío con éxito, por lo que sin tardanza se puso al frente de sus tropas que luchaban en el Ampurdán.

Pedro de Portugal, el condestable hecho rey en aquel absurdo juego barcelonés de alquiler de monarcas, falleció en junio de 1468, y a rey muerto, nueva almoneda real. Ahora le tocaba el turno a Renato de Anjou, conde de Provenza, cuyas fuerzas invasoras iban mandadas por su hijo Juan de Lorena, que sin tardanza sitió a Gerona. En socorro de la plaza acudió don Fernando con otros nobles aragoneses y catalanes, pero nada pudieron hacer dada la inferioridad de sus fuerzas, y la plaza cayó en manos francesas.

Juan II, hábil negociador, multiplicó sus esfuerzos para aliarse con Castilla, y dentro de su plan, como

baza esencial, arreglar el matrimonio de su hijo Fernando con la infanta doña Isabel. Para ello contaba con la gran influencia del arzobispo de Toledo Carrillo, de Pierres de Peralta, su magnífico agente, y del embajador de toda su confianza, Pedro Vaca.

Un rayo de sol en aquellos momentos oscuros, escribe el historiador Angel Canellas: el 18 de octubre de 1469, don Fernando y doña Isabel se casaban en Valladolid.

Guerra revolucionaria. Los más recalcitrantes enemigos de Juan II, encastillados en Barcelona, recurrían a todos los medios para mantener la guerra, revolucionaria más que civil. Decretaron la pena de muerte contra quienes hablaran a favor del rey; asaltaban los convoyes con sistema de bandoleros, como en Vilademat; entregaban todos los medios a los franceses mientras la población civil moría de hambre... Se dirá que contra el enemigo todo vale, pero ese enemigo era su rey al frente de otros tan catalanes como ellos.

A pesar de tan encarnizados procedimientos, el movimiento antirrealista, mejor dicho, contra don Juan, ya que entregaba el trono a cualquier rey de otras tierras, estaba al borde del colapso. Las gentes empezaban a declararse abiertamente juanistas, incluso algunos consellers y jurados, notarios, juristas y mercaderes; no digamos los payeses. Más de uno pagó con su vida.

El rey de Aragón, que por cierto se expresaba habitualmente en catalán, a pesar de haber sobrepasado los setenta años, rejuvenecido ante la adversidad, a pesar también de la pérdida de Gerona, se erguía como un gigante, luchaba y alentaba todas las esperanzas. Por todos los medios buscaba alianzas con el propósito de romper los acuerdos entre Enrique IV y Luis XI para repartirse sus reinos, empezando por

Cataluña. En esa tarea política de gran envergadura encontró una admirable aliada en Isabel de Castilla, decidida, clara en sus propósitos, coincidentes con los de don Juan y de su hijo Fernando para unir los dos grandes reinos. La feliz consecuencia fue la boda de Valladolid.

A partir de entonces, como dice Vicens Vives, Juan II avanza con éxito hacia la pacificación de Cataluña. Salvo esos revolucionarios de Barcelona, el país desea la paz. Aragón y Valencia han apoyado en todo momento al rey, y en las Cortes de Monzón le han facilitado medios para expulsar de España a los franceses del conde de Lorena.

Por otra parte, la diplomacia del monarca ha conseguido alianzas con la Inglaterra de los York y con la Borgoña de Carlos el Temerario, el admirado abuelo de nuestro Carlos I. Así se constituye el pacto de Abbeville (agosto de 1471), al que se adhieren los jóvenes herederos del reino de Castilla, Isabel y Fernando. Es cierto que la acción constante e inteligente de Juan II «ha cambiado de arriba abajo la constelación política europea. De aislado ha pasado a aislador». Y Luis XI, el agresivo rey de Francia, el que quería adueñarse de Cataluña, no sabe cómo hacer frente a tanto adversario.

Había muerto Juan de Lorena. El objetivo de Juan II era liberar el Ampurdán, contando con la fuerte caballería que le ofreció la nobleza catalana y con ayudas populares. Gerona fue reconquistada y las principales ciudades se entregaron, Figueras, Rosas, Perelada, Torroella... y con ellas todo el Vallés y la Maresma. Los angevinos fueron completamente derrotados en Santa Coloma de Gramanet y el sitio de Barcelona se estableció en toda regla.

Lo más asombroso de aquel anciano, tengamos en cuenta la edad de entonces, es que acudía raudo a todas partes, como un mozo, a los lugares de mayor

peligro, a las entrevistas, a las tareas de gobierno. Varias veces estuvo a punto de caer prisionero; supo librarse y volver al ataque. Con su presencia enardecía a los suyos. Se estableció en Pedralbes y allí esperó el triunfo final.

Con su inteligencia, Juan II venció la dureza habitual que había necesitado en la lucha, casi continua de su vida, para actuar con clemencia en las negociaciones con los pactistas que ya veían en él a su rey. Vale la pena citar la frase en su lengua catalana que dirigió a los compromisarios de Barcelona el 6 de octubre de 1472: «Oferint vos que usarem vers vosaltres l'amor paternal e us rebrem e tractarem com a filis ab tota caritat e amor» Nota 86.

Con ese espíritu se llegó a la Capitulación de Pedralbes, un acuerdo entre la monarquía y la ciudad de Barcelona, en la que se estipulaba que «no había vencedores ni vencidos, que todos serían perdonados y nadie sería perseguido». Solo el conde de Pallars Nota 87 quedaba excluido por haber faltado a su palabra cuando se le dejó en libertad al ser derrotado en Calaf y Prats del Rey. Y las constituciones de Cataluña fueron juradas de nuevo por el rey Juan en Barcelona.

Un joven de ochenta años. Aún vivió el rey Juan seis años más, hasta llegar a los ochenta, después de la guerra de Cataluña. Ni aquella lucha, ni los problemas de toda índole, de los privados a los políticos, redujeron su extraordinaria vitalidad. Dice un historiador que parecía dominar las leyes de la existencia, imponer su propia ley a la norma fatal de la Naturaleza, como si nunca se le acabara la cuerda. Con el ánimo y la astucia de siempre, siguió en la intriga, en la caza y en la guerra. Todo Barcelona sabía, con más admiración que escándalo, que Juan II había vuelto a enamorarse de una joven barcelonesa bellísima, Francina Rosa, a la que llevaba más de

cincuenta años. Y parece que con amables consecuencias.

La guerra en tierras catalanas había terminado, efectivamente, pero Juan II no podía detener su espíritu ardiente y su patriotismo catalán beligerante. Deseaba la paz, pero antes quería recuperar territorios que él consideraba irredentos, el Rosellón y la Cerdaña. Como suele ocurrir a estos temperamentos excesivos, le faltó sentido de la medida. Para él, aquel empeño le superaba; tal vez más adelante, su hijo Fernando... No obstante, con optimismo y sin calcular las consecuencias, cruzó los Pirineos en pleno invierno del año 1473. A los pocos días entraba triunfalmente en Perpiñán, pero no tardaron los franceses en contraatacar. Llegaron refuerzos castellanos enviados por don Fernando, y el rey francés aceptó una tregua oportunista en espera de reclutar nuevas tropas. Se firmó el acuerdo, aparentemente satisfactorio para Juan II, que recuperaba los territorios catalanes de ultrapuertos, mientras se obligaba a abonar a Luis XI una importante deuda de la guerra catalana. Sin embargo, como antes decía, la tregua solo duró hasta que el francés se encontró en condiciones de reanudar la guerra. Su ofensiva tuvo éxito. Perpiñán cayó después de heroica resistencia, al grito de «¡Aragón! ¡Aragón!». En marzo de 1475 todo el Rosellón era de nuevo francés.

La situación para Juan II se tornaba difícil. Su hijo Fernando no podía enviarle ayuda porque, con Isabel a su lado, estaba empeñado en la guerra de sucesión de Castilla contra Enrique IV y además había tenido que pactar con Luis XI. La gran alianza occidental antifrancesa negociada en Abbeville se había venido abajo.

Para colmo de problemas, se reavivaba en Cataluña la cuestión de los payeses de remensa, a pesar de que su jefe, Francesc de Verntallat, había

sido ennoblecido por Juan II. Era un viejo conflicto que este rey ya no podría resolver y quedaba enquistado para que lo hiciera su hijo.

Se acercaban los últimos días para el gran monarca, el último gran protagonista de la Edad Media española.

La victoria de don Fernando sobre Alfonso V de Portugal en la batalla de Toro ofrecía al rey de Aragón un ilusionado horizonte: su hijo sería el paladín de la grande y definitiva victoria al ser capaz de dominar a Francia en el pleito ancestral de la Casa de Aragón con los Anjou y su descendencia.

Nadie como el propio príncipe don Fernando para relatarnos sus impresiones finales sobre la vida de su padre. En los labios del que será Fernando el Católico pongo las siguientes palabras Nota 88:

> En 1476, rondando los ochenta años, se reunió mi padre conmigo en Vitoria, ciudad de toda mi preferencia y de toda lealtad. Asistió también mi hermanastra Leonor, princesa heredera de Navarra. Tratóse de terminar por todos la guerra entre agramonteses y beamonteses... Mi anciano padre me aconsejaba, en especial sobre las relaciones internacionales; con Francia como enemigo latente y Portugal como necesidad de la armonía peninsular. Italia era ya mi problema, pues años atrás me había cedido el título y los compromisos del rey de Sicilia...
>
> A finales de 1478 mi padre estaba preparando una nueva reunión conmigo en Daroca. Ya sabes que había recuperado la vista operado de cataratas por el rabino de Lérida, Cresques Abiabat. Pocos días antes de 1478 todavía luchaba a caballo y hasta se enamoraba como un cadete de una tal Francina Rosa, a la que debía de llevar cincuenta o sesenta años...

Salió Juan II de caza por las costas de Garraf. Hacía mucho frío. Al volver a Barcelona estaba muy cansado, se sintió enfermo al instalarse en su lecho en el palacio del obispo. Juan de Coloma, o Colom, su secretario, escribió: «El rey Juan tenía ochenta años, "morí com un poll"», que puede traducirse «como un pollo», pero que quería decir tranquilo, pacífico, sin

dolor. Coincide con lo que decía don Fernando: «Murió de vejez, no de enfermedad». Era el 19 de enero de 1479. Y añade el hijo en sus recuerdos: «No hubo dinero ni para sufragar sus exequias. Se vendió hasta el Toisón de Oro».

Las últimas palabras de Juan II fueron de consejo para el nuevo rey, Fernando II de Aragón y V de Castilla:

> No vos enganye el mundo... Llevad siempre ante los ojos el temor de Dios... La justicia sobre todas las cosas sea el espejo de vuestro corazón... Los regnos e los súbditos, conservad en paz, sin injuria del próximo, evitando al mundo quanto podáis de guerras y discusiones Nota 89.

No hubo dinero, es cierto, pero sí conciencia histórica. Barcelona, Valencia y Zaragoza, nobleza y pueblo, se enlutaron, y las solemnes ceremonias fúnebres rindieron homenaje al gran monarca que acababa de fallecer. El último gran rey de la Edad Media en España.

Bibliografía

La bibliografía de la Edad Media española es ingente, tanto de obras nacionales como extranjeras. Solamente en la obra *Los Reinos Hispánicos. 1250-1516*, de J. N. Hillgarth, se incluyen veinte apretadas páginas de bibliografía sobre dicho período. *La Historia de España (Edad Media)*, de Luis Suárez Fernández, dedica treinta y siete páginas perfectamente estructuradas a la bibliografía de su libro.

Por ello me voy a limitar aquí a dar la lista de las obras que he consultado con preferencia, y en general, para escribir esta historia de los grandes reyes de la Edad Media española; aparte de otros libros y documentos sobre temas concretos, así como las biografías de algunos de dichos reyes.

ALCÁZAR Y AGUADO BLEYE, C., *Historia de España*, vol. I, Espasa Calpe, Madrid, 1958.

CASTRO, A., *La realidad histórica de España, Porrúa, México, 1962.*

GARCÍA DE VALDEAVELLANO, L., *Historia de la Edad Media española, Revista de Occidente, Madrid, 1955.*

HILLGARTH, J. N., *Los Reinos Hispánicos. 1250-1516*, Grijalbo, Barcelona, 1979.

MARAVALL, J. A., *El concepto de España en la Edad Media*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1964.

MARQUÉS DE LOZOYA, *Historia de España*, vols. I-III, Salvat, Barcelona, 1967.

MÁRQUEZ DE PLATA, V., Y VALERO DE BERNABÉ, L, *Reinas medievales españolas*, Alderabán Ediciones, Madrid, 2000.

MENÉNDEZ PIDAL, R. (dir.), *Historia de España*, Espasa Calpe, Madrid. (Todos los tomos referentes a la Edad Media.)

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, C., *España, un enigma histórico*, Sudamericana, Málaga, 1956. (Y todas sus obras sobre temas medievales.)

SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Historia de España (Edad Media)*, (Gredos, Madrid, 1977. (Y todas las obras de este profesor sobre dicha época.)

VACA DE OSMA, J. A., *Así se hizo España*, Espasa Calpe, Madrid, 1981.

— *Los nobles e innobles validos, Planeta, Barcelona, 1990.*

VALDEÓN BARUQUE, J., *Los Trastámaras*, Temas de Hoy, Madrid, 2001. (Y todas las obras de este profesor sobre la Edad Media.)

Y todas las obras sobre la Edad Media en la Corona de Aragón de J. Vicens Vives, F. Soldevila, Abadal y Vinyals y M. de Riquer.

Escaneo, Corrección y Maquetación ePub:

El ratón librero (tereftalico)

TEREF

Notas

Nota 1

Los Reyes Católicos, Espasa Calpe, Madrid, 2001.

Volver

Nota 2

El origen primitivo de la palabra procede del fenicio span, que no quiere decir conejo, como se creía, sino más bien ‘hombres o gentes del Norte’.

Volver

Nota 3

Hay autores que dicen que el primitivo nombre de doña Mayor fue Gelvira o Elvira y no Munia.

Volver

Nota 4

«Regnante rex Sancio Gartianis {Garcés} in Aragone et in Castella et in Legione, de Zamora usque in Barcelona et cuneta Gasconia imperante.»

Volver

Nota 5

La reina doña Mayor es la que hizo construir el puente que une las dos vías del Camino de Santiago, en un lugar que por ella lleva el nombre de Puentelarreina. También ordenó la construcción de la iglesia románica de San Martín de Frómista.

Volver

Nota 6

Según los profesores Valero de Bernabé y Márquez de Plata, en su obra Reinas medievales españolas, Sancho Garcés III el Mayor murió en una emboscada en 1035 cuando con la reina y su hijo Fernando se dirigía a Oviedo a venerar las reliquias de la Cámara Santa. Le mató de un certero saetazo un tal Valdés, de Campomanes. El infante don Fernando tomó venganza arrasando dicha localidad. Doña Mayor hizo llevar los restos del rey, y luego de su hijo Gonzalo, al monasterio de Oña, donde su hermana era abadesa y donde profesó su única hija, Tigridia.

Volver

Nota 7

Ramiro I murió en el combate.

Volver

Nota 8

Al-Murabitum, hombres del Ribat, la fortaleza en el desierto, orgullosos, indomables, pobres, que alternaban la vida ascética con los ejercicios para la guerra.

Volver

Nota 9

Así se le llamó en el epitafio de la tumba del rey don Sancho en Oña.

Volver

Nota 10

Las infantas Elvira y Teresa son hijas de los amoríos de Alfonso VI y de su «nobilísima concubina» la dama berciana, según unos, o montañesa, según otros, doña Jimena Muñoz. Doña Urraca era hija del matrimonio legítimo de don Alfonso con Constanza de Borgoña, su segunda esposa.

Volver

Nota 11

Pedro Ansúrez fue igualmente señor de Valladolid y repobló la plaza con catalanes del condado de Urgel, cuyo conde Armengol V se había casado con una hija de Ansúrez.

Volver

Nota 12

Parece indispensable para conocer al Cid y para apreciar su labor, su significado hispánico y su colosal figura, la lectura de La España del Cid de don Ramón Menéndez Pidal.

Volver

Nota 13

En la terrible batalla de Uclés murió también el predilecto de Alfonso VI y ayo de su hijo don Sancho. Se trataba de García Ordóñez, conde de Nájera.

Volver

Nota 14

Una novedad en el reinado de Alfonso VI, en cierto modo progreso importante, fue el cambio del rito mozárabe al rito romano. Se hizo a partir de 1074, a petición del papa Gregorio VII. El cambio a la nueva liturgia se hizo con dificultades por la oposición de muchas diócesis. El Papa tuvo que enviar al cardenal legado Ricardo para conseguirlo, con la ayuda de la reina Constanza y de los monjes cluniacenses que vinieron a España con ella. Por cierto, que Alfonso VI hizo su amante a una de las damas francesas del séquito de doña Constanza, y Gregorio VII tuvo que amenazarle con la excomunión, si bien el rey lo único que hizo fue sustituir a aquella amante por otras sucesivas.

Volver

Nota 15

En el ataque se creó el campamento, hoy pueblo, de Juslivol, en lengua de oc, ‘Dios lo quiere’.

Volver

Nota 16

Don Enrique, más conocido en la historia como Enrique de Lorena que como Enrique de Borgoña.

Volver

Nota 17

El que ya se titulaba rey de Portugal volvió a entrevistarse en Zamora con su primo el emperador, con el que rompió el vínculo de vasallaje y declarándose vasallo del Papa, al que empezó a pagar un tributo anual.

Volver

Nota 18

Almería volvió a perderse antes de la muerte de Alfonso VII (1157), ante una fuerte ofensiva almohade. El emperador falleció cuando iba a socorrer a la ciudad sitiada.

Volver

Nota 19

Así se hizo España, Espasa Calpe, Madrid, 1981.

Volver

Nota 20

Una leyenda, recogida nada menos que por la Estoria de España de Alfonso el Sabio y por la Primera Crónica General, refiere que Alfonso VIII, a poco de casarse con Leonor, se enamoró perdidamente de una hermosa judía toledana llamada Raquel, y vivió con ella siete años en Toledo, período que Menéndez Pelayo reduce a siete meses. Otros autores niegan tales amores. Puede que haya algo de verdad en tal leyenda, pero está en contradicción con la vida unida, y en completa armonía, del matrimonio entre Alfonso y Leonor.

Volver

Nota 21

Esta orden fue aprobada en 1177 y recibió su nombre de Alcántara cuando Alfonso IX, en 1213, le entregó la plaza de ese nombre. Hasta entonces se llamó de San Julián de Pereiro.

Volver

Nota 22

Parece que el nombre de Huelgas viene del lugar, una «olea», palabra antigua que designa un sitio cerrado. Otro monasterio se construía por entonces, el de Santa María de Huerta.

Volver

Nota 23

También hacia esas fechas (1200), la hija de Alfonso VIII y Leonor de Inglaterra, la infanta doña Blanca, se casó con Luis, heredero del rey Felipe Augusto de Francia, que sería san Luis.

Volver

Nota 24

El rey Alfonso concedió entonces al pastor Martín Alhaja escudo de armas y nobleza, con el apellido Cabeza de Vaca.

Volver

Nota 25

Extractado de «Una gran victoria hispano-cristiana: la batalla de Las Navas», Historia de España. De los orígenes a la Baja Edad Media, 2.ª parte, de Luis G. de Valdeavellano, Revista de Occidente, Madrid, 1955.

Volver

Nota 26

El palacio fortaleza de Autillo era propiedad de Gonzalo Ruiz, mayordomo real. Con doña Berenguela estaba también don Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya.

Volver

Nota 27

Única alemana que reinó en España durante la Edad Media.

Volver

Nota 28

En otros documentos consta que el acompañante de don Alfonso y mayordomo mayor era don Rodrigo González Girón.

Volver

Nota 29

Sevilla era la ciudad más grande y poblada de la Península.

Volver

Nota 30

La ciudad había sido conquistada un mes antes.

Volver

Nota 31

De mi tratado de historia Así se hizo España, Espasa Calpe, Madrid, 1981.

Volver

Nota 32

De mi tratado de historia Así se hizo España, ob. cit.

Volver

Nota 33

«Si Deu ho vol, adobaran la terra que haurem pau puis de nostres dies e apres nostres dies no i caldra vos traballar», escribe Jaime I en carta «patética» a su hiio.

Volver

Nota 34

Fue una sublevación grave, muy extendida. Llegó a atacar Sevilla (1264).

Volver

Nota 35

Don Felipe había sido arzobispo de Sevilla.

Volver

Nota 36

Llamado así el mayor por tener un pelo rígido en la cara, no por la mancha o «antojo» del decir popular.

Volver

Nota 37

Esta parte final del capítulo la he recogido de Así se hizo España, ob. cit.

Volver

Nota 38

«El rey no había querido tener Cortes en Barcelona, ni había confirmado sus libertades, usos y costumbres», escribía el historiador Zurita, exagerando la realidad.

Volver

Nota 39

Mercedes Ballesteros de Gaibrois da toda clase de detalles sobre política, economía, administración, etc., del reinado en su obra Sancho IV de Castilla, 3 vols., Madrid, 1922-1928.

Volver

Nota 40

El historiador Jiménez Soler dice en elogio de Jaime II que este rey fue el primero en tener clara conciencia de que los hispanos eran una comunidad que debía afrontar conjuntamente los problemas comunes, no obstante lo cual él proseguía su expansionismo catalán. Es posible que de él heredaran esa conciencia hispana los Trastámara.

Volver

Nota 41

Fernando IV con Constanza de Portugal y don Alfonso, hijo de don Dionís, con Beatriz, su hermana.

Volver

Nota 42

Los problemas internos en Castilla durante el reinado de Fernando IV no impidieron el desarrollo de la marina castellana y la expansión comercial atlántica y europea, que llegó hasta Flandes.

Volver

Nota 43

Como hecho anecdótico podemos recordar que la viuda de don Pedro, María de Aragón, siguió viviendo en Castilla hasta que su hermano, el rey Alfonso IV de Aragón, la obligó a volver a su lado en 1334, «porque llevaba una conducta impropia de su rango».

Volver

Nota 44

Las preferencias y simpatías generales estaban más bien por Inglaterra, pero el clero y la nobleza eran profranceses. Cuando murió el rey, nada se había decidido todavía.

Volver

Nota 45

Así se hizo España, ob. cit.

Volver

Nota 46

Véase árbol genealógico de la Casa de Aragón y Mallorca.

Volver

Nota 47

Jaime III, rey mallorquín, muere en la batalla de Lluchmayor, y el titulado Jaime IV es un personaje episódico que pronto desaparece.

Volver

Nota 48

La peste disminuyó la población catalana de 430.000 a 350.000 habitantes. Pedro IV ofreció ir en jubileo a «Sant Jayme de Gallicia». Se echó la culpa de la peste a los judíos, contra los que hubo verdaderos pogroms.

Volver

Nota 49

Cabrera decía: «La reyna era italiana e había mal entendiment... e faría perdre lo regne d'Aragó».

Volver

Nota 50

El conde de Ampurias, casado con Juana, hija del rey, se lanzó a la lucha contra los parientes de Sibila de Fortiá, cuya influencia en el rey era notoria y representaban una corriente moderna y renovadora. El conde, en cambio, contaba con la alta nobleza y con las simpatías del heredero del trono, el infante don Juan, que a pesar de ello fue encargado de reprimir a los rebeldes. A consecuencia de sus intentos de mediación se indispuso con su padre. Ampurias fue derrotado y acabó en el destierro. Con ello quedó reforzado el poder real frente a la nobleza.

Volver

Nota 51

Don Enrique de Trastámara y los suyos consideraron a Fernández Coronel como el primer mártir de su causa.

Volver

Nota 52

Los hebreos dedicaron grandes elogios a Pedro I en la sinagoga toledana del Tránsito.

Volver

Nota 53

La reina Leonor fue asesinada en Cartagena, y Juana de Lara, mujer de don Tello, en Sevilla. Blanca de Borbón, encerrada ignominiosamente en Jerez de la Frontera.

Volver

Nota 54

Tanto don Enrique como el rey de Navarra forzaron a Pedro IV para que se librara de Bernardo de Cabrera, al que detestaban. El valido fue procesado y ejecutado.

Volver

Nota 55

La lista de estas mercedes, condados y señoríos, ocuparía varias páginas. Gran parte de la nobleza titulada española viene de entonces. Ahora bien, los que recibieron dichas mercedes eran ya nobles de importantes familias castellanas. (Véase Los Trastámaras, de Julio Valdeón, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 2001.).

Volver

Nota 56

La famosa frase legendaria de Bertrand du Guesclin, «Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor», no tiene confirmación histórica.

Volver

Nota 57

Los dos hijos de Pedro I, Sancho y Diego, fueron bien tratados. Sancho murió joven y Diego vivió en libertad controlada, tuvo varios hijos y fue liberado por Juan II.

Volver

Nota 58

Mohamed V, aprovechándose de esa alianza, se apoderó de Algeciras.

Volver

Nota 59

Don Alfonso se negó a casarse con Isabel, una niña a la que llevaba diez años. Luego se vio obligado a tal boda, pero en cuanto falleció su padre, el rey Enrique, pidió el divorcio de un matrimonio que nunca había consentido ni consumado.

Volver

Nota 60

Don Pedro Tenorio, castellano, había sido obispo de Coimbra y embajador de Fernando I de Portugal. El papa Gregorio XI le conocía desde que estuvo en Aviñón. Era toledano, de ascendencia gallega, gran canonista, enérgico y virtuoso. Fue nombrado arzobispo de Toledo, donde dejó honda huella en sus veinte años en la archidiócesis. Su nombramiento cayó mal a Enrique II, pero acabó congraciándose con él y siendo el gran reformador de la Iglesia en Castilla de aquellos días, que bien lo necesitaba.

Volver

Nota 61

Así se hizo España, ob. cit.

Volver

Nota 62

En Castilla no había la costumbre de coronar a los reyes. Esta tradición, proclamación pero no coronación, se ha continuado hasta nuestro tiempo en la Monarquía española.

Volver

Nota 63

En Aljubarrota cayó prisionero el gran cronista don Pedro López de Ayala. Durante los tres años que permaneció en prisión escribió su Rimado de Palacio.

Volver

Nota 64

El primer monasterio jerónimo en España fue el de Lupiana, en tierras de Guadalajara (1374).

Volver

Nota 65

De Así se hizo España, ob. cit.

Volver

Nota 66

Los palacios de El Pardo, en Madrid, y de Miraflores, en Burgos.

Volver

Nota 67

Los grandes nombres de la nobleza, Manriques, Stúñigas, Ayalas, Dávalos, Enríquez, Mendozas, Toledos, Fajardos, Ponces, Vélaseos, Manueles, Guzmanes, se negaban a aceptar el gobierno y autoridad del Consejo de Regencia.

Volver

Nota 68

«Ningún movimiento popular antijudío de la Edad Media causó al pueblo judío tan asombrosas pérdidas como los disturbios españoles de 1391» (Benxión Netanyahu).

Volver

Nota 69

Pero Niño, cuyas hazañas relata el cronista Díaz de Gomara en el Victorial.

Volver

Nota 70

Juan I fue el creador de los juegos florales en la Península. Era fiesta de origen provenzal.

Volver

Nota 71

María de Luna era de estirpe real y pariente cercana del papa Benedicto XIII.

Volver

Nota 72

Don Fernando era nieto de Pedro IV el Ceremonioso, y su madre, la catalano-aragonesa doña Leonor. En cambio, la madre del conde de Urgel era la italiana Margarita de Montferrato.

Volver

Nota 73

Así se hizo España, ob. cit., y Los catalanes en la Historia de España, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1996.

Volver

Nota 74

Femando I murió en Igualada el 2 de abril de 1416. En 1412 había sido investido por el Papa como rey de Sicilia, Cerdeña y Córcega. Firmó un tratado con Egipto, creó un consulado de Barcelona en Alejandría, hizo la paz con Génova y preparó las bases para la futura vinculación de Nápoles a la Corona de Aragón. Él, de acuerdo con san Vicente Ferrer, retiró la obediencia al Papa aragonés, antipapa Benedicto XIII, que sobrevivió al rey hasta 1424 en su retiro de Peñíscola.

Volver

Nota 75

Los nobles e innobles validos, Ed. Planeta, Barcelona, 1990.

Volver

Nota 76

De Los nobles e innobles validos, ob. cit.

Volver

Nota 77

El gran poeta fue secretario de Juan II, siempre leal a él y a don Alvaro. Fue un auténtico patriota.

Volver

Nota 78

En la batalla de Olmedo solo hubo veintidós muertos entre los dos bandos. Uno de ellos fue uno de los infantes de Aragón, el ambicioso Enrique, maestre de Santiago, que falleció a los pocos meses en Calatayud, a consecuencia de una herida de lanza mal curada.

Volver

Nota 79

Como es bien sabido, aquella batalla naval inspiró al marqués de Santillana su obra La comedieta de Ponza, que, efectivamente, aunque empezó en desastre, acabó en comedieta, muy a la italiana.

Volver

Nota 80

Curiosa figura diplomática, puramente nominal, que hoy haría las delicias de Jordi Pujol.

Volver

Nota 81

Se dio por primera vez a don Carlos.

Volver

Nota 82

Así se hizo España, ob. cit. El príncipe de Viana tuvo una numerosa prole. Con doña Brianda de Vaca, dos hijos, uno de los cuales, el marqués de Beaufort, desfiló en cabeza en el entierro de su padre. Este ilustre bastardo está enterrado en la iglesia de Santa María del Mar de Barcelona. Su nombre fue Felipe de Aragón. Don Carlos tuvo otra hija con María Armendariz, que casó con el conde de Medinaceli, don Luis de la Cerda.

Volver

Nota 83

Personaje de la segunda nobleza navarra que luego llevaría a cabo importantes misiones como embajador de Fernando el Católico.

Volver

Nota 84

¿Es que esto no lo saben o lo olvidan los neohistoriadores catalanistas?

Volver

Nota 85

El príncipe don Fernando recibió su bautismo de fuego, con gran valor, en la batalla de Calaf. Tenía quince años. A su lado estuvo el conde de Prades. Juan II se mostró orgulloso de su hijo.

Volver

Nota 86

En catalán, Juan II decía así a los jurados de Gerona: «Ab molta liberalitat et promptíssima voluntad havem confirmat los furs, constitucions, privilegis et libertáis de casquín deis dits regnes et principats, mantenguts et observats».

Volver

Nota 87

El conde de Pallars siguió combatiendo por su cuenta en sus tierras contra el rey. Acabó siendo capturado y ejecutado en 1477.

Volver

Nota 88

De mi libro Yo, Fernando el Católico, Planeta, Barcelona, 1995.

Volver

Nota 89

Juan II, obligado siempre a guerrear, amaba la paz. En carta a Francesco Sforza, le decía: «La paz no solo es suave, dulce y blanda, sino también saludable, pues por ella son constituidos y conservados los campos, las ciudades, los bienes y en consecuencia los Reinos, y los que la descuidan no procuran la suma felicidad de los hombres».

Volver

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Usando este buscador:

http://www.recbib.es/book/buscadores

encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.

Puedes buscar también este libro aquí, y localizarlo en la biblioteca pública más cercana a tu casa:

http://libros.wf/BibliotecasNacionales

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.

ePUB